



**BENEMÉRITA UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE PUEBLA**

**INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
“ALFONSO VÉLEZ PLIEGO”**

**“ENTRE LA MAGIA Y EL ESCÁNDALO.
DECISIONES DE LAS MUJERES DURANTE
EL EMBARAZO, EL PARTO Y EL PUERPERIO”**

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

DOCTORA EN SOCIOLOGÍA

PRESENTA

MARÍA DEL PILAR MUÑOZ LOZANO

DIRECTORA DE TESIS

DRA. LUCIA LINSALATA

ASESORAS:

DRA. MINA LORENA NAVARRO TRUJILLO

DRA. BLANCA LAURA CORDERO DÍAZ

DRA. VICTORIA RAQUEL ROJAS LOZANO

DRA. AMARANTA CORNEJO HERNÁNDEZ

DR. PAULINO ALVARADO PIZAÑA

207098

JULIO 2023

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
PARTE I. EPISTEMETODOLOGÍAS (O DE CÓMO ACERCARME AL FENÓMENO)	13
Capítulo 1. Escenarios epistemetodológicos	16
<i>1.1. Pensar desde el sur</i>	23
<i>1.2. Pero... ¿Y dónde están las sujetas de investigación?</i>	28
Capítulo 2. Entre la autoetnografía y los relatos de vida (o de los afectos dentro de la investigación)	39
<i>2.1. Las protagonistas</i>	53
PARTE II. <i>ESA COSA ESCANDALOSA</i> ATRAVIESA NUESTROS CUERPOS VIVIENTES	61
Capítulo 3. Construyendo mi versión de <i>Esa Cosa Escandalosa</i>	77
<i>3.1. De cómo se entromete Esa Cosa Escandalosa en el EPP</i>	82
<i>3.2. La sutil dimensión de Esa Cosa Escandalosa</i>	91
Capítulo 4. De la magia al escándalo. La producción del cuerpo viviente y del EPP en el escenario de <i>Esa Cosa Escandalosa</i>	101
<i>4.1. Heterotopías: el fuera de lugar</i>	114
<i>4.2. Miedo y dolor en las venas. Esa Cosa Escandalosa</i>	128

hasta el tuétano

PARTE III. ¿QUIÉN DICE QUE TODO ESTÁ PERDIDO? LA MAGIA DE DAR VIDA Y LA POSIBILIDAD DE LA AUTONOMÍA	143
Capítulo 5. Y... ¿qué diablos es la vida?	147
5.1. <i>El Apoyo mutuo</i>	148
5.2. <i>La Endosimbiosis</i>	152
5.3. <i>Gaia</i>	155
5.4. <i>La Autopoiesis</i>	158
5.5. <i>La simpoiesis en el Chthuluceno</i>	160
5.6. <i>De efectos, afectos, deseos, emoción... vida</i>	167
Capítulo 6. En busca de la autonomía siempre en interdependencia	177
6.1. <i>Nuestros embarazos o del “deseo” de convertirnos en madres</i>	182
6.2. <i>Nuestros partos o del “poder” manejar el dolor</i>	204
6.3. <i>Nuestros puerperios o del... “y ahora, ¿qué hago?”</i>	219
EPÍLOGO	238
REFERENCIAS	243

INTRODUCCIÓN

Es una cálida noche de mayo. Me dedico con gran ahínco a escribir esta introducción porque finalmente, después de casi cinco años y tras librar varias vicisitudes – entre ellas, la pandemia por Covid 19 y todos sus pormenores –, he logrado poner punto final a mi tesis doctoral y ahora es el momento de escribir esta parte. He recorrido un muy largo camino, a veces tedioso, a veces gozoso y recordar en estos momentos me llena de nostalgia, porque cuando una empieza un camino, aunque se inicie con ciertas expectativas, en realidad nunca se sabe hacia dónde nos conducirá y las sorpresas son infinitas. Yo decidí iniciar mi andanza a partir de los dos procesos de embarazo, parto y puerperio (EPP) que he vivido y que han sido las experiencias más significativas que me pudo dar la vida, principalmente, por cómo decidí llevarlos a cabo: en mi casa, fuera de la clínica, acompañada por una partera, una doula y mi familia. En realidad no elegí nada nuevo, esta es la forma que ancestralmente hemos utilizado las mujeres para traer a nuestras crías al mundo, pero la imposición de la clínica por el poder patriarcal, capitalista y colonial nos ha privado de este espacio tan nuestro, tan de nosotras, aplicando plásticos, metales, asepsia, provocándonos miedo y un mayor dolor con la idea de que se trata de un suceso peligroso y patológico en lugar de un proceso fisiológico natural, introduciéndonos a un tipo de línea de producción de mano de obra futura para el capital que rompe con esa fisiología complicándola más. Puede parecer que la técnica médica, por el contrario, facilitaría el proceso, por ejemplo, disminuyendo la ansiedad con ultrasonidos, el dolor con medicamentos y el tiempo invertido en crianza con fórmulas y técnicas de domesticación de nuestras criaturas, pero la realidad es que todas estas intervenciones que obstaculizan el flujo orgánico de la vida, nos producen emociones y sensaciones que lo pueden convertir en algo muy duro de vivir.

A esta imposición clínica yo la calificaría de *escandalosa*. Es decir, es una situación de escándalo el que las mujeres nos veamos forzadas a vivir un evento que para nosotras resulta,

literalmente, en una transmutación radical de la vida, como algo peligroso, que pone en riesgo nuestra vida y la de las criaturas, que debe seguir un protocolo que en nada se acerca a lo que necesitamos nosotras, nuestros cuerpos, nuestros bebés. El proceso de embarazo, parto y puerperio que vivimos las mujeres forma parte del *mágico* suceso que es la creación y sostenimiento de la vida toda, en todas sus manifestaciones, desde hace millones de años y, como tal, es primordial permitir y fomentar que se lleve a cabo en plena conexión con este flujo vital cuya impronta milenaria se encuentra grabada en los saberes que guardan nuestros cuerpos vivientes. Es así que estamos viviendo nuestra conversión en madres, entre la magia y el escándalo.

Surgida entonces de una experiencia sumamente personal e íntima, la pregunta que subyace a las disertaciones que se suceden a lo largo de las muchas páginas que conforman este texto, gira en torno a la forma o a la dirección que toman nuestras decisiones, las de las mujeres, al momento de vivir nuestros procesos de embarazo, parto y puerperio dentro de este *escandaloso* escenario y la importancia de hacerlo desde la autonomía que surge a partir de los lazos de interdependencia con que nos vinculamos con la vida toda. Esta inquietud personal se convirtió en un fuerte deseo por organizar y argumentar toda la información al respecto que acumulé durante algunos años y, finalmente, se ha convertido en una tesis doctoral, cuyo objetivo principal ha sido ahondar en la capacidad autonómica que tenemos las mujeres para decidir si deseamos ser madres o no, cuándo deseamos serlo y cómo deseamos vivir el proceso, en dónde nos situamos frente al escandaloso escenario clínico y cómo decidimos ese posicionamiento.

En algún momento del proceso investigativo me di cuenta de que el origen de mi indagación sobre este tema, no era algo que soslayar, sobre todo al momento de pensar cómo podría acercarme al fenómeno. En la búsqueda por las herramientas adecuadas para el análisis

social que me disponía a realizar, me vi en la necesidad, también, de plantear mi postura ético/política respecto a los estudios sociales y la ciencia positivista con su exigencia racional objetivadora. Es así como surgió la *Parte I. Epistemologías (o de cómo acercarme al fenómeno)* en la que empiezo explicando cómo la escisión entre epistemología y metodología es un sinsentido que obstaculiza el entendimiento al velar cómo nuestras creencias y supuestos sobre el conocimiento y sobre la realidad, intervienen e influyen en las formas en que elegimos acercarnos a los fenómenos que estudiamos. Esta idea me permitió introducir una de las escisiones que elabora *Esa Cosa Escandalosa* en este caso en el escenario de las ciencias y la construcción de conocimiento, la separación entre *el sujeto que estudia* y lo que la ciencia positiva llama *el objeto de conocimiento*. Refuerzo esto exponiendo las epistemologías de las que me valgo para realizar esta investigación: la *Epistemología del Sur*, de la que nos habla Boaventura de Souza, que denuncia el *epistemicidio* cometido en los territorios colonizados y nos convoca a recuperar y validar esos procesos cognitivos que han sido velados, negados y destruidos históricamente, situándonos, como estamos, en estas tierras, con sus propias realidades y sus propios lenguajes. También recorro a las *Epistemologías feministas*, a partir de Norma Blásquez, Donna Haraway y Sandra Harding que, con sus nociones sobre *conocimientos situados*, la *objetividad fuerte*, el *Punto de vista*, me han ayudado a explicar cómo mi presencia constante a lo largo del texto tiene un sentido epistemológico – ético/político – en cuanto a que, obviar a las autoras, sus historias, sus contextos, los lugares donde están situadas y desde los que hablan, implica convertir los resultados de investigación en falacias que no muestran la realidad completa del proceso investigativo y que provienen de un poder patriarcal, capitalista y colonial, cuya mirada se concibe única, unívoca y abarcadora. En consonancia con todo esto, decidí que la mejor manera de acercarme al fenómeno que estudio, y si quería hacerlo dentro de un proceso epistemológico que me situara a mí y a mis sujetas de estudio dentro de la investigación, tenía que ser a través de la *Autoetnografía* y los *Relatos de vida*. Al no conocer

del todo la propuesta autoetnográfica, decidí hacer un lacónico recorrido por la historia de la etnografía retomando a Malinowsky, Geertz y Clifford, para concluir dándome cuenta que el camino teórico/metodológico que se fue formulando entre estos tres autores, desemboca en la autoetnografía, lo que me colocó en una disertación sobre las formas en que se sortean las distancias entre la investigadora y aquello que investiga en cada una de las cuatro propuestas, llevándome a entender que todo proceso investigativo es un constante abrir y cerrar distancias y que esto conlleva una dimensión ético/política insoslayable a la que yo busco apegarme para hacer explícita la posición de la que estoy partiendo. Para profundizar en estos aportes me apoyé en los estudios de Mercedes Blanco y en la compilación realizada por Silvia M. y Bernard Calva. Finalmente, en esta primera parte presento a las mujeres con las que tuve oportunidad de trabajar esta investigación y de cuyos relatos de vida abrevé, junto con el mío propio, gran parte de la información que me ha permitido sustentar toda la investigación desde fuentes primarias que procuro relacionar con las propuestas teóricas de las que he decidido asirme. Estas mujeres son todas amigas mías, mujeres con las que comparto cariños y afectos muy particulares. Esto lo decidí así en parte como estrategia para la realización del trabajo de campo en plena pandemia por Covid-19, pero principalmente abogando por la posibilidad de construir conocimiento desde otro lugar que no es la desafección que requiere la ciencia positiva, sino, por el contrario, se puede construir conocimiento social aun sosteniendo los lazos subjetivos que nos unen con aquello que investigamos.

Posteriormente, me dediqué a pensar por mucho tiempo en cómo es, cómo funciona, de dónde surge este escenario en el que vivimos, al que describo y argumento en la *Parte II* de la investigación titulada *Esa Cosa Escandalosa atraviesa nuestros cuerpos vivientes*. En un primer momento, durante esta parte, me vi en la necesidad de aclarar a qué me refiero con cuerpos vivientes, una noción que me ha costado mucho trabajo definir pero que, al final, lo logro a partir de un texto de Enrique Dussel sobre la experiencia del vivir, del vivenciar el

mundo en nuestra piel como frontera entre el exterior y el interior que somos todas. Luego, apoyándome de los estudios de Silvia Federici, comprendí cómo nuestros cuerpos, los de las mujeres, han sido y siguen siendo atravesados por diversas formas violencia que ejerce sobre nosotras *Esa Cosa Escandalosa* para imponernos una conducta determinada y tener bajo su control nuestros cuerpos, nuestra sexualidad, nuestra subjetividad, nuestra voluntad, nuestros deseos, nuestra posibilidad de tomar decisiones de manera autónoma, todo esto para lograr lo que Michel Foucault denomina el disciplinamiento del cuerpo. Una vez comprendido a qué me refiero con cuerpos vivientes y toda vez que ahondamos en las formas en que se producen los cuerpos en el escenario de la dominación, me dirigí a conceptualizar dicho escenario. Con Donna Haraway y Amaia Pérez describo a qué me refiero con la noción de *Esa Cosa Escandalosa*, que para Haraway – quien la nombra primero – se traduce como un patriarcado capitalista blanco, mientras que para Pérez – quien se ocupa de convertirla en categoría de análisis – se trata del capitalismo heteropatriarcal, racialmente estructurado, neocolonialista, antropocéntrico, en fin, “una profusión de epítetos”. Yo la defino de la mano de Maria Mies como un *Patriarcado capitalista y colonial* que introyectamos y subjetivamos de tal manera que queda instalado en lo que Suely Rolnik nombra el *Inconsciente colonial-capitalístico cafisheístico*. Argumento después, a partir de mi propia experiencia y de los relatos de vida que algunas amigas se permitieron compartir conmigo, cómo *Esa Cosa Escandalosa* se alimenta de organizar, mediar y disciplinar nuestros cuerpos y nuestras voluntades escindiendo y luego reuniendo diversos vínculos como los que establecemos con la naturaleza, entre hombres y mujeres, con nuestros propios cuerpos, también nos desvincula de la atmósfera ideal para llevar a cabo nuestros procesos de EPP trasladándonos a las clínicas, en una suerte de heterotopía foucaultiana donde se desnaturaliza un proceso totalmente fisiológico como lo es el EPP, convirtiéndolo en un suceso *a-normal*. Esto se logra gracias a la imposición que ejerce sobre nosotras *Esa Cosa Escandalosa* sometiéndonos a una buena dosis de miedo y dolor agregados

sobre los que discurro basándome en las ideas de Sygmond Bauman, Byung Chul-Han y David Le-Breton. Aquí argumento que tanto el dolor como el miedo son sucesos fisiológicos, maneras en las que reaccionan nuestros cuerpos frente a determinadas circunstancias externas, y muchas veces, internas también, pero, la forma en que manejamos ambas emociones, está supeditada al contexto en el que vivimos. En el caso actual podemos pensar que la construcción social del dolor le da una connotación negativa que nos lleva a buscar soslayarlo por cualquier medio, sean terapias, medicamentos o mundos virtuales. Por otro lado, el miedo se construye socialmente con la intención de mantener una conducta dócil frente a escenarios de vida y sobrevivencia, terribles. Ambas emociones son parte del proceso de EPP y comprenderlas en ese contexto, comprender cómo funcionan específicamente cuando nos encontramos en él, es importante para poder vivirlo de una mejor manera.

Para la tercera parte tenía pensado abordar simplemente cómo se viven en general y cómo vivieron cada una de las tres fases del proceso las mujeres a las que entrevisté que habían vivido sus procesos lo más lejos posible de la clínica. Sin embargo, me encontré en la necesidad de entender de mejor manera cómo funcionan los lazos de interdependencia que generan la vida y pues, nada, me metí en un embrollo que, si bien retrasó la entrega de la tesis, valió la pena por la fascinación que se instaló en mí sobre la maravilla que es el origen y evolución de la vida. Se titula *Parte III. ¿Quién dice que todo está perdido? La magia de dar vida y la posibilidad de autonomía*. Inicio esta sección intentando relacionar los estudios de diversos científicos adscritos a disciplinas tales como la biología, la medicina, la física, entre otras, que, aunque me costó un buen esfuerzo comprender, conforme lo fui haciendo logré ir uniendo sus pensamientos entre sí y con el mío propio. Así, discurro primero por la noción de *Apoyo mutuo* que presenta el zoólogo Piotr Kropotkin, cuyas observaciones le llevaron a entender que no es la lucha encarnizada entre las especies lo que conlleva a la evolución de la vida, sino el apoyo mutuo que surge de un *instinto de solidaridad* básico, vital, que habita en todo ser vivo. Luego

abordo la noción de *endosimbiosis*, tal vez la que más trabajo me costó comprender, pero que me resultó fascinante, de Lynn Margulis. Esta científica dio en el traste con la noción evolutiva lineal que nos colocaba a las humanas en el tope de dicha escala al descubrir que son las células eucariotas y las cianobacterias los organismos de los que depende la vida toda y, por lo tanto, son los más evolucionados; estos microorganismos logran crear la vida a través de procesos de endosimbiosis, es decir, en la asociación e intercambio vital que realizan habitando otros organismos pluricelulares. Me enteré entonces que Margulis también colaboró en la concepción de la *Hipótesis de Gaia* trabajada principalmente por James Lovelock, en la que ambas plantean que el planeta Tierra es un organismo viviente en sí mismo que se autorregula a través de las acciones que llevamos a cabo todos los seres vivos, bióticos y abióticos, que la conformamos – nosotras, las humanas, formamos parte de la biota terrestre que da vida a Gaia –. Leyendo sobre esto me encontré con que los científicos chilenos Humberto Maturana y Francisco Varela, habían llevado a cabo diversas investigaciones a través de las cuales habían encontrado que la vida se reproduce de manera *autopoiética*, es decir, que se genera a sí misma a partir de los lazos que se establecen entre diversos organismos, esta noción funciona para comprender la autoorganización y autorregulación que lleva a cabo Gaia. Finalmente, retomo a Donna Haraway, esta vez con su noción de *simpoiesis* que trabaja a partir de algunas de las mismas nociones que presento, como la endosimbiosis de Margulis y la autopoiesis de Maturana y Varela, también hace referencias a Gaia. Con ella explica cómo sí, efectivamente, los seres vivos nos autorregulamos, nos autoorganizamos y nos autogeneramos, pero siempre a partir del establecimiento de lazos entre especies, de ahí surge su propuesta de mirar la era geológica que vivimos como una era chthulucénica en la que los seres vivos vamos estableciendo o re-estableciendo los lazos originarios con la tierra. Una vez realizado este recorrido logré relacionarlo con las ideas del *deseo devastado* de Casilda Rodrigañez y del *deseo cafisheado* de Suely Rolnik, donde el deseo es el impulso vital, aquello que provoca la vida y que es de lo que

nos hablan los científicos anteriores. Es decir, las mujeres decidimos partiendo de un deseo vital, el problema es que ese deseo es devastado desde que nacemos por *Esa Cosa Escandalosa* que lo cafishea a su gusto y necesidad; lograr descolonizar ese deseo, que es a lo que nos llama Rolnik, nos permite vivir esta experiencia única como algo mágico. Finalmente, llegó el momento etnográfico en el que me entregué por completo a las narraciones de las mujeres a quienes entrevisté apoyada por los estudios de Michel Odent quien lleva una larga trayectoria en defensa y promoción de los partos *mamiferizados* como una forma de cambiar las realidades sociales en que vivimos actualmente.

Decido pues iniciar la presentación de mi tesis haciendo saber a la lectora: primero, que la tesis está escrita en primera persona del singular y del plural, porque en esta investigación lo que intento es partir de mí, para salir de mí y construir un conocimiento situado como una postura ético/política en el espacio académico; segundo, que en general uso el lenguaje en femenino lo que, por supuesto, no siempre se refiere a un conjunto puramente de mujeres, en ocasiones se incluye a hombres – algunas veces uso lenguaje incluyente mencionando los dos géneros y, en otras, muy pocas, uso el lenguaje en masculino aunque la referencia incluya mujeres –, esto lo considero un acto estético/político frente a quienes opinan que escribir *todos y todas o todes o tod@s* rompe con la literaturidad del texto, así que, para no caer en esos barbarismos, decidí escribir en femenino, que nadie se sienta excluido; y tercero, uso un lenguaje lo más coloquial posible con el mismo sentido que el punto anterior porque siempre he considerado que los textos académicos usan el lenguaje que usan porque se dirigen a personas que escriben más textos académicos en el mismo lenguaje, no se dirigen a las personas que de hecho transforman el mundo lo que debería ser el objetivo fundamental del pensamiento académico, así que estoy en la línea de ir abriendo los espacios académicos a lenguajes más situados, incluyentes y accesibles para todas y todos.

Mi intención al realizar esta investigación ha sido poner sobre la mesa académica un tema que poco o nada se estudia en su dimensión social, probablemente porque es un fenómeno que se da por sentado, que se supone en todo caso, pertenece al área de las ciencias médicas y biológicas, pero que no representa ninguna problemática social. Intento demostrar que esto no es así y que, por el contrario, se trata de un tema urgente a tratar, porque, si como dice Michel Odent, las formas en que nacemos determinan las sociedades futuras, nos encontramos entonces en un punto de inflexión en el que debemos reflexionar en lo que podemos hacer para que los nacimientos de nuestras futuras generaciones estén más vinculados con los procesos de la vida en general, con su fluir natural, que con la violencia y el control que se ejerce desde la clinalización de nuestros procesos de embarazo, parto y puerperio. También intento llamar la atención de las luchas feministas sobre un tema que, históricamente, a las mujeres nos ha significado coerción pero que bien podemos resignificar si logramos sacar nuestros procesos de la trama impuesta por *Esa Cosa Escandalosa*.

Agradezco infinitamente la lectura que realicen de este escrito y deseo fervientemente que sea una lectura disfrutable que nos permita abrir esos nuevos caminos para transitar por la magia de la vida de manera interdependiente y autónoma, como lo imaginemos, como lo deseemos, como lo decidamos las mujeres. Por la recuperación de esa magia vital que envuelve a nuestros procesos de embarazo, parto y puerperio y frente al escandaloso escenario clínico al que se le intenta someter, va esta tesis que presento a continuación.

PARTE I.
EPISTEMETODOLOGÍAS
(O DE CÓMO ACERCARME AL FENÓMENO)

El objetivo de esta primera parte es presentar las distintas maneras en que he estado pensando cómo acercarme al fenómeno social que quiero comprender. Tras experimentar mi primer proceso de embarazo, parto y puerperio (EPP) en el año 2011 con la llegada de mi hija María a mi vida, una inquietud vino a mí, empecé a preguntarme insistentemente por qué las mujeres decidíamos vivir nuestros procesos de EPP de unas formas o de otras. Me preguntaba qué hacía que algunas mujeres decidieran, por ejemplo, establecer una fecha determinada para realizarse una cesárea desde el momento en el que se enteraban de que estaban embarazadas. Por qué otras, a pesar de desear vivir un parto natural, se ponían en manos de los médicos tratantes sin cuestionar nada. Me cuestionaba mi propia decisión de vivirlo en casa acompañada de una partera, ¿de dónde saqué que eso era lo que deseaba para mí y para mi bebé? Me pregunté si realmente estábamos decidiendo nosotras o si lo que creíamos que eran nuestros deseos y por lo tanto nuestras decisiones, en realidad eran las formas que tomaba el poder interiorizado desde cada una de nuestras subjetividades. Para mí, en todo momento, resultaba evidente que la mejor decisión era vivirlo lo más naturalmente posible, lo más esquivo de la clínica y sus intervenciones procedimentales, de ahí que mi pregunta iba dirigida fundamentalmente hacia quienes llevaban sus procesos bajo la heteronomía clínica y sus heterotopías. Por supuesto, después de vivir la experiencia de parir a María, que para mí fue maravillosa, me convertí en una pertinaz promotora del parto en casa. Tenía la idea de que quien se decide por la clínica construye su decisión a partir de un discurso científico de verdad al que no cuestiona porque no posee la suficiente información para hacerlo, así que me dediqué a informar a cuanta mujer embarazada conocía yo de las increíbles ventajas, tanto para ella como para su cría, de vivirlo lo más naturalmente posible y de las consecuencias más comunes de llevar a la clínica algo tan

fisiológico. La verdad es que terminé fastidiando a mis amigas embarazadas quienes sutilmente descartaban mis opciones sin más. Me di cuenta de que mi propia decisión no era para nada, una decisión más libre que las que tomaban otras mujeres en cuanto a la autonomía para hacerlo. Es decir, hablé con tantas mujeres sobre esto, algunas me pedían materiales, contactos, querían saber más y buscaron llevar sus procesos en casa – a algunas les funcionó a otras no –. Otras simplemente no, hablaban con sus médicos o médicas del tema, éstas les decían que era peligroso hacerlo así, y estas mujeres decidían seguir la ruta médica porque les generaba total confianza – más que sus propios cuerpos –. Así que sí, tanto ellas como yo, estábamos decidiendo la forma en que deseábamos vivir nuestros procesos de EPP desde distintos niveles de autonomía, pero siempre en referencia a lo que sabemos, a lo que vivimos, a lo que interiorizamos como la práctica más adecuada dependiendo de nuestras historias vitales.

Pues bien, tocó el turno de pensar en cómo y desde dónde quería yo entender las formas en que decidimos las mujeres llevar a cabo nuestros procesos de EPP inserta en la academia y la construcción del pensamiento científico. Recuerdo que en el primer semestre del posgrado un intento de este acercamiento lo escribí en primera persona y desde mi experiencia íntima porque me parecía que eso era la materia prima de donde partía lo que estaba por elaborar. Lo presenté a mi grupo del seminario de tesis y ahí, uno de los profesores que lo llevaba y algunas de mis compañeras y compañeros, me instaron a intentar hacer algo más objetivo si es que quería que se tratara de una investigación verdaderamente sociológica y no sólo un escrito sobre mis memorias. Como buena novata, aunque no estaba convencida, pensé que debía hacerlo como lo indicaba la figura de autoridad – que para mí nunca ha sido solamente el profesor, también mis compañeras y compañeros suelen representarme gran autoridad porque generalmente me parecen más aguzados que yo – y corregí ese texto escribiendo en tercera persona y lo más neutralmente posible. Cuando mi asesora de tesis, ahora querida amiga, Lucía Linsalata, revisó esa corrección me dijo que ella no trabajaría así y que si lo prefería podía buscarme alguien más

que me asesorara porque ella estaba en la línea de cuestionar ese positivismo de la ciencia moderna. Y me dijo algo que me pareció revelador:

Tú debes saber qué camino quieres seguir y, si estás convencida de él, lo vas a defender frente a cualquiera, sea tu profesor, sea yo misma. Él te pudo haber dicho lo que sea y seguramente te habrá argumentado muy bien su punto. A lo mejor en ese momento no supiste cómo defender el tuyo, pero vas, investigas, regresas con él, le argumentas por qué lo harás como lo harás y no te bajas del tren, sino que lo fortaleces.

A partir de eso me dispuse a investigar y a encontrar ese camino que es lo que presento a continuación. En primer lugar, muestro los escenarios epistemológicos a los que recorro. Explico a qué me refiero con *epistemologías* y las razones para no separar epistemología de metodología. Expongo además aquellas epistemologías que han hecho una crítica a la imposición positivista de las ciencias, los debates y las metodologías que ocupan, para presentar cómo estoy pensando y qué caminos estoy tomando para poder entender lo que quiero entender. En segundo lugar, presento las epistemologías con las que decidí acercarme al fenómeno en cuestión. Hago un breve recorrido por la historia de la etnografía y la autoetnografía, así como la posibilidad de usar los relatos de vida como abordajes científicos al momento de comprender cómo sucede un fenómeno social que es además tan subjetivo y dinámico como la vida misma. Finalizo presentando a las protagonistas de esta investigación, las mujeres que me cedieron su tiempo y me confiaron sus vivencias para poder comprender cómo estamos decidiendo vivir nuestros procesos de embarazo, parto y puerperio. Todo esto desde la crítica a dos cuestiones fundamentales de la ciencia positiva: por un lado, la objetividad neutral que invisibiliza a los sujetos que intervienen en el acto investigativo y su relación dinámica y, por el otro, la jerarquización de la visión todopoderosa de quien investiga sobre aquello que investiga.

CAPÍTULO 1. ESCENARIOS EPISTEMETODOLÓGICOS

*Las explicaciones científicas
no explican un mundo independiente,
explican la experiencia del observador.*

HUMBERTO MATURANA

En una de las múltiples entregas de adelantos de investigación que realicé a lo largo del posgrado, una de mis lectoras, mi querida amiga Raquel Rojas, mencionó la necesidad de entender y trabajar la epistemología y la metodología como *logos* complementarios entre sí, que no se excluyen el uno del otro sino por el contrario, están penetrados uno por el otro indefectiblemente. Me dispuse a investigar esto y entendí que, en el afán de operativizar la objetividad científica, se ha dado por separar la epistemología y la metodología en dos apartados distintos y distinguibles.

Por un lado, la epistemología, como lo indica la etimología de la palabra, es el estudio (*logos*) del conocimiento (*episteme*), es decir, es una metaciencia que se encarga de entender los procesos a través de los cuales se construye el conocimiento, particularmente el científico. Lo que la epistemología trata de observar son las determinaciones sociohistóricas, culturales, políticas y económicas que atraviesan esos procesos y, a partir de la comprensión de dichas determinaciones, se encarga de conformar los criterios que validan el conocimiento. Por su parte, la metodología es el estudio (*logos*) de los métodos (*methodo*). Método, a su vez, significa lo que está más allá (*meta*) del camino (*hodos*), es decir, la planeación y proyección del camino que se va a tomar, en este caso, el camino investigativo, para alcanzar, justamente, el conocimiento. Por eso, cuando pensamos en realizar una investigación, lo primero que elaboraremos será un proyecto que necesariamente incluirá una metodología: una propuesta que proyecte el camino a seguir para lograr nuestro objetivo, pero, además, ya desde esta

primera elaboración investigativa se encuentra también, las más de las veces soterrada, una perspectiva epistemológica.

Si quisiera elaborar una distinción entre ambos logoi, diría que la epistemología es más filosófica y la metodología, más bien es práctica; que la epistemología se pregunta por la naturaleza del conocimiento, *cómo-está-construido*, mientras que la metodología se pregunta por *cómo-construirlo*; que la epistemología quiere profundizar en el para qué de tal o cual conocimiento, su finalidad, en tanto que la metodología lo que quiere es causarlo, ser el medio para llegar a él; que la epistemología busca verificar el valor de verdad del conocimiento, y la metodología procura otorgarle ese valor; que una sería más bien ética, la otra, pragmática. Esta distinción pierde sentido porque de hecho al hacerla se puede ver que la epistemología y la metodología son dos niveles de un mismo proceso de conocimiento, particularmente científico, que se encuentran articulados: del movimiento de uno depende el movimiento del otro, por lo que no se puede elaborar una epistemología sin metodología y a la inversa.

Sin embargo, esta articulación se presenta velada. Al momento de explorar las posibles metodologías que me permitirían responder a mi pregunta de investigación, me di cuenta de que, ahondando entre los posibles paradigmas metodológicos, estaba definiendo una posición epistemológica. Al tiempo que empiezo a concretar la ruta que deseo seguir para lograr el entendimiento que pretendo alcanzar, se va develando cuál será su naturaleza, desde dónde miro la realidad y qué pretendo alcanzar con esa mirada en particular, cuál será su validez científica y ética. Pienso en esto frente a las preguntas fundamentales que se plantea la epistemología: ¿Cómo conocemos? ¿De dónde surge el conocimiento? ¿Cómo distinguir lo verdadero de lo falso? Y mientras lo pienso, al reflexionar en el camino que quiero seguir, van surgiendo los pasos que iré dando: ¿Cómo deseo *yo* conocer? ¿Sólo a través de la razón o permitiendo que permanezcan y formen parte del análisis las emociones y los afectos que

originaron y sostienen esta investigación? ¿De qué manera puedo estructurar estos elementos dentro de una configuración ético/política que me permita alcanzar un conocimiento que contribuya a las prácticas sociales? ¿Puedo construir un conocimiento social *verdadero* desde mi experiencia singular y los vínculos afectivos que sostengo con las mujeres que forman parte de mi investigación? ¿Cuáles son las repercusiones éticas de tomar este camino?

Hace sentido hablar de epistemología particularmente en la investigación que estoy presentando y las circunstancias específicas que la inspiran: por un lado, que surge de mi experiencia personal claramente impregnada por una posición propia, íntima, frente al fenómeno; y por el otro, que deseaba y me parecía pertinente tomar como sujetos de estudio a mujeres con quienes sostengo un lazo afectivo. Muchas cuestiones surgieron alrededor de mi pregunta de investigación: ¿cómo puedo construir un conocimiento veraz partiendo de la subjetividad de un grupo de mujeres que hemos vivido un proceso de EPP con quienes, además, sostengo vínculos afectivos? ¿Qué instrumentos debería tomar en cuenta para lograrlo? ¿De qué manera esos instrumentos verifican la validez de lo que intento aportar? Toda esta diatriba me colocó en un sitio, en una posición frente a la ciencia positivista – patriarcal, colonial, capitalista – y su enfoque exclusivamente racional que descarta otras dimensiones desde las que también brota el conocimiento científico y que vienen con el paquete de ser humanas. Asumí esta posición no para *reivindicar* por ejemplo los afectos o el cuerpo como fuentes de conocimiento e *invitar* a que se incluyan en los formatos de investigación académica, sino para *ratificar* el hecho ineludible de que estas dimensiones constituyentes del ser humano hacen parte de cualquier proceso de producción de conocimiento, incluido, el científico y, *explicitarlo*, es una labor primordial.

En esta investigación me he propuesto realizar una epistemología (auto)etnográfica, es decir, una etnografía autorreferencial en el sentido de que mi experiencia singular se hila con

la experiencia de amigas, colegas y parientes con quienes comparto algún vínculo afectivo a partir del cual elaboro nuestros relatos en una trama que voy pasando por la urdimbre teórica que he tejido a lo largo del posgrado. De esta manera decidí construir mi unidad de análisis. Las diversas narraciones que cada una de nosotras, mujeres en condiciones similares, vamos estructurando para elaborar un discurso en la memoria sobre nuestras vivencias de embarazo, parto y puerperio, me permiten explorar en nuestras subjetividades y las elaboraciones que llevamos a cabo al momento de tomar decisiones sobre nuestros cuerpos, nuestros espacios, nuestros afectos. Y son justamente los afectos que nos vinculan los que me permiten develar y leer estas subjetividades dentro del texto – el intertexto, el intratexto y el hipertexto, como podríamos leer estos discursos –, y desde ahí, a las mujeres que los nutren. Además, frente a las pocas posibilidades de elaborar un trabajo de campo y su etnografía en plena forma y figura dadas las circunstancias pandémicas y también investigativas, este conocimiento afectivo previo de mis informantes – incluida yo –, me facilita aquel primer acercamiento necesario en todo trabajo de campo que habilita una vinculación y una apertura entre investigadora y grupo social de estudio.

César Tello (2012), promueve un enfoque de “vigilancia epistemológica en la investigación de campo. Esto conlleva necesariamente a realizar por parte del investigador un meta-análisis de su propia investigación.” (53). La insistencia en este enfoque es porque la ineludible observación cuidadosa de la construcción epistémica que se va generando en cada paso que damos, está en desuso, y contrasta con lo que actualmente se presenta en la investigación cualitativa y de campo que resulta en una dinámica utilitarista/extractivista de recolección de datos a través de diversas modalidades técnico-metodológicas que, si bien pueden materializar el proceso investigativo, las más de las veces mantienen fuera del escenario el sustento epistemológico del que se sujeta, presentándose como una investigación “neutral e independiente de la realidad social y cultural” (53). El asunto es que la ansiada neutralidad de la

ciencia positivista es reduccionista y, se busque o no hacerlo, manifiesta una perspectiva, una interpretación, una postura frente a la realidad: siempre habrá parcialidad en todo enfoque, pero es necesario mirarla, admitirla y, sobre todo, explicitarla en los trabajos académicos que presentamos porque

(...) sería una falacia sostener la neutralidad del investigador en su proceso de investigación, tanto en la obtención de los resultados como en la difusión de conocimientos, imposibilitando la reflexividad epistemológica sobre su propio proceso de investigación (...) atenta contra la solidez y coherencia del proceso de investigación. (Tello; 2012: 55)

Las perspectivas y posiciones epistemológicas que se asumen frente a lo que observamos refieren también a una dimensión ética que además compromete a la investigadora con la realidad social con la que se involucra en una dimensión política (Bourdieu; 2008). En la práctica, mantener esta visión requiere una atención constante que permita entrelazar aquella perspectiva o cosmovisión epistemológica en la que consideramos deseable y necesario insertar lo que estamos investigando – autoras y autores que revisamos –, con la posición epistemológica propia – política y ética – con la que leemos y construimos nuestros mundos, con la que nos *situamos* en él. Hay un tercer elemento en este cruce que es justamente la elaboración de una epistemología: “No consideramos a los ‘enfoques metodológicos’ como meros instrumentos sea de recopilación, sea de análisis de información. Sino como el ‘método del logos’, esto es el modo de pensar el logos” (Tello; 2012: 58). Mantener esta vigilancia epistemológica, a más de ratificar la presencia de valores, afectos, ideologías que se involucran en toda investigación científica, permite explicitar qué valores, afectos e ideologías permean la investigación particular que se presenta y cómo concurren dentro de los resultados de estudio. De esta manera, la objetividad y los criterios de validez se mantienen firmes y coherentes, se presenta y se mantiene

a lo largo de la investigación al sujeto que estudia y su particular subjetividad sin hacer generalizaciones que flotan en una *nada* irreal y que dan por sobreentendida una epistemología no trabajada, vigilada, explicitada, que resulta superficial.

Ahora bien, la elección específica de sujetas de investigación que he realizado representa también una impugnación a uno de los criterios de la validez científica positivista fundamental: la separación y distancia entre investigadora e investigadas, posición que deseo fundamentar. Me he propuesto profundizar en mi propia experiencia y en la de mis amigas al vivir el proceso de EPP a través de esta investigación, y pensé hacerlo dentro de un espacio académico porque deseo que lo que estoy realizando tenga un determinado valor de verdad. Ahora bien, los paradigmas desde los que se construye y verifica este valor, provienen de la imposición de un grupo dominante localizable: la academia, que ha sido y sigue siendo un espacio antropocéntrico, androcéntrico, misógino, colonial que se guía por dinámicas de producción patriarcal, capitalista y colonial de conocimiento¹. Pues bien, el reto es justamente este: realizar

¹ Durante las dinámicas que se llevaron a cabo en el *Primer Taller: Dibujar juntxs nuestra cuerpo anti-patriarcal. Ejercicios feministas de mapeo corporal entre la comunidad del Posgrado de Sociología de la BUAP*, realizado entre octubre y diciembre del 2021 en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Alfonso Vález Pliego, salieron a la luz los sentimientos y reflexiones, las experiencias vividas y atestiguadas de situaciones en que se ha ejercido alguna forma de violencia patriarcal dentro de la academia. El objetivo del taller era justamente nombrar y visibilizar las violencias que se ejercen sobre nuestros cuerpos y nuestras subjetividades dentro de los espacios académicos en los que permanece la perspectiva patriarcal de la que nacieron, pero que, sin duda, hay que transformar. Durante las sesiones se compartieron situaciones de acoso sexual y laboral basado en jerarquías, entre académicos y administrativos, profesorado y estudiantado, hombres y mujeres indistintamente, entre pares, etc. También se hizo notar el desdén por las propuestas investigativas que se ocupan de las situaciones que vivimos las mujeres, así como las que se busca realizar desde epistemologías alternativas al científicismo positivista. Además, los inflexibles tiempos investigativos no toman en cuenta las dificultades de las maternidades y paternidades, por el contrario, les representan una rémora a lo que sería una especie de línea de producción científica rentable. Este tipo de ejercicios son una muestra de que las mujeres dentro de la academia estamos paradas, en resistencia y luchando, por transformar la

una investigación que tenga un valor de verdad partiendo de una posición epistemológica que desafíe esos paradigmas, porque desde su origen que se localiza en el interés primario por comprender un fenómeno social, se encuentra una mirada personal, subjetiva, íntima y resulta en una cuestión ética el mantener esa mirada y explicitarla durante cada momento que se presenta en la investigación, entre otros, en el de la reflexión epistemológica. Deseo poner a discusión dos de las diversas dicotomías modernas en que se basa la construcción de conocimiento científico y positivista: 1) por un lado, la separación entre *razón* y *cuerpo*, *razón* y *afectos*, *razón* y *emoción*, *razón* y *espiritualidad*; 2) por el otro, la separación entre la *persona que investiga* y lo que se da en llamar el *objeto de investigación*.

Hay pues, un paradigma científico dominante sobre el que nos paramos, inevitablemente, quienes deseamos meter las narices en los centros de investigación académica. Este paradigma se abrió paso y tomó su posición hegemónica a partir de que se descubrió a la razón como el elemento que, despojado de un cuerpo finito y vulnerable y de un dios regidor de todos los fenómenos que la realidad nos puede presentar, permitiría encumbrar al Hombre (varón, blanco, burgués) como dueño de todo (naturaleza, mujeres, pueblos) como único poseedor de la razón. Esta razón le pertenece a cada individuo que se hace responsable de cultivarla, no sólo para acceder al conocimiento sino también para trascender, para ir más allá de su materialidad hacia una verdad única, como un proceso, repito, individual. Esta verdad única se impone desde una especie de subjetividad colectiva representada por un sujeto al que Amaia Pérez (2014) denomina: el sujeto BBVAh (Burgués, Blanco, Varón, Adulto, heterosexual), al que yo le agregaría – aunque rompiera con el sentido metafórico que lo liga a conocido banco español con presencia internacional –, la E de Europeo que tal vez ella, como originaria y

academia patriarcal, capitalista y colonial en espacios de construcción de conocimiento que sean incluyentes de lo múltiple y diverso.

habitante del viejo continente, no tiene tan detectado, pero que sí hace parte en el imaginario social global de la dominación colonial.

En el territorio de las ciencias este sujeto es el que domina, el que pone e impone las pautas epistemológicas y las normas metodológicas que se han de seguir en la ruta por la validez científica a la que, como con cualquier dios o diosa de cualquier época y lugar, deberíamos aspirar, porque nos devela esa única verdad. Esa Verdad se traduce en una producción de conocimiento androcéntrico, antropocéntrico, etnocéntrico y hoy en día, mercadocéntrico. Frente a esta perspectiva científica producida por, desde y para los hombres, que subordina los temas, menosprecia los métodos y descorporiza el quehacer científico de las mujeres y otros agentes de conocimiento habitualmente marginados, han surgido distintas propuestas, algunas arraigadas y en resistencia, otras más novedosas, pero todas con intención de desarticular la imposición dominante para dar entrada a otras construcciones analíticas más cercanas a las distintas realidades que se viven y que son atravesadas por categorías como el sexo, la raza o la clase social a la que se pertenece.

1.1. PENSAR DESDE EL SUR

*Se propone poner un freno a lo estrictamente racional
para que puedan aparecer otras formas
de conocer y conocerse,
de pensar y pensarse,
de sentir y sentirse, con uno y con los otros.*

MARÍA NOEL

Una de las primeras epistemologías en resistencia a las que me acerqué en mi vida – previa al posgrado –, fue a la *Epistemología del Sur* propuesta por Boaventura de Sousa Santos (2009).

A través de ella supe y entendí que el modelo de racionalidad de la ciencia moderna, en primer lugar, no era el único e inigualable modelo al que se debe aspirar desde cualquier territorio de construcción de conocimiento si se quiere alcanzar la Verdad; en segundo lugar, comprendí cómo este modelo niega toda capacidad de racionalidad en formas de conocimiento que no se rigen por sus paradigmas epistemológicos y metodológicos. Una negación con la que yo había estado de acuerdo mucho tiempo hasta que pude caer en la cuenta crítica de que es una negación cuya utilidad más concreta es la capacidad de ejercer un poder específico y localizable sobre todas las realidades del mundo. De Sousa da cuenta de esto y propone justamente esta epistemología del Sur como:

(...) la búsqueda de conocimientos y de criterios de validez del conocimiento que otorguen visibilidad y credibilidad a las prácticas cognitivas de las clases, de los pueblos y de los grupos sociales que han sido históricamente victimizados, explotados y oprimidos, por el colonialismo y el capitalismo globales. El Sur es, pues, usado aquí como metáfora del sufrimiento humano sistemáticamente causado por el colonialismo y el capitalismo (12)

Esta metáfora del Sur fue durante mucho tiempo una brújula en mi pensamiento cotidiano por una experiencia peculiar que viví en la selva Lacandona. En el año 2004 estuve trabajando en un bachillerato dentro de la comunidad tzeltal de San Jerónimo Tulijá, en Chiapas. Esa comunidad fue constituida cinco décadas antes con el apoyo de la Misión Jesuita de Bachajón y en ese momento me tocó presenciar un evento muy singular. Llegaron a la comunidad muchas de las personas que trabajaban en la misión para realizar un festejo por los cincuenta años de fundación del pueblo. Se llevaron a cabo diversos talleres y ceremonias, comimos *wakash* (res) y *chitam* (puerco), bailamos el baile tradicional y otros bailes menos arraigados. Pero el evento principal fue dirigido por los *jtatikes* (señores) de mayor jerarquía – aún se observaba una

sociedad bastante gerontocrática y androcéntrica, aunque eso ha ido cambiando con el tiempo – y consistió ya no en una misa católica como las que se habían celebrado los días anteriores, sino en un ritual en el que se incluían mazorcas de maíces de distintos colores, los cuatro elementos de la formación del mundo: fuego, tierra, agua, viento, y los puntos cardinales desde los que se creó el universo. Al terminar el ritual, los jesuitas que estaban sentados observando la ceremonia, se levantaron, se acercaron a los *jtatikes*, se hincaron frente a ellos y les ofrecieron disculpas por haber sido parte en la negación, degradación y destrucción que la iglesia católica había hecho sobre las creencias, rituales y modos religiosos de sus pueblos, sobre su cosmovisión total. Me pareció un acto de notable humildad, sin embargo, cuando hablé con uno de los *jtatikes* con quien tenía una relación abuelo/nieta bastante profunda, quien además era el diácono principal del pueblo, me dijo que esas cosas ya no tenían sentido para él. Me contó que su mamá era sanadora y él también, pero que desde que había conocido la palabra de Cristo eso había cambiado. Decía que esos eran actos de brujería que no eran aceptables y que habían hecho ese ritual por petición de los sacerdotes de la misión a quienes les debían mucho, pero en realidad, ya no era parte de sus creencias. Sentí una honda pena por esa respuesta. Luego, cuando entendí la metáfora del Sur, me di cuenta de que lo que De Sousa había denominado como *epistemicidio*, había logrado con el paso del tiempo, un tiempo lleno de violencia y opresión, minar diversas cosmovisiones sobre el mundo que hubiesen podido significar una apertura mayor a su conocimiento y entendimiento para transformarlo. Pero justamente esto no había sido algo casual, sino causal, en el sentido de que había una plena intención de sumir en el vacío estas otras formas de ver el mundo para imponer una sola, una única Verdad que permitiría justificar los despojos, las distintas formas de explotación y la marginación de la mayoría de la población por parte de una minoría muy poderosa en tanto logra imponer su Verdad.

Para De Sousa, es fundamental entender estos epistemicidios desde la articulación capitalismo-colonialismo ya que, aunque este último parece haber finalizado formalmente en un estricto sentido político, en un sentido más amplio sigue vigente en tanto permanece en las expresiones sociales, culturales y también políticas y, de este modo, rige nuestras relaciones en esos niveles. Dependiendo también de la geografía en que nos encontremos tendremos nuestras subjetividades colonizadas de distinta manera quienes hemos nacido y crecido dentro de las colonias, que quienes han nacido y crecido en las metrópolis, pero esas subjetivaciones aún permanecen y se expresan en cada relación social que llevamos a cabo. El autor llama a esto *poscolonialismo*, pero considero que si el sufijo *pos-* necesariamente refiere a lo que sigue de algo que ya se acabó y, si estamos de acuerdo en que el colonialismo no ha acabado, sino por el contrario, se ha profundizado y fortalecido en las sutilezas de un lenguaje político *democrático*, no me parece del todo adecuado integrar dicho sufijo a un hecho que efectivamente, no ha terminado, aunque se busque usarlo incluso para denominar una forma de resistencia, por lo que seguir hablando de colonialismo sin prefijos, me parece necesario para develar un hecho que se pretende matizar desde el poder. Si algún prefijo ha de usarse para definir un acercamiento al conocimiento con propiedades contrarias a las formas en que lo hace el colonialismo, sería el prefijo *anti-*, hablamos de una epistemología *anticolonial*.

Ahora bien, pensando en cómo ubicarme epistemológicamente, la metáfora del Sur me pareció una propuesta adecuada hasta cierto punto para lo que busco realizar. En gran parte porque como mujer latinoamericana, admiradora del mundo mesoamericano que resiste y permanece en nuestras culturas y que pertenezco a estos territorios, a sus historias y a sus dolores, me sentí identificada con el planteamiento. Aún recuerdo al coordinador de mi carrera universitaria desilusionándome al asegurar que la filosofía sólo se podía realizar en Europa y Estados Unidos, y que a lo que nosotras podíamos aspirar era a reproducir esa filosofía y en todo caso, lograr una estructura de pensamiento con alguna propuesta más o menos interesante, pero

que desde nuestra localización era imposible filosofar en el sentido estricto de esa disciplina – el hombre consideraba que ese nivel de abstracción filosófico no estaba inscrito en nuestros genes, al parecer aún muy inferiores que los de nuestros dominadores –. Esa subjetividad colonizada con un puesto académico de alto rango me molestaba mucho y en ese momento no sabía cómo contraargumentarla, hasta que leí *Una epistemología del Sur* que me permitió comprender cómo funciona esa forma de dominación. Aun así, encuentro un límite importante en este análisis. La metáfora del Sur se refiere a los grupos sociales históricamente marginados dentro de los que se puede incluir el de las mujeres, el de las juventudes, el de la diversidad sexual o el de los pueblos originarios, pero al momento de identificar desde dónde proviene la marginación, localiza el problema sólo en las relaciones capitalistas y coloniales, ignorando las relaciones patriarcales que incluso las antecede y de algún modo, también las organiza. Aunque abordaré este entramado trifásico poderoso con mayor profundidad en un momento posterior, no quiero dejar de mencionar el hecho de que De Sousa olvidó que, imbricado junto al capitalismo y al colonialismo, se encuentra y con mucha fuerza, el patriarcado, al que probablemente no tomó en cuenta desde su posición masculina, pero que también forma parte de toda la estratagema capitalista y colonizadora de dominación².

Durante uno de los seminarios del posgrado, abordamos la propuesta epistemológica a la que nos exhorta el feminismo. Posteriormente me adentré más en ella y me pareció una potente invitación a pensarme y pensar mi investigación desde un Sur feminista

² En el mes de abril del 2023, en un artículo publicado en la compilación titulada *Conducta sexual inapropiada en la academia*, tres estudiantes de posgrado del Centro de Estudios Sociales (CES) de la Universidad Iusa de Coimbra, en Portugal, denunciaron la conducta sexual inapropiada que Boaventura de Sousa Santos había ejercido sobre ellas aprovechando el enorme poder simbólico que detenta. Tristemente, algunos de nuestros ídolos se caen, pero es parte de nuestra alegre rebeldía que las mujeres hagamos resonar nuestras voces denunciando este tipo de violencias.

por varias razones. Esta investigación trata de un momento muy peculiar y trascendental en la vida de las mujeres, el momento en que decidimos convertirnos en madres. Es probable que el hecho de que sea un tema que nos incumbe particularmente a nosotras lo hace ya un tema para la epistemología feminista, aunque esto no quiere decir que, al construir conocimiento desde esta postura, sólo se puedan abordar temas exclusivos de mujeres, ni que toda investigación sobre problemas que nos atañen a nosotras directamente sea feminista. Pero bueno, es un primer punto en que me apunto a esta forma de conocimiento en particular. En realidad, me siento identificada con la epistemología feminista desde varias esferas: el conocimiento situado, la teoría del punto de vista y aunque de pronto parezcan chocar unos con otros, también me identifico con el empirismo y el posmodernismo. Me parece importante ahora reconocer desde qué lugares fue que decidí abordar este tema y qué propuestas me han parecido funcionales e importantes para el desarrollo de la investigación, manteniendo en la medida de lo posible, una posición ético-política respecto a todo mi proceso investigativo.

**1.2. PERO... ¿Y DÓNDE ESTÁN LAS SUJETAS DE LA INVESTIGACIÓN?
EPISTEMETODOLOGÍAS FEMINISTAS**

- ¿Nervioso?

- Sí.

- ¿Es su primera vez?

- No, he estado nervioso muchas veces antes.

AIRPLAINE!

En la muy nominada película de culto de los años ochenta, *Airplaine!*, que en Hispanoamérica se tituló: *¿Y dónde está el piloto?*, se produce una parodia del género de cine de catástrofe que en ese momento estaba en boga. Lo que se busca ahí es convertir una situación dramática en algo sumamente cómico, conversión que huelga decir, tuvo gran éxito en la audiencia.

Situaciones absurdas que se van presentando frente a la tragedia de ir en un avión en pleno vuelo sin piloto que dirija el viaje, me parece una buena metáfora del absurdo que implica hacer un viaje en la construcción de conocimiento sin la presencia del sujeto que investiga, del piloto, pues, de quien dirige el viaje. Un vacío absurdo e irrisorio, que nos implica meternos en una serie de desaguados con tal de formalizar, de dotar de objetividad científica a lo que se está investigando, pero que termina volviéndose grotesco, alejándonos de nuestro punto de destino: el conocimiento.

La objetividad científica positivista desaparece al piloto pretendiendo que el conocimiento es *en-sí-mismo*, como una esencia que está más allá de nuestro entendimiento, pero al que podemos acceder si y sólo si, usamos la razón y nada más, como si el piloto del avión pudiera deshacerse de su cuerpo intoxicado y continuar el vuelo sólo con sus conocimientos de navegación aeronáutica sin usar manos, pies, incluso, cerebro – en la película, suplen los cuerpos del piloto y del copiloto con un muñeco inflable que pronto empieza a desinflarse –. Desde el pensamiento positivista dominante, la negación o el ocultamiento del sujeto que investiga es base para crear una distancia con el fenómeno a investigar, cuestión fundamental para convertir este fenómeno en un *objeto* de estudio, aunque en realidad no se trate de un objeto en el sentido de *cosa*. Este pensamiento trata de despojar, tanto a quien investiga como a lo que se estudia, de los lentes socioculturales con los que forzosamente miramos el mundo, despojarles de las vibraciones corporales de los afectos, necesidades, emociones, que nos abarcan necesariamente. Se nos enseña que sólo así se puede develar la verdad. Se descorporiza a la verdad, se le sustrae la materialidad que le proporciona realidad. Esa verdad que soy yo, quien investiga, esa verdad que son las sujetas de mi investigación y esa verdad que es la relación intersubjetiva entre esas sujetas y yo, es despojada del cuerpo, se nos abstrae, se nos cosifica.

La objetividad de la ciencia positiva inicia negando y termina rompiendo esos lazos corporales-afectivos para crear otros sustentados exclusivamente en la razón – a la que igualmente habría que mantener fuera del cuerpo y los afectos –, unos que exigen el alejamiento y la jerarquización para encontrar una verdad que no somos ni yo, ni las sujetas de investigación, ni aquella relación que nos une, sino una verdad superior a nosotras, una verdad tan abstracta como universal. Metafísica, que no es posible, porque no hay manera de salirse de la propia piel, de nuestros mundos material y simbólico, para observar *en-su-ser*, en su *esencia*³, algún fenómeno de la vida natural o social. Esta Verdad – sí, con mayúscula, porque se pretende la *única* verdad, la *verdad verdadera* – me resulta ahora incomprensible, incluso la considero un *verdadero* engaño, desde la incauta idea de que los fenómenos, naturales y sociales, existen por sí mismos, *son* en sí mismos y no en tanto resultado de su interdependencia con el entorno del que son parte y con el que están ineludiblemente relacionados. Esta Verdad proviene de la moderna noción de que la trascendencia se consigue sólo a través de la razón, es decir, de aquello que está más allá de toda materialidad, que trasciende la fugacidad del cuerpo viviente. Así, todo contiene esta Verdad localizada más allá de lo que muestra y se encuentra vacía de toda relación o conexión, esa Verdad que todo lo habita, es lo que hace ser al ser, por lo tanto, para acceder a esta Verdad que sería el objetivo de la ciencia positiva, hay que hacer a un lado nuestra propia conexión (afectiva, deseante, potente) con tal fenómeno u objeto a investigar.

3 Sería posible disponernos a abordar aquí el cuestionamiento a la esencia de las cosas, de las personas, de las sociedades, de los fenómenos que nos presenta la realidad. Lo que existe, ¿existe por sí mismo o existe relativamente, es decir, en cuanto entra en relación con un sujeto de percepción? Es un tema para profundizar en alguna oportunidad, por el momento sólo me gustaría plantear mi postura ante esa idea y decir que, si existe una esencia, esta se ha de encontrar en las relaciones que se establecen entre vivientes, no-vivientes y entre los primeros y los segundos, aunque las características de lo esencial, permanencia e invariabilidad, no me parecen sostenibles.

¿Pero cómo sería esto posible? Ya desde el mostrar interés por algún tema en particular es un hecho intersubjetivo, tiene que ver con emociones, sentimientos, pensamientos, relaciones y conexiones que mantenemos con aquello que deseamos investigar y con el mundo en general que nos rodea. Además, quienes investigamos lo hacemos desde un cuerpo específico, particular, cargado de las improntas de nuestra historia personal, historia que se localiza en un lugar particular. Así que pretender que esto no es así, e incluso negar que nuestras subjetividades se mantienen en cada observación, experimentación, aproximación es un engaño y, peor aún, un autoengaño supremo. Me pregunto entonces, ¿no es más real asumir el hecho de que estamos investigando, lo que sea que estemos investigando, desde cualquier disciplina, partiendo de una posición específica en el mundo? Porque no serán los mismos temas, los mismos abordajes, los mismos resultados, si quien investiga es hombre o es mujer, si trabaja para Oxford o para la Universidad de la Tierra o si recibirá una gratificación económica o de prestigio al investigar una cosa y no otra, y ése es un terreno político que se disputa desde las diversas posturas académicas y epistemológicas. Necesariamente, como característica propia y consustancial de nuestra humanidad, vivimos el mundo sujetas a él y, nuestro mundo humano es la cultura, la relación simbólica que establecemos con él en toda su diversidad, así que la objetividad, la rigurosa científicidad positiva y moderna, es una falacia, porque todos los fenómenos están en relación con las sujetas que los estudian, ineludiblemente. Pues bien, hay una intención detrás del apremio científico por escindir los lazos de interdependencia entre nosotras y todo aquello que se ha denominado por siglos *objeto* de estudio en esta especie de desmaterialización del mundo, y es que este rompimiento permite procesos de desafección y jerarquización que dan paso a ciencias dominantes que, con la legitimidad de la presunta verdad que sostienen, se traducen en formas de coerción sobre territorios y cuerpos considerados inferiores, susceptibles de despojo y explotación. Así es, la imposición de esta metafísica del absoluto ha sido uno de los fundamentos más sustanciales de los que se ha valido la dominación

patriarcal, capitalista y colonial, para decretar un orden social que justifica jerarquías, controles y despojos sobre cuerpos, territorios y, por supuesto, conocimientos.

Una de las autoras con una crítica sustancial a este modelo dominante de construcción de conocimiento científico, es Donna Haraway (2010). Debo confesar que su lectura me resultó más bien compleja, un poco por su variada formación académica y otro poco por el estilo metafórico tan singular que despliega al redactar, pero a fuerza de hacer varias lecturas he logrado comprender un poco su posición. Haraway ubica la objetividad positivista, descarnada, “con referentes siempre vacíos, con significados diferidos, con sujetos desdoblados y con el juego interminable de los significantes” (316), como resultado de la ley del padre, es decir: la ciencia objetiva positivista es patriarcal. Es una forma de poder que se realiza a través de la retórica, una interpretación del conocimiento a través del lenguaje que trata, más que de la verdad, de la persuasión. Junto a esta crítica a la epistemología patriarcal, se pregunta por las búsquedas teóricas que se han dialogado y manifestado dentro del feminismo por una objetividad encarnada y la validez del punto de vista. Teorías como el construccionismo y el marxismo humanista de las que se ha valido la epistemología feminista para su propia autoconstitución, resultan incompletas desde su postura más bien posmoderna para el propósito de una epistemología feminista que aspire a dejar de lado el reduccionismo semiótico, lingüístico, metodológico, en el que nos encierra el positivismo patriarcal. Para Haraway, hay un problema en este intento feminista de crear una forma propia de construir conocimiento científico: es difícil romper con los referentes dominantes.

Pero la dificultad y la pérdida no son necesarias. Derivan en parte de la tradición analítica que tanto debe a Aristóteles y a la historia transformadora del <<patriarcado capitalista blanco>> (¿de qué otra manera podríamos llamar a esa Cosa escandalosa?), que transforma todo en un recurso apto para ser apropiado,

en el que un objeto del conocimiento no es más que material para el poder seminal – el acto – del que conoce. Aquí el objeto garantiza y refresca el poder del conocedor, pero a cualquier estatus como *agente* en la producción del conocimiento debe negársele el objeto. En breve, el mundo debe ser objetificado como cosa, no como agente. Debe ser materia para la autoformación del único ser social en la producción del conocimiento, el conocedor humano (Haraway; 2010: 340-341)

Esta noción de que lo que conocemos es una *cosa* inerte y pasiva sobre la que recae la mirada *todopoderosa* de quien conoce, sujeto apto para traducir la realidad en tanto lograra escindirse de ella y desencarnar su proceso de conocimiento, hace parte de la crítica propuesta por la autora a la que me adhiero en esta investigación:

Los conocimientos situados requieren que el objeto de conocimiento sea representado como un actor y como un agente, no como una pantalla o un terreno o un recurso, nunca como esclavo del amo que cierra la dialéctica en su autoría del conocimiento <<objetivo>> (341)

Cuando ella habla de conocimientos situados está argumentando que la epistemología feminista y la construcción que nosotras hagamos de ella debe replantear los roles de sus protagonistas. Por un lado, reconocer que el sujeto que conoce lo hace desde un sitio, desde un lugar, su producción de conocimiento está localizada en un punto dentro de un contexto que, al darle forma al sujeto que conoce, le da forma también a aquello que está conociendo: desde las realidades que elige y erige como relevantes para el conocimiento científico, hasta cómo se acerca a ellas y cómo las elabora en esta dialéctica entre lo que puede observar desde su posición y lo que la realidad le demanda observar. Por el otro, acoger la capacidad de agencia de aquella fracción de realidad que está conociendo como generadora no sólo del entorno en que se

desenvuelve, sino también del mismo proceso de conocimiento al que hay que aceptar como eso, como un proceso inacabado e inacabable por el que transitamos en un momento determinado.

El sitio desde el que se planta la mirada es un lugar político/ético que se expresa en la forma epistemológica con la que nos acercamos a la realidad, por lo tanto, el lugar de la mirada es importante en la producción de conocimiento científico. Esta mirada es el Punto de vista que puede reflejarse, o bien en el intento de abstraerse a una misma de la realidad a conocer – un Punto de vista que se niega a sí mismo – o bien, puede encarnar tanto a quien conoce como lo que conoce, darle cuerpo, materialidad y agencia. En la ciencia positivista la mirada se ejerce como un poder sobre lo que se observa, un poder abarcativo y totalizador capaz de encumbrarse como único poseedor de la verdad total de lo que observa, por eso, la noción de *la mirada* ha sido criticada por las feministas objetoras de aquel modo de producir conocimiento. Haraway reivindica la mirada porque, como menciona, el trastocamiento que logremos hacer en nuestras elaboraciones epistemológicas no tiene que representar una dificultad y tampoco tenemos porqué perder o desechar posibilidades analíticas que nos pueden ser útiles, aunque la forma en que las usemos no provenga de la perspectiva de aquel patriarcado capitalista blanco que también denomina: *Esa Cosa Escandalosa* y que hasta ahora aquí he señalado como la ciencia positivista.

Por supuesto, como ocurre con toda mirada, el conocimiento no puede ser total y no debería aspirar a serlo, pero, el hecho de su parcialidad, no es necesariamente un límite o una imposibilidad en el conocimiento humano científico, por el contrario, para Haraway y muchas otras científicas feministas, es un privilegio. Es decir, y nuevamente intentaré explicarme de mejor manera: frente a una ciencia positiva que desaparece al sujeto que conoce o que lo coloca fuera de la realidad que conoce, el Punto de vista parcial propone un conocimiento situado, un conocimiento encarnado; frente a una ciencia positiva que cosifica a la *realidad-por-conocer* y

la declara inerte y pasiva, se propone a esta realidad como un agente de transformación constante, dinámico, vivo; frente a una ciencia positiva que se autoerige como *La mirada que todo lo abarca* o que debe aspirar a eso, se propone una mirada honesta que es consciente de sí y de sus límites, de la parcialidad de su alcance, de lo provisional del conocimiento.

Sandra Harding (2010; 2012) es quien propone la teoría del Punto de vista. Junto con otras teóricas feministas del conocimiento, “se ocupa del dualismo fundamental del hombre y la naturaleza, del cuerpo y la mente, del controlador y el controlado” (Haraway; 2010: 109) y nos invita a edificar una *ciencia de sucesión* que se fundamente en lo diferente y lo múltiple como características fundamentales de la construcción del conocimiento (321), lo que parece más cercano a la ética y a la política, que a la epistemología, o bien que se puede traducir en una epistemología ética y política. Cuando Harding plantea la teoría del Punto de vista apunta al hecho de que en los marcos interpretativos dominantes que, como hemos aducido a lo largo de este texto, se pretenden universales, hay de hecho, escondidos en las sutilezas del lenguaje científico objetivo (objetivante), puntos de vista masculinos, abordajes que se ponen en boga de acuerdo con sus intereses, una perspectiva androcéntrica y distante. Pues bien, las mujeres en la ciencia sentimos el deseo y la necesidad urgentes de exponer nuestros propios puntos de vista, abordar temas de interés que nos conciernen exclusivamente a nosotras – como el que presento aquí –, y explorar formas de abordarlos desde nuestras subjetividades, no con la intención de desechar la objetividad y el cientificismo, sino de convertir esta *objetividad débil* – en tanto que está parada en la nada de la abstracción individualista falocéntrica –, en una *objetividad fuerte* (Harding en Blázquez; 2012) que permita poner sobre la mesa a todos los sujetos actuantes dentro del proceso investigativo en un mismo plano crítico y con todos sus prejuicios culturales expuestos. Afectiva o desafectada, se va configurando una relación entre estos sujetos. Desde la objetividad débil, la mirada objetiva/objetivante del sujeto que investiga se posa sobre aquel objeto de tal manera que la relación que se configura entre ellos es interpretada como un

descubrimiento individual y una conquista de la realidad a través del conocimiento que permite controlarla y poseerla. Desde la objetividad fuerte que propone el feminismo, la mirada subjetiva no se posa *sobre* un objeto sino *frente* a un sujeto – sea cual sea la materia que se aborde – que se presenta como una sorpresa permanente; se configura aquí una relación dialógica, una conversación entre seres mutables, cambiantes, dinámicamente subjetivados. Esta objetividad, además, no muestra intenciones universalizantes, no es neutral ni totalizadora como la dominante en su presunción de Verdad, sino que es una objetividad explícita e intencionalmente parcial que se construye a partir de diversas perspectivas, abordajes, entendimientos... subjetividades, en una forma de construcción de conocimiento colectivo basado en la pluralidad de voces que, sin duda, es una propuesta epistemológica más cercana a las formas en que las mujeres concebimos el mundo y nuestras relaciones con/en él.

Posicionar mi subjetividad, poner el propio cuerpo, ése desde donde está situada mi materialidad, mi existencia, es fundamental para la labor que me propongo, porque el haberme adentrado en ella deriva de mi propia experiencia. Sería un engaño negarlo y jugar a que en este intento por construir conocimiento no están merodeando aguzados en cada idea que me surge, mis propios afectos, mis vivencias, mis deseos, mis intereses al respecto. Reconozco que el cuerpo, mi cuerpo, mi existencia pues, está íntimamente ligada a este proceso de formación. Es un largo camino el que hay que recorrer para realizar una investigación, es pensar, leer, conversar, repensar, escribir, seguir leyendo, puede resultar un poco tortuoso y un poco placentero, a veces abominable, otras tantas muy amable, un vaivén de pensamientos diversos, reflexiones y razonamientos que van surgiendo cada día en múltiples momentos, en formas de monólogo o de diálogo con las mujeres que nos acompañamos y, siendo sincera, es el resultado principalmente del despliegue de grandes emociones, todas ellas reflejadas en mi corporalidad: adelgacé, engordé, me salieron granos, se fueron, envejecí... sin duda, envejecí. Sí, aquí está mi subjetividad, mi corporalidad, aquí estoy yo.

Pues bien, partir del propio cuerpo como punto de vista no se traduce necesariamente en una constricción de la verdad, tampoco es que se fraccione o se vea sólo una parte. Al reconocer que desde este cuerpo, desde esta subjetividad, estoy realizando esta investigación, al reconocer nuestro punto de vista y explicitarlo, ampliamos el universo de entendimiento de un fenómeno porque tenemos claro de dónde está partiendo y hacia dónde se dirige, tenemos más datos concretos y mostramos la *verdadera* parcialidad de la ciencia que, al encarnarse, deja de provenir de ningún lugar – o de algún lugar extraordinario como una especie de panóptico, el ojo de Sauron –, para situarse en la realidad concreta. Recuerdo cuando estudié la maestría en Antropología Social los largos debates acerca de los sujetos clave, los informantes en quienes habríamos de sostener los datos etnográficos de nuestras investigaciones. Reflexionábamos acerca de la veracidad de la información obtenida pues era probable que la perspectiva del sujeto sería muy propia y particular de su comunidad, tendría una postura política, tendría afectos y desafectos con quienes eran parte de su entorno vital y eso, decían las profesoras y profesores, contamina los datos a los que recurrimos para hacer una *ciencia verdadera*. En este punto, poco o nada parecía importar la subjetividad de quienes íbamos a realizar la investigación, sólo recuerdo un compañero, indígena tzeltal, que estudiaría la educación intercultural en su propia comunidad. Ahí sí brincaron varias académicas y académicos a cuestionar su posición como investigador que es a la vez parte de la comunidad de estudio, le cuestionaron e incluso le tiraron el proyecto alegando que era imposible hacer una investigación seria desde su posición, tuvo que cambiar de comunidad, pero entre las compañeras nos preguntamos si la visión o perspectiva de cualquiera de nosotras no estaba también *contaminada* de nuestros propios afectos, de nuestras posturas políticas, incluso de nuestra necesidad investigativa, aunque fuera la primera vez que nos encontráramos con aquellos sujetos, lo haríamos, siempre, indefectiblemente, desde nuestras subjetividades.

Y es que el problema no es que en las Ciencias Sociales interactuamos personas, seres humanos llenos de emociones, intereses, necesidades, deseos, intelecciones e interacciones, el problema es no reconocerlo. También en la licenciatura nos cuestionábamos sobre la *cientificidad* de las Ciencias Humanas – Filosofía, Arte, Historia, Letras –, como si éstas o aquellas anduvieran en una carrera desesperada por demostrar a las Ciencias Naturales y Exactas que también se alude a una verdad absoluta e imperecedera y que también merecen el epíteto de *Ciencia*. Pues bien, aunque la crítica epistemológica a la verdad científica positivista tomó fuerza política en la década de los 70, me parece que es hoy cuando podemos recoger todas las aportaciones hechas desde diversas posiciones académicas, pero especialmente desde el feminismo, e intervenir con potencia en la creación de una ciencia situada. Encarnada y sí, objetiva, aunque no objetivante, que parte del punto de vista y todo lo que conlleva, pero que conste, no queda en la pura opinión que sólo relativice la verdad, sino que se elabora en la crítica, la interpretación, la hermenéutica, la semiología, la deconstrucción misma. Precisamente, incluso en disciplinas como las matemáticas, la biología, la química o la física, quien realiza la investigación vive una deconstrucción, como sucede a cada ser humano cuando se encuentra con un conocimiento nuevo y, no reconocerlo implica, de alguna manera, falsear la realidad. La epistemología feminista no busca poder sobre el mundo a partir del conocimiento que pueda obtener de él, sino que busca conversar con él, desde nuestros cuerpos, nuestra carne, nuestras emociones, nuestra creatividad, intercambiar afecciones con la realidad de la que somos parte para poder reconocer las formas de transformarlo en favor de una convivencia interdependiente, sana y liberadora.

CAPÍTULO 2.

ENTRE LA AUTOETNOGRAFÍA Y LOS RELATOS DE VIDA

(O DE LOS AFECTOS DENTRO DE LA INVESTIGACIÓN)

*Los científicos dicen
que estamos hechos de átomos,
pero a mí un pajarito me contó
que estamos hechos de historias.*

EDUARDO GALEANO.

Si en esta parodia metafórica que presenté anteriormente las pasajeras del avión personifican al sujeto de estudio, mi papel es el de aquel pasajero, piloto retirado, que por una mala experiencia siente mucho temor de tomar el timón, pero que termina haciéndolo. De entre las personas que compartimos el vivir una circunstancia particular, en este caso nuestros procesos de embarazo, parto y puerperio, me propongo para pilotear esta investigación y, con tanto sudor como el que exuda aquel piloto de la película, espero poder aterrizar alguna idea que permita continuar y ampliar esta discusión. Me encontré de pronto enfocando mis esfuerzos en realizar una investigación con la que pudiera aportar algo a la reflexión acerca de un tema que desde el año 2011 me mueve mucho y que deseo profundizar: lo que hay detrás de las decisiones que estamos tomando las mujeres al momento de vivir nuestros procesos de embarazo, parto y puerperio. Reconozco pues, que mi interés por el tema surge de mi experiencia personal desde la que me empecé a preguntar por las decisiones que estaba tomando, por las posibilidades que se me presentaban y por la subjetividad desde la cual buscaba yo una forma en particular y no otras, de vivir esta experiencia. Soy pues, el primer sujeto de análisis de mi propia investigación.

La maravilla, el asombro, incluso la quimera, que me produjo el proceso de convertirme en madre, fueron algunas de las emociones y sentimientos detonantes de esta inquietud investigativa. Empecé a nutrirme con los aprendizajes que otras mujeres habían adquirido,

algunas con quienes he compartido momentos, experiencias, afectos, vida, con quienes, además, nos hemos acompañado en el proceso de maternar, intercambiando conocimientos e intuiciones que terminan formando parte del proceso mediante el cual tomamos decisiones. Al compartir y colectivizar nuestra diversidad, nuestros puntos de vista, entre mujeres nos brindamos la oportunidad de discernir sobre lo que es mejor o lo que puede resultar riesgoso, los motivos, los argumentos, las razones materiales que posibilitan o imposibilitan la capacidad de decidir sobre nuestros cuerpos. Todo esto se convirtió en un asunto recurrente en mi pensamiento y en mi corazón – manteniendo aquí la noción de que las emociones se encuentran localizadas en este órgano –, porque esta inquietud que me surgió y me impulsó a dedicar mucha vida en este intento por comprender este proceso de decisión, no es sólo una cuestión de cerebro, cabeza, pensamiento o razonamiento, es sobre todo una movilización de emociones que cruzan por mi cuerpo haciéndolo vibrar. Es a través de ellas, las emociones, que las mujeres nos tejemos entre nosotras, nos colectivizamos para cobijarnos y acompañarnos cuando es momento de tomar decisiones personales. *Y todo lo personal, es político*. De algún modo, la compartición entre mujeres genera posiciones, nos hace situarnos en algún lugar dentro del espectro de lo político que, en este caso, implica la necesidad y el deseo de decidir cómo vivir nuestros procesos de EPP mientras nos encontramos atravesadas por una mediación patriarcal (Gutiérrez et al., 2018) que niega nuestras capacidades corpóreas, volitivas, de intercambio y autoconocimiento, fracturando y reorganizando las diversas formas de vincularidad que abarca este proceso.

Es así como desde los inicios del posgrado quise buscar la manera de expresar mi participación/compartición como parte del propio fenómeno que investigo. Indagaba en las formas en que podría articular la idea de que voy a estudiar un proceso de toma de decisiones a partir de lo que narramos algunas mujeres – con determinadas características y entre las que me encuentro yo – acerca de nuestra experiencia personal, con el hecho de que ni la estrategia escritural, ni la narrativa, ni los afectos en que me reúno con estas mujeres, son sólo métodos o

herramientas, representan también la manera en que estoy mirando la realidad, mi postura política ante la forma de construir conocimiento. Cómo convertir esto en el sustento metodológico fundamental para la construcción del fenómeno que estudio. Es decir, desde dónde y de qué manera voy a mirar esa construcción subjetiva de decisiones que hacemos las mujeres para poder problematizarla y politizarla.

Podría considerarme como mi propia informante clave, pero no pretendo hacer mis memorias y confesiones personales sin más, lo que deseo es hacer una investigación sociológica ampliando ese *objeto de estudio* que es mi propia experiencia a la de aquellas mujeres con quienes de por sí estábamos compartiendo las maternidades. Así que me pareció que las propuestas epistemológicas de la *Autoetnografía* a través de los *Relatos de vida* son muy pertinentes para lo que me propongo comprender y me permitirán construir un conocimiento que será: a) *situado*, al colocarme en el mismo plano existencial que mis amigas colaboradoras; b) *veraz*, al posicionarme dentro de la investigación porque dejo de omitir datos importantes que intervienen en los resultados; c) *dinámico*, puesto que la intención es mantener esa relación dialéctica entre la abstracción teórica y lo concreto que refleja la realidad experienciada por quienes hemos vivido el fenómeno que investigo y d) *colaborativo*, porque se va construyendo a través de la compartición afectiva de experiencias personales.

Me dispuse entonces a explorar estas dos metodologías para ir ubicando no sólo su aportación a la investigación, sino las técnicas que requeriría para llevarlas a cabo. Tras leer algunos artículos sobre la autoetnografía me encontré mucha información sobre la importante contribución que proporciona al estudio cualitativo de lo social, pero, honestamente, no encontré muchos pasos a seguir. Supuse entonces que un buen acercamiento sería a partir de la etnografía como tal que me ha resultado, en ocasiones anteriores, una metodología para la comprensión de lo social, fascinante. Hice una sin técnica alguna durante la licenciatura y una

mucho más guiada durante la maestría, en ambos casos fue el mejor momento del trabajo investigativo porque fue cuando más cerca estuve de las personas cuyas formas, expresiones y representaciones sociales, me causaban admiración e intriga; también fue el momento en el que pude acercarme tanto a ellas que llegué a sentirme parte del tejido social, que pasó de resultarme completamente ajeno a genuinamente familiar. Por eso el trabajo de campo, del que luego resultará la etnografía, es, además de placentero, fundamental.

En estas reflexiones me encontraba, sacudiendo la cabeza constantemente como queriendo sacudir las ideas para que se organizaran por sí solas, cuando decidí pausarlas y regresar a ése mi intento creativo por realizar una autoetnografía aun sin tener a la mano un manual urgente para autoetnógrafas que me regalara un paso a paso facilitador del proceso; así que retomé nuevamente mis apuntes de la maestría en antropología social. Recordé entonces que cuando Bronislaw Malinowsky (1973) propuso la etnografía como una técnica de investigación que nos permitiría adentrarnos con profundidad en la cotidianidad del grupo social de interés, empezó por ubicar a quien investiga dentro del contexto de estudio como un agente partícipe de las relaciones sociales que se busca descifrar y cuya presencia distorsiona, en mayor o menor grado, las prácticas cotidianas. El reconocer que lo que se observa en el campo deja de fluir tal cual como lo viene haciendo en su más pura cotidianidad por la sola presencia de quien lo observa, revela una postura situada y ética que se expresa en una propuesta epistemológica que considera fundamental la convivencia diaria, la experiencia en carne propia de algunas de las condiciones de vida de las personas, la compenetración con los ritmos propios del lugar, porque, mientras más tiempo se pasa con un grupo, aprendiendo sus lenguas, comiendo sus alimentos y participando de sus rituales, más se va desvaneciendo el extrañamiento inicial provocado por la presencia de quien investiga, que obnubila la realidad del día a día y con ella, la capacidad de conocerla con mayor nitidez. Este acercamiento nos va revelando diversas partes del tejido profundo que, de otro modo, desde el lugar de la extranjera

observadora, se mantendrían ocultas y nos resultarían imperceptibles. Se trata de una aportación que, sin duda, significó un cambio radical de perspectiva sobre el análisis socioantropológico de la época transformando la mirada externa abstracta – o metafísica –, en una mirada situada. No sólo cuestionaba esa ciencia antropológica previa que era elaborada desde los escritorios a partir de las narraciones de misioneros, aventureros o comerciantes, sino que daba pie al surgimiento de diversas metodologías cualitativas más *ad hoc* a la investigación social. Ciertamente, hay que ver este trabajo como el que elabora un hombre de su tiempo y reconocer su interés por convertir la etnografía en un recurso científico positivista para fortalecer la ciencia social en un momento en el que “optar por la ciencia era luchar contra todo aquello que fuera pura ideologización, racismo y defensa de los más burdos estereotipos” (Blanco; 2012: 51). Sin embargo, todavía durante muchas décadas la etnografía se siguió utilizando para el estudio del Otro y la comprensión de las sociedades colonizadas para su manipulación desde las metrópolis.

Clifford Geertz, uno de los antropólogos más reconocidos en la disciplina, en la década de los 70 abogó por dar el paso de este positivismo funcionalista hacia una ciencia interpretativa, más plural y abierta, centrada en la experiencia singular de los sujetos afectados y la forma en que ellos mismos reconstruyen en su memoria una narrativa particular de lo vivido. Esto es: las personas elaboramos narraciones y discursos de lo que vivimos o, mejor dicho, de lo que interpretamos acerca de lo que nos sucede en la vida. Esta narración provee un sentido a las experiencias vividas, pero se transforma conforme la ponemos en palabras, una y otra vez, así que la labor investigativa se configura primero, a partir de la interpretación o sentido que le da a la experiencia vivida quien la narra, luego, la investigadora, desde su propia situación, desde su propio sentido de la realidad, escucha, interpreta y analiza. Pues bien, en este momento todavía persiste la persecución por el epíteto de *Ciencia* para el análisis social, así que Geertz propone una categoría científica a la que llama: *Descripción densa*, una descripción que, si bien emerge

del trabajo etnográfico, va más de la observación participante de la realidad/en la realidad hacia un análisis interpretativo en el que se trata de desentrañar los mundos de sentido en que se inserta el fenómeno tratado. Con esto, Geertz logra darle un nuevo carisma al paradigma científico sin renunciar a él: “el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones” (Geertz; 1973: 20). Estas significaciones, aunque aún mantienen esa perspectiva de regularidad que buscan las leyes científicas, retan la mecanización del proceso replicable ampliando el alcance de la mirada científica social al reconocer la particularidad de nuestro objeto de investigación: las personas en su dimensión social.

Se dice entre los etnógrafos que una señal de cercanía con un mundo cultural ajeno es cuando somos capaces de entender su sentido del humor y reírnos de manera genuina con sus bromas. O, como decía el influyente antropólogo norteamericano Clifford Geertz, cuando podemos distinguir entre un parpadeo o tic, como acto reflejo, y un guiño intencional – un acto comunicativo (...)

(Lafuente; 2017: 5)

Fue James Clifford – sí, solía confundirme con ambos autores – quien posteriormente puso en cuestión la autoridad de la investigadora para dar cuenta de la realidad al declarar que toda etnografía es una alegoría en el sentido de la representación simbólica, pues puede ser leída en distintos niveles (52). Con esto, Clifford (de apellido) incluye en la relación científica entre sujeto de investigación/sujeto investigador al sujeto lector, es decir, a quien recibe la información. En este momento se cuestionan las formas narrativas, el lenguaje, la forma comunicativa de las producciones científico-sociales para dar cuenta de la realidad, habría que dar el paso de un lenguaje científico inaccesible a la mayoría de las mortales, hacia otro que, sin

perder profundidad, haga comprensibles las diversas situaciones que se viven en la realidad social.

En este jardín etnográfico de *senderos que se bifurcan*⁴ y luego convergen hay disputas académicas ético-políticas y epistemológicas que permiten ahondar en la forma en que se está produciendo conocimiento para generar propuestas que proclaman una posición frente a las formas dominantes. En un momento en el que las Ciencias Sociales buscaban reconocimiento y legitimidad dentro del mundo de vida académico, la Observación Participante y la inserción de quien investiga en el campo fue una forma de resistencia política ante el descrédito científico por la falta de instrumentos *veraces* para acceder a la *verdad científica objetiva*. Así, la etnografía se convirtió en un instrumento fundamental para la investigación social cualitativa. Luego, ampliando el panorama etnográfico, la Descripción Densa que escudriña en las estructuras interpretativas tanto del sujeto de investigación como del investigador, cuestiona que apuntalar a la formulación de leyes con la intención de lograr el reconocimiento científico, le resta sentido al objetivo de las disciplinas sociales: la comprensión del comportamiento humano en su relación social. Finalmente, el voltear la mirada hacia las formas narrativas que utilizamos para comunicar el conocimiento que estamos generando y las múltiples interpretaciones que de esto se desprendan – tantas como lectoras a las que podamos llegar –, es una propuesta que se mueve en el terreno de la ética y la estética, del dejar de producir para un pequeño grupúsculo capaz de descifrar y abreviar las obras canónicas y empezar a hacerlo pensando en lo que queremos comunicar, no sólo a nivel racional, sino también afectivo, y con quiénes nos queremos comunicar. Pues bueno, entre estas y otras

⁴ *El jardín de los senderos que se bifurcan* es un cuento del escritor argentino Jorge Luis Borges (1899-1986) que se puede encontrar en la colección de cuentos del autor titulada *Ficciones* (1941). Tomé prestada esta frase porque justamente pensé en que esta lacónica reseña que estoy presentando sobre la etnografía muestra un camino que se bifurca a ratos y a ratos converge.

ampliaciones, se encuentra la autoetnografía, una composición que reúne la etnografía y la autobiografía, con un interés ético-político que, entre otras cosas, se sustenta también en el modo de comunicar, en la estética del lenguaje académico.

Hurgando en la creatividad que poco o nada he logrado reconocer en mí, por la que me esfuerzo cada día y que es cualidad necesaria para emprender el camino autoetnográfico, pensé en esta característica de la etnografía que ya hemos repasado y que consiste en acortar la distancia entre quien investiga y el grupo social que investiga, hacerse parte de ese grupo, reconocerse en sus gestos, interiorizar sus códigos, participar de sus días codo a codo. Noté que en la autoetnografía, por el contrario, hay una correlación entre *ser-parte* y *tomar-distancia* que parece ir en dirección inversa: primero se es una de las figuras ordinarias del cotidiano social, se es una agente del fenómeno, se está inmersa en las formas simbólicas del entorno social; posteriormente se intelectualiza lo vivido, la experiencia personal se lleva a la teoría y una termina convirtiéndose en investigadora de sí misma y del fenómeno que se ha experimentado en carne propia, me pregunto si en este giro epistemológico autoetnográfico lo que toca es buscar una manera de hacer distancia.

Pues bien, al iniciar con las reflexiones personales sobre mis procesos de EPP y los de mis amigas, de inmediato me vinieron a la mente aquellas estructuras que nos subjetivan, lo empecé a relacionar con el capitalismo, con el patriarcado y con una forma de colonialismo – aunque este concepto aún no lo tenía muy claro –, es decir, lo empecé a teorizar. Creo que, en cierto sentido, trataba de hacer distancia con lo que estaba viendo y viviendo, pero debo ser honesta, en todo momento he tenido una posición política respecto a lo que considero más adecuado para experimentar este proceso. Me daba cuenta de que cualquiera sea la decisión que tomemos estará impregnada por los discursos de los que nos rodeemos y que interioricemos y si lo que desde el principio quise comprender es cómo tomamos estas decisiones, parecía

necesario poner distancia entre lo que yo concebía como la *mejor* decisión y las posibilidades que tenemos las mujeres de decidir. ¿Qué técnicas habría que utilizar para lograr esa toma de distancia en este proceso inverso que implica la autoetnografía? Más aún, ¿es realmente necesario tomar tal distancia o, por el contrario, el chiste de esta epistemología es justamente que no haya distancia para lograr una objetividad fuerte que permita llevar las experiencias singulares y por lo tanto subjetivas al plano de lo social? Aparecía uno de los debates clásicos de la sociología: ¿la estructura hace al sujeto o el sujeto hace a la estructura? Procuro conservar una posición dinámica de ida y vuelta entre estructuras y sujetos, pero precisamente, al proponerme realizar una autoetnografía me pregunto por la factibilidad de conservar ese dinamismo. Es decir, de algún modo es posible observarlo en el análisis de grupos socioculturales distintos al mío: por más que logré hacerme tan cercana como lo hice a la gente de San Jerónimo Tulijá en Chiapas que tenía un *lolo* (abuelo) y una *chu'chú* (abuela), una *wixam* (hermana) y una *jelola* (ahijada), siempre se trató de un espacio, si no ajeno, sí impropio de mí, alejado en sus representaciones y características de aquel en el que yo había sido socializada desde mi primera infancia. Eso me permitía observar aquellas instituciones y relaciones sociales, estructuras histórico-culturales con las que los sujetos determinados de mi interés – en ese momento eran las jóvenes y los jóvenes del lugar – se constituían en cada momento y las narrativas personales que los posicionaba de ciertos modos muy particulares dentro del tejido social. Pero, observar y analizar esas estructuras a través de las cuales yo misma me construyo un relato coherente de mí misma y escudriñar en mi relación dinámica con ellas, resulta complicado.

El problema de la distancia⁵, si debe acortarse o mantenerse, en relación con la objetividad, no es reciente. Desde diversas posiciones epistemológicas y en distintos niveles metodológicos – por no hablar de los posibles sentidos ontológicos –, hay una especie de multilínea de pensamiento en el análisis social que sostiene una defensa de la reducción de la distancia entre quien investiga y a quien/quienes se investiga, a través del acercamiento afectivo y de la inmersión en el entorno. Pues bien, en principio pensaría que no hay sujetos de investigación más acercados entre sí que yo de mí misma, quién más sumergida en el entorno y en la experiencia vital que investigo que yo misma, dónde queda la distancia, no la hay... eso pensaría, sin embargo, así como hay espacios de mi cuerpo que están completamente negados a mi vista como mi espalda a la que en todo caso puedo ver través de la distorsión del espejo, del mismo modo hay mucho de mis emociones, de mis concepciones de la vida, de mi manera de ver el mundo y lo que en él experimento, que están prácticamente negados a mí. Hay una distancia insalvable entre mi vista y mi espalda, también hay una distancia insalvable entre la profunda subjetividad con que he organizado mi experiencia de EPP y lo que sucedió al momento de tomar decisiones. Acortar esa distancia depende en gran medida de mi capacidad de narrar, de relatar esa experiencia en la misma medida en que lo hacen mis colaboradoras. Así que una serie de relatos integrados, tanto por la temática que es la experiencia de EPP, como por la relación que sostenemos todas, parece una buena idea. Pienso que esa compartición de experiencias a través de nuestras narrativas personales me permitirá mantener una relación dinámica entre mi

⁵ La distancia es hoy un recurso fundamental para mantenernos sanas y libres de contagios virulentos. Digamos que *pandémicamente* hablando, la distancia nos mantiene a salvo. Esto es así en su dimensión espacial donde tiene la función de separar objetos y personas. Lo que quiere decir que, en tanto espacio, la distancia alude separación, corta o larga, pero eso: separa. En su dimensión temporal la distancia es el intervalo entre sucesos que de algún modo se encuentran relacionados entre sí. Es decir, en tanto tiempo, la distancia relaciona. Lo que parece cierto en ambas dimensiones es la cualidad del desgaste: la distancia desgasta, erosiona y termina diluyendo los vínculos de cualquier tipo – en el cuerpo, en la memoria, en los afectos – desvaneciendo la capacidad de sostenerlos y provocando procesos de desafección.

subjetividad y aquello de lo que surge y se alimenta, además, me permitirá que la distancia entre la investigadora y la sujeta de estudio que soy yo misma sea tan real como lo es mi espalda cuando es acariciada por el viento, porque, aunque no pueda verla, la puedo sentir con la piel, otra forma igualmente válida de conocerla como lo es la mirada.

Ahora bien, incluso antes de saber de la existencia de esta forma de construir conocimiento, antes de sentirla en las manos, la cabeza y el corazón, desde el principio de este quehacer académico en el posgrado he realizado instintivamente una forma de autoetnografía, pues intencionalmente he procurado mantenerme dentro de la investigación que me propuse realizar. Así lo hice también en la licenciatura y la maestría, aunque fue hasta este momento que escuché de la autoetnografía como metodología de investigación gracias a mis compañeras de trabajo Pita Macías, Ana Suárez y Lucía Linsalata. Con ellas, y el trabajo colaborativo académico y de amistad que iniciamos en mi segundo semestre de posgrado, he logrado ir aprehendiendo mi investigación; en cada momento, conforme voy escribiendo, la voy encarnando, haciéndola cuerpo, emoción, comprensión, parte de mí y de mi cotidianidad, a la que voy viviendo con nuevas luces. Hacer investigación nos transforma casi sin darnos cuenta, así como crecen las niñas y las flores, que de pronto y sin más notamos que se han transformado, así nuestro trabajo se va haciendo parte de nosotras, lo corporizamos, nos modifica. En cierto sentido es una metodología privilegiada si consideramos la posibilidad de leer a la sociedad abordándola desde el sujeto y su experiencia autobiográfica, lo que de alguna manera implica declarar abiertamente el punto de vista, tomar una postura sobre el fenómeno que se investiga y cómo se investiga y hacerla explícita. Razón, emoción y cuerpo, están imbricados en cada pensamiento, idea o alumbramiento que me surgen, los procesos racionales, los emocionales y los corporales que me van sucediendo, se van entrecruzando, yuxtaponiendo, dinamizando, en cada paso que doy y no sólo no lo puedo soslayar, lo quiero destacar como una posición epistemológica, política y ética, desde la que deseo abordar este fenómeno social. El privilegio de este acercamiento de

primerísima mano al fenómeno es un desafío a algo que la ciencia positiva niega desde sus fundamentos como parte del proceso objetivo de conocimiento de la verdad.

(...) la socialización académica y profesional como una forma de adoctrinamiento en un marco principal, en el cual la teoría es el núcleo de las cosas. Uno aprende que entrar a la disciplina significa entrar en un mundo que tiene su propio lenguaje; si quieres vivir en ese mundo, más vale hablar de esa manera. Aprendemos a dar una versión de las vidas que estudiamos, trasladando los términos de las personas ordinarias a categorías y modismo comprendidos por nuestro campo teórico de lenguaje (...) Estas teorías subsisten por los detalles concretos mismos de las historias, la representación de la vida, desembarcada por la destreza del científico social abstrayendo su significado. De ahí que usualmente la teoría esté antes que la historia escuchada y de que lo dicho esté al servicio de la teoría que lo explica. (Bochner en Bénard; 2019: 102)

Así, me sitúo como una sujeta devenida en investigadora social que parte de su propio *ser-en-el-mundo* para acercarse a los fenómenos que la rodean y, simultáneamente, me sitúo como la primera sujeta de la que parte esta investigación. Constantemente estoy siendo interpelada por mis propias preguntas a las que respondo con toda la honestidad que el discurso del yo me permite. Y claro que es un discurso dinámico, no concluido, en constante construcción y, mientras voy avanzando en la investigación, en cada parte del proceso, las bases en que se sostiene mi punto de vista van cambiando, se van modificando, se adecuan al deseo y la necesidad investigativa. He logrado observar y ser parte de un diálogo entre mujeres del que participo y me nutro, lo que constituye una riqueza muy singular para el análisis del fenómeno que quiero comprender, una especie de investigación colaborativa y abierta, en el sentido de que no pretende hacer una afirmación concluyente, sino reconocer el dinamismo social y la

interdependencia entre las sujetas involucradas, incluida la autora de este texto: sujeta cognoscente a la par que sujeta cognoscible. La investigadora es siempre, de un modo u otro, parte de su propia investigación, esto es, realiza una investigación encarnada.

No puede haber conocimiento más situado que el que surge de realizar una autoetnografía en conjunto con una etnografía sobre mis amigas maternantes y, sin embargo, me encontraba en un atolladero al pensar en cómo llevar a cabo ambas epistemologías. Intenté escribir y describir mi propia experiencia, pero aquello no fue la autoetnografía en sí, porque, como en las etnografías, nunca se trata de simplemente exponer los recuerdos de las participantes sobre lo vivido, se trata de siempre ir un poco más profundo, de explorar más. La decepción no fue total, estaba iniciando mi trabajo de campo con una especie de auto-observación participante. Me di cuenta de que más que con una autoetnografía, mi participación como sujeta de estudio sería igual a la de mis compañeras: a través de un relato de vida. Nuestras historias de vida nos hacen ser, nos dan sustancia. Elaboramos relatos sobre quiénes hemos sido, quiénes somos y qué perspectiva tenemos sobre lo que seremos, por decirlo de algún modo, nos redactamos un discurso del Yo. Lo que relatamos es la interpretación de nuestra experiencia vital y a partir de ella podemos concebir, dar sentido y significado a la vida que experimentamos desde una singularidad corpórea a la que investimos de las palabras que nos hacen ser quienes somos. Estas narrativas, estas historias que elaboramos concienzudamente y al mismo tiempo desde distintos lugares en que el inconsciente se esconde para darnos algunas sorpresas, son el material primario del que surge la investigación social que luego deriva en la teoría social.

Nunca he sido afectada a la frialdad del dato científico, me costó mucho trabajo leer siquiera algún artículo completo de mis profesores y profesoras de la maestría que, aunque eran académicas muy reconocidas, las comunicaciones de sus investigaciones eran áridas, llenas de

números y categorías que de algún modo intentaban significar la vida de personas de carne y hueso que, en realidad, nunca aparecían en sus textos, aunque fueran quienes, a través de sus experiencias personales vividas, protagonizaban esos estudios. Recuerdo que aún sin conocer la categoría *extractiva* aplicada a la investigación social, pensaba yo en esos textos como informes que cumplían con la función colonizadora inicial de la ciencia antropológica que, inserta en las estructuras capitalistas de la ciencia positivista moderna, consistía en llevar a cabo procesos extractivos de información que luego se irían a la línea de producción de nuevos conocimientos los cuales abrían la perspectiva para la dominación de esos espacios. Con esto, las investigadoras e investigadores lograban una acumulación de capital simbólico que les daba estatus y puntos para el SNI⁶, por eso esos informes deben ser fríos, neutrales, serios, incluso, poco atractivos. Por el contrario, si bien en la posición que estoy buscando asumir al hablar de epistemologías, de conocimientos situados, de puntos de vista, de objetividad fuerte vs objetividad débil, trato de hacer aparecer la *dimensión ética* de lo que presento; en el uso que hago de los relatos de vida autoetnográficos y colaborativos con los que me propongo realizar esta investigación, busco también la *dimensión estética* que permita darle a este trabajo un tono evocativo con lo que intento crear una especie de sinergia entre las que somos participantes de este estudio y quienes posiblemente se acerquen a él. Deseo mucho poder lograrlo.

6 El SNI es el Sistema Nacional de Investigadores, que en México representa la punta más alta de quienes siguen una carrera académica y que se traduce en estímulos económicos, estatus social y, por lo tanto, capital simbólico, aunque también se traduce en una auto-sobre-explotación y explotación de los recursos humanos, culturales y sociales al alcance, al exigir una producción constante de artículos, foros, ponencias, congresos, libros, etc.

2.1. LAS PROTAGONISTAS

En uno de los comités de tesis se me hizo la observación de que presentar a las mujeres que forman parte de esta investigación yendo más allá de la descripción genérica: mujeres, urbanas, profesionistas, clasemedieras, de entre 25 y 40 años, hacia una profundización en cuanto quiénes son cada una de ellas, cuál es su historia personal, su historia conmigo, su historia como madres vivenciantes de uno o más procesos de EPP, implicaría poner sobre la mesa el significativo de lo que investigo, aquello que apunta al significado, consciente e inconsciente, que se le atribuye social y subjetivamente, al proceso de embarazo, parto y puerperio.

Si bien, voy a presentar a las sujetas que formamos parte del trabajo (auto)etnográfico más profundo, aclararé lacónicamente el proceso de selección. En un primer momento, lancé una encuesta vía Facebook a una amplia cantidad de mujeres, amigas y conocidas, que tengo entre mis contactos. La encuesta fue respondida por 23 de esas mujeres, de entre las cuales, elegí a diez para realizar con ellas entrevistas abiertas a profundidad específicamente sobre las formas en que fueron viviendo sus procesos de embarazo, parto y puerperio. Finalmente, quise profundizar en cinco casos en particular – seis, contando el mío – de mujeres que en su momento decidimos no poner nuestros procesos de lleno en manos de la medicina clínica, sino buscando alternativas que permitiesen una autonomía para nosotras y una llegada amable al mundo para nuestras recién nacidas, conectando con diversos niveles de nuestro ser (corporal, espiritual, afectivo). Lo decidí así por un lado por la similitud de vivencias con la mía propia que es el germen de la investigación. Por otro lado, porque intento observar hasta qué punto el vivir este proceso de manera informada y consciente, como un proceso íntimo, pero también político, facilita la toma de decisiones, la autonomía y la posibilidad de vivir esto de manera más vinculada con nuestras hijas, con nuestros propios cuerpos, con la vida. Con estas mujeres he trabajado los relatos de vida con los que quisiera profundizar en las concepciones que tienen

sobre el dolor, el miedo y su sexualidad, en las formas en que gestionan la vida con sus procesos maternantes.

En todo trabajo de campo – así le llamaré, aunque el campo haya sido casi completamente virtual – se presentan ciertas dificultades, como la compatibilidad de horarios, la disposición real de las mujeres seleccionadas para compartir conmigo sus experiencias y su interés por formar parte de la investigación. Todas estas dificultades dependieron en gran medida de tres factores: uno, la cercanía y estima que tengo con estas mujeres, mientras más cercanas éramos, más disposición tenían; otro, el nivel de cercanía con el entorno académico que tienen estas mujeres, mientras más cercanas a este mundo, más interés en profundizar y aportar datos que consideraban importantes para mi investigación; un tercer factor: la disponibilidad de tiempo de acuerdo a sus actividades profesionales y laborales o al momento de maternaje en que se encuentran – quienes tienen niños más pequeños se topaban con muchas dificultades para darme entrevistas –. No todas las mujeres a las que les pedí su participación accedieron, pero conforme me di cuenta de que no habría entrevista, buscaba alguna otra hasta que una accedía. Sí iniciaba seleccionando casos que consideraba especiales. Por ejemplo, Andrea. Ella tuvo una hija hace catorce años cuando ella era muy joven y vivía en Barcelona. Algunos años después se separó del papá de su hija y se reencontró con su novio de la secundaria quien ya tenía dos hijos de edades similares a las de su hija y había quedado viudo. Con él tuvo dos hijas más en una casa de partos en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. Su caso me interesaba mucho, pero ella no mostró disposición a participar, así que debí resignarme a perder su caso. También quería conversar con alguna mujer que se hubiera preparado para un parto natural, que lo hubiera llevado a cabo lo más posible y que al final, por alguna contingencia, hubiese tenido que vivir una cesárea. Pensé en Cecilia, una buena amiga de la escuela que fue pareja de mi hermano y tuvo una hija con él. Yo estuve presente en todo su proceso. Estuvo en trabajo de parto durante treinta horas, pero ya no resistió más, así que terminó en el hospital con una cesárea. Aquí surge

el problema de la cercanía. Al realizar las entrevistas, surgen, como es de pensarse, todas las situaciones, positivas o negativas, que se viven con la pareja/papá, y yo no me sentía segura de cómo podría recibir y procesar la percepción que ella tendría de mi hermano como compañero durante su proceso. Preferí eliminar su participación. Luego se lo pedí a Itzel, una amiga de la universidad muy cercana con quien me encontré en el Tianguis Alternativo de Puebla. Ahí, mientras fumábamos un cigarro y nuestras hijas acudían a un cineclub para niñas y niños organizado en el lugar, me contó todo su proceso. Le pedí que me concediera una entrevista para que pudiera estructurar mejor las ideas y grabarla. Pues bueno, como dicen: “me dijo que sí, pero no me dijo cuándo” y, el cuándo, nunca llegó. Finalmente, logré entrevistar a Zulema, una amiga de la maestría con quien viví una corta temporada, pero con quien no he perdido contacto por años. Ella vivió un parto largo en una casa de partos y, aunque no terminó en cesárea porque al llegar al hospital su pequeño Kieri nació, me pudo compartir la decepcionante experiencia que vivió al intentar llevar su proceso con parteras. Estas cuestiones suceden de un modo y de otro. La investigadora se encuentra en la labor de buscar y encontrar otras posibilidades y opciones. Del mismo modo, un inconveniente mayor durante el trabajo de campo que ya dejé entrever anteriormente ha sido la virtualización de las relaciones laborales, académicas, personales, sociales, que se derivó del encierro por la pandemia del Covid 19. Y una dificultad más fue que, dentro del pequeño círculo de cinco mujeres sobre el que empecé a trabajar los relatos, tres de ellas sostienen un ritmo académico laboral que las mantiene demasiado ocupadas, las otras dos, si bien también trabajan, no son el sustento de sus familias por lo que tienen un espectro relativo de tiempo libre que les ha permitido concederme todas las entrevistas que les he pedido. Además, curiosamente, se trata de las dos amigas cuyas experiencias de EPP me inspiraron a tomar la decisión de llevar a cabo mi propio EPP de la forma en que lo hice.

Magui fue la primera mujer de quien supe había vivido un proceso de EPP fuera de hospitales, guiada por un grupo de parteras profesionales en la ciudad de San Cristóbal de las

Casas, Chiapas. Quiero decir, la primera que no formaba parte de una comunidad indígena campesina. A ella la conocí por un amigo al que traía muy enamorado. Me la presentó en el año 2000 cuando estuve en Puebla para las fiestas decembrinas – yo estaba haciendo mi servicio social en Chiapas – y no me cayó bien sólo porque había roto el corazón de mi amigo. Pero luego me la encontré en San Cristóbal en febrero del 2001 durante el arranque de la Marcha del Color de la Tierra. En todo el evento estuvimos juntas y fue entonces que nos hicimos buenas amigas. Incluso vivimos juntas un par de meses antes de mi regreso definitivo a Puebla. Ella es hija de papá y mamá académicas. Estudió la licenciatura en Antropología Social y luego la maestría en Desarrollo Rural. Trabajó mucho tiempo en organizaciones civiles y también como profesora de campo para la Universidad Iberoamericana Puebla. A los treinta años conoció a Memo, un ingeniero forestal francés con el que inició la relación más formal de su vida. A los treinta y tres nació Sebastián y dos años después nació Nicolás. Ambos en la Casa de Partos de San Cristóbal. Ahora vive en Francia donde imparte clases de español en una escuela secundaria – o grado similar – y cuida su hogar. Magui es una de esas mujeres encantadoras que cuando sonríen parece que todos los músculos de su cara se comprometen con la emoción y, lo mejor, es que es un gesto muy común en ella contagiando su alegría por doquier. Sabe cómo establecer lazos fuertes, profundos, compañeros. Es fácil amistarse con Magui por su corazón abierto.

A Tati la conocí en el año 2003 porque se hizo novia de mi amigo Daniel. Estudió la licenciatura en nutrición en la Ciudad de México de donde es originaria, pero en cuanto conoció a Daniel se fue a vivir con él a Cholula y, aunque estaba por terminar, aún le faltaban las prácticas que se fueron aplazando por algunos años. Durante el tiempo que convivimos, más o menos siete años, nos fuimos encariñando, poco a poco dejó de ser la novia de mi amigo para convertirse en mi amiga. En el 2010 quedó embarazada de Soli quien nació en septiembre de ese mismo año, pero por la precariedad en que estaban viviendo tuvieron que mudarse a Guanajuato donde Daniel consiguió trabajo en la Universidad Iberoamericana y en el Colegio

Lux, también de inspiración jesuita. En el 2013, nació Stefan. Ambos nacieron en la Casa de Partos de San Miguel de Allende. Ahora Tati es instructora de yoga, sabe masoterapia y aromaterapia, además, desde siempre ha dibujado y pintado bastante bien. Es una mujer que tiende a la alegría y el optimismo. Frente a las crisis vitales se planta con fuerza, pero sobre todo con confianza, ella confía en la vida y en el poder que guarda su ser mujer.

A Raquel la conocí en el año 2006 cuando entramos a la maestría en Antropología Social dentro de la línea de Antropología e Historia de las Religiones. Ella trabajaba el tema del suicido entre los choles dentro de una comunidad en Tabasco. Nos hicimos amigas al compartir los estudios, pero también al con-vivir muchos momentos juntas. Posterior al posgrado, nos dejamos de ver, hasta que nos volvimos a contactar vía Facebook. Ahí supe que tenía una hija, Ana María, casi de la edad de mi segundo hijo, Diego, y que la había parido de forma natural, proceso que suele promover activamente en las redes sociales como un derecho feminista de decisión sobre nuestros cuerpos. Más tarde también supe que había vivido mucho tiempo en Tabasco, que vivió un embarazo no deseado y un aborto previo a Ana, que después de la maestría estudió un doctorado en Ciencias de la Salud para seguir ahondando en el tema de la salud mental, que por eso fue que se regresó al Estado de México, su lugar de origen, con el que sostiene una relación amor-odio muy singular, que se preparó para ejercer como doula de aborto, tema que promueve de igual manera, entre otras cosas más. Para mí se ha convertido en una maestra, incluso me ha hecho el favor de formar parte de mi sínodo leyéndome, comentándome e invitándome a diversas actividades relacionadas con lo que estoy haciendo. Raquel es una mujer fuerte, que toma decisiones y las asume, que llena de profundidad y sentido cada una de sus acciones, muchas en relación con el recuerdo de su madre fallecida. Además, es una excelente bailadora *all night long*.

Lucía es mi tutora de tesis. Gracias a ella entré al doctorado porque eligió mi proyecto de investigación para darle seguimiento. Ella nació en Italia donde estudió Relaciones Internacionales. Fue activista de derechos humanos en su tierra natal y posteriormente migró a Bolivia donde estuvo trabajando en comunidades andinas. Luego se mudó a la Ciudad de México donde estudió la maestría y el doctorado en Estudios Latinoamericanos en la UNAM, donde también laboró como profesora de asignatura. Aquí siguió en relación directa y constante con organizaciones sociales, particularmente se contactó con simpatizantes zapatistas entre quienes conoció a Paulino. Con él decidió conformar su familia. En 2014 nació Miztli acompañada de una partera. Luego se le presentó la oportunidad de trabajar en el ICSYH, en Puebla, donde vive hasta el día de hoy con su familia. En 2018 nació la pequeña Axuni en una clínica, pero acompañada por Minerva, la misma partera que me acompañó a mí en mis dos partos. Lucía es una mujer imponente, y no creo decirlo por la figura de autoridad que como mi tutora me representa, pues casi desde el inicio de nuestro trabajo conjunto, y considero que en gran parte porque sus hijas y las mías hicieron amistad casi en cuanto se conocieron, ella y yo nos hicimos amigas. Pero digo que es imponente porque su mirada es profunda y transmite una capacidad de comprender la vida en su detalle más íntimo. Es sumamente inteligente, pero también es sumamente sensible y tiende a empatizar serenamente con quienes la rodean. Aunque es de carácter fuerte, sabe dar un abrazo sincero y oportuno.

A Xiomara es a quien menos conozco de mis entrevistadas principales, al menos con la que menos he convivido. Entramos en contacto porque para una de mis clases en la universidad acostumbraba contratar a una amiga, Érika, para que diera un taller de género a mis estudiantes. En una ocasión en que ella no pudo cubrir mi petición, me sugirió a Xiomara. No nos presentaron, más bien nos encontramos en una zona de la universidad y ahí nos presentamos ella y yo. Recuerdo que su energía me cautivó, su expresión corporal era muy abierta, igual que su sonrisa. Entramos al aula, la presenté con mi grupo y ella empezó a fluir

con toda la pasión que caracteriza cada cosa que hace. Ella estudió Psicología Social en la Universidad del Estado de Morelos. Cuando yo la conocí, trabajaba en el Instituto Poblano de la Mujer y posteriormente, mucho tiempo después, entró a la maestría en Comunicación y Cambio Social de la Universidad Iberoamericana Puebla. Para el segundo semestre en el que le pedí que me apoyara con mi clase ya estaba esperando a Nicolás, aún no se le notaba, pero me lo contó llena de emoción, yo también esperaba a mi pequeño Diego así que intercambiamos varias cuestiones al respecto y, años después, me pidió colaborar con su tesis de maestría hablando sobre mi experiencia con la maternidad, acepté felizmente. Cada vez que hago contacto con Xiomara, a pesar de que nos conocemos poco, siento esa gran energía que emana de su enorme gusto y disfrute por la vida, es una mujer que busca el trato profundo, las conexiones que van más allá de la superficialidad de los encuentros a los que convierte en una oportunidad para una forma de fluir espiritual. Eso, ella es una mujer sumamente espiritual, que se toma muy en serio el trabajo personal de cada persona, incluido el suyo, como una forma de transformar las relaciones sociales, vitales y al mundo en su completud.

Ahora me presentaré a mí misma lo más lacónicamente posible pues claro, soy de la que más información tengo, pero no me quiero apresurar y tampoco quiero aburrir a nadie. Así que bueno, nació el 4 de mayo del año de 1978. Mi familia es muy particular porque está conformada por tres familias, como dice el título de una clásica película de los 60: *los tuyos, los míos y los nuestros*. Así es, cuando mi mamá y mi papá se casaron habían pasado por matrimonios anteriores que les habían dejado en la viudez y con alguna prole: mi papá tenía cinco hijos y dos hijas, mi mamá tenía tres hijos y una hija, luego, al casarse y por si sumar once aún no fuera suficiente – los pamboleros comprenderían la importancia de la banca –, tuvieron dos hijos y una hija más. Ésa, la más pequeña, soy yo. Mi mamá y mi papá atendían un negocio de mercería en el centro de la ciudad que les ocupaba todo el día seis de siete días de la semana, así que yo me críe con la televisión y algunos hermanos que se ocupaban de mí. A mi papá y a uno de ellos

les gustaba mucho leer y me impulsaron en el camino de los libros y, aunque ninguno de entre los trece podría decirse que se desempeña en el mundo académico, la gran mayoría sí estudió alguna carrera universitaria. De cualquier manera, no estoy muy segura acerca de dónde salió mi interés por estos rubros, pero entre 1997 y 2003, estudié la licenciatura en Ciencias Humanas en la Universidad Iberoamericana Puebla (UIAP) en donde ejerzo como profesora de asignatura desde el 2009; entre el 2006 y el 2009, hice la maestría en Antropología Social en el Centro de Investigaciones y Estudios en Antropología Social en Chiapas (CIESAS-Sureste) y en el 2018 entré al doctorado en Sociología dentro del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Alfonso Vález Pliego en Puebla (ICSYH-BUAP). No quiero decir el tipo de mujer que soy, me parece demasiado autorreferencial y por supuesto, me causa vergüenza e inseguridad el querer definirme a mí misma como lo he hecho con mis amigas. Hacer esto me ha hecho notar que cuando hablo de ellas me resulta fácil describirlas, así es como yo las interpreto desde mi racionalidad, pero, sobre todo, desde el afecto que siento por ellas. También siento afecto por mí, cada vez un poco más, pero no, espero ya estarme dando a conocer a lo largo de todo el escrito, porque definirme así, me resulta imposible.

PARTE II.

ESA COSA ESCANDALOSA

ATRAVIESA NUESTROS CUERPOS VIVIENTES

El objetivo de esta segunda parte es acercarme a las formas en que nuestros cuerpos vivientes han sido y siguen siendo atravesados por una forma particular de poder que rige múltiples espacios de la vida humana y no humana y que, por supuesto, no excluye de su influencia nuestros procesos de embarazo, parto y puerperio, produciendo un cuerpo viviente mecanizado que, cada vez más, ve reducidas sus capacidades volitivas al sometimiento heterónimo y heterotópico de la clínica que termina convirtiendo estos procesos en una línea de producción de mano de obra para el capital.

Iniciaré explicando de donde surge esto del cuerpo viviente y a qué intento referirme. He pasado mucho tiempo reflexionando acerca de hacia dónde debería mirar al momento de pensar en las mujeres que formamos parte de esta investigación, es decir, si la pregunta gira en torno a cómo estamos decidiendo las mujeres vivir nuestros procesos de embarazo, parto y puerperio, cuál sería lo que en lenguaje académico se conoce como mi unidad de análisis. Las mujeres con tales o cuales características, sí, pero si en lo que quiero profundizar particularmente es en cómo toman decisiones sobre sus cuerpos, ¿por dónde debería arrancar? Pues bien, una buena parte del estudio la dediqué a entender la producción del cuerpo. Empecé por comprender que el cuerpo es algo mucho más complejo que una organización psicofisiológica natural, también es una manifestación sociocultural e histórica que se moldea a partir de formas y perspectivas con determinadas posibilidades relacionales, dentro de un entorno definido en tiempo y espacio y que singulariza y materializa al sujeto, al cuerpo viviente. Hoy en día el cuerpo presenta manifestaciones muy específicas relacionadas con un orden mundial económico, social, cultural y político, también muy específico (Federici, 2015), heredadas de la noción cartesiana del *cuerpo máquina*, esto es, el cuerpo como un mecanismo con ciertas funciones más o menos regulables

que permite detentar algo superior a él mismo que sería, no sé, la razón, el alma – depende de si el discurso impuesto es científico o es religioso –, esto otro que le trasciende y domina.

Comprendí que gracias a esta escisión del sujeto que exotiza al cuerpo y lo convierte en un objeto, *Esa Cosa Escandalosa* ha logrado someter los cuerpos como territorios de conquista a la producción de capital y en el caso particular de las mujeres a la reproducción de mano de obra para el mismo fin (Federici; 2014). Así producido, como una herramienta principalmente para el trabajo, el cuerpo se concibe como algo distinto, incluso opuesto al sujeto, pero que le es útil para definir un *yo*, una individualidad, como si se tratara de un receptáculo que le permite al sujeto ser para sí mismo, un sí mismo más grande y trascendente a partir de la mente, la razón, el alma, la voluntad. Por eso *poseemos* al cuerpo como poseemos las cosas, podemos venderlo como fuerza de trabajo o podemos usarlo como un dispositivo del poder para el control sociodemográfico. Nuestros cuerpos están escindidos, alienados, no sólo en sí mismos, sino también de su propia naturaleza, de la que formamos parte. El sujeto se repliega sobre sí mismo, ya no sobre la comunidad de vivientes y no vivientes que terminan por convertirse en apartados a los que, en todo caso, se puede recurrir, pero que no nos conforman⁷.

Pues bien, la voluntad, el conocimiento, la trascendencia no son – no pueden ser – efectos independientes del cuerpo que los produce: yo no puedo inteligir nada de lo que veo, leo o escucho, si no es desde un cuerpo que puede ver, leer, escuchar, y luego, entender algo. Estas capacidades se hacen posibles, además, dependiendo del espacio y tiempo que habitamos, se desarrollan en mayor o menor medida en tanto lo que la construcción sociocultural que nos ha sido asignada, lo permita. De este modo, aunque un sujeto tenga ojos para leer, no siempre

⁷ Esto ha ido adquiriendo cada vez más sentido en nuestras sociedades que abogan por el desarrollo del individuo en esta noción de que la sociedad es la suma de las voluntades individuales, que, aunque debatida hasta el cansancio, se ha convertido en la noción dominante: los individuos son los que le dan forma a la sociedad, no al revés.

sabría cómo hacerlo, dependerá de sus condiciones socioeconómicas, del lugar en la cadena del poder que ocupe, esto, necesariamente, diluye al individuo como único agente de construcción y definición social. La individuación, es decir, el rompimiento con los lazos de interdependencia y su mediación, jerarquizada y alienada, responsabiliza por completo al sujeto de su condición, de este modo invisibiliza las tramas de poder y justifica las profundas desigualdades sociales: “el que es rico es rico porque quiere, el que es pobre es pobre porque quiere”. El cuerpo se convierte en una máquina de producción y reproducción de un individuo puramente racional, puramente objetivante, hasta de sí mismo.

En cambio, en las sociedades existentes previamente a la configuración de lo que más adelante definir  como *Esa Cosa Escandalosa* y en las que aún resisten de diversas maneras su dominio, el cuerpo forma parte del universo cosmog nico, se le considera sagrado y es sagrado porque es vital. Ahí las representaciones de las personas son representaciones del cuerpo, es decir, sujeto y cuerpo no est n escindidos, sino que forman parte de una misma singularidad que, si bien es perfectamente distinguible y enunciable, al estar constituida de la misma energía vital que ese universo al que pertenece, se diluye en él. Le Breton (2002) diría que hablar de singularidad no es lo mismo que hablar de individuación, porque la singularidad es la observación de una diferencia que favorece lo colectivo al reconocerse no como una *en-sí-misma*, sino como el resultado de un nudo de relaciones interdependientes que son las que permiten la vida. En cambio, cuando el cuerpo se individualiza rompe con esa interdependencia entre la vida humana, no humana, biótica y abiótica, convirtiéndose en una exterioridad radical: “La ambigüedad en torno a la noción de cuerpo es una consecuencia de la ambigüedad que rodea a la encarnación del hombre: el hecho de ser y de [al mismo tiempo] poseer un cuerpo” (23).

Bajo este principio instaurado por la modernidad en que se concibe al cuerpo como una máquina, se le empieza a modelar de acuerdo con los requerimientos de las estructuras de dominación. Michel Foucault (1997), a partir del libro *El Hombre-máquina* que Julien La Mettrie escribió en el S. XVIII, realiza un análisis del cuerpo que define como “objeto y blanco del poder (...) al cuerpo que se manipula, al que se da forma, que se educa, que obedece, que responde, que se vuelve hábil o cuyas fuerzas se multiplican” (140). Localiza dos registros: el anátomo-metafísico y el técnico-político, a los que, en cierto sentido, encuentra muy distintos, porque el primero se enfoca en el funcionamiento y explicación del cuerpo, mientras que el segundo en su sumisión y utilización; sin embargo, también encuentra un punto de cruce entre ambos registros, algo que él llama *el cuerpo dócil*, ese que es inteligible o analizable y al mismo tiempo es útil y manipulable; a esta minuciosa técnica de control que el poder ejerce sobre el cuerpo es a lo que Foucault llama *disciplinamiento*. Si bien, el poder siempre ha disciplinado el cuerpo en sus históricas formas de relación social, lo que hoy presenciamos y que desde el siglo XVIII se viene constituyendo, es una disciplina que lo que busca es

(...) la formación de un vínculo que, en el mismo mecanismo, lo hace tanto más obediente cuanto más útil y al revés. Fórmase entonces una política de las coerciones que constituyen un trabajo sobre el cuerpo, una manipulación calculada de sus elementos, de sus gestos, de sus comportamientos. El cuerpo humano entra en un mecanismo de poder que lo explora, lo desarticula y lo recompone. Una “anatomía política”, que es igualmente una “mecánica del poder”
 (...) (Foucault; 1997: 141)

El cuidado de la vida a través de las formas de interdependencia orgánicas a las que inevitablemente estamos entrelazadas, es decir, el vínculo original que nos conforma como cuerpos vivientes, se ve desplazado, mejor dicho, se ve cooptado por el poder que lo rompe, “lo

desarticula” y luego “lo recompone”, es decir, construye nuevos vínculos sobre los que nuestros cuerpos están obligados, sometidos de múltiples maneras, las más de las veces, desde la sutileza de la subjetivación. Este cuerpo fragmentado y reconstruido, es un Frankenstein – estamos en la sección de los monstruos y las pesadillas –, un autómatas que ya no sabe escuchar sus deseos, sus necesidades, sus instintos, sólo se deja caer en las manos del personaje de bata blanca – o cualquier otro personaje que sostenga y detente un discurso de autoridad – al que también entrega su voluntad y lo que sucede con esto en el caso de los procesos de EPP, es que las mujeres vamos perdiendo nuestra capacidad procreadora que se reduce al análisis y uso que de ella hace *Esa Cosa Escandalosa*. Desde las dificultades que muchas mujeres tenemos actualmente para concebir, hasta las posibilidades de parir y amamantar por nosotras mismas, nuestros cuerpos reflejan las formas en que el poder se ha apropiado de nosotras, de nuestras subjetividades y de ese territorio que es tan nuestro. Incluso, en cierto modo, ya no estamos seguras de *poder-hacerlo* de forma autónoma, a veces no nos imaginamos haciéndolo sino en total dependencia – que no interdependencia – del conocimiento biomédico. Asimismo, el cuerpo de nuestras bebés, desde que es arrojado al mundo, sufre las improntas de la violencia que seguirá experimentando a lo largo de su vida, entrenada desde el comienzo en el desapego, en la noción de esta terrible y hondamente falsa sentencia: “Las personas nacemos solas y morimos solas”, que permea el futuro desarrollo psicosocial de la criatura.

Dice Silvia Federici (2019) en su libro *Beyond the periphery of the sky* que en este contexto:

(...) recuperar nuestro cuerpo, recuperar nuestra capacidad de decidir sobre nuestra realidad corpórea, comienza afirmando el poder y la sabiduría del cuerpo tal como lo conocemos, en cuanto a que ha sido formado durante un largo

periodo de tiempo, en constante interacción con la formación de la tierra, en formas que han sido manipuladas poniendo en gran riesgo nuestro bienestar. (5)

Siguiendo el llamado de esta maestra y retomando algunas de sus ideas, frente a esta noción *escandalosa* del cuerpo máquina he colocado un cuerpo al que en su momento llamé *interdependiente* y que se refiere a aquellos cuerpos que mantienen una conexión con sus emociones, con sus afectos, con sus diversas manifestaciones y con su entorno natural del que se autoconciben como parte. Tenía, pues, un cuerpo máquina al que ahora ubico como un *cuerpo escandaloso* – el epíteto al que me aferro – y un cuerpo interdependiente al que ahora concibo como un *cuerpo mágico*, sin embargo, una de mis queridas lectoras y amigas, Mina Navarro, me hizo reflexionar sobre esta oposición pues en la historia de los estudios sobre el tema se ha dado en contraponer lo mágico con esa forma de desencantamiento que se presenta en el mundo moderno y que ha hecho notar sus consecuencias en múltiples campos de la vida humana, pero, si soy sincera, no estoy muy segura de que mi intención aquí sea contraponer nada. Más bien lo que intento es atender a un *cuerpo escandaloso* en tanto que es un cuerpo ceñido a lo que *Esa Cosa Escandalosa* quiere de él y, por otro lado, atender a un *cuerpo mágico* que se permite conectar con sus instintos, esos que se avivan intensamente en las mujeres cuando vivimos nuestros procesos de EPP.

Ahora bien, cómo se produce un cuerpo u otro depende de la singularidad de cada mujer, justamente esa singularidad que se va produciendo y tomando forma en las vivencias, a la que responden las decisiones que tomamos sobre nuestros cuerpos y sus procesos. Es así que esa singularidad se produce y se expresa en el cuerpo, así como el cuerpo se produce y se expresa en esa singularidad en una relación dialéctica que, he de confesar, me ha costado trabajo explicarme, pero, sobre todo, nombrarle. Es decir, dediqué un buen tiempo a estudiar la producción del cuerpo, pero lo estuve haciendo como si fuera materia aparte de las

subjetividades y las decisiones que tomamos las mujeres, y así, desde esa escisión desde la que yo misma estaba mirando, surgieron los cuerpos *máquina e interdependiente* y posteriormente los cuerpos *escandaloso y mágico*. Entendía los cuerpos *interdependientes y mágicos* como aquellos que no se encuentran escindidos, que se trabajan, se perciben y se conciben como parte de sí y en una forma de resistencia a la ruptura, mientras que a los cuerpos *máquina y escandalosos* los entendía fragmentados, echados a un lado, simples instrumentos exóticos de la existencia. Sin embargo, ninguna de las dos concepciones o rutas de producción del cuerpo lo muestran en su sentido original, sino ya cargado de los simbolismos e interpretaciones que cada ruta produce dentro de un contexto sociocultural y económico-político específico, así que me empezó a resonar constantemente el andar hablando del cuerpo, así sin más. En mi planeación tenía pensado escribir un capítulo dedicado a la producción del cuerpo y otro a la producción de subjetividades y decisiones, como si verdaderamente se pudieran escindir, como si no se coproducieran y alimentaran entre sí. Pensé que debía empezar a nombrar esa especie de holismo que muestra el cuerpo más allá de su materialidad. Primero traté de hablar de cuerpos-sujetos, luego de cuerpos singulares, luego de singularidades corporales, también lo intenté con sujetos corpóreos, nada de esto me convenció, sin embargo, yo sentía la necesidad de hacer explícito que cuando hablo del cuerpo no hablo sólo de una dimensión material hecha de carne, huesos, sangre, también hablo de eso que lo anima, que lo discurre, que lo singulariza, pero cómo entender esto, cómo me lo explico a mí misma para luego ponerlo en palabra escrita.

Me encontraba en una especie de bache intelectual, no podía continuar así, recordé entonces un texto de Enrique Dussel que leí hace ya mucho tiempo, se trata de un breve artículo titulado: *Sobre el sujeto y la intersubjetividad: el agente histórico como actor en los movimientos sociales*, publicado en 1999. Sí, es un texto viejo cuyo contenido probablemente ya ha sido reconsiderado por el mismo autor, pero de momento me resulta muy útil. En él Dussel afirma que el ser humano es un ser corporal vivo y, al igual que otros vivientes, detentamos en

nuestra corporalidad un sistema nervioso con el que percibimos diversos estímulos exteriores desde una interioridad, un *hacia-adentro* de la piel. A esa interioridad la relaciona con la subjetividad que sería "... el 'vivenciar' lo que acontece (físicamente transmitido por el sistema nervioso) en la realidad" (1999). Esta vivencia de la realidad se elabora desde una consciencia, es decir, en un estado de vigilia en el que el sujeto se re-flexiona sobre sí mismo y su posición en el mundo – lacónicamente, lo que sería el *Dasein* de Heidegger. Flexionar-se hacia el mundo para luego re-flexionarse al interior de la piel es esa forma de dialéctica entre lo que el poder impone y el cultivo de sí que realiza el sujeto, y es ahí en donde encuentro un proceso de subjetivación que se corporiza, es decir, no solo se incorpora, sino que se traduce en cuerpo. Pero la vivencia de la realidad no sólo se elabora en la consciencia, también vivenciamos desde la inconsciencia, siempre en ese cuerpo vivido. Dussel pone como ejemplo el sueño. Durante el estado onírico nuestro cuerpo sigue vivenciando la realidad, así si padecemos de indigestión mientras dormimos probablemente soñemos pesadillas y nuestro cuerpo entrará en estado alerta – al tiempo que trabaja en la función intestinal – con sudoraciones y aumento en las pulsaciones, aun cuando lo que estamos vivenciando no represente una amenaza real. Es a partir de esta reflexión que ahora hablo del *cuerpo viviente*, cuerpo vivido, cuerpo vivo, cuerpo-vida, que es vida, vida que ha sido, que es, que será manifiesta tanto en sus formas inmediatamente perceptibles para sí y para los demás, como en las más sutiles, a veces imperceptibles incluso para el propio sujeto en sí mismo, pero que se ve reflejada en los actos, los saberes, las necesidades y los deseos con que nos movemos en el tiempo y el espacio.

Yo aprendí a ser mujer y así se produjo este mi cuerpo viviente. Desde pequeña se me enseñó a silenciarme lo más posible. A no moverme demasiado para no despeinarme. A procurar a la gente que está a mi alrededor. Se me enseñó que, a diferencia de mis hermanos, tengo derecho a llorar, aunque no a molestar, ni a perturbar la paz. Me educaron para cuidar y aspirar a una familia. Me inculcaron que ser madre es la mayor realización, si no la única, de

una mujer. También en la escuela y en los medios aprendí a ser mujer, recatada, coqueta, discreta, espléndida, bonita, sencilla, simpática, inteligente, hacendosa, en fin. Además, viví mi adolescencia y primera juventud en los noventa, cuando el cuerpo bello hegemónico era el cuerpo anoréxico. Cada semana alguna compañera de la secundaria estaba en el hospital por alguna complicación con sus hábitos alimenticios. Lamentablemente una chica algunos años mayor, murió por una sobredosis de pastillas para adelgazar, simplemente ya no pudo seguir respirando. Yo nunca logré ni siquiera hacer una dieta, aunque ciertamente lo intenté. Porque era un hecho que mi cuerpo me parecía odioso. No por ser de mujer, nunca he envidiado nada del cuerpo masculino, sino porque no se parecía al de Kate Moss⁸. Por unos dieciséis años aprendí a ser mujer y lo aprehendí, pero a los diecisiete llegó el cuestionamiento y entre muchos otros temas, decidí que no quería ser esa mujer bíblica que esperaban de mí y tampoco quería morir de inanición, aunque mi cuerpo me pareciera desagradablemente pálido y flácido.

El hecho de haber nacido mujer fue algo muy marcado para mí. En ese entonces no había ultrasonidos que predijeran el sexo del bebé y el doctor le había dicho a mi mamá que por la forma de su estómago probablemente sería hombre. Álvaro, me bautizarían. Ella cuenta que cuando me vio la primera vez y supo que era niña, lloró mucho de alegría: “¡Una niña! ¡Es una niña!”, gritó con tal júbilo, que decidieron ponerle un sedante para tranquilizarla. Mi padre y tres de mis hermanos mayores cuentan que ellos aguardaban en la sala de espera del hospital donde había dos focos a la puerta del paritorio, uno azul y uno rosa, que se prendían para avisar a los familiares el sexo del bebé. Dicen que cuando se prendió el foco rosa, brincaron locos de contento. Aunque mi papá nunca era muy expresivo, cuentan mis hermanos que soltó un gritillo y dijo apagando el cigarro para ir a esperarnos en la habitación: “qué bueno que es nena, mamá

⁸ Kate Moss es una modelo internacional que fue muy famosa en la década de los noventa. Su cuerpo era sumamente delgado, se podían notar sus huesos. Y ese era el modelo de belleza femenina de la época.

debe estar feliz”. La razón de este regocijo general por mi género es un poco el hecho de que ya tenían suficientes varones en casa, pero también la posibilidad de reivindicar el camino que tomaban mis hermanas, las tres, de una u otra forma, presentaban comportamientos disruptivos con lo que se esperaba de ellas como mujeres/amas de casa/recatadas/cuidadoras/serviciales. Demás está decir, que la cuarta tampoco funcionó. Sin embargo, así crecí, aprendí a decir que yo soy mujer y a comportarme conforme a ese destino aparentemente insalvable. Pero algo en lo que he ido cayendo en cuenta a lo largo de la vida, es que lo que digo que soy, el discurso que elaboro sobre mí se mueve constantemente y está constituido por el devenir de ésta mi existencia vital, siempre nutrida por la interdependencia con las personas y seres de mi entorno. Y, aunque me reafirmo mujer, esa concepción de lo que significa serlo, se encuentra en constante cambio y resignificación.

Pues bien, nací en la ciudad de Puebla, una ciudad colonial imaginada para el descanso y el intercambio comercial entre colonizadores, una ciudad pensada lejos de los pueblos originarios, esquivada de cualquier intención mestizante. Como tal, soy parte de una sociedad nacida bajo esquemas coloniales de racismo y clasismo que las más de las veces resultan autodenigrantes (Sánchez y Gómez; 2010). Crecí dentro de una sociedad anhelante que aspira a la *españolización* y el *blanqueamiento*, no en vano durante muchos años el hospital de prestigio en esta ciudad fue la Beneficencia Española, mejor conocida como la *Bene*, y el club deportivo de lujo fue el Parque España. La aspiración a la blanquitud viene de la mano de las prácticas de exclusión social sobre quienes presentan rasgos indígenas y tez oscura, prácticas heredadas de un pasado aún no superado y que en la sociedad clasemediera poblana se encuentran sumamente arraigadas. A la par del racismo y el clasismo característicos del territorio

conquistado, junto con los aventureros castellanos arribó el patriarcado occidental⁹, iniciando su fase capitalista-colonial sustentada principalmente por el despojo y sometimiento del cuerpo de las mujeres, de la tierra y de los pueblos colonizados. Este patriarcado vino a instalarse en la sociedad poblana, entre otras cosas, gracias al catolicismo colonial que se impuso con sus rasgos misóginos, racistas y clasistas que aun cuestionaban la existencia de alma y, por lo tanto, de humanidad entre los pueblos conquistados y que concebía como salvajes y prehumanas sus prácticas y creencias ancestrales que había que erradicar desde la raíz para su salvación. Esta religiosidad que persevera en el tiempo a través de una doble moral casi idiosincrática de la sociedad poblana, enjuicia sin medida alguna cualquier expresión de autonomía de las mujeres, principalmente en cuanto a su cuerpo y sexualidad, bajo una observación constante de la

⁹ Distingo que se trata del patriarcado occidental para no confundirlo con otras formas que ha tomado en distintos tiempos y en distintos espacios, particularmente en estas geografías mesoamericanas. Hay una discusión al respecto entre feministas comunitarias, mientras Aura Cumes (2021) sostiene que no hay evidencias suficientes que demuestren que las sociedades previas al proceso de conquista y colonización eran patriarcales, otras, como Lorena Cabnal y Julieta Paredes (2019), sostienen que sí las hay, se habla de un *Patriarcado originario ancestral*. Pensemos primero que las sociedades mesoamericanas son – siguen siendo – sociedades milenarias, es decir, que de una u otra manera han mantenido ciertas formas de sociabilidad a lo largo de muchos, muchos años. Por supuesto, en todo este tiempo debieron darse revoluciones múltiples que dinamizaron a estas sociedades y fueron creando nuevos modelos de relación social, nadie supondría que una sociedad permaneciera estática por miles de años. De acuerdo con códices y otras fuentes que sobrevivieron al exterminio colonizador, las grandes civilizaciones mesoamericanas fueron gobernadas, dirigidas y defendidas por nobles señores en colosales batallas, ¿dónde estaban las mujeres mientras los hombres hacían la guerra y conquistaban territorios? ¿Cuál era su rol en esta división sexual de la guerra? (Cabnal, 2019) Podemos ver aquí un asomo de la muy probable existencia de un patriarcado originario ancestral que de acuerdo con esta perspectiva sería tierra fértil para el entronque con el patriarcado occidental que se impuso con gran facilidad. Por su parte, Cumes (2021) insiste en que la evidencia no es suficiente, pero que en todo caso sería un patriarcado muy distinto al occidental – en eso podemos estar de acuerdo – que se sustenta en ejercer su poder a través de la violencia, en primer lugar, sobre las mujeres, para luego extenderse sobre los territorios y sus recursos y sobre los pueblos otros, los colonizados.

conducta femenina que debe evitar ofender las buenas prácticas católicas de recato y compostura so pena de caer en un estigma prácticamente insalvable dentro de esta rancia sociedad, representada principalmente por las familias más *güeras*, adineradas y de apellidos y ascendencia extranjeros.

Es así que el patriarcado, el capitalismo y el colonialismo se han entrelazado históricamente como formas de dominación en mi ciudad, en mi país, expandidas por todo el globo terráqueo. A través de procesos de subjetivación, han logrado reelaborarse constantemente de tal manera que permean, no sólo nuestras acciones desplegadas en la cotidianidad, sino también lo que pensamos y sentimos sobre la realidad, nuestras relaciones vitales con los otros y con el mundo en general, nuestras prácticas corporales y, por tanto, nuestra existencia material. Traigo todo esto a cuenta porque estoy intentando reflexionar acerca de cómo discurrimos por la vida en relación con nuestros cuerpos vivientes, estos cuerpos de mujer que se distinguen por los pechos, la vagina, el útero, el clítoris, las curvas, dentro de esta herencia patriarcal colonial. El mío es un cuerpo hermoso, ahora lo veo, aunque no siempre lo hice. Recuerdo cuando trabajaba como modelo de figura humana para la licenciatura en Artes Plásticas; las alumnas me mostraban los dibujos que habían hecho de mí y yo me veía con admiración, admiraba la visión, la perspectiva y la creatividad con que me modelaban. Ahí aprendí a amar mi cuerpo con todas sus imperfecciones, porque podía expresar, aún sin moverme, la belleza del cuerpo de las mujeres. Pero aprender a amar nuestros cuerpos, no es tarea fácil. Nos han enseñado, y así lo hemos aprendido, a odiarlo, a despreciarlo, a verlo como una parte pecaminosa, vergonzante, de nuestro ser mujer, que sólo sirve para atraer al sexo opuesto – siempre el opuesto. Fui a una escuela de monjas teresianas, la patrona de esta orden, Teresa de Jesús, fue una mujer valiente y rebelde para su época, pero también creía que el cuerpo era debilidad humana, un estorbo, entonces tomaba un látigo y se laceraba a sí misma

con el fin de someterlo a la trascendencia de su alma, nos enseñaron a admirar esa práctica porque a partir de ella, Teresa se elevaba mientras oraba reconociendo la culpa de su ser mujer.

Este menosprecio hacia el cuerpo, sobre todo al cuerpo femenino, determina un destino social, una subjetivación, que para las mujeres tiene sólo dos vías posibles: el cuerpo materno o el cuerpo sexual, cuerpo virtuoso uno, cuerpo vicioso el otro. En todo caso queda excluido de ambas opciones precisamente el cuerpo de las monjas, que sería, más bien, un no-cuerpo, un cuerpo negado, negado sobre todo al placer, un cuerpo sí virtuoso, pero sólo en tanto negación¹⁰. En esta condición de nuestro ser mujer, porque nacemos con vagina, fuimos socializadas para odiar nuestro cuerpo gozoso, deseante y placentero. Así que la primera vez que dejé caer mi bata frente a un grupo de estudiantes que observaba detenidamente cada recoveco de mi desnudez, sufrí inimaginablemente. Un grupo de gente desconocida me miraba, por todos los ángulos posibles. Estaba encerrada en un círculo de miradas que llegaban más allá de lo que yo misma alcanzaba a explorar en este mi territorio primario. Renunciaría a ese trabajo en cuanto pudiera moverme. Sin embargo, al ver los resultados de esa auscultación minuciosa, me enamoré, descubrí mi sensualidad, mi deseo de convertirme en obra de arte. Ahí liberé mi voluptuosidad y dejé de sentirme culpable y desagradable por disfrutarla. ¿Cómo sucedió que durante tantos años mantuviera velado de mí misma a mi propio cuerpo, al que concebía sucio, denigrante? Yo

10 Mi tía Paz, hermana de mi abuelo materno, entró a un monasterio de absoluto claustro, de las dominicas de Santa Catalina a los dieciséis años. Permaneció en encierro hasta que murió a los ciento cuatro años. Estuvo ahí, en un único mundo, durante ochenta y ocho años. Esto me hace preguntarme si en la sempiterna cotidianidad centrada en la oración, el servicio entre hermanas y el horneado de unas galletas verdaderamente ricas, ella se percibió un cuerpo negado. O si más bien ese recogimiento le permitía concebirse un cuerpo libre para ser explorado. Habrá que pensar sobre ese virtuosismo si sólo se da en tanto negación del cuerpo placentero o en tanto su autonomía. Ya se han recogido bastantes testimonios de mujeres que prefirieron entrar al convento antes que entregarse al matrimonio heteronormado. Un caso trascendente es el de sor Juana Inés de la Cruz.

fui criada en estos valores, pero no es cuestión de echarle la culpa a nadie, menos aún a mi madre. Ella también sufrió las consecuencias de esta socialización – lo mismo que mi abuela y la madre de mi abuela. Ella también aprendió y naturalizó, que su cuerpo de mujer estaba destinado a la maternidad, así que abandonó una prometedora carrera como pianista y se casó. Lo hizo sin tener idea de su cuerpo, ni mucho menos de su sexualidad. Nuestros cuerpos, los cuerpos de nuestras madres, los de nuestras abuelas, se han visto atravesados por una dominación que ejerce su opresión reprimiéndolos, castigándolos, estigmatizándolos, enemistándonos con ellos para así controlarlos, principalmente en cuanto a sus capacidades sexuales y reproductivas. Esta dominación no ejerce su poder de manera coercitiva, al menos no explícitamente, en todo caso lo hace en formas sutiles con las que nos socializamos, que luego interiorizamos y terminamos por naturalizar. De este modo, cuerpo y subjetividad se producen entre sí dialécticamente y en un doble movimiento que va de afuera hacia adentro y a la inversa. Es decir, sí hay una dominación que se ejerce imponiéndonos no sólo una corporalidad específica útil a sus intereses acumulativos, sino también una concepción del propio cuerpo que nos hace subjetivarlo de tal o cual manera lo que permite disciplinarlo ya no desde un poder heterónimo coercitivo, sino desde la propia auto vigilancia. Pero al mismo tiempo, en este doble movimiento, nosotras encontramos la posibilidad de resistirnos a esa imposición, de hacer una crítica y subvertirla, logrando transformar la heteronomía – voluntaria o no – en autonomía. Es así como hoy en día, la necesidad y el deseo cada vez más extendido de tantas mujeres, de decidir sobre nuestros cuerpos, deseo transformado en lucha, que pasa por el derecho a decidir no ser madres y que pasa también por el derecho a decidir cómo queremos ser madres, cómo queremos vivir esa experiencia, cómo queremos reencontrarnos con nuestros cuerpos sexuados y reproductivos, me parece una auténtica rebeldía y un desafío a aquellos que creyeron que las hogueras, las prisiones, las clínicas, los matrimonios para siempre, nos frenarían.

Inicio entonces esta segunda parte proponiendo nombrar a este entramado trifásico de dominación como *Esa cosa escandalosa*. Lo hago recuperando principalmente las ideas de Amaia Pérez quien lo conceptualiza inspirada por la expresión de Donna Haraway; y de Maria Mies quien sostiene la perspectiva del poder patriarcal que, en su última fase, el capitalismo, se muestra más violento que nunca y, en diálogo con Silvia Federicci, encuentran en los cuerpos de las mujeres uno de los territorios al qué domeñar para extraer tanta riqueza como sea posible. Retomo también a Suely Rolnik, quien logra deshilar las tramas de este poder como diversas fuerzas que se ejercen también y tal vez principalmente, sobre las subjetividades, hasta lo más íntimo, produciendo lo que ella llama el inconsciente colonial-capitalístico que allana nuestros cuerpos vivientes, extrae y nos despoja de sus saberes. A mí me ha resultado fundamental poder encontrar en las ideas que estas mujeres nos comparten el sustento de *Esa Cosa Escandalosa* como una forma de nombrar aquel gran monstruo poderoso conformado por un patriarcado capitalista y colonial que se encarga de mediar los vínculos de las mujeres con nuestros cuerpos, configurando nuestras subjetividades y trastocando nuestra capacidad de decidir sobre ellos.

Posteriormente, a partir de mi propio proceso y el de algunas compañeras, me cuestiono sobre cómo estamos decidiendo las mujeres vivenciar nuestros embarazos, partos y puerperios. En esa disertación me encuentro con que es probable que, en las escuelas de medicina, incluida la especialidad en ginecología, les educan para mirar el cuerpo como una máquina cuya marcha es predecible y, por lo tanto, controlable a partir de un listado de procedimientos. El cuerpo de las mujeres en embarazo, parto y puerperio se observa como un cuerpo enfermo, medicalizable, apto para ser intervenido. Así, un suceso *mágico*, termina convirtiéndose en uno *escandaloso*. Aquí retomo, además de las experiencias personales de las mujeres que conformamos esta investigación, los estudios de Pita Macías, Silvia Federicci, Casilda Rodríguez, Barbara Ehrenreich y Deidre English.

Luego, elaboro una indagación sobre el concepto de *heterotopías* de Michel Foucault para tratar de entender cómo nuestro cuerpo se convierte en un lugar-otro para nosotras mismas durante un momento en que deberíamos estar más vinculadas que nunca con él. Trato de entender a la clínica, en estos casos, como una heterotopía creada siguiendo la lógica capitalista para concentrar, disciplinar y controlar cuerpos enfermos¹¹, incluida la atención de un proceso fisiológico como es el EPP que en cada mujer se manifiesta a su propio ritmo, en su propia cadencia. También nuestros cuerpos se convierten en heterotopías, en lugares otros, al entrar en la clínica.

Finalmente, me acerco a intentar comprender el dolor y el miedo que serían dos de las emociones que nos invaden a las mujeres cuando entramos en un proceso de EPP. Lo hago dilucidando un poco sobre las ideas de Byung-Chul Han, David Le Breton y Sigmund Freud, quienes relacionan ambas condiciones no sólo con una reacción fisiológica, sino sobre todo como situaciones que tienen que ver, principalmente, con el entorno socio-cultural en el que nos desenvolvemos.

Presento, entonces, un primer acercamiento a todo lo que intento comprender en cuanto a la producción de un cuerpo viviente y la producción de decisiones durante cada uno de los momentos que forman parte del proceso de EPP. Partiré de mí para salir de mí a través de mi contacto con otras mujeres, con el fin de profundizar en el entendimiento de lo que solemos vivir en el EPP.

11 Como me hizo notar Raquel Rojas, y que es algo que Michel Foucault explica bien, anteriormente la atención a enfermedades se llevaba a cabo en el hogar del paciente, donde el galeno podía observar más allá de los síntomas del paciente hacia su entorno, lo que le permitía mover el foco hacia las manifestaciones corpóreas de un sujeto con una historia en una perspectiva más holística, menos mecanizada que lo que ocurre en la clínica. Pero ya retomaremos esto más adelante.

CAPÍTULO 3. CONSTRUYENDO MI VERSIÓN DE *ESA COSA ESCANDALOSA*

*El capitalismo
no es una exterioridad del tejido de la vida,
un sistema económico o un sistema social,
sino una forma de organizar la naturaleza;
y de organizarnos nosotras en ella y a través de ella,
lo cual empuja a enlazar los rasgos patriarcales y
colonialistas del capitalismo.*

MINA NAVARRO Y RAQUEL GUTIÉRREZ

Al iniciar mi exploración sobre la producción de nuestros cuerpos vivientes dentro de esta forma de sujeción particular que incluye características patriarcales, pero también capitalistas y coloniales, me encontré con la noción de *Esa cosa escandalosa* que Lucía Linsalata, mi asesora de tesis, me presentó el primer año del posgrado. Además de la maravillosa alegoría lingüística, esta categoría habilita la producción de un pensamiento abierto y flexible que me permite visibilizar de algún modo la complejidad inefable que la dominación ejerce sobre nuestros cuerpos subjetivados, que asumimos de manera inconsciente, que percibimos contradictoria, pero que no logramos nombrar.

Amaia Pérez (2014) nos propone un primer acercamiento a dicha noción. Desde sus reflexiones y estudios sobre economía feminista, esta autora nos invita a repensar radicalmente la economía del poder que se nos presenta como libre mercado, bolsas de valor, mercado financiero, el especulativo y todas esas abstracciones de la llamada macroeconomía que son tan útiles para mantener y justificar el empobrecimiento de muchos y el enriquecimiento de pocos. En su libro *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*, explica que,

Desde el feminismo somos conscientes de que el sistema socioeconómico que habitamos viene definido no solo por ser capitalista, sino también por ser heteropatriarcal y por estar racialmente estructurado y por ser (neo)colonialista y por ser antropocéntrico y... Dada la profusión de epítetos a los que aludir, en estas páginas optamos por seguir a Donna Haraway cuando se pregunta «¿de qué otra manera podríamos llamar a esa Cosa escandalosa?» (1991: 340). (Pérez; 2014: 24)

Cuando leí este texto me enamoré de la idea de *Esa Cosa Escandalosa* como un concepto amplio para pensar a la dominación desde todas las formas que va adoptando en el tiempo y los espacios. Pues bien, esta idea es mencionada en primer lugar y, al parecer casualmente, por Donna Haraway en el texto sobre conocimientos situados del que ya hablamos anteriormente. Ahí, lo que Haraway pone en relieve, entre otras cuestiones, es que la ciencia, como producto cultural occidental, no está al margen de las relaciones de poder imbricadas en narrativas androcéntricas, heteronormativas, patriarcales, capitalistas e incluimos aquí, coloniales, desde su sentido subjetivante hasta el material-simbolizante que permite mirarnos desde una geopolítica constituida por países colonizadores y países colonizados. Dentro de todo lo que revisé de esta autora en mi intento por comprender a qué se refiere cuando habla de *Esa Cosa Escandalosa*, cuál no sería mi sorpresa descubrir que el término lo ocupa una sola vez y en un paréntesis dentro de la cita que ya hemos referido aquí. Como ya hemos visto, la autora plantea que el mundo – dominado por *Esa Cosa Escandalosa* – ha sido objetivado, representado como una cosa carente de agencia, como un ser o, mejor dicho, un no-ser pasivo, dependiente, sin capacidad de interpelación. Critica las narrativas binarias modernas, particularmente aquella que escinde al sujeto de conocimiento del objeto cognoscible, perversamente utilitaria, esclavizable, explotable. La posición en que se relega a la pareja binaria, ficticiamente inferior, resulta, por decirlo coloquialmente y siguiendo a Haraway, *escandalosa*.

Pérez retoma este apelativo y lo profundiza desde la disciplina a la que se adscribe convirtiéndolo en categoría. A lo largo del texto citado, esta autora va significando *Esa Cosa Escandalosa*, logrando develar su consistencia multifacética al explicar en qué sentido es capitalista, en qué otro es heteropatriarcal, en qué otro es antropocéntrica, andocéntrica y neocolonial, características que nos permiten comprender cómo funciona este monstruo imbricado, entramado, interconectado y que ejerce su poder y su fuerza desde diversas manifestaciones sobre cada acto de la vida cotidiana, escindiendo y mediando las interconexiones de la trama vital. Un monstruo que se sustenta en una especie de teocracia mercantil que gobierna cada ámbito de la vida, “el dios mercado” – como lo llamaría el comunicador popular José Ignacio López Vigil –, el que todo lo vigila, todo lo controla, al que adoramos, aunque no logremos comprenderlo. Un dios como el del antiguo testamento, punitivo, vengativo, atroz, el mismo que condenó a las mujeres a parir dolorosamente, desconectadas de nosotras mismas y nuestra naturaleza y que hoy nos obliga sutilmente a vivir nuestros procesos fisiológicos dentro de la heterotopía hospitalaria, sumamente mercantilizada.

Pérez define las narrativas capitalistas, heteropatriarcales, racistas, antropocéntricas y neocoloniales, localizando su epicentro en los mercados capitalistas, pero su enfoque, lo mismo que el nuestro, se presenta desde, por y para, la sostenibilidad de la vida toda y, en ese sentido, busca una perspectiva, una mirada exterior a estos mercados en la cotidianidad de la economía de a pie: “Lo que tiene de singular es que todo esto lo aterrizamos en sujetos concretos con desesidades peculiares, con relaciones sociales y con un posicionamiento específico en esa Cosa escandalosa” (26)¹². Esta misma singularidad es la que he alcanzado a distinguir en las

¹² El vocablo desesidades lo retoma de la propuesta lanzada por mujeres de Centroamérica en el contexto de la Educación Popular y la Investigación Acción Participativa, para reunificar la escisión necesidad/deseo. Se trata de un concepto que retomaremos en otro momento para entender cómo se entrelazan los deseos y las necesidades de las mujeres durante el proceso de EPP

narrativas de las mujeres que conformamos esta investigación. Así, por ejemplo, podría realizar una especie de clasificación a partir de cómo nos posicionamos las mujeres frente a *Esa Cosa Escandalosa* durante nuestros procesos de EPP. En muchos sentidos, ese posicionamiento está sujeto a las posibilidades materiales. En el caso de Tania y Claudia (en su primer parto) ambas se cuestionaban lo que de patriarcal, capitalista y colonial tenía lo que estaban viviendo – por no hablar de lo burocrático – al verse en la necesidad de llevar sus procesos a la clínica pública, donde la posibilidad de las mujeres a decidir sobre sus cuerpos y procesos se ve reducida a su mínima expresión. En otros casos, ese posicionamiento depende de la información con que se cuenta al momento de vivir los EPP, por ejemplo: Nora, Yuhana, Gaby y Natalia decidieron vivir sus experiencias desde la clínica privada porque no tenían idea de que pudieran existir otras opciones, al menos no en las que ellas pudiesen confiar, mientras que Tati, Xiomara, Lucía, Magui y Raquel, quienes llevaban algunos años cuestionándose de diversas maneras la escandalosa dominación de los cuerpos femeninos, decidieron buscar vivir sus EPP lo más conectadas con sus cuerpos que les fue posible. Esta somera clasificación me permite comprender que las mujeres sí estamos decidiendo cómo vivir estos procesos pero que esa decisión está supeditada a las condiciones en que nos encontramos dentro de *Esa Cosa Escandalosa* y que, entre más la cuestionemos, más estaremos en la posición de resistir a su imposición en favor de una autonomía que nos permita seguir siendo las detentoras de la reproducción de la vida humana.

Para Pérez, la vida vivible en *Esa Cosa Escandalosa*, es una perversión: pone la vida al servicio del capital, la amenaza constantemente, “identifica los valores asociados a la masculinidad como lo propiamente humano, impone un sueño loco de autosuficiencia e identifica bien-estar con consumo mercantil” (Pérez; 2014: 79). Pone unas vidas por encima de otras, las vidas privilegiadas dentro de *Esa Cosa Escandalosa* en detrimento de las vidas esclavizadas al salario como único modo de sostener la vida y, aún mayor menoscabo, las vidas

que trabajan y producen riqueza para el capital sin el estímulo salarial, consideradas no productivas, como las que realizan el trabajo a destajo y el doméstico, ambos representados, principalmente, por mujeres y niñas. Las desigualdades creadas por este “ente” dominante afectan las posibilidades que tenemos de acceder a la experiencia de un proceso de embarazo, parto y puerperio autónomo, grato y placentero. Desde las obvias en cuanto al acceso diferenciado por clases socioeconómicas, hasta las menos evidentes, como la ocupación y despojo que se hace de nuestros cuerpos vivientes y sus capacidades reproductivas en una especie de tecnología del cuerpo. Esto interviene en la producción subjetiva de nuestros cuerpos y las decisiones que podemos o no, tomar sobre ellos, desplazando, encubriendo y negando el conocimiento corporal intuitivo que tenemos sobre nuestros procesos fisiológicos, sometiéndolos a una serie de dispositivos dominantes derivados de un conocimiento médico heterónimo y mecanicista. Producimos decisiones cotidianamente a partir de estas mediaciones.

Es así que considero *Esa Cosa Escandalosa* como un concepto que logra abarcar las narrativas distópicas que nos impone la modernidad y que es útil en la comprensión de procesos sociales determinados. En este caso se muestra particularmente agresiva con el cuerpo de las mujeres a través de la heteronomía heterotópica de la salud femenina. Porque esa trama del poder, ese monstruo de las tres cabezas – y múltiples brazos y piernas que se van autogenerando –, se ocupa hoy en día de gestionar, no sólo la muerte, sino la vida en todas sus dimensiones. Es experto en mercantiliarla, convierte al cuerpo en un objeto al que regular, tasar, vender, comprar. Así, la salud integral de las mujeres: físicobiológica, emocional, psicológica y espiritual, se ve subsumida a la regencia de *Esa Cosa Escandalosa*, cuya capacidad sociometabólica (Machado; 2017) para extraer energía no sólo se limita a la tierra, sino que abarca también nuestros cuerpos, nuestras subjetividades y con ellas, nuestra capacidad de decidir. Si el cuerpo en general se produce aquí como fuerza de trabajo, el cuerpo de las mujeres

se produce como una máquina reproductora de esa fuerza de trabajo (Federici; 2015). Para lograr este sometimiento, la capacidad sociometabólica de este monstruo gigantesco logra producir un impacto “a nivel micro-biopolítico en las estructuras más elementales de la percepción y la sensibilidad de los cuerpos” (Machado; 2017: 195), de este modo, se encarna a través de la producción de subjetividades que se manifiestan en sensibilidades funcionales a estas formas de producción del cuerpo viviente. Es así como las mujeres vamos perdiendo capacidad de decidir partiendo de nuestra sensibilidad orgánica, corporal e incluso, espiritual.

3.1. DE CÓMO SE ENTROMETE ESA COSA ESCANDALOSA EN EL EPP

La lógica patriarcal concibe como necesarios los elementos de dominio y esclavitud y, al articularse con el capitalismo, estos elementos se ponen al servicio de la acumulación del capital, gestionando la interdependencia y la coproducción del tejido de la vida en términos de explotación y jerarquía.

VANESA CARSOLO

Nora soñó desde niña con su príncipe azul, con una linda casita en alguno de esos fraccionamientos verdosos que abundan en su ciudad natal, Xalapa, y con una rutina diaria con la que podría vivir felizmente hasta el fin de su vida. Se imaginaba a sí misma cuidando hasta el mínimo detalle de su hogar, cuidando un par de hijos, un niño, el mayor, una niña, la menor. Probablemente con una mascota, tendría que ser perro porque los gatos le causan alergia. Pasando las mañanas absorbiendo el fresco olor de los productos de limpieza con los que dejaría su hogar radiante, mientras cocinaba elaborados y deliciosos platillos para la llegada del ser amado y cuidando unos lindos y serenos bebés que serían solo sonrisas y gracias. “Todo esto se

derrumbó cuando llegué a la adolescencia”, dice ella, “¡ay, mana! Es que la adolescencia es horrible, te deformas horrible”, y ahí pensó que nunca encontraría “ya no digas a mi príncipe azul, algún pandroso que quisiera andar conmigo... bueno, y es que mi papá siempre me decía que yo era hermosa, pero luego ves en la tele a esas mujercitas y dices: ¡uy!, yo pa cuándo verme como ellas”. Pero para su sorpresa, sí llegó su príncipe azul. Christofer era un buen amigo con el que solía “agarrar la jarra” y en una de esas “pues pasó lo que tenía que pasar”. Después de varios años de noviazgo se casaron y, aunque habían pensado en esperar un tiempo, Nora se embarazó un año después. Se encontraban viviendo en la ciudad de Puebla porque el trabajo de él implicaba muchos viajes a la ciudad de México y les pareció que Puebla era un buen lugar para vivir. Así que como no conocía a nadie, empezó consultas de embarazo con un ginecólogo que le recomendaron a Cris en el trabajo. Ella tuvo un sangrado más o menos por el segundo mes de embarazo, el doctor recomendó un reposo ligero y se pasó, pero luego, a los seis meses aproximadamente, volvió a sangrar y ahí sí ya no pudo levantarse más que para ir al baño. Su suegra estuvo viviendo con ella para apoyarla en este tiempo y también después de que naciera Leo el 15 de mayo del 2011. El doctor le dijo que tendría que realizarle una cesárea y ella ni lo cuestionó, desde el principio había decidido ponerse en manos del doctor y seguir todas sus instrucciones. En el hospital no le permitieron tener a su bebé en brazos más que un par de veces, así que empezó a conectar con él hasta que estuvieron en casa. El tema de la lactancia le resultó muy difícil y entre lágrimas me cuenta que se arrepiente mucho de no haberse informado más, porque a Leo, a diferencia de su segundo hijo, Damián, quien nació seis años después, no lo alimentó más que con fórmula, tampoco sabía de la importancia del apego, ni de la posibilidad del colecho, así que siente que con su primer hijo tuvo muchos errores que pudo haber evitado

si hubiera tenido la información necesaria. Porque información tenía mucha, todo mundo me decía qué hacer y cómo hacerlo y ahí iba yo de babosa a hacer lo que todo mundo me decía. Había cosas que no me gustaban, que como que yo sentía

que no era por ahí, pero pues te están dice y dice y pues vas y lo haces, cuando eres primeriza es muy duro porque en verdad no sabes si lo que sientes está bien o si le vas a hacer un daño a tu hijo, ahora con éste [señala al pequeño Damián que nos acompaña durante la entrevista en línea] pues ya es bien distinto (Entrevista; mayo 2021)¹³

Esa Cosa Escandalosa, es un juego de palabras, una categoría que permite incluir en ella las muy diversas formas que asume el poder en su actuar al distinguir hasta qué punto consigue atravesar las relaciones biosociales que establecemos en todos los ámbitos de la vida, con el fin de captar y dominar lo más íntimo de nuestras singularidades: nuestros deseos, nuestras necesidades, nuestras actitudes, nuestros cuerpos. El breve relato de Nora con el que inicio este apartado muestra cómo *Esa Cosa Escandalosa* se encarga de intervenir los sueños de las niñas, el autoconcepto de las adolescentes, el maternaje de las mujeres, desde formas que se observan patriarcales, capitalistas y coloniales a la vez. A través de estas experiencias compartidas, lograba yo captar esta *escandalosa* mediación, pero lo que aún no sabía era cómo interpretar esto que yo percibo como tres cabezas trenzadas representando al patriarcado una, al capitalismo otra y al colonialismo la última, en un solo monstruo verdadero; cómo comprender y expresar el *escándalo* que esto encarna para la sostenibilidad de la existencia vital. Pues bien, en algún momento durante el posgrado en el seminario *Entramados comunitarios y formas de lo político*, hicimos la lectura de Maria Mies (2018) y abordamos la noción del Patriarcado-Capitalista que desarrolla en su libro *Patriarcado y acumulación a escala mundial*, sentí que la forma en que esta autora desentraña las distintas actuaciones de la dominación sobre los

¹³ ACLARACIÓN IMPORTANTE que debo incluir en esta primera cita de campo. Algunas citas están constituidas por frases que la entrevistada pronunció en diferentes momentos y son redactadas por mí en un intento de sostener la estética narrativa. No deja de ser textual porque se mantienen las frases, mi intervención es meramente a través de conectores sencillos y alguna entonación.

cuerpos, principalmente femeninos, a lo largo y ancho del globo terráqueo, daba en el clavo con lo que yo estaba pensando. Citando el *Prólogo* escrito por Silvia Federici, “la tesis que estructura este trabajo” demuestra que:

(...) en los albores de la historia se impuso una división sexual del trabajo, por la cual los hombres se especializaron en las artes de la violencia y la destrucción, mientras que las mujeres lo hicieron en las actividades que producen diaria y generacionalmente la vida; con el tiempo, esta división se ha consolidado en un sistema «patriarcal» en el que la violenta apropiación por parte de los hombres del trabajo de las mujeres se ha convertido en la fuerza productiva dominante y en el motor de la misma (Federici en Mies; 2018:17)¹⁴

Este sistema patriarcal ha permanecido a lo largo del tiempo como “un sistema casi universal” (Mies; 2018:95), rigiendo las relaciones sociales a través de diversos espacios geográficos y

14 Para más datos sobre la división sexual del trabajo y cómo con el tiempo se fueron jerarquizando las labores de los hombres por encima de las de las mujeres, recomiendo el texto de Almudena Hernando (2018) *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. En él, Almudena hace una genealogía del discurso de verdad vertido sobre el largo proceso que fue la división sexual del trabajo, a partir del cual se han impuesto los roles a seguir por mujeres y hombres en su relación social, roles que con el paso del tiempo se han jerarquizado, dejando los *quehaceres* de las mujeres muy por debajo de los de los hombres y completamente devaluados en su trascendencia social. En su hipótesis plantea que es la disociación entre emoción y razón la que sustenta este orden patriarcal dominante desde el cual, hombres y mujeres, realizamos una construcción identitaria que internalizamos como sujetos sociales. Su tesis central propone que el individuo como sujeto exclusivamente racional, es una ficción, no en el sentido de lo falso, sino de lo fetichizado, porque obnubila la interdependencia, o lo que ella llama la identidad relacional, que se basa en una racionalidad vinculada indefectiblemente a los afectos y las emociones: “Esta *negación* de las dinámicas emocionales implicadas en el proceso de racionalización e individualización constituye el núcleo más profundo del discurso en el que nos socializamos (...). Y precisamente esta *negación*, elevada al nivel de *verdad* por el pensamiento ilustrado (...) es la clave para ser admitidos en los circuitos de poder (...) permite entender, en mi opinión, la clave más profunda de la dominación de los hombres sobre las mujeres” (Hernando; 2012: 96)

culturales, despojando a las mujeres, no sólo de su trabajo, también de sus conocimientos, de sus lazos afectivos, de su sexualidad, de sus cuerpos y hasta de sus capacidades, una de ellas, fundamental, la capacidad de reproducir a la especie, de dar vida. Esta potencia femenina vital para la humanidad ha sido amenazada por el patriarcado desde sus orígenes, ya podemos recordar la frase de Yahvé en el Génesis cuando sentencia a Eva: “parirás con dolor”; sin embargo, este despojo se ha acelerado escandalosamente en la modernidad con la revolución científica, principalmente en medicina ginecobstétrica.

Las mujeres hemos sido dominadas, sistemáticamente, por la *Ley del padre*, es decir, por cuanto varón tenemos alrededor: el padre, la pareja, los hermanos, los patronos, los médicos, los gobernantes y demás. Desde el movimiento feminista esta dominación se explica a partir de la noción de *Patriarcado* que nos ha permitido develar “la dimensión social e histórica de la opresión y explotación de las mujeres” (Mies; 2018: 95), mostrando la astuta reducción y simplificación del determinismo biológico expresado en un discurso científico que reduce las desigualdades a una circunstancia fuera de las relaciones sociales, como si naturalmente las mujeres fuéramos inferiores y por lo tanto objetos a poseer por los hombres. Las dimensiones sociohistóricas que encierra este concepto nos hacen cuestionarnos cómo es que el patriarcado, un sistema de relaciones sociales específico, ubicable en tiempo y espacio, ha afectado a tantas sociedades diversas y extendidas a lo ancho y largo del globo terráqueo y durante tanto tiempo. Mies explica que esto se debe al uso de métodos específicos, “concretamente: el robo, la guerra y la conquista” (95), es decir, la violencia en cualquiera de sus rostros, que alcanza una máxima potencia con la expansión de los territorios donde se llevó a cabo la acumulación de recursos: territoriales, sociales, culturales, vitales, en el largo pero constante proceso de implementación de lo que llamamos capitalismo.

Pues bien, la situación actual de las mujeres dentro de este escenario es tan violenta como lo era en los sistemas patriarcales arcaicos o precapitalistas, incluso más, porque es también más sutil, naturalizada, normalizada y cotidiana, se identifica con la posición asignada e impuesta a las mujeres dentro del núcleo familiar moderno heteronormativo, esos espacios que históricamente han sido colocados a las afueras, en las periferias de las relaciones capitalistas y que, sin embargo, no sólo forman parte de ellas, sino que son uno de los elementos que las sustentan (Federici, 2017) (Mies, 2018). Bueno, previamente he escrito *la situación actual*, mejor dicho, *las diversas situaciones actuales que vivimos las mujeres*, porque, aunque en todas se encarna la violencia, la sutileza con que se presenta varía según regiones socioeconómicas y geopolíticamente organizadas. Es decir que, a la opresión ejercida por el patriarcado contra todas las mujeres, habría que agregarle la intervención del capitalismo y del colonialismo para identificar en qué niveles se presenta esta violencia. Mies hace un estudio comparativo exhaustivo de las formas que adopta la violencia patriarcal capitalista tanto en su país primermundista, Alemania, como en países tercermundistas como la India, Vietnam y algunos de América Latina, pero no se queda en la comparación, sino que establece cómo esta forma actual de dominación relaciona, por ejemplo, el trabajo artesanal a destajo de las mujeres en algún pueblo de la India - por demás está decir que se trata de un trabajo súper explotado -, con el consumo de las amas de casa alemanas, logrando determinar la importancia de una mirada interseccional en los feminismos mundiales.

La noción de un patriarcado capitalista que plantea Mies (2018) le permite explicarnos que el capitalismo sería pues la última faceta del sistema de la dominación patriarcal, una forma en la que ésta se refuncionaliza y en la que el nuevo patriarca pierde la noción de su organicidad con el mundo y la vida toda y se autoconstituye como el centro, exterior y desvinculado de todo lo Otro que es susceptible de dominación. Así que hacer una división entre patriarcado, como el sistema que oprime a las mujeres en el hogar, y capitalismo, el que las explota en sus trabajos

asalariados o externos a los del cuidado, no es fértil para la revolución feminista, dice la autora, en el sentido de que nos impide observar las formas en que el desarrollo capitalista crea divisiones sociales y sexuales del trabajo muy específicas:

En otras palabras, el feminismo debe luchar contra todas las relaciones patriarcales-capitalistas, comenzando por la relación hombre-mujer, y la relación del ser humano con la naturaleza, hasta la relación entre metrópolis y colonias. No puede esperar alcanzar sus objetivos si solo se centra en una de esas relaciones, porque todas están interconectadas. (96)

Estas formas de relación, aunque suene paradójico, son producto de una serie escisiones ejercidas desde un pensamiento que se impone a lo largo del mundo a través del despliegue de la violencia y su normalización. Se escinde a la razón del cuerpo y de la naturaleza, de todo ser material que se considere susceptible de dominación y explotación para la acumulación de capital. Aquí la razón se convierte en aquello que trasciende a la vida misma y, a través de ella y el lenguaje que la materializa, se juzga, se jerarquiza y se justifica el rompimiento de vínculos vitales para imponer nuevas mediaciones representadas en estas tres figuras relacionales: la relación hombre-mujer, la relación sociedad-naturaleza y la relación metrópolis-colonias. Por ejemplo, en nuestro México Profundo, como nombra Bonfil Batalla (1987) a los pueblos herederos de la gran civilización mesoamericana que ha habitado por siglos estos territorios, tradicionalmente los saberes médicos partían de un vínculo poderoso de los cuerpos con la tierra, el mundo vivo y manifiesto – biótico y abiótico – a partir del cual se formulaban sanaciones rituales. La enfermedad se concebía en términos de desconexiones, sí corpóreas, pero también emocionales, sociales y espirituales y la cura se encontraba en lograr reconectar al sujeto consigo mismo y con su entorno natural y psicosocial. A partir de la colonización, se fuerza una ruptura con la sacralización tanto del cuerpo como de la tierra y se lleva a cabo una

imposición epistemicida de nuevas mediaciones que, las más de las veces, terminaron sometiendo estos saberes a la tecnología del capital¹⁵.

El minucioso estudio que hace Mies (2018) desde el que brota su noción del *Patriarcado capitalista*, me parece que explica con claridad una buena parte del *escandaloso* escenario distópico en el que nos encontramos. Con esta idea logramos dar forma a dos de las tres cabezas, pero aún pondero a la colonialidad como una dimensión de la concatenación patriarcado capitalista, sin la cual, quién sabe en qué términos se hubiera dado esta revolución del pensamiento patriarcal occidental que ha resultado en un capitalismo voraz. Partamos pues de esta concepción de un poder trenzado, un Patriarcado Capitalista y Colonial, como lo pensamos desde las colonias donde sentimos sus efectos en carne propia, donde vivimos esta *escandalosa* historia y, por lo tanto, no podemos dejar de nombrarla. La fuerza de esta incorporación radica en la forma en que este poder se realiza al cumplir su función alienante sobre nuestros cuerpos vivientes y las decisiones que tomamos sobre ellos, regulando y organizando los vínculos vitales. Ya Mies nos advierte sobre lo que se oscurece cuando realizamos un análisis por separado del patriarcado y el capitalismo, pues también corremos el riesgo de ensombrecer nuestro análisis si no integramos también la colonización, disonante relación global que sustentó la fuerza del capitalismo para expandirse por el mundo. Aquí, y en concordancia con esta autora y su noción de que el capitalismo es una fase del patriarcado y entendiendo que éste no podría ser sin el colonialismo, veríamos cómo estos tres rostros de la violencia se amalgaman en una misma y homogénea *sustancia* para organizar la vida toda, natural, social, cultural, aunque también la

¹⁵ Es importante señalar aquí que, si bien la colonia significó un epistemicidio radical, ciertamente a *Esa Cosa Escandalosa* le ha representado un dolor de cabeza la capacidad de resistencia que a través de la oralidad y la práctica cotidiana han podido llevar a cabo muchos pueblos y personas, heredando estos conocimientos por siglos, de generación en generación, muchas veces a escondidas o disfrazados de “buenas prácticas”. Gracias a esto, hoy en día subsiste, entre otras formas de conocimiento, el trabajo de partería.

vida íntima, emocional, singular. Ahora bien, ¿cómo nombrar esta tríada cuando se nos presenta en formas muy variadas desde diversos campos aguzando nuestra cotidianidad? Propongo que se nombre: *Esa Cosa Escandalosa*.

Si pienso en el trabajo de las tres autoras citadas veo que por un lado Maria Mies, quien propone que el sustento del Patriarcado-Capitalista está en la jerarquización de las relaciones del Hombre con las mujeres, con la naturaleza y con las poblaciones coloniales, realiza un análisis que surge de algo que llamaré una *Geopolítica Escandalosa*; por otro, Amaia Pérez plantea que es desde la economía de los cuidados – aquella que ha sido relegada, incluso por Marx, a la esfera de la reproducción como si se localizara fuera de la producción capitalista – desde donde hay que partir para comprender y superar las crisis de una *Macroeconomía Escandalosa*; y, finalmente, Donna Haraway encuentra que la relación que establece el sujeto de la ciencia positiva con el objeto de estudio está diseñada desde un Patriarcado Capitalista Blanco que excluye otros procesos y formas de conocimiento en lo que pienso sería una *Ciencia Escandalosa*. Me doy cuenta entonces de que *Esa* cosa se le puede decir a *Cualquier* cosa siempre y cuando podamos señalarla en un lugar en el espacio o en el tiempo, básicamente, todo es susceptible de ser *Esa*. Podemos concretamente señalar las cosas y también podemos hacerlo desde la abstracción, con lo que estaríamos materializándolas también a través del lenguaje, de lo que nos significan y de las relaciones sociales que establecemos con ellas. En ese sentido, podemos identificar como tal *Cosa*, a las instituciones sociales que sostienen y reproducen las relaciones patriarcales, capitalistas y coloniales dominantes, instituciones como la iglesia o las iglesias, el Estado, la clase capitalista y la ciencia moderna, las universidades, los medios de comunicación e incluso, los avances tecnológicos digitales. Y la condición *Escandalosa* de *Esa* Cosa la pensaré como la característica definitoria de aquello que provoca – o debería provocar – una indignación extrema, como sucede con la regencia y control de nuestros cuerpos y de nuestros vínculos vitales a través de narrativas veladas, agazapadas en los discursos científicos,

médicos, históricos, religiosos, legales, políticos, éticos y de todo tipo que se presentan como discursos únicos y verdaderos. Son *escandalosos* porque disimulan las desigualdades disfrazándolas de condiciones naturales que dependen de cada quién, escondiendo los vínculos creados por el poder en contra de la vida digna de ser vivida.

Justamente lo que intento observar es cómo *Esa Cosa Escandalosa* atraviesa las posibilidades que tenemos, las subjetivaciones que elaboramos y las decisiones que tomamos las mujeres en torno al proceso de embarazo, parto y puerperio y cómo logra determinar, por un lado, las formas en que las mujeres vivimos nuestros procesos de reproducción de la vida, por el otro, las formas en que estamos naciendo, transformando un proceso fisiológico autónomico en uno que violenta nuestras subjetividades, nuestras emociones y, por supuesto, nuestros cuerpos.

3.2. LA SUTIL DIMENSIÓN DE ESA COSA ESCANDALOSA

*Vivimos el dolor de nacer niñas y devenir mujeres
en un mundo feminicida, patriarcal, colonial y capitalista,
que nos mata, nos discrimina, nos niega y nos violenta;
que abusa sin parar de nuestras fuerzas vitales,
tal como lo hace con las energías y los territorios
de nuestra Gran Madre, la Tierra.*

CARACOLAS TEJEDORAS

Yuhana es una mujer con una energía impresionante. Es muy delgada y sus ojos grandes y chispeantes pareciera que destellan al entrar en contacto con otras miradas, como una conexión eléctrica. Es de esas mujeres que no paran nunca y, entre otras cosas, le encanta hacer ejercicio, mucho, muchísimo. Ha hecho pareja con Jorge desde hace más de dos décadas, con él entrena para escalar montañas y participar en diversas competencias de resistencia. A pesar de llevar tanto tiempo juntos, fue hace poco que decidieron aumentar la familia. Ella rebasaba ya los

cuarenta años porque en su expectativa de vida nunca privilegió el formar una familia, por el contrario, para ella siempre ha sido lo más importante lograr el éxito profesional y deportivo. Y así lo hizo. Por eso es que de pronto, al sentirse plena con ella misma después de muchos años de disciplina, esfuerzo y constancia, consideró que ahora sí podía pensar en embarazarse y convertirse en madre. Siendo una mujer tan lozana, nunca dejó de ejercitarse – ni siquiera en la mañana del día en que su pequeño nació – y mantuvo su alimentación y hábitos tan saludables como siempre, vivió un embarazo que a ella le pareció “un caramelito”. No tuvo ninguna dificultad y su rutina de vida diaria no cambió para nada. Había platicado con su ginecólogo la posibilidad de parir de forma natural, justamente Yuhana es una de esas pocas mujeres que sostiene un vínculo constante con los procesos de su cuerpo al que conoce bastante bien en sus límites y capacidades y pensó que sería algo fácil para ella. Sin embargo, desde las primeras consultas, el galeno la instó a elegir una fecha para realizar una cesárea, que sería más práctica, menos dolorosa y le permitiría regresar más pronto a sus actividades cotidianas. Éste último punto fue lo que la convenció:

... me chocaba el sólo pensarme convaleciente, casi, casi, con el camión de mi abuelita, así que dije “pues sí, ya, da lo mismo”, dispusimos fecha y hora. Para mí estuvo bien haber podido decidir parir en la noche, así pude ir al gimnasio en la mañana y disponer todo para recibir al bebé... bueno, no, en realidad no pude agarrar paso tan pronto... como que no me cicatrizó bien la herida y tuve que esperar, ¡hasta para bajar las escaleras de mi casa! Perdí el trabajo porque no me recuperé cuando se acabó el tiempo que te dan por incapacidad. No me importó mucho porque de todas formas pensaba renunciar. No es que quiera ser madre de tiempo completo, pero sí quiero quedarme con él aunque sea el primer año, ya después buscaré trabajo. Ahora mismo ya estoy yendo al gimnasio [pudo empezar a ir después de tres meses de recuperación por la cesárea]. Voy bien temprano

para que lo cuide Jorge antes de irse al trabajo... es lo que me anima mucho, porque es bien difícil la verdad pasar todo el día sola con un bebé [a Yuhana le tocó parir en pandemia, así que no recibía personas en su casa, excepto su mamá que iba de vez en cuando]. No es que no lo ame, lo amo muchísimo, pues tú sabes lo que es tener un hijo, pero es que yo acostumbrada a andar siempre del tingo al tango y ahora con la pandemia no tengo ni quien me ayude con la casa

(Entrevista, abril, 2021)

He tratado de definir *Esa Cosa Escandalosa* como un gigante de tres cabezas que regula nuestros cuerpos vivientes y las relaciones de interdependencia con todo lo que nos rodea a través, principalmente, de la propuesta del Patriarcado capitalista de Maria Mies. Hasta ahora puedo ver a ese monstruo y más o menos distinguirlo mediante las diversas instituciones desde las que se manifiesta como un poder que impone ciertos discursos a los que terminamos ciñéndonos de un modo más bien heterónimo, aun si las más de las veces lo sentimos como un acto de voluntad propia, como en el caso de Yuhana quien, a pesar de saberse apta para llevar a cabo su proceso en conexión con su cuerpo, prefirió seguir el discurso dominante. La clínica es una de esas instituciones. Nos ceñimos a los mandatos médicos acomodadas en una posición desfavorable: la mayoría de nosotras partimos de una desconexión con nuestros cuerpos y sus procesos fisiológicos, porque desde pequeñas nos han enseñado a dejar nuestros cuerpos vivientes en manos de profesionales quienes, escindidos en sí mismos, adoptan una posición de superioridad que nuestra obediencia muchas veces reafirma. Este desconocimiento nos obliga a obedecer porque nos produce inseguridad y miedo ante la amenaza del dolor y la muerte – destinos, seguro uno, posible el otro –. El miedo al dolor se produce desde la institución médica con diversos propósitos, uno de ellos, en colusión con las farmacéuticas, es generar ganancias; otro sería el control de nuestros cuerpos vivientes y de su reproducción, fisiológica y social; y

uno más tendría que ver con la posesión y control de los saberes diversos para sostener un monopolio del conocimiento, la salud y la vida misma.

Ahora bien, ¿cómo le hace este gigante *escandaloso* para llenarnos de temor y ganarse nuestras voluntades reprimiendo toda resistencia a su dominio? Cuando empecé esta reflexión durante mi primer embarazo hace once años ya le daba vueltas al asunto y me di cuenta de que no sólo se trata de implantar el carácter de amenaza sobre un proceso que es totalmente natural y para el que estamos perfectamente diseñadas, se trata de convencernos de que no lo estamos, de que el resultado más seguro, eficiente y óptimo sólo se consigue a través de intervenciones exógenas porque nuestros cuerpos y sus procesos son defectuosos y totalmente falibles. Así, por ejemplo, Gaby, maestra en Desarrollo Comunitario, es hija, nieta, sobrina, prima dentro de una larga tradición familiar de profesionales médicos. Ella tuvo la oportunidad de parir en una casa de partos en San Cristóbal porque conocía a las mujeres que trabajaban ahí, sin embargo,

... no, fue muy difícil batallar con la familia. No te miento, me llamaban casi todos los días. El tío, el primo, mi abuelo... bueno, todos los días, para convencerme de que hiciera visitas al gine y que con él planeara mi parto. Cuando iba a la Ciudad de México [ahí vive su familia], mi tío ginecólogo me hacía todas las pruebas posibles y era la cantaleta diaria. Pues sí, al final terminé en el hospital con una cesárea, apenas sentí algunas contracciones, me dijeron que no estaba dilatando y pues me abrieron. Luego con la segunda [tiene dos hijas], de inmediato me dijeron que sería cesárea porque supuestamente no se puede parir naturalmente si has tenido una cesárea menos de tres años antes, y mis hijas se llevan apenas año y medio... A veces pienso que me hubiera gustado vivirlo de una manera distinta, sin tantas presiones sobre las decisiones que estaba tomando, pero al final, son lo mejor que me ha pasado y no puedo sino sentirme orgullosa y feliz de

haber traído a este par al mundo, sea como sea... porque no te creas, también es una buena batalla vivir una cesárea. Luego dicen que es mejor no sentir los dolores de parto, pero la recuperación con bebé en brazos es bastante ruda. Yo, por suerte, tengo a José que se hizo cargo de mí, de las bebés y de todo, ya lo conoces, siempre sonriente y con ganas de ayudar, pero la verdad, sí creo que se debería dar más información sobre cómo resultan las cosas después de una cesárea y después de un parto... ¡y dejar en paz a las mujeres con sus decisiones! Jejeje.... (Entrevista, noviembre, 2020)

Gaby no quiso hacer demasiada resistencia frente a las preocupaciones familiares, decidió vivir su proceso con la tranquilidad que solo obtendría dándole la tranquilidad de su obediencia a la institución médica que permea su linaje familiar. Itzel también se vio forzada a realizarse una cesárea, pero ella sí llora, después de cinco años, cuando lo cuenta, y culpa a la partera por no haber sido más firme con quienes cuestionaban lo que estaba haciendo en el justo momento del parto:

A mí no me gustó su atención, ¿qué te digo? No me pareció profesional [habla de Minerva, la partera con la que yo llevé mis propios procesos]. Claro, Gustavo [su pareja todavía en ese momento] andaba con prisas por irse a trabajar, ya sabes, es *workoholic*¹⁶, y ni en ese momento quería parar. Mi mamá no dejaba de gritar como loca que teníamos que ir al hospital y mi papá nada más estaba ahí parado negando con la cabeza, ya sabes... [se suelta a llorar] Yo esperaba que Minerva se plantara y les exigiera que la dejaran trabajar, pero no, ella sólo me veía y me

¹⁶ Esta es una expresión anglosajona, un extranjerismo que hemos adoptado de manera cotidiana y que expresa la cualidad de una persona que es adicta al trabajo, es decir, que prioriza su trabajo por encima de todos los demás aspectos de la vida

preguntaba: “¿tú qué quieres hacer?” ¡Imagínate! Yo ahí, con los dolores de las contracciones y la otra pidiéndome que tomara una decisión... no, pues ya, ganaron... [llora más, trato de consolarla, me hace un gesto para que le dé un cigarro, se lo prendo], me llevaron al hospital, me anestesiaron y la verdad me sentí en la gloria de ya no sentir dolor. Pero luego, con todo el rollo de Gustavo [él se separó de ellas un mes después de que naciera su hija Rafaela] que además pues nunca estaba de por sí, con mi mamá diciéndome qué hacer y qué no hacer... no sé, yo siento que hasta ahora sigo sin sanar ese momento, fue horrible, Pilar, te lo juro, o sea, Rafa me hace muy feliz, no sabes el sentido que le da a mi vida, y pues tengo el apoyo de mi mamá, Gustavo igual manda dinero y aunque de lejos, debo aceptar que es buen papá y buen proveedor, pero no, no sabes cómo me duele recordar ese momento y pensar que pude... bueno, que pudimos, Rafa y yo, haberlo vivido de un modo más bonito... creo que sigo con la depresión postparto [sonríe mientras se seca las lágrimas y da la última bocanada del cigarro].

(Conversación casual, febrero 2020)

Las mujeres avivamos nuestros instintos cuando nos encontramos en proceso de EPP, de algún modo intuimos lo que es mejor para nosotras, para nuestros cuerpos, para nuestros bebés y su buen desarrollo, florecen lo que Suely Rolnik (2019) llama *saberes-del-cuerpo*, que en palabras de Paul Preciado (Prólogo para Rolnik, 2019) serían “... el saber de nuestra condición de vivientes” (14). Actualmente, mujeres como Yuhana, Gaby e Itzel, se ven forzadas, de un modo o de otro, a disminuir y guardar los saberes de su cuerpo privilegiando una determinada política de producción de las subjetividades propia del régimen dominante que se apropia y redirige nuestras fuerzas vitales, nuestras necesidades, nuestros deseos. Es decir, nuestros cuerpos brotan a este mundo constituidos por una serie de funciones que les permiten existir y, de inmediato, nuestra piel se pone en contacto con lo exterior, empezamos a percibir el *afuera* de

nuestra piel y vamos significándolo *adentro* de ella desde el primer respiro de nuestra existencia vital. Todo lo que aprehendemos del mundo se convierte en improntas corporales subjetivadas, sea que logramos hacerlas conscientes, sea que se quedan agazapadas en el inconsciente, pero ahí, guardadas en la piel, están las huellas de cada vivencia convertidas en saberes.

La revolución no se reduce a una apropiación de los medios de producción, sino que incluye y se basa en una reapropiación de los medios de reproducción, reapropiación por tanto del “saber-del-cuerpo”, de la sexualidad, de los afectos, del lenguaje, de la imaginación y del deseo. La auténtica fábrica es el inconsciente y por tanto la batalla más intensa y crucial es micropolítica. (Preciado en Rolnik; 2019: 12)

Cuando Rolnik habla de micropolítica y macropolítica lo hace desde una doble perspectiva. Por un lado, hay que observar las estructuras de dominación, analizarlas y combatir las, también hay que poner mucha atención a las formas que *Esa Cosa Escandalosa* adopta para introducirse y moldear nuestros saberes-del-cuerpo. Por otro lado, las luchas sociales macropolíticas habría que continuarlas sin dejar de trabajar en la micropolítica del inconsciente, esto es, en su descolonización. Efectivamente, *Esa Cosa Escandalosa* se puede entender también desde lo que Rolnik describe como el *inconsciente colonial-capitalístico* que, a diferencia y como complemento de la concepción del Patriarcado capitalista de Maria Mies (2018), se refiere a la forma en que este régimen se ha transfigurado de basarse en la explotación de la fuerza de trabajo hacia la apropiación contundente de la fuerza vital:

La fuerza vital de creación y cooperación es así canalizada por el régimen para construir un mundo acorde a sus designios (...). Por eso la fuente de la cual el régimen extrae su fuerza deja de ser exclusivamente económica para serlo también intrínseca e indisolublemente cultural y subjetiva – por no decir

ontológica –, lo cual la dota de un poder perverso más amplio, más sutil y más difícil de combatir (Rolnik; 2019: 28).

La autora nos invita a reconocer e incidir en el campo de la política de producción de la subjetividad y resistir a la dominación que habita en nosotras mismas como una resistencia micropolítica frente al inconsciente colonial-capitalístico que, en este caso, se ejerce sometiendo nuestros cuerpos durante el proceso de EPP a la clínica androcéntrica desvinculante, desafectiva, jerárquica, basándose, principalmente, en la rendición de nuestras subjetividades, de nuestros cuerpos vivientes: “... el régimen colonial-capitalístico ejerce su seducción perversa sobre el deseo cada vez más violenta y refinadamente, llevándolo a entregarse aún más gozosamente al abuso” (Preciado en Rolnik; 2019: 21). Por ejemplo, David Le Breton (2002: 228), habla de *la medicina del deseo* al referirse a los genetistas y a que no sólo y desde hace tiempo la clínica ha tomado los procesos de gestación y parto, también lo hace ahora con la fecundación. De algún modo, el transferir el proceso completo a manos de los hombres puede parecer un logro, están próximos a descubrir cómo gestar un embrión fuera del útero – al embrión ya lo saben hacer –, de tal manera que nuestros cuerpos reproductivos terminarán dejando de ser necesarios para la reproducción humana. Y nos convencen de que nosotras no podemos o de que es mejor si todos los procedimientos se realizan en laboratorios y clínicas porque además podemos elegir sexo, raza, combinaciones genéticas incalculables para satisfacer nuestros deseos ya mediados por el inconsciente colonial-capitalístico. Los niveles a los que llegan los procesos dominantes para romper los vínculos originarios son, por decir lo menos, *escandalosos*. Y si han logrado convencernos de que es mejor vivir el EPP en la clínica, que no es posible hacerlo sin anestésicos y otros medicamentos, que lo mejor es que se realice en lugares altamente sanitizados y bajo la supervisión de las batas blancas, es probable que nos convenzan de que será más cómodo, más estético, menos complejo, que nuestros hijos e hijas se gesten fuera de nuestros úteros, si no es que *Esa Cosa Escandalosa* logra convencernos de que

tampoco tenemos la capacidad de gestarlos y por eso necesitamos el tubo de ensayo. “La maternidad era, todavía, el siglo XX específica del sexo femenino, pero este saber propio, esa dignidad propia está segmentándose, diseminándose, cayendo por completo bajo el control médico y social” (Knibielher en Le Breton; 2002:229).

La seducción perversa que el régimen colonial-capitalístico ejerce sobre el deseo, lleva a la autora a pensar en éste como en un *cafisheo*, neologismo que en español se podría traducir como *proxenetismo*. Rolnik (2018) propone:

... designar como “inconsciente colonial-capitalístico” a la política del inconsciente dominante en este régimen y que atraviesa toda su historia, pues lo único que varían son sus modalidades junto con sus trasmutaciones y sus formas de abuso de la fuerza vital de creación y cooperación. En tal sentido, podemos también denominarlo “inconsciente colonial-cafisheístico” (32)

El término me pareció fantástico y en franca armonía con *Esa Cosa Escandalosa* – ¡qué más escandaloso que el *cafisheo*! –, pero no sólo por eso me pareció adecuado a la explicación que intento presentar, sino porque desnuda una realidad: *Esa Cosa Escandalosa cafishea* la vida de las personas, decidiendo su origen y su destino, expropiándonos de nuestros cuerpos vivientes y de nuestro poder de decidir sobre ellos. Es justo ahí, donde el análisis presente intenta voltear a ver, ahí donde de pronto ni nosotras mismas comprendemos el germen de nuestros deseos, de nuestras necesidades y, por lo tanto, de nuestras decisiones, por eso se hace necesaria la lucha desde lo micropolítico, terreno al que nos adentramos para disputar la producción de subjetividades, esto es, la producción de nuestros deseos, pensamientos, afectos, entre muchas otras cuestiones: “... el cafisheo de la pulsión vital nos impide reconocerla como nuestra, lo que hace que su reapropiación no sea tan obvia como lo pretendería nuestra vana razón” (Rolnik; 2018: 30). Ya la autora nos advierte concienzudamente cómo la incidencia del inconsciente

colonial-cafisqueístico en todos los polos de nuestra vida, nos produce un malestar al que muchas veces ni siquiera podemos nombrar, mucho menos señalar, pero justamente debemos hacerlo, porque, además, este malestar “convoca el deseo de actuar” (Rolnik; 2018: 91) para recuperar nuestra pulsión vital, nuestro derecho a existir, a vivir una vida digna de ser vivida. Pero la reapropiación de los saberes-del-cuerpo y su fuerza vital es compleja, primero porque nuestras subjetividades tomadas, fuera de la esfera de la consciencia, caen en una especie de anestesia que nos impide reconocer el abuso y más bien terminamos por hacerlo parte de la vida y su normalidad. Segundo, porque esta reapropiación no está dada, no hay pasos a seguir, es preciso:

... resistir a la tendencia dominante de la subjetividad colonial-capitalística que, reducida al sujeto, interpreta el malestar como amenaza de desagregación y lo transforma en angustia, en síntoma que debe ser diagnosticado por un manual de enfermedades mentales, tratado con el fármaco y finalmente soterrado en beneficio de la reproducción de la norma” (Preciado en Rolnik; 2018: 14)

Es necesario entonces resistir el rompimiento con el sujeto normalizado impuesto, ése con el que aprehendimos la vida, permitirnos sentir el dolor y la angustia del vacío que la crisis produce, buscar formas de poner en común ese malestar para poder encontrar estrategias de re-creación y co-creación de otros mundos posibles. Es así, que *Esa Cosa Escandalosa* no sólo se observa en las relaciones geopolíticas, culturales, estadísticas, sino también y, sobre todo, en los rasgos más íntimos de nuestra existencia cotidiana, abarcando lo más profundo de nuestra epidermis.

CAPÍTULO 4. DE LA MAGIA AL ESCÁNDALO.

LA PRODUCCIÓN DEL CUERPO VIVIENTE Y DEL EPP

EN EL ESCENARIO DE *ESA COSA ESCANDALOSA*

*El miedo es una de las emociones más antiguas
y poderosas de la humanidad,
y el miedo más antiguo y poderoso
es el temor a lo desconocido*

H.P. LOVECRAFT

El 4 de octubre del 2011, a las 13 horas con 32 minutos, con un gritillo nunca antes ensayado, anunciaba mi hija María que ya estaba aquí. Un segundo antes otro grito desgarrador – en todos los sentidos, yo juré que ya me había desgarrado hasta la uretra –, hizo que lograra ayudarla a salir. Llevaba ya diez horas tratando de manejar, o al menos de asimilar, el increíble dolor que sentía en todo mi cuerpo con cada contracción. La partera, me había dicho: “En esta contracción necesito que focalices cómo se abre tu vagina, porque María ya asomó la cabeza, pero necesita que la ayudes a nacer”. Esa frase, saber que mi hija me necesitaba, hizo ponerme en autocontrol y abrir el canal de parto. María no lloró. El dolor desapareció como por arte de magia. Sus grandes ojos me miraban mientras la acurrucaba en mi seno llena de emoción: “Ya está aquí”, repetía entre lágrimas y risas. Ahí estaban conmigo, acompañándome, junto con la partera, la doula y mi marido, dos de mis hermanos que han sido mis compañeros de vida, mi suegra, mi suegro y hasta mi cuñado. Nunca en mi vida había experimentado una fortaleza tal. No sólo mi cuerpo estaba patas arriba, todo mi ser se había desconfigurado, toda yo era un revoltijo de hormonas, fluidos y emociones. 27 meses después, el 18 de enero del 2014, a las 8 con 12 de la mañana, nació mi pequeño Diego. Seguía amamantando a María, así que la primera hora del trabajo de parto lo pasé dándole *chichi* y siguiendo los tiempos de cada contracción. Empezaron

los dolores fuertes, pero ya conocedora de que así sería un buen rato más, logré manejarlo mejor, tan bien, que sólo dos horas después, nació Diego. La partera y la doula, llegaron prácticamente a *cacharlo*. Él ni siquiera gritó, salió y abrió los ojos una semana después, pero desde que nació, se acurrucó conmigo y me llenó de luz.

Parir es un proceso sumamente doloroso, pero al mismo tiempo es muy poderoso cuando como mujeres tenemos la oportunidad de dejarnos guiar por la profunda sabiduría que guardan nuestros cuerpos. El poder decidir, de acuerdo a como me iba sintiendo, si quería acostarme, bañarme, sentarme en la pelota, o ponerme en cuatro patas, si quería beber un poco de agua, o comer alguna fruta, el poder decidir que ahí estuvieran quienes yo quería que estuvieran y sentir su apoyo, el poder decidir si entrar o salir de la tina, todo, decidir cada paso que daba, incluso cuando el dolor era muy intenso y pensaba: “debería irme a un hospital a que me rajen de una vez”, o “quiero que me droguen, ¡pero ya!”, luego me imaginaba sufriendo más, con sueros y bisturís, y decidía no decir nada, respirar y dejarme llevar, todas esas posibilidades permiten vivir este momento como algo, al final, milagroso. Mi cuerpo es milagroso. Los cuerpos de todas las mujeres son milagrosos, mágicos. Tenemos un poder inimaginable. Y la posibilidad de engendrar un nuevo ser en el útero, la posibilidad de parirlo y luego de alimentarlo y ayudarlo a crecer, es una vivencia que nos permite demostrarnos a nosotras mismas lo inconmensurables que somos.

Esta experiencia íntima que ahora comparto me significó una nueva perspectiva de mí misma, de mi cuerpo, de mi voluntad, de quién soy, completamente renovada. Toda mi vida pensé que yo no sería capaz de ser madre, pensaba “a duras penas puedo cuidarme a mí, cómo podría cuidar cualquier otra vida”. Efectivamente, nunca supe cuidar de nadie, ni de mí misma, si llegaba a tener alguna mascota, tortugas, gatos, perros, terminaban perdidas, regaladas o muertas. Si llegaba a tener alguna planta, terminaba marchita. Me decidí a embarazarme,

sinceramente, porque mi pareja me convenció, pero también me llamaba la atención las transformaciones de mi cuerpo. Suena banal, y lo es, pero debo decir que el día que supe que estaba embarazada me invadió una alegría muy distinta a cualquiera otra que hubiese sentido. Me maravillaba profundamente el saber que dentro de mí había una personita creciendo. Me emocionaba en lo más hondo ir sintiendo la conexión que estábamos desarrollando. Debía cuidar mi alimentación, por supuesto, debía dejar de fumar y de tomar café, debía cuidar incluso mis emociones, porque todo lo que yo consumía, en todo sentido, era consumido por ella de la misma forma en que yo lo hacía. La alegría se convirtió en mi estado permanente. Sólo me llegaba a entristecer por pensar en todas las mujeres que vivían esta experiencia con angustia, tristeza y desesperación. En ese momento entendí con plena claridad la urgente necesidad de legislar el derecho de las mujeres a decidir sobre sus cuerpos. Me llegó un entendimiento diáfano de lo terriblemente injusto que es obligar a las mujeres a ser madres cuando no quieren serlo, por los motivos que sean, y también, durante el proceso completo, entendí la importancia de poder decidir cómo vivir esta experiencia.

Lo primero que hice el 8 de febrero del 2011, fecha en que me enteré de mi embarazo, fue buscar en internet información sobre cómo sería el proceso, lo que debía hacer y las opciones que había. Dos buenas amigas, Magui y Tati, habían parido a sus hijos en casas de parto¹⁷, una en San Cristóbal de Las Casas y la otra en San Miguel de Allende, y yo quería vivir lo mismo que ellas me contaban con tanto entusiasmo. Busqué opciones en Puebla, pero no encontré nada. Para la semana 16 ya estaba resignada a vivir esto de la mano de mi ginecólogo quien me repetía: “Mejor programamos la cesárea para que no sientas dolor. Agradece el tiempo en que te

17 Las casas de parto son espacios de atención a mujeres en este proceso, que tienen como objetivo permitir o gestionar una vivencia lo más conectada posible con sus cuerpos y las transformaciones que van experimentando. Son atendidos por doulas y parteras profesionales que son guía y acompañamiento para estas mujeres.

tocó parir, no sentirás nada”. Yo, tratando de sortear la frustración para no transmitirla a mi bebé, sonreía de lado. Pero Magui, la de San Cristóbal, estuvo de visita en Puebla y fue ella quien, preguntando a sus amigas, me contactó con Minerva Ixehuatl, una partera cholulteca que, si bien no atendía ninguna clínica de partos, sí atendía en casa. Desde el primer contacto con ella, el panorama se iluminó para mí. Dejé las citas mensuales con el ginecólogo, que no sólo eran costosas, sino que iban inminentemente acompañadas de ultrasonidos, sobre los que ya había leído que podían resultar una tortura para los no natos, y empecé un curso profiláctico en el que aprendí a respirar, a moverme, a danzar con mi útero. Nunca con mi ginecólogo, conocí lo que estaba ocurriendo con mi cuerpo en ese momento y lo que ocurriría durante el parto y el puerperio. Lo aprendí durante mi curso y me pareció maravilloso, milagroso, mágico: es increíble todo lo que hace el cuerpo de las mujeres a nivel hormonal y fisiológico, a nivel emocional y psicológico. Pensaba:

mi cuerpo es perfecto, está cuidadosamente diseñado para cargar a un bebé en mi vientre resistiendo a la fuerza de gravedad; para abrir el canal de parto, es decir, mi vagina siempre tan estrecha, hasta diez centímetros; para llenar mis pechos de una leche que da vida a la recién nacida y que la provee de los nutrientes y anticuerpos que va necesitando conforme crece. (Reflexión personal)

Mi experiencia fue tan gratificante que me sentí privilegiada, porque la gran mayoría de las narrativas que había escuchado de mis hermanas, primas, cuñadas y amigas, parecían escritas por Lovecraft o algún otro autor del misterio y el terror. Y ya me quedaba claro que el privilegio de unas es la ausencia de derechos de otras. Por supuesto, en todos estos *thrillers* con los que me nutrí durante muchos años acerca de lo que era vivir un proceso de EPP, las protagonistas no se sentían violentadas, todo era parte del guion que el narrador omnisciente/director/médico ya había repasado por muchos años y no había más que seguir sus indicaciones. A mí me

resultaba curioso que quienes vivieron sus propias experiencias en espacios privados, todas y cada una de ellas, había concluido en cesárea, todas con distintas justificaciones: “venía con dos vueltas de cordón”, “no estaba acomodado”, “era demasiado grande”, etc. Al final supe que, desde el conocimiento ancestral de la partería, ninguna de estas es una justificación real, porque el cordón no necesariamente ahorca a los neonatos, porque para acomodarlo hay ejercicios previos y durante el trabajo de parto que son muy útiles, porque nuestro canal de parto se abre lo necesario. De hecho, mi hija María nació con dos vueltas de cordón y mi hijo, Diego, nació de 4.100 kilos.

Así que me di cuenta de que la diferencia entre mi experiencia y la de otras mujeres como yo durante este proceso, se debía a diversos factores. Por un lado, las mujeres “deciden” llevar este proceso al ámbito médico, por otro, no se ven demasiadas opciones, es decir, dependiendo de las posibilidades, decidirán si lo harán a través del sistema de salud público o del privado. Si optan por el primero, generalmente será si no hay recursos para lo privado. Ahí no podrán decidir prácticamente nada, ni podrán exigir un trato humano, ni mucho menos una atención a sus deseos y necesidades. Si optan por el segundo, tal vez puedan exigir algunas cosas, depende de lo que puedan pagar, y probablemente sentirán que tienen más autonomía en decidir, por ejemplo, un parto natural o una cesárea, pero en realidad, tampoco deciden mucho, generalmente el médico o médica les indicará la cantidad de ultrasonidos que deben practicarse y, al momento del parto, es muy probable que les indiquen la necesidad de una cesárea bajo cualquier excusa. Se trata de un momento crítico en el que las mujeres nos sentimos vulnerables y nos dejamos caer en manos del experto o experta, borrando de nosotras mismas la capacidad que tenemos de sentir, de intuir, lo que nuestros cuerpos necesitan. Una última cuestión sobre la que caí en cuenta al respecto del terror con el que viven el proceso de EPP la mayoría de las mujeres es que los mismos médicos y médicas, son entrenadas en la atención a éste desde su observación como si fuera una enfermedad. Mi propio hermano, médico, me suplicaba que no

pariera en mi casa, decía que era muy peligroso, que podíamos morir María y/o yo, que lo mejor era una cesárea, que me dolería menos y correría menos riesgo y, mientras él hablaba y argumentaba desde sus treinta años de experiencia como médico, cirujano, partero, yo pensaba, “¿qué diablos les enseñan en las escuelas de medicina?”. Y luego lo confirmé, cuando una de mis sobrinas hizo sus prácticas médicas en el área de ginecología de un hospital privado (la *Bene*) y una paciente se colocó en cuclillas, ella contaba:

no sabía yo cómo hacer para que se recostara; estaba muy necia que así se sentía mejor, pero no es lo adecuado, el procedimiento no permitía que ella estuviera así, el beb

é nació y yo me asusté mucho porque ella no seguía ninguna de mis indicaciones y hacía todo lo contrario (Conversación casual, enero 2020).

No deja de parecerme *escandaloso* que mi sobrina, siendo mujer y médica, considere que la opción de la mujer en cuclillas es inadecuada porque hay un protocolo que así lo indica. Tampoco deja de parecerme *escandaloso* que la buena voluntad de mi hermano le llevara a sugerirme que sería mejor una cesárea, es decir, una intervención quirúrgica mayor, que permitirle a mi cuerpo vivir el proceso fisiológico como naturalmente procede. La formación galena en las facultades de medicina lleva a los futuros y futuras profesionistas a entender los cuerpos, a objetivarlos cuando entran en un estado de dolor, como maquinarias homogéneas con partes distinguibles, aislables de todo lo demás – incluidas las historias personales que los constituyen –, que a la menor señal de un funcionamiento *anormal* deben ser reparadas. Mi gran pregunta en ese momento fue: ¿desde dónde estamos decidiendo las mujeres vivir nuestras experiencias de embarazo, parto y puerperio, dentro de un mundo que ha patologizado y medicalizado dicha experiencia, considerándola un procedimiento de alto riesgo en lugar de un proceso fisiológico natural para el que nuestros cuerpos están – aún – plenamente capacitados?

Mi colega y querida compañera, Pita Macías, realizó su tesis de maestría (2018-2020) sobre el trabajo de partería en la huasteca potosina. Profunda conocedora de los pueblos *tenek* que habitan la región y de los procesos reproductivos que llevan a cabo las mujeres tras muchos años de trabajo con ellas, narra cómo *Esa Cosa Escandalosa* se ha deslizado por los resquicios del conocimiento que las mujeres detentan para parir y ayudar a parir, denominando como *parto sucio* a los procedimientos que llevan a cabo, entre otros, el uso del carrizo para cortar el ombligo, importante en su cosmovisión ya que consideran que el parto es un evento caliente y no se deben usar metales fríos como pinzas, tijeras o bisturís. Pero la imposición de la visión médica dominante y sus acusaciones sobre las malas prácticas calificadas de poco higiénicas las ha llevado a abandonar esta capacidad de colaborar con la llegada de seres humanos a la vida o a hacerlo de manera clandestina con riesgo de ser castigadas, incluso, con la cárcel. La ciencia médica moderna *escandalosa* no sólo somete los cuerpos que observa, define, diagnostica, a su mediación por encima y rompiendo con las múltiples interdependencias de las que se sostiene y constituye, sino que, además, también somete los conocimientos que se rigen por fuera de sus parámetros, jerarquizándose por encima de ellos y otorgándose a sí misma el poder de desplazarlos hasta marginarlos. Estos discursos que encumbran la práctica médica occidental por encima de cualquier otra práctica de conocimiento en salud, nos lleva a las mujeres, las que vivimos el EPP y las que lo acompañan, a valorar esta práctica dominante como la más segura, reforzando esta escisión entre el cuerpo y la subjetividad en una especie de alienación, porque por un lado damos cabida a la idea de que nosotras ignoramos lo que realmente deseamos y necesitamos a diferencia del médico o médica en cuyas manos ponemos nuestros cuerpos vivientes y los de nuestras bebés; por el otro, percibimos cómo nuestro cuerpo, por ejemplo en trabajo de parto, nos pide espontáneamente desde el cerebro arcaico, otros procederes distintos a los que indican los procedimientos del manual ginecobstétrico – no sé si exista un manual así,

pero la narración de mi sobrina lo puso en mi imaginación. Sin embargo, alienadas, desoímos los saberes-de-nuestros-cuerpos.

Los conocimientos y las prácticas de medicina tradicional, como se le denomina a la medicina que permanece y resiste a lo largo de siglos de imposición de la *escandalosa* medicina moderna, se consideran carentes de una *razón científica* y por lo tanto de veracidad. Sin embargo, ya estudiosas como Barbara Ehrenreich y Deidre English (1973), en su libro *Brujas, parteras y enfermeras. Una historia de sanadoras*, explican cómo durante los siglos XVI y XVII la cacería de brujas tuvo un gran auge sobre todo en cuanto a la captura, tortura y asesinato de las mujeres y de sus conocimientos sobre su salud sexual y reproductiva. Se les acusaba de crímenes sexuales contra los hombres que no lograban satisfacer la intensa sexualidad femenina, el orgasmo múltiple aparecía como una revelación demoniaca. Se les acusaba por organizarse entre mujeres y por detentar un poder/conocimiento sobre la salud del cuerpo humano, particularmente, el femenino. A partir de esta violencia inaudita que se ejerció contra las sanadoras, la medicina y toda forma de conocimientos sobre la salud quedó en manos de los hombres que eran quienes podían asistir, por ejemplo, a las escuelas de medicina y quienes se encargaban de las parturientas de las clases altas. Aunque, en realidad “fueron más bien los profesionales varones quienes se aferraban a doctrinas no contrastadas con la práctica y a métodos rituales, mientras que las sanadoras representaban una visión y una práctica más humanas y empíricas.” (1973: 5)

Esto, por supuesto, se relaciona estrechamente con lo que Silvia Federici (2015) ha estudiado a profundidad sobre este suceso que marca un antes y un después de la producción del cuerpo femenino. Ella asegura que esta guerra contra las mujeres y la autonomía que detentaban sobre su sexualidad y su reproducción tiene sentido tanto más cuanto el cuerpo de la mujer fue convertido en una máquina reproductora de mano de obra para la acumulación del

capital. De este modo, se han creado dispositivos que regulan quiénes han de tener hijas, quiénes no, y cómo se debe proceder (Mies; 2018). Mientras que en algunos lugares se prohíbe y proscribire el aborto, en otros lugares se esteriliza a las mujeres sin su consentimiento con toda la intención de que dejen de reproducirse¹⁸. Y en la mayoría de los países se deciden las formas en que hemos de llevar a cabo este proceso. Para la autora, una de las más grandes pérdidas que ha conllevado esta degradación del cuerpo a máquina es que “nos ha hecho perder de vista la magia de la vida” y lo explica narrando su encuentro con una doula:

A esta mujer se le preguntó: "¿Qué es la magia?" Y ella respondió: "Ve a ver a una mujer que da a luz. No hay nada más mágico: la forma en que los ritmos de la madre se coordinan con los ritmos del niño es simplemente mágico". Pero hoy damos a luz en una línea de montaje. Como Meg Fox (1989, 125-29) lo describió en su artículo sobre el tiempo subjetivo y objetivo en el parto, hoy "se cuenta el tiempo de parto". El trabajo de parto tiende a convertirse en "mera producción". El énfasis está en la eficiencia, como en un estudio de tiempo-movimiento. Los nacimientos no se sienten. Los niños son sacados de cuerpos sin sensaciones. Dar a luz se reduce a un proceso mecánico. (Federici; 2019: 38. La traducción es mía, espero haber logrado darle sentido)

En concordancia con lo que Federici comparte, me animo a afirmar que hemos pasado de la producción de un cuerpo *mágico* a la producción de un cuerpo *escandaloso* regido por los tiempos que el capital impone, explicado desde el control biomédico patriarcal y aplicado con un

¹⁸ En México, a principios del siglo XXI, esta práctica de esterilización de mujeres indígenas se llevaba a cabo en muchas comunidades del país e iba de la mano con la difamación y control estatal de la partería. Al no poder parir acompañadas de las parteras que estaban vetadas de su labor, las mujeres acudían a las clínicas de salud públicas en donde sin preguntarle a nadie les realizaban la salpingoclasia e incluso se registraron histerectomías sin suficiente causa.

sentido colonial. No es raro, entonces, el aumento en la implementación de intervenciones innecesarias sobre los cuerpos de las mujeres en reproducción, principalmente en los países llamados del Tercer Mundo. Particularmente en nuestros territorios latinoamericanos se habla de una pandemia de cesáreas por el inusitado incremento de éstas sobre todo en estos espacios donde aún se conserva, aunque muchas de las veces como ya se dijo, clandestinamente, la práctica de la partería. Este es el momento en el que *Esa Cosa Escandalosa* ejerce su violencia para escindir los vínculos *mágicos* entre el cuerpo de las mujeres y la vida – la que está permitiendo crecer en su interior, la que le rodea y la suya propia –, los escinde y luego crea otros enlaces a modo, de tal manera que de pronto, un evento como es el proceso de EPP, en el que naturalmente entramos en estrecha conexión con nuestros cuerpos, los de nuestras bebés, con nuestros instintos y emociones, y con las personas de nuestro entorno a quienes amamos, se ha convertido en un suceso en el que prácticamente nosotras no tenemos opinión, nuestras sensibilidades y sensaciones corpóreas dejan de ser importantes y todo se reduce a una serie de procedimientos mecánicos que intervienen nuestros cuerpos y todo nuestro ser, de múltiples y muy violentas maneras.

Casilda Rodríguez (2004) en su libro titulado *El asalto al Hades. La rebelión de Edipo*, realiza un análisis de los estudios arqueológicos y antropológicos que se han llevado a cabo en relación a las evidencias encontradas sobre el Neolítico y el Paleolítico y que refieren sociedades prepatriarcales en las que lo maternal, el amor materno pues, era lo fundamental para la continuidad de la vida junto con la organización femenina alrededor del cuidado, que es el sostén que posibilita lo maternal. Esa organización femenina, tal como comentan Ehrenreich y English, fue perseguida por los inquisidores de los siglos XVI y XVII que la veían como una amenaza. Por eso, la política de subjetivación dominante sobre este proceso como uno que se debe vivir de forma individual, es decir, el vernos sometidas a vivirlo en solitario, sin el soporte del vínculo con otras mujeres, en la frialdad de la clínica, separándonos de nuestras crías al

momento de nacer, individualizándonos las criaturas y nosotras, es una perversión *escandalosa* de los vínculos originarios, desde los cuales, además, partimos para la creación de los vínculos que iremos haciendo a lo largo de nuestra vida:

El primer vínculo social estable de la especie humana no fue la pareja heterosexual (mujer y varón) creada por el cazador (...), sino **el conjunto de lazos que unen a la mujer con la criatura que da a luz...** El vínculo original diádico madre/criatura se expande al agregarse otras mujeres en estado de gestación/crianza, y las que habían pasado por esas etapas, **para ayudarse en la tarea común de dar y conservar la vida** (...) la misma circunstancia las aúna, y el conocimiento compartido permite que cristalice la solidaridad entre ellas. (Martha Moia, en Rodrigañez; 2004: 104. Las negritas son de la autora)

Pienso ahora en que los lazos de interdependencia con los que iniciamos nuestra existencia desde el vientre materno deberían estar constituidos por el amor y el deseo, de ahí que la penalización del aborto resulta en una imposición odiosa de lazos no naturales, creados por *Esa Cosa Escandalosa* en su afán de convertir nuestros cuerpos en máquinas productoras de fuerza laboral. Además, son lazos que no deberían ser mediados o gestionados por otras personas que no sean la madre, su hija o hijo, y las mujeres de conocimiento que la pueden apoyar.

La homologación paternidad/maternidad descansa en la necesidad del ego masculino de negar la maternidad y de **afirmar su superioridad** sobre el sexo femenino. Este ego no puede tolerar que haya una función social benefactora para la vida fuera de su control. No puede tolerar que las mujeres cooperen entre sí para realizar esa función social que les es propia por su sexo, y por eso, a través de la Medicina, ha conseguido el control de los embarazos, de los partos y de la crianza, rompiendo las redes de ayuda mutua entre las mujeres, los vínculos de

sororidad, los restos de urdimbre que existían (Rodríguez; 2004: 109. Las negritas son de la autora)

En su estudio sobre el Neolítico y el Paleolítico, Rodríguez rescata principalmente el hecho de que esas sociedades eran *matrísticas*, en el sentido de que son la matriz natural de las formaciones sociales y también en el sentido de lo maternal como basamento de estas formaciones. Al respecto realiza un par de críticas importantes. Una de ellas hacia las referencias que se hacen desde la arqueología y la antropología sobre las estatuillas encontradas que muestran cuerpos voluptuosos y desnudos de mujeres embarazadas, pariendo o amamantando. Se les concibe como arte sacro, es decir, imágenes que, desde la subjetividad moderna, científica, antropocéntrica y androcéntrica, y sin un trabajo más hermenéutico, las representan como diosas, deidades, seres extraordinarios, en lugar de ver en ellas representaciones de mujeres reales cuya función reproductiva resultaba trascendental en tanto sostén de la vida y la reproducción social vital. Otra crítica la hace a la noción de que es la cópula heterosexual el vínculo primordial reproductor de la vida en lugar del que se establece entre madre e hija o hijo y, junto con esto, critica la moderna noción de paternidad. Su propuesta aquí es que al observar las formas de relación social que probablemente existía en estas eras podemos concebir que no había relaciones paternas propiamente dichas, o no como las conocemos ahora. Por un lado, porque la sexualidad era aún más instintiva y las crías podían ser reconocidas por su madre, pero no por su padre, y por el otro, la crianza se llevaba a cabo de forma tribal, todas las mujeres eran madres de todos los niños y niñas, lo mismo que los hombres eran los padres, el foco estaba en el cuidado de las criaturas que formaban parte fundamental del grupo social en que nacían. Esas sociedades, basadas en el amor maternal¹⁹ de

19 Entre las muchas cuestiones que surgieron en mi ser y me maravillaron tras convertirme en madre, está el extraordinario amor que creció en mí hacia mi hija. Me parecía inexplicable, bueno, a la fecha no logro explicar el amor que siento por María y Diego, simplemente lo vivo asombrada. Y en algún momento me

toda la tribu, carecían de jerarquías, desigualdades y, por supuesto, de la violencia que necesitan ambas cualidades para persistir.

No es de extrañar que, a las eras Paleolítica y Neolítica, así como a la Edad de los Metales, se les reúna en una era más amplia a la que se denomina *Prehistoria*, es decir, el momento anterior a la Historia de la Humanidad. Habría que preguntarse si no más justamente habría que denominarla *Prepatriarcado*, porque sucede que, de este modo, al hablar de *Historia*, hablamos en realidad de la *Historia-del-Hombre*, del Patriarca, del surgimiento de la jerarquización del varón sobre la mujer y el sometimiento de ésta a aquél (Rodríguez; 2004). Usualmente se nos enseña que la Historia inicia con el advenimiento de la escritura y, precisamente, fue a través de ella que se fijaron las narraciones de los héroes, los jerarcas, los dioses y en general, de la cultura patriarcal, a pesar de que se ha demostrado que las primeras formas de escritura fueron probablemente elaboradas por mujeres. Y pues, *escrito está* en el primer libro del Antiguo Testamento, “Parirás con dolor”, la sentencia divina por el atrevimiento de la mujer al comer el fruto prohibido del árbol del conocimiento, del bien y del mal, retando al dios Padre que la había creado de la costilla del hombre con el único fin de acompañarlo y satisfacerlo. El tiempo verbal en que se enuncia aquella sentencia evoca suspicaz el hecho de que, antes de ésta, el parto no provocaba dolor, tuvo que haber un gran sometimiento de los cuerpos de las mujeres para que este proceso fisiológico se convirtiera en una condición punitiva

pregunté qué sería si pudiera amar de ese modo a toda la gente, si todas y todos pudiéramos amarnos entre nos como amamos a nuestras hijas e hijos, pero eso parece impensable en sociedades modernas cuyo mayor escándalo es la desvinculación entre las personas y toda forma de vida, biótica y abiótica. Hoy, *Esa Cosa Escandalosa*, se ha encargado de escindir esos vínculos creados en el amor maternal para atarlos a la producción en línea de seres humanos dispuestos a entregar su vida a la fábrica, por una realización personal, individualizante.

por la que nos viéramos obligadas a pasar casi como por castigo²⁰ para expiar, también, nuestra sexualidad *desenfrenada*.

El control del cuerpo de las mujeres, su sujeción al mandato patriarcal, capitalista y colonial que nos impone *Esa Cosa Escandalosa*, permite la regulación de su capacidad reproductiva a través de la medicina profesional, pero los conocimientos ancestrales permanecen a través de la oralidad y el intercambio cotidiano. En muchos pueblos de este país, las parteras continúan ejerciendo una labor fundamental para la comunidad y las mujeres logran llevar a cabo sus procesos en intensa interdependencia con la vida. Estos conocimientos en resistencia se han desplazado también hacia las urbes, donde las mujeres nos encontramos más fragmentas, desvinculadas, entre nosotras, de nosotras mismas, de la vida. El buscar retornar a estas prácticas, puede sonar *hipster*, efectivamente, pero también es una forma de resistencia micropolítica frente al despojo de nuestros cuerpos y su capacidad reproductiva, y frente a la usurpación de nuestra posibilidad de decidir si queremos ser madres, cuándo queremos serlo y cómo.

4.1. HETEROTOPÍAS: FUERA DE LUGAR

*Esos planetas fueron concebidos
en la cabeza de los hombres,
o a decir verdad, en el intersticio de las palabras,
en la espesura de sus relatos,
o bien en el lugar sin lugar de sus sueños,
en el vacío de su corazón;*

²⁰ Cuando supe que durante las cesáreas se suele amarrar a las mujeres a la camilla, por lo que no pueden tomar en sus brazos a su bebé al nacer, sólo pensé que eso es una forma de tortura, para las mujeres y para las criaturas.

me refiero, en suma, a la dulzura de las utopías

MICHEL FOUCAULT

Me tocó vivir un momento en la historia del mundo muy particular y me tocó vivirlo escribiendo mi tesis doctoral. El encierro por la pandemia por Covid 19 ha sido un tiempo extraordinario, muy difícil y descolocante, aunque debo reconocer que mis circunstancias son sumamente privilegiadas en comparación con las de la mayoría de la población. Los primeros meses, el miedo a morir asfixiadas y solas en la sala de un hospital, nos recluyó voluntariamente en nuestras casas, al menos a quienes tuvimos la opción de hacerlo. La indefinición en el avance del virus, las retóricas contradictorias entre quienes se han encargado del problema a nivel nacional, pero también internacional, terminó por volcarnos nuevamente a las calles. Parece que el aislamiento, por más avances tecnológicos y posibilidades de seguir la vida *online*, nos resulta impensable. Necesitamos reunirnos, necesitamos vincularnos, necesitamos sentirnos cerca de aquellas personas con las que nos relacionamos afectivamente. Miles de conjeturas se han lanzado alrededor del tema, entre otras, la de una posible tecnología de los cuerpos, su reclusión en casa, el desplazamiento del espacio de trabajo al espacio familiar y el consecuente desplazamiento de los gastos de operación al trabajador o trabajadora, la creación de vínculos mediados por una pantalla y que dependen en buena medida de la conexión a internet. Lo cierto es que entre las cuestiones que salieron a flote con este suceso fueron las enormes desigualdades sociales. Ya he reconocido mi privilegio: me puedo quedar en casa con mi familia porque mis trabajos como profesora y doctorante se pueden continuar en línea y yo sigo percibiendo el mismo pago, contamos con los dispositivos necesarios para que todo mundo en casa pueda trabajar, incluso resultó un buen momento para ahorrar y también para fortalecer los vínculos con mi esposo, mi hija y mi hijo. Pero esto no es lo mismo para todas las personas. Por ejemplo, el muchacho que vende verduras en la esquina nunca dejó de abrir su tienda: “No, pues si cierro de qué vivimos”, alegaba. Lo mismo la del tendajón, la de la ropa usada y el de los tamales. Ellos

y ellas nunca hicieron cuarentena, simplemente no podían porque era elegir entre el bicho o la inanición. Y otra forma de desigualdad que surgió fue la del acceso a la salud. Las personas con dinero pudieron hacerse análisis y tratamientos muy costosos en caso de resultar positivos, mientras que las personas *de a pie*, tenían que recurrir a los abarrotados hospitales y esperar sobrevivir.

Un pensamiento que me vino muy pronto junto con la pandemia, fueron las mujeres embarazadas, básicamente porque una mujer conocida daría a luz un par de meses después de iniciada la cuarentena. Además, dos parientas políticas se estaban enterando de sus embarazos. Para mí, era muy evidente que el trabajo para las parteras aumentaría y, de hecho, leí varias noticias de que así era: muchas mujeres parieron en sus casas acompañadas por una comadrona y una doula... en España, de México leí pocas notas al respecto²¹. Y cuando me atreví a preguntar

²¹ Pita Macías me compartió que en su trabajo de campo en la zona tenek en San Luis Potosí, encontró que las parteras organizadas han estado recuperando su oficio durante la pandemia. Desde 2019 se conformó el grupo de parteras y aprendices, *Mitzaban*, en el que colaboran parteras tradicionales y profesionales – que estudiaron enfermería y partería en la casa de partos CASA A.C. en San Miguel de Allende –, todas ellas tenek. Pues bien, al iniciar el encierro por la pandemia, las brigadas del Sector Salud dejaron de subir a la Sierra Fría que es una zona de difícil acceso. Así que las mujeres de este grupo organizaron sus propias brigadas de atención, recorriendo el lugar para atender partos y también para cuestiones como entablar diálogos con las autoridades para promover el reconocimiento comunitario de las parteras. Sucedió entonces que volvieron al oficio. Algunas como Alejandra, a pesar de haber asistido a todas las capacitaciones de la Secretaría de Salud, llevaban muchos años, en su caso más de quince, sin atender un parto, porque en ese tiempo las personas de las brigadas les dijeron que no podían seguir haciéndolo bajo todos los argumentos que la *escandalosa* ciencia médica puede argüir y la coacción que se puede ejercer. Para Alejandra y todas estas mujeres, el haber vuelto a atender partos las ha empoderado y reforzado. “Ante la ausencia del Estado, la respuesta de este grupo fue maravillosa, echando mano de estos saberes” (Macías, 2021). Sin embargo, y a pesar de que las leyes generales, como la Ley de Pueblos Indígenas, las protegen, aún tienen problemas para la emisión de certificados de nacimiento, porque institucionalmente la NOM007 de la Secretaría de Salud a nivel federal, las considera personal no profesional para la atención al parto. Ante esto, reforzadas y organizadas por lo que su labor ha significado durante este tiempo extraordinario,

en dónde parirían las conocidas en cuestión, supe que las tres lo harían en hospitales “altamente sanitizados, libres de Covid”. Me quedé atónita. La crisis que se estaba viviendo dejaba claro que ningún lugar era tan inseguro para parir que un hospital, ¿por qué estas mujeres, que tienen un amplio margen de decisión y acción dadas sus condiciones de clase, prefirieron tener a sus hijas en un lugar tan riesgoso? No se puede argumentar el desconocimiento de otras posibilidades, las tres estaban al tanto de mi experiencia en casa y yo siempre me he mostrado abierta a compartirla. Pero hay algunos razonamientos detrás. Uno que puede parecer fútil, pero surgió en algún comentario, es que no ir al hospital y acompañarse por una partera es de gente pobre, con la que alguna de ellas no quiere ser relacionada. Otro es que en las casas, por mucho que haya una persona que se encargue de limpiarlas a profundidad, son más sucias y tienen más gérmenes que el hospital. Y el tercer razonamiento es que el médico o médica es el profesional, es quien sabe cómo reaccionar ante este evento, no en balde tantos años de estudio riguroso y especializaciones múltiples, a diferencia de la partera que qué estudios puede tener, sobre todo si proviene de alguna comunidad con resabios indígenas.

A partir de estos tres razonamientos se puede vislumbrar una subjetivación valorativa de ambos espacios: la clínica con médicos y médicas o la casa con partera y doula. El primero resulta, en este proceso de valoración, muy superior al otro, porque es para gente de *buena* clase, es aséptico y es profesional, en contraste con el segundo, que muy por debajo, es para gente sin recursos, es antihigiénico e iletrado. ¿De dónde surgen estas consideraciones? Es decir, ¿cómo en un momento tan extraordinario en el que la salud en general está siendo amenazada y la iatrogenia está más a la orden del día que nunca, se puede seguir considerando que la clínica es la mejor opción? Pues bien, esto responde precisamente a un escrupuloso procedimiento en

las mujeres han denunciado esta ausencia de empatía y solidaridad, en medios escritos y digitales, renovando la lucha que han librado por años.

las políticas de subjetivación que *Esa Cosa Escandalosa (cafisheística)* ha venido imponiendo al respecto del proceso de EPP al que reviste como un evento peligroso – dejaré de lado su escandalosa influencia en los comentarios clasistas y racistas.

Michel Foucault (1976) en su obra, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, inicia describiendo con gran detalle la tortura a la que fue sometido un hombre en París en 1757, Damians; posteriormente muestra el reglamento que 75 años después de aquel evento se imponía en la Casa de jóvenes delincuentes de París. La intención de esta especie de introducción a lo que será su genealogía del poder sobre los cuerpos es hacer visible el cambio en la forma de castigar el comportamiento socialmente condenable, pasando de un suplicio fuertemente aplicado sobre los cuerpos y realizado frente a un público que escarmentaría con el ejemplo, hacia una corrección que tiene que ver con un disciplinamiento de los cuerpos en espacios confinados. En un caso el castigo es contra el cuerpo del delincuente, pero la lección es para quienes observan el terror infligido, en el otro, el castigo va dirigido a disciplinar el cuerpo del delincuente y con eso su conducta: corregirlos para hacerlos sujetos obedientes a la norma social y dirigir sus cuerpos a la fuerza laboral. Se produce un cuerpo específico y junto con él, de la mano, un particular sujeto, una vivencia que traspasa la piel. Diversas instituciones políticas, religiosas, económicas y sociales interfieren en ambas políticas correctivas. En este texto en particular, Foucault profundiza en la formación del sistema carcelario, pero a lo largo de su obra aborda también el militar y el clínico. Todas estas instituciones se dirigen hacia la corrección de los cuerpos, cuerpos disciplinados son cuerpos dóciles, inteligibles y manipulables. Se disciplinan los cuerpos de las militares, de las estudiantes, de quienes padecen enfermedades – sobre todo mentales –, de las delincuentes, y también de las mujeres embarazadas, parturientas y puérperas.

En *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*, Foucault (2001) habla, como explicita en el título, de la creación de la clínica a partir de la elaboración de clasificaciones. Se empezaron a clasificar enfermedades, síntomas y remedios, con lo que se empezó a otorgar una particular importancia a la mirada del médico – varón – sobre los pacientes, mirada evidentemente imbuida de conocimiento y *expertise*, por lo tanto, mirada de autoridad, muy por encima de los síntomas que sentía y describía el paciente. Esta autoridad que se atribuye al médico se va reforzando también con un lenguaje cada vez más profesional y técnico que se desarrolla en torno a fluidos y órganos y que sirve para realizar laboriosas descripciones de las enfermedades. En el siglo XVIII, aún el espacio de la clínica, entendida como todo el saber alrededor de la exploración y sanación del cuerpo, se localizaba en las casas de los pacientes a las que el médico acudía para realizar sus diagnósticos e incluso los tratamientos que indicaba, mientras que la paciente permanecía en su hogar, rodeada de su familia. Son las epidemias las que cambian estos espacios – qué pensaría Foucault si hubiera vivido el 2020 – y también el espacio de diagnóstico, es decir, la mirada clínica pasa de dirigirse al paciente, observar los signos y síntomas singulares, hacia la masa social, hacia un cuerpo social, transformando los estudios descriptivos en estudios comparativos. Es entonces que el Estado empieza a reparar en la institución médica como una que puede prescribir las prácticas adecuadas, salubres e higiénicas, preventivas. A través del Estado se establece un control sobre los cuerpos vivientes desde las políticas de salud y las prácticas cotidianas singulares, la clínica se convierte en un lugar de disputa política que hace una división entre lo patológico y lo sano, entre el sujeto normal y el sujeto anormal.

El segundo hijo de Natalia, Diego, nació a las 24 semanas de gestación²². Ella es una de las mujeres más fuertes que conozco, tanto física como anímicamente. A pesar de que su historia como madre no ha sido nada fácil, siempre tiene ánimo para hacer reuniones, para sonreír, cantar y bailar. Llega al lugar de recepción con una cazuela de algún platillo delicioso, su esposo Pepe es chef profesional, así que ella sabe secretos gastronómicos para los que logra darse tiempo y deleitarnos. Pero no sólo nos deleita con su cocina, también con sus chistes y carcajadas. Deja la cazuela, regresa a su coche, saca una gran silla portátil que coloca en algún asiento del lugar al que llega, saca de su mochila un cinturón grueso de los que usan quienes se dedican al negocio de las mudanzas o los hombres que suben y bajan tanques de gas, se lo pone y regresa a su coche para cargar a Diego como si fuera un costal, aunque siempre lo hace con delicadeza y amor para no lastimarlo. Lo coloca en la silla previamente instalada, le da una tableta electrónica para que se entretenga y le acerca un plato de botana “porque eso sí, tiene un apetito bueno”, de ahí se dispone a disfrutar el momento entre amigas. Ella cuenta que cuando lo recibió lo pusieron en sus manos, literalmente, su cuerpecito cabía en su mano. Luchó mucho porque su bebé lograra vivir, aunque nunca imaginó que quedaría con los problemas que ahora sufre. Diego tiene parálisis cerebral, por lo que es una personita que no sólo requiere muchos cuidados, también vive con dolores e incomodidades corporales, emocionales y hasta sociales.

El día que nació era domingo, me acuerdo porque estábamos festejando el cumpleaños de mi mamá y haz de cuenta que nos organizamos mis hermanos y yo

²² Se considera una gestación a término cuando se cumplen 40 semanas de embarazo. Si la bebé nace dos semanas antes o dos semanas después, se encuentra fuera de riesgo. Pero tanto rebasar ese límite como no alcanzarlo, puede provocar problemas de salud en la neonata. Si se rebasan las 42 semanas, el espacio en la placenta se va reduciendo cada vez más, comprimiendo el cordón por donde recibe alimento y oxígeno, y el líquido amniótico que le permite existir se va reduciendo. En el caso de no alcanzar las 36 semanas, lo que sucede es que se frena el desarrollo de la bebé y algunos órganos pueden dejar de ejercer sus funciones como deberían.

[tiene dos hermanos mayores] para hacerle una taquiza y pues yo, ya sabes que soy de buen diente, le entré con todo. Al ratito, todavía en casa de mis papás, me empecé a sentir mal de la panza. Pues le hablé a la doctora que era mi ginecóloga de siempre, con la que había nacido Alonso y que todo había estado muy bien [Alonso es su hijo mayor], pero nada, no me contestó, me mandaba a buzón. Le mandé mensaje y me dejó en visto. Pero pues yo me seguí sintiendo mal así que le estuve llame y llame, ya sabes, dejándole mensajes de voz, algunos ya medio subiditos de tono, pero es que sí me estaba preocupando. Ya en la noche, es más, me acuerdo que íbamos en el coche de regreso a la casa, cuando me llama ella y me dice: “¿Qué pasó, Natalia?” y yo como: “Y ésta, ¿qué? O sea, como que qué pasó si ya le dejé como mil mensajes”, pero bueno ya, le expliqué cómo me sentía y ella me dijo que seguramente era una indigestión, que mañana, o sea el lunes, llamara a su consultorio para sacar una cita y que entonces ya me revisaría. Creo que me dijo que tomara pepto [medicamento popular para la indigestión que se vende sin receta], o algo así. Y pues ya, llegué a la casa, me tomé el pepto, acosté a Alonso y me fui a la cama, pero pues no podía dormir, porque en verdad me sentía muy mal. Luego me levanto al baño a la media noche y ¡madres! [expresión popular con que se indica sorpresa] dónde que voy viendo que estoy bañada, pero bañada en sangre, Pili, literal. No pues de inmediato desperté a Pepe y le dije que me llevara al hospital. Ahí me dijeron que ya era muy tarde, que había entrado en trabajo de parto y que ya no había manera de pararlo, que si hubiera llegado antes podían haber hecho algo, pero pues que ya no. O sea, si la estúpida esa de la doctora no se hubiera tomado el domingo y hubiera sido responsable, me hubiera pasado como a Nora [Nora y Natalia también son amigas], me hubieran tenido acostada los meses que faltaban y Diego hubiera podido desarrollarse como lo

hizo Leo, así, normal [Natalia aguanta el llanto, sostiene las lágrimas, supongo que ya ha llorado demasiado y prefiere no seguir haciéndolo, pero se le nota en los ojos y en la entonación cortada de su voz]... me da mucho coraje siempre que lo pienso, porque además como que dices bueno, va, yo me la echo, es una chinga [es decir, un trabajo muy duro], la verdad, tú lo sabes, me has visto, pero me la echo, hasta con gusto pues, porque amo a mi hijo, pero precisamente, pienso en qué va a ser de él cuando yo ya no esté. El pobre de Alo me decía la otra vez que no me preocupara porque él siempre se haría cargo de su hermano, pero pues no es la onda, o sea, lo adoro, es un niño muy bueno, pero no tendría por qué vivir con esa carga, es un niño y ya está pensando en un futuro en el que va a tener que encargarse de su hermano y se me hace súper injusto que por la negligencia de una doctora que nomás me vio como una cliente más, déjate mi vida o la de Pepe, la vida de mis hijos nunca logre ser una vida plena... me choca... [guarda silencio un rato mientras prende un cigarro del otro lado de la pantalla, decido pasar a otra pregunta para aligerar la emoción] (Entrevista, enero 2020]

En la clínica las personas nos convertimos en objetos de observación, análisis e indagación, incluso el cuerpo muerto es el que sostiene e impulsa el profundo y minucioso saber médico. Si *Esa Cosa Escandalosa* se muestra a favor de la vida al preferir disciplinar los cuerpos que descuartizarlos, al prevenir las enfermedades y extender el tiempo para la vejez y la muerte, no es porque la considere importante, al menos no toda la vida, sino porque necesita apropiarse de esa vida manifiesta en los cuerpos útiles para la acumulación capitalista. Nuestros cuerpos, vivos o muertos, mudan en objetos de observación y vigilancia por parte de múltiples instituciones, las mujeres en proceso de EPP fuimos despojadas de nuestros instintos, de nuestra organización/compartición, de nuestros cuerpos vivientes. Tratados como objetos, intervenidos y monitoreados, nuestros cuerpos vivientes pierden autonomía y sabiduría para enfrentar los

procesos. De este modo pienso que, si Natalia hubiera seguido su instinto, ése que le decía que algo no estaba bien en su cuerpo y en el de su hijo, no se hubiera dejado caer en las manos de la médica a quien, pese a la insistencia de sus hermanos, decidió no demandar porque “ya para qué, el daño ya estaba hecho y ni una demanda ni nada iba a hacer que mi hijo tuviera una vida normal”, yo diría, una vida digna de ser vivida. Cuando le platicué a mi partera el caso de Natalia, ella me dijo que jamás se debe tomar a la ligera un dolor de estómago en una mujer embarazada y que aunque ella no hubiera podido tener incidencia inmediata en la situación, sí le hubiera pedido que fuera a alguna sala de urgencias, incluso si fuera necesario, ella misma la llevaría en su coche, “hay cosas que yo no puedo resolver y para eso los hospitales son necesarios, aunque una vez superada la urgencia, ahí ya puedo entrar yo en los cuidados necesarios para mantener al bebé en el útero” (Conversación con Minerva, febrero 2020)

Hay situaciones durante el EPP para las que los avances médicos actuales resultan una salvación, pero son situaciones extraordinarias que muchas veces, además, son mal atendidas, como en el caso presentado, porque la clínica regida por *Esa Cosa Escandalosa* es desafectada, cosifica a los seres humanos que acuden a ella y los somete a protocolos y dispositivos que no observan las singularidades ni lo fisiológico de los procesos. Por ejemplo, durante el parto nuestros cerebros van liberando hormonas, la principal es la oxitocina que tiene como función fisiológica colaborar con las contracciones del útero ayudando en su progreso rítmico. Pero también tiene otra función: considerada la *hormona del amor*, la oxitocina produce en la mujer un sentimiento de profundo amor maternal, si se le permite fluir naturalmente durante el proceso de EPP, la oxitocina continúa siendo liberada durante la lactancia y también posteriormente cuando surgen gestos amorosos entre nuestras hijas e hijos y nosotras. ¿Qué sucede cuando en lugar de liberar oxitocina nuestros cerebros liberan adrenalina? La adrenalina se genera en situaciones en que se percibe peligro, por las que se siente temor, inseguridad, tensión, trastocando un momento *mágico* para volverlo *escandaloso*. Por eso muchas veces

sucede que, al iniciar el trabajo de parto en casa, la mujer logra cierto control – no necesariamente racional – y ritmo, pero al llegar al hospital el proceso se detiene porque las intervenciones a las que se enfrenta activan la adrenalina y desactivan la oxitocina, disponiendo los saberes-del-cuerpo para proteger a la cría. Como estrategia, el cuerpo trata de evitar el alumbramiento reactivando el neocórtex²³, simplemente, se deja de favorecer el parto. Entre las primeras intervenciones o, mejor dicho, invasiones hospitalarias, está la colocación de un suero de oxitocina sintética, “plástica”, diría Michel Odent (2011), acelerando las contracciones que se precipitan arrítmicas y provocando mayor sufrimiento, tanto en la madre como en la criatura. Esto, asociado a que se incita a la mujer a mantenerse acostada, conectada a un suero y a otras máquinas, provoca que las mujeres griten de dolor y se haga “necesario” aplicar anestesia epidural, ¿en qué momento nuestros cuerpos en esa situación logran producir la oxitocina que luego les servirá para amamantar y establecer el vínculo natural amoroso? No quiero decir que no se pueda desarrollar, pero será una labor más artificiosa. En cambio, la oxitocina generada en el hipotálamo, que junto con la glándula hipófisis se consideran las partes más arcaicas del cerebro, tiene un papel protagónico en el momento en el que el cuerpo inicia en trabajo de parto, su labor es poner en reposo al neocórtex y activar el hipotálamo que sería el *cerebro de la intuición* y es a él al que el cuerpo acude para llevar a cabo con su naturaleza fisiológica el acto de la procreación.

23 Al neocórtex se le conoce como el *cerebro de la racionalidad*. De él dependen cuestiones como el lenguaje o el pensamiento consciente y en situaciones de alerta es el indicado. Precisamente la cuestión es que un proceso de embarazo, parto y puerperio no representa una situación de alerta por sí mismo. Es decir, efectivamente, pueden producirse – ¿o sucederse? – este tipo de situaciones, para las que la ciencia biomédica deja de ser escandalosa y muestra el lado mágico del conocimiento humano, pero, y adelanto una disculpa por lo escatológico del ejemplo, también el proceso digestivo puede presentar situaciones de alerta y, sin embargo, no lo llevamos a la clínica cada vez que sucede – ¿se produce?.

Lo que intento explicar es qué sucede con nuestros cuerpos vivientes cuando pasamos por este proceso desde la intimidad del hogar y lo que sucede con ellos cuando lo hacemos desde la clinalización. A través del discurso médico/científico *Esa Cosa Escandalosa* se ha apropiado de nuestros cuerpos vivientes que poco a poco van perdiendo sabiduría y capacidades. Casilda Rodrigañez (2004) habla del *útero espástico* con el que las mujeres debemos lidiar a lo largo de nuestra vida. Como cualquier músculo del cuerpo que no se usa en mucho tiempo, el intentar moverlo desata dolores que paralizan, como cuando experimentamos cólicos menstruales y, por supuesto, las contracciones en el parto. Pero al útero se le ejercita a través del orgasmo que, inhibido por el control patriarcal de nuestra sexualidad y la aplastante moral religiosa que han sometido la conducta de las mujeres a través de generaciones, poco se logra experimentar, con lo que se entorpece nuestra capacidad de vivir nuestros procesos de EPP desde nuestros cuerpos orgánicos, vinculados y vinculantes, sexuales y procreadores, placenteros, vivientes. Nos hacen creer que todo lo relacionado con estas prácticas debería quedar en manos de otros, de los profesionales, debería ser realizado en espacios especiales altamente sanitizados y con los aparatos de intervención adecuados en caso de posibles eventualidades siguiendo una serie de procedimientos invasivos e innecesarios. Y lo asumimos. Admitimos asistir a un espacio ajeno y, hasta de buena gana cedemos nuestra voluntad a la guía del médico o médica, porque hemos subjetivado que nuestros cuerpos no son nuestros, o sí lo son, pero los desconocemos, nos son ajenos, como en los procesos de despojo de la tierra que la hacen ajena, expropiada, así nuestros cuerpos vivientes han sido expropiados.

Nuevamente, me encuentro con que un concepto elaborado por Foucault me puede resultar útil en la comprensión de este contexto. Durante una entrevista en la radio realizada en 1967, el filósofo francés planteó la idea de las heterotopías, que serían algo como utopías situadas, localizadas. Es decir, esos lugares sin espacio. La utopía sería aquello que en verdad

carece de lugar²⁴, en cambio, las heterotopías para este autor son constituidas de maneras diversas por todas las sociedades como *lugares otros*. Tres características, al menos, tienen estas heterotopías. En primer lugar, su sentido cambia a lo largo de la historia. En las sociedades primitivas las heterotopías eran espacios sagrados para individuos en “crisis biológica” – vejez, menstruación, parto, paso a la adultez, etc. En las sociedades modernas, estas *heterotopías biológicas* se convierten en *heterotopías de desviación*: espacios reservados para individuos que manifiestan un comportamiento que se desvía de la norma, como manicomios, cárceles, hospitales y asilos. En segundo lugar, dentro de sus historias particulares las diversas sociedades van haciendo aparecer o desaparecer heterotopías, o bien, van modificando la ubicación de éstas conforme el propio grupo se va modificando a sí mismo. Finalmente, están ligadas al tiempo. Al igual que las heterocronías, también las heterotopías son una yuxtaposición, en este caso de lugares, que muchas veces resultarían incompatibles, en un espacio real. Se acumulan elementos divergentes en el tiempo dentro de un lugar concreto, como en el museo; otras son fugaces, como las ferias; y otras más se vinculan con pasajes de transformación, de regeneración, lo que en Antropología Social llamamos *ritos de paso*, como las graduaciones.

Ahora bien, dentro del lenguaje médico científico, una heterotopía es aquello que aparece en un lugar que no le corresponde; etimológicamente, la palabra proviene del prefijo *hetero*, que

²⁴ En una entrevista posterior, Foucault habla sobre el cuerpo utópico en un discurrir del pensamiento que lo lleva a pensar al cuerpo, en un primer momento, como el lugar por excelencia, del que no podemos salir: “Mi cuerpo es lo contrario de una utopía: es aquello que nunca acontece bajo otro cielo. Es el lugar absoluto, el pequeño fragmento de espacio con el cual me hago estrictamente, cuerpo. Mi cuerpo, implacable topía” (Foucault; 2008). Conforme transita esta idea a lo largo del texto, va dilucidando diversas cuestiones que le llevan a concluir que en realidad el cuerpo está siempre en otra parte, “vinculado con todos los allá que hay en el mundo (...). El cuerpo no está en ninguna parte: está en el corazón del mundo, en ese pequeño núcleo utópico a partir del cual sueño, hablo, avanzo, percibo las cosas en su lugar (...): no tiene lugar, pero a partir de él surgen e irradian todos los lugares posibles, reales o utópicos”

significa *diferente*, y el sustantivo *topos* que quiere decir *sección* o *lugar*. Precisamente, la etimología de esta palabra fue lo que hizo que me llamara la atención y cuando busqué su significado, encontré éste que me pareció muy *ad hoc* a lo que estoy queriendo explicar. Desde la perspectiva de Foucault, las heterotopías no son ni buenas ni malas, ni productivas ni contraproducentes, simplemente son, existen, pero estudiarlas es una pauta importante para comprender las relaciones que se dan dentro de cada sociedad. Para mi estudio, el concepto y los principios en que los sustenta el autor en su afán de crear una ciencia heterotopológica, me resultan interesantes, porque, en tanto que las heterotopías biológicas se convierten dentro de las sociedades modernas en expresiones de desviación de la norma, la forma en que se concebía al proceso de embarazo, parto y puerperio se muda también hacia una concepción fuera de lugar, hacia un lugar diferente del que se encontraba. Las mujeres dejamos de colocarnos en un espacio mágico durante un acto igualmente mágico, para permitirnos ser dirigidas a uno que atiende este momento bajo la perspectiva de que lo que manifestamos con nuestros gemidos y contorsiones es una conducta desviada, diferente, que altera la normalidad social. Se muda el proceso del ambiente familiar, del hogar vinculante, al ambiente clínico, sanitizado, controlado y de algún modo, aislado. Un evento fisiológico cuya situación ideal es en interdependencia, resulta incompatible con el espacio clínico desvinculante, el tiempo de pasaje y transformación que puede significar, tanto para una mujer, como para un bebé en el momento de su nacimiento, se vive como un procedimiento mecánico bien estructurado desde otro lado que no es la voluntad de las mujeres. Pues bien, a decir verdad, los cuerpos de las mujeres son una presencia absoluta, estamos irremediabilmente vinculadas a ellos porque los sentimos constantemente al ovular, menstruar, gestar, parir, amamantar, acurrucar y, cuando la clínica se apodera de estos procesos, nos ausenta, nos despoja de nosotras mismas, nuestros cuerpos vivientes se convierten en una heterotopía en sí mismos, en un fuera de lugar.

**4.2. MIEDO Y DOLOR EN LAS VENAS. ESA COSA ESCANDALOSA HASTA EL
TUÉTANO**

*Habitamos un mundo gobernado por el miedo,
el miedo manda, el poder come miedo,
¿qué sería del poder sin el miedo?
Sin el miedo que el propio poder genera para perpetuarse*

*El dolor agregado se disfraza de fatalidad del destino,
como si fuera la misma cosa la angustia que nace
de la fugacidad de la vida
y la angustia que nace de la fugacidad del empleo.*

EDUARDO GALEANO

Durante la universidad, Raquel colaboró en un proyecto de investigación sobre musicología en el que su labor era grabar sonidos intrauterinos entre el séptimo y noveno mes de mujeres embarazadas que presentaban preclamsia²⁵. Recorrió, junto con dos compañeros de la licenciatura en comunicación, varios hospitales del ISSSTE²⁶ en el Estado de México donde pedía permiso a las mujeres para hacer las grabaciones tal cual una ginecóloga realizaría un ultrasonido. Fue una labor ardua, pero sobre todo compleja a nivel emocional. A los veintiún años, ese acercamiento a maternidades tan complicadas, le dejó una impronta escaldada de lo que significaba este evento:

²⁵ La preclamsia es una condición que viven algunas mujeres embarazadas y que se suele manifestar a partir de la semana veinte de gestación. Consiste en la elevación de la presión arterial y, junto con la diabetes gestacional, es una condición que se vive exclusivamente durante el embarazo que representa una verdadera amenaza a la vida, tanto de las mujeres como del desarrollo intrauterino de la criatura

²⁶ El Instituto de Seguridad y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado (ISSSTE) es una institución de salud pública que se diferencia del instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) en que brinda estos beneficios sociales a trabajadoras y trabajadores del estado, mientras que el segundo lo brinda a quienes laboran para empresas privadas y cuentan con un contrato que les otorga este derecho.

Me impactó muchísimo. Yo veía mujeres destrozadas físicamente, y anímicamente también. Yo no veía ahí tiernos bebés y embarazadas brillantes. Yo veía dolor, invasión, desesperación. Las mujeres apenas y hablaban, no sabes la pena que me daba tener que pedirles chance para grabar los sonidos de sus úteros. Ellas estaban mal, Pili, demacradas, con ojeras, la piel de sus pancitas estaba agrietada. Me recordaba tanto a esta película de *Alien, el octavo pasajero*, me parecían monstruos consumiendo la vida de las mujeres desde su interior. ¡Imagínate! Yo por supuesto decía “no... yo no... yo nunca”, este rollo de que la maternidad es el mejor estado de la mujer, para nada, yo decía: “o sea, ¡vean a estas mujeres! ¡Están poniendo su vida, su cuerpo, para darle vida a otro ser que sólo las consume por dentro!” Yo no quería eso para mí. Me daba terror de sólo pensar verme en esa circunstancia, o sea, no miedo, ¡terror! Se me quedó la idea de que el embarazo significaba una invasión a mi cuerpo, un consumo interno y durante muchos años dije: “nel²⁷, yo paso de esto” (Entrevista, agosto 2020)

El miedo y el dolor son dos experiencias que constituyen la vida, humana y no humana, y, como casi todo lo que nos acontece a las vivientes humanas, ambas experiencias nos suceden en un nivel fisiológico/corporal, por supuesto, pero también en un nivel sociocultural y en otro nivel emocional y afectivo (o sensible). Los tres niveles se relacionan entre sí de diversas maneras. El dolor es una manifestación del sistema nervioso que recorre nuestro cuerpo para señalar que algo no anda bien con nuestro organismo, sea un dolor físico o un dolor emocional. El miedo, a su vez, es una reacción generada en la amígdala, una glándula ubicada en el cerebro que funciona como un mecanismo de defensa ante la sensación de que está por presentarse un peligro inminente, sea real o imaginario. Si bien, ambas experiencias se pueden explicar

²⁷ “Nel” es una expresión popular en México que se usa para decir “no”

neuroológicamente, a menos que sostengamos la noción de que somos un cuerpo máquina, esa explicación nos resulta insuficiente. Para comprender a profundidad cómo funcionan el miedo y el dolor en nosotras, primero hay que ver las formas como se producen y al mismo tiempo se integran a nuestros cuerpos vivientes desde *Esa Cosa Escandalosa* que los *cafisha* dentro de una lógica de acumulación y que, para el caso del EPP, se traducen en la cesión de derechos sobre nuestros cuerpos para ser insertados en el engranaje de una línea de producción de mano de obra, eficaz y eficiente. Luego habría que poner el ojo en el significado que se le confiere al evento que nos enfrenta con ambas emociones, un significado construido sí socialmente, pero que interpretamos también desde nuestras singularidades, ¿qué significa para nosotras el dolor? ¿Cómo lo manejamos? ¿Qué reacción mostramos frente al miedo? ¿Qué eventos nos producen miedo y dolor? ¿Cómo los interpretamos mientras nos encontramos en la experiencia del EPP?

Byung-Chul Han (2021), en su texto *La sociedad paliativa*, muestra su mirada sobre la forma en que el poder, al que relaciona particularmente con el capitalismo²⁸, se ha transformado, en esta fase neoliberal, en una especie de fantasma que opera desde la penumbra gestionando nuestros dolores de manera individualizada a través de analgésicos, tanto medicinales como virtuales – redes sociales y diversas plataformas de entretenimiento. En esta sociedad que presenta el filósofo surcoreano-germano de lo que se trata es de evitar el dolor a toda costa, incluso también la política es paliativa: evita llevar a cabo reformas profundas que puedan resultar dolorosas. Poniendo en perspectiva el sitio desde donde este autor nos habla – una metrópoli como Berlín –, es posible que esta idea encuentre sentido entre los países europeos, sin embargo, en nuestros territorios, más que una política paliativa vivimos una necropolítica que administra nuestra vida y nuestra muerte basándose en una ordenanza

²⁸ No he leído la obra completa de Han, así que no tengo los datos necesarios para comprender su pensamiento respecto al poder, pero en el texto del que me valgo para hablar del dolor, sólo hace referencia al Capitalismo en su fase neoliberal.

geopolítica y... colonial. Ciertamente, los gobiernos de esta nueva izquierda latinoamericana que más bien actúa como una derecha moderada, han resultado un antálgico para nuestras sociedades fuertemente golpeadas por la estratagema neoliberal impuesta hace algunas décadas. Este centro paliativo está resultando en un simulador de transformación que, en los hechos, agudiza las políticas de despojo y explotación tanto de los territorios colonizados como de sus habitantes. A pesar de esto, algo que también desde aquí vamos incorporando en nuestro inconsciente colonial-capitalístico dentro esta sociedad paliativa, es el imperativo social de ser feliz a toda costa y *Esa Cosa Escandalosa* nos muestra un amplio catálogo de las formas en que podemos ser felices, siempre a través del consumo de mercancías y/o de experiencias a las que podemos acceder según nuestras capacidades individuales y, en caso de fracasar en la búsqueda de esa *escandalosa* felicidad, la frustración, la amargura, la ansiedad y la angustia que nos surge, no encuentra otro germen que nosotras mismas y lo capaces o incapaces que valoramos que somos. Ya no politizamos nuestros dolores, no los colectivizamos, los vivimos en soledad sintiéndonos absolutas responsables por ellos, acudimos a las hoy tan proclamadas terapias individuales para llenar nuestros cuerpos vivientes de medicamentos u otras alternativas que nos ayuden a ser resilientes, es decir, a adaptarnos a un mundo que nos exige autoexplotarnos laboralmente y autodespojarnos de nuestros deseos más humanos (Han; 2021), de una vida digna de ser vivida.

Sin embargo, podemos ver que "... el dolor es íntimo, pero también está impregnado de materia social, cultural, relacional, y es fruto de una educación. No escapa del vínculo social" (Le Breton; 1999: 10), ejemplo de esto es la etapa del puerperio, quizá la menos comprendida socialmente en el proceso de EPP, tampoco se comprende mucho fisiológicamente, al menos no desde la clínica donde parece considerarse como el desenlace feliz tras las dificultades de las dos fases anteriores. Desde el entramado social en que vivimos, se espera que la puérpera regrese a sus actividades productivas lo más pronto posible o a más tardar cuarenta días después del

parto, tiempo en el que el cuerpo máquina logra finalizar el reacomodo de órganos, tejidos y hormonas; sin embargo, en el entendido de que no somos una máquina sino un cuerpo viviente, el trastocamiento que nos produce toda esta vivencia nos hace imposible retornar al tiempo previo en el que no había alguien a quién materner. Claudia vivió esta etapa en su primer proceso de una forma *escandalosa*, por decir lo menos. Ella se embarazó iniciando la maestría, de hecho, la estudiamos juntas, ahí la conocí. Se embarazó de Nat en el momento en que se dio, fuera de los planes tanto de ella como de Tonatiuh, su pareja en ese momento. Su circunstancia era complicada porque, aunque contaba con la beca del CONACYT, los gastos rebasaban su capacidad de sostener pues se encontraba lejos de su familia y redes de apoyo – ella es de la Ciudad de México y estaba estudiando en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas –, además Tona se mudó con ella y no lograba conseguir trabajo. Eso hizo que se viera en la necesidad de acudir al sistema de salud público a que tenía derecho como becaria (ISSSTE) pues, lamentablemente, la atención en las casas de parto puede representar un costo elevado que solo algunas mujeres logran sortear. Otra complicación fue su situación dentro del programa de maestría. Desde el primer momento en que se supo que estaba embarazada se le conminó a darse de baja porque su maternidad implicaría una rémora para un proceso de titulación eficaz, es decir, en los tiempos y las formas académicas andocéntricas. Su asesor, previendo las dificultades que esto ocasionaría a su acumulación de puntos para el SNI, se negó a continuar el asesoramiento. Pero Claudia no se daría por vencida, así que consiguió otra asesora quien, si bien fue notoriamente más comprensiva con su situación, igual debía seguir las normas del centro académico que parecía sentirse traicionado con la condición de Claudia y no presentaba disposición alguna para apoyarla. Pues bien, en las instituciones médicas, sobre todo en las públicas, se sigue un protocolo de atención riguroso y bien establecido – no por eso amable o amigable con las usuarias – para guiar el embarazo y el parto, no así se da una continuidad eficaz durante el puerperio, por ejemplo, en el apoyo para el enganche de la criatura al seno materno que es de lo

más complicado en esta etapa. Eso le sucedió a Claudia quien tuvo un problema severo de mastitis²⁹ por no contar con un asesoramiento adecuado.

Iba con un ginecólogo particular, pero recuerdo que me apretaba el seno horrible, según él para drenarlo, pero no drenaba nada y sí me lastimaba muchísimo, yo gritaba, Pilar, el dolor era insoportable y él seguía apretándome. Lo mandé a volar, pero en verdad no sabía yo qué hacer. Fue durante el coloquio del primer año, ése en el que presentamos nuestros proyectos para que los evaluaran y nos dieran el banderazo de salida al trabajo de campo. Mi asesora me pidió que fuera a presentar y me retirara, pero que no dejara de asistir. Tuve que ir toda vendada y adolorida porque la gente del posgrado no estaba dispuesta a darme un respiro. Nada me funcionaba. También empecé a tener problemas con Tonatiuh, él no dimensionaba el nivel de mi dolor físico y emocional... eran demasiadas cosas: la maestría, la mala atención, el dolor por la mastitis, las tensiones con mi pareja, con mi asesora... yo sólo gritaba que quería que mi mamá viniera, que quería dejarlo todo, que ya no quería ser mamá, fue hasta esa noche en que noté que tenía como una ampolla que se tronó y drenó la leche, hasta ese momento dejé de sentir dolor y fue que pude volver a cargar a mi hija, pero no dejó de ser frustrante porque me llené de miedo, incluso llevé ese miedo a mi segundo embarazo, y pues a Nat [la primera] terminé alimentándola con fórmula, mientras que a Victoria, a pesar del miedo preexistente, pude amamantarla y lo disfruté tanto que llevamos a cabo el destete en un acuerdo mutuo que se dio

²⁹ La mastitis es la inflamación de las glándulas mamarias que, de no ser controlada, puede desembocar en una infección y resulta muy dolorosa. Los pechos de las mujeres púerperas se hinchan con la leche que producen constantemente, al no ser succionada de forma adecuada, los conductos terminan por obstruirse provocando calor en los senos, enrojecimiento y mucho dolor innecesario.

hasta que ella cumplió siete años... sí, amamanté a mi segunda hija por siete años y fue el proceso más dichoso y placentero de mi maternidad. (Entrevista, octubre 2020)

Dice la primera Noble Verdad del Buda que la vida es sufrimiento, dolor, pena, aflicción, que estas emociones son inherentes a todo viviente. Todo viviente es un doliente, pues. Ahora bien, a ese dolor del que ningún ser vivo, bajo ninguna condición, puede escapar, dentro del régimen social de lo humano se le añade un componente de sufrimiento. El doliente es un sufriente. Pero esta especie de doble vuelta con que el dolor se apodera de nosotras y nos somete, que surge de las tramas sociales en que estamos inmersas, se intensifica dentro de la urdimbre que teje sobre nosotras *Esa Cosa Escandalosa*. Claudia no sólo tuvo que sentir el dolor por la infección mamaria, ese dolor se acrecentó conforme se encontró a sí misma en medio de la incomprensión y la falta de atención de quienes la rodeaban: su pareja y sus médicos, quienes la juzgaban exagerada, y las personas con quienes laboraba, que sin una consciencia crítica la consideraban un déficit. Dice la segunda Noble Verdad del Buda que la causa del sufrimiento es el deseo, el deseo visto como apego egoísta, el deseo de que la realidad sea lo que no es o que no sea lo que es. El sufrimiento se da porque deseamos que no exista el dolor, así que un primer paso es aceptar su existencia indefectible. Negarse a él, rechazar el dolor, lo incrementa, eso es lo que sucede en las sociedades paliativas donde entre muchas otras cosas, nos venden la idea de que vivir nuestros procesos de EPP desde la clínica, nos esquivan de todos los dolores, y nosotras nos compramos esa idea a pesar de todas las visitas que hacemos a las maternidades, con globos y peluches en mano, donde podemos ver que el dolor sigue presente en los cuerpos de esas mujeres. Más allá del dolor físico que es inevitable – se viva desde donde se viva este proceso –, las mujeres en EPP sufrimos en primer lugar, la desconexión con nuestros cuerpos, luego, la desvinculación con nuestro entorno familiar que requiere la clínica, finalmente, la soledad en la que nos replegamos frente al juicio social sobre las buenas y malas madres. Dice la tercera Noble

Verdad del Buda que al entender que la causa del sufrimiento es el deseo lo que hay que hacer es justamente, cesar el deseo. Esto es, cesar el deseo de no sentir nada. Porque el dolor no es sólo una sensación, es, principalmente, una percepción singular cargada de significados. El dolor nos enfrenta a nuestros límites y en el caso del proceso de EPP, hablamos de un dolor con sentido de vida, no de muerte, que puede, por lo tanto, simbolizar una especie de rito de paso, por supuesto, para la bebé, pero también para la madre:

El dolor es una punción de lo sacro, porque arranca al hombre de sí mismo y lo enfrenta a sus límites (...) si permanece bajo el control moral o si es superado, ensancha la mirada del hombre, le recuerda el precio de la existencia, el sabor del instante que pasa. Todo depende del significado que el hombre le confiera (Le Bretón; 1999: 19)

Y dice la cuarta Noble Verdad que, para lograr cesar el deseo y, por lo tanto, el sufrimiento, hay que seguir el óctuple camino... pero bueno, eso ya es otra historia.

En realidad, lo que quiero decir aquí es que, aunque el dolor, tanto físico como emocional, es inevitable para cualquier viviente, depende en gran medida de las formas sociales en que se represente. La variación en intensidad y capacidad singular para afrontarlo, es más, para elaborarlo desde una misma, se encuentra en estrecha relación con la capacidad que tenemos de entrar en crisis, de romper con aquel inconsciente colonial-capitalístico (*cafisheístico*) del que nos habla Rolnik, de vivir, enfrentar y superar la angustia, el miedo, que esto nos puede provocar. Cuando *Esa Cosa Escandalosa* hace que nosotras mismas inoculemos el miedo en nuestros cuerpos vivientes, nos encontramos en la necesidad y el deseo de reorganizar ese malestar que nos genera y la causa por la que sentimos temor se puede convertir en una alternativa, como: “únete o muere”. Por eso podemos sentir cierto gozo en la calma que supone ponernos en manos de alguien más, de ese sujeto que representa una autoridad, en este

caso, el profesional médico. El miedo, lo mismo que el dolor, es una sensación corpórea, nuestros cuerpos vivientes reaccionan ante situaciones que *nos parecen* peligrosas, se aceleran nuestras pulsaciones, sudamos copiosamente y contraemos diversas partes del cuerpo, pero también, lo mismo que el dolor, aquello que percibimos como *peligroso*, aquello que nos produce miedo, es una construcción sociocultural. El miedo se desliza raudo por toda la piel que se enchina y se enfría a modo de protección, mientras aparecen pensamientos sobre lo que pasará que se presenta completamente oscuro y frágil. Es esta incertidumbre a la que Bauman (2007) relaciona con el miedo, mientras que Han (2021) hace lo propio con el dolor. Vivimos en un mundo vertiginoso que nos asigna determinados movimientos y miradas según el lugar que ocupemos en el territorio de las relaciones sociales, políticas, económicas y demás, pero cualquiera sea ese lugar, la incertidumbre está presente, como un dolor y un miedo al mismo tiempo.

Dice Han que vivimos en una sociedad palitativa, que esquiva el dolor a toda costa, pienso que hay países, como México, en los que el dolor agregado – como lo denomina Eduardo Galeano – es una constante cotidiana. Nuestro país está sumido en una espiral de violencia que parece no tener salida y, aunque se reconoce más en los últimos años por la cínica relación entre el Estado y las empresas ilegales del narcotráfico, hemos vivido en esta caótica configuración social desde la conquista. Las mexicanas estamos tan acostumbradas a vivir con dolores físicos, emocionales, sociales, en medio de la violencia y el constante temor de experimentarla que incluso llama la atención la capacidad que tenemos de inventar bromas y chistes sobre acontecimientos dolorosos, pero no lo hacemos porque seamos masoquistas y disfrutemos el sufrimiento, sino porque es nuestra manera de ser resilientes frente a una historia que nos ha condenado a vivir el miedo y el dolor en las venas. En estos territorios no sucede precisamente como lo observa Han, pero desde su misma geografía, el territorio en el que se gestó y del que se importa, no sin una buena dosis de violencia, *Esa Cosa Escandalosa*, Zygmunt Bauman (2007)

nos habla del miedo y nos explica cómo, a diferencia de estas geografías, colonizadas, marginadas, periféricas, donde vivimos extremos y constantes niveles de inseguridad, “en la parte <<desarrollada>> del mundo (o sea, la parte más rica y más modernizada del mundo, y la que, aun así, más entusiastamente continúa modernizándose), somos <<objetivamente>> las personas más seguras de la historia de la humanidad” (167), y sin embargo, las que “se sienten más amenazadas, inseguras y atemorizadas, más inclinadas al pánico y más apasionadas por todo lo relacionado con la seguridad y la protección” (168). Entonces, nos encontramos con la idea de una sociedad paliativa, es decir, una sociedad que intenta por todos los medios aminorar o bien, disfrazar el dolor que implica, necesariamente, vivir en el mundo que vivimos y esta misma sociedad vive replegada por el miedo que la propia política paliativa impone en su afán de lograr una seguridad extrema y sin dolor. Somos sociedades sumamente paradójicas.

Pero este mundo está atravesado por lo que Achille Mbembe (2011) llama necropolítica, esto es, los poderes que, basados en los procesos económicos globales que nos imponen, no sólo deciden quién vive y quién muere como lo planteaba Foucault cuando hablaba de biopolítica, sino que también deciden el destino mortuorio de nuestros cuerpos vivientes a través de las diversas formas de sometimiento que se impone sobre ellos: esclavitud, trata de personas, guerras, hambrunas, entre otras. Desde esta perspectiva, hablamos de muertos vivientes, las personas que viven – o sobreviven – en entornos de muerte, generalmente localizables en los países llamados del Tercer Mundo, o Subdesarrollados, o Periféricos, o bien dicho, creo yo: colonizados. Mientras tanto, los dolores que produce la interacción social sin sentido en las metrópolis deben ser paliados, medicados, abducidos por las redes cibernéticas y las plataformas de entretenimiento. Algunos de estos dolores a los que se refiere Han están en estrecha relación con el miedo como lo plantea Bauman, es decir, como la angustia que supone la incertidumbre, la ausencia de una perspectiva futura de vida vivible, no mortificante, sino vivificante. Esas referencias desaparecen del horizonte porque la cuestión es que siempre hemos

vivido con dolor y miedo, ambas experiencias se relacionan, el dolor produce miedo, el miedo produce dolor y ambos son producidos por el entorno psicosocial en que nos desenvolvemos, ambos los experimentamos a través de nuestros cuerpos vivientes que también son producidos justamente por el dolor y el miedo actuales. El gran problema de nuestra época es que nos vemos obligadas a enfrentar estas sensaciones desde la individualidad – fantásica construcción social arraigada en nuestro inconsciente colonial-capitalístico –, porque si bien es cierto que las diversas formas en que las vivimos dependen de la singularidad de cada quién, de las capacidades psicometabólicas particulares, el proceso de individuación nos ha forzado a la soledad, donde los dolores y los miedos que se producen colectivamente deben ser enfrentados por cada quien – o, en todo caso, con una terapeuta –, como si fuera en su totalidad, un asunto personal, potenciando así, de maneras insospechadas, el dolor y el miedo.

Por encima del miedo que para nosotras implica vivir la violencia cotidianamente como el pan nuestro de cada día, se superpone la imaginación, la creación de los escenarios posibles cuando hacemos una cosa u otra. Decidir nos produce un cierto temor porque no sabemos si lo que decidimos puede traer aparejada alguna forma de dolor con el que tal vez no podamos lidiar. Hace tiempo pensaba mucho en una palabra, un concepto muy particular de la antigua filosofía griega: la ataraxia. Google la define como el “estado de ánimo que se caracteriza por la tranquilidad y la total ausencia de deseos o temores” ¿Qué puedo pensar de esto? *Tranquilidad y ausencia de temores*, suenan muy bien, pero en cuanto a la *ausencia de deseos*, hoy en día me surge una inquietud tremenda. En ese entonces, la idea de la ataraxia, de la vida tranquila, ligera, sin deseos y por lo tanto sin temores, bajo el entendido de que nuestros temores se fundan en que suceda algo que no deseamos que suceda o que no suceda lo que deseamos que suceda, me parecía, paradójicamente, muy deseable. Esto se conectaba con mi interés por el budismo zen y mi tempranamente cultivada fascinación por Francisco de Asís, gracias a la hermana menor de mi mamá que era misionera franciscana. Además, mi papá era un hombre

sumamente austero, lograba disfrutar mucho con poco y siempre mantenía la tranquilidad ante cualquier situación, cualquiera. Eso era muy admirable, practicaba la ataraxia de cierta manera, porque era muy poco lo que necesitaba para sentirse en paz. Así que *ataraxia* representaba algo de eso con lo que buscaba definirme a mí misma. Dejando de lado la sintética definición del diccionario de google, la ataraxia es, para la filosofía griega, el estado de felicidad que estamos llamadas a alcanzar – que no se confunda con la *escandalosa* imposición de felicidad falaz de la que nos habla Han –, sin embargo, la forma de alcanzarla difiere según las escuelas y, en la que yo me he concentrado, es en la de Epicuro. Para este filósofo hay dos formas constituyentes del deseo: es natural y es necesario, ambas características tienen que ver con la supervivencia de la persona. Como vivientes, naturalmente *necesitamos* comer, vestir, dormir, reproducirnos, sentirnos seguros, así que es natural que *deseemos* comida, vestido, descanso, sexo, seguridad y que hagamos lo posible por satisfacer esas necesidades. Como seres políticos, sociales y culturales que somos, las humanas desarrollamos deseos que, si bien pueden ser naturales, no son necesarios, por ejemplo: vestir, sí, pero usar ciertas marcas o modas fijadas por el entorno social en que nos desenvolvemos nos parece necesario, aunque en realidad no lo sea. De la misma manera, también desarrollamos deseos no naturales y no necesarios, como el deseo de prestigio, de poder, de dinero, deseos relacionados con el ego que no sólo no conducen a la ataraxia, sino que terminan infligiendo dolores innecesarios. Es así que las personas alcanzamos la ataraxia como un estado pleno de placer al satisfacer nuestros deseos, naturales y necesarios, pero es menester reflexionar si eso que deseamos puede provocarnos un placer instantáneo y pasajero que a la postre nos cause sufrimiento o si podemos aceptar un dolor cuya consecuencia sea en realidad un placer. Esto último funciona, por ejemplo, para la aplicación de medicinas o rutinas de ejercicio, que de momento nos pueden causar repugnancia o hastío, pero que eventualmente nos va a permitir sentirnos bien. Funciona a la inversa en las infidelidades que satisfacen un placer momentáneo, pero cuyas posibles consecuencias – como una probable

ruptura familiar – pueden resultar en un sufrimiento mayor y más prolongado al placer conseguido. Hay mujeres que prefieren no vivir los dolores de parto, que quieren evitarlos a través de una cirugía mayor como es la cesárea, porque no toman en cuenta que después tendrán que vivir los dolores posparto, iniciarán el arduo camino de maternar – amamantar, despertarse por las noches, cambiar pañales, visitas médicas – con una herida profunda y tienen que lidiar con las hormonas sintéticas y la supresión de las hormonas naturales que, algunas veces, se traduce en depresión posparto. Desde mi experiencia personal, nunca diré que no hay dolor en un parto natural, lo hay y es muy grande, inconmensurable, sin embargo, no sólo el posparto fue bastante placentero y maternar se me dio de manera igualmente más natural – no deja de ser difícil, conste, este inicio del maternaje –, sino que además, hasta el día de hoy, el recuerdo de mis dos partos me provoca placer, me hace sentir la fuerza enorme que encierra mi cuerpo/espíritu (Rolnik, en Bardet; 2018), me hace sentir poderosa en cada momento difícil que me presenta la vida. Y creo que es importante mencionar que estos miedos y dolores propios del inicio de la maternidad se observan notoriamente disminuidos en los casos en los que las puérperas cuentan con una red de apoyo afectiva que sostiene también el vínculo entre la madre y su bebé. La misma Claudia reconoce que, sin sentir ninguna preferencia por una o por otra, el vínculo con su segunda hija a quien además tuvo la oportunidad de parir fuera de la clínica y en compañía de su familia, se dio de forma mucho más orgánica y placentera que con la primera.

Han (2021) también nos habla del cuerpo disciplinado presentado por Foucault y argumenta una transición hacia el cuerpo hedonista “que se gusta y se disfruta a sí mismo sin orientarse de ninguna manera a un fin superior (...). Le parece que el dolor carece por completo de sentido y de utilidad” (22). Desde este cuerpo hedonista que nos presenta el filósofo, el dolor se convierte en un asunto psicológico personal más que en una problemática social, porque es el individuo como tal el que carece de las cualidades necesarias para cumplir con los vanidosos y egocentros parámetros impuestos en nuestras sociedades. El individuo se regocija en sí

mismo cuando logra ir cumpliendo las metas, una de ellas es esquivar el dolor. Cualquier asomo de angustia se recubre a través del cuidado de la imagen personal, porque el dolor y las verdades sobre nosotras mismas que puede descubrir, no valen la pena. Para el caso, no sólo las pastillas, las redes y diversas plataformas funcionan, también hay una gran cantidad de ofertas en el mercado del positivismo, el optimismo y la resiliencia, desde profesionales de la salud mental, hasta lo que hoy conocemos como *youtubers* y *tiktokers*, personas que monetizan a través de sus videos, una serie de consejos para superar todo desánimo y continuar con la vida, con la productividad. En cierto modo, este cuerpo hedonista sigue siendo un cuerpo disciplinado al que se somete *cafisheísticamente*. En el caso de las mujeres en proceso de EPP, nos encontramos en este momento condenadas a vivirlo también de forma individual, aunque siempre con la carga social de hacerlo de la mejor manera, con una gran sonrisa y satisfacción plena de estar cumpliendo con nuestra *función natural* cabalmente. Lo vivimos con el miedo provocado por la *escandalosa* clínica que lo presenta como un evento peligroso en el que arriesgamos nuestras vidas y las de nuestros bebés, en el que, sin duda, sentiremos *el dolor más desgarrador* que un ser humano pueda experimentar. Quiero decir que se trata de un proceso del que en realidad ignoramos muchísimo, la clínica se ha encargado de alejarnos de la naturaleza de la reproducción humana y que por desconocido se convierte en un evento que produce miedo. Nos da miedo sentir dolor y la clínica moderna nos pinta un panorama en que sería posible no sentirlo, aunque en cualquier circunstancia y decidamos lo que decidamos, el dolor estará presente. Habría que preguntarse como lo hace Han, por qué concebimos el dolor justamente como algo indeseable, sobre todo un dolor como el del EPP que básicamente es una transición mágica hacia la alegría de la vida, del poder-dar-vida. Decía Bety, mi doula, que es el único dolor que tiene un sentido de vida, que sabes que pasará y que el resultado será plenamente dichoso, no es mortificante sino vivificante, pero para vivirlo como una experiencia gozosa, necesitamos del acompañamiento afectivo entre mujeres, de la seguridad que nos da el conocer lo que está

sucediendo con nuestros cuerpos, de la fuerza que nos produce el poder decidir en cada momento a partir de nuestros deseos y necesidades. Necesitamos resignificar el proceso de EPP para sacarlo del *escandaloso cafisheo* de la clínica y retornarlo a la magia y el milagro que en realidad representa.

PARTE III.

¿QUIÉN DICE QUE TODO ESTÁ PERDIDO?

LA MAGIA DE DAR VIDA Y LA POSIBILIDAD DE LA AUTONOMÍA

Voy entrando al tramo final de este camino, en el trayecto se han ido abriendo unas brechas y cerrando otras en sintonía con las decisiones que voy tomando. Ahora es el turno de la magia, la belleza, el milagro de la vida que se abre paso frente al escándalo y que sustento en las narraciones de las mujeres que han colaborado conmigo en este quehacer investigativo. Desde el seminario de *Entramados Comunitarios y Formas de lo Político* la interdependencia que sostiene a la vida ha sido un tema recurrente y viene al caso porque para *Esa Cosa Escandalosa* la organización, mediación y disciplinamiento de la vida y sus lazos originarios de interdependencia – es decir, aquellos lazos que dan origen a la vida y que, como veremos más adelante, se sustentan en la interdependencia –, son cuestión vital, de eso se alimenta, y se confirma en la forma en que organiza, media y disciplina el proceso de EPP a partir del discurso clínico heterónimo. Pues bien, en esta tercera parte me interesa hablar de la vida, de su producción y reproducción y de cómo nosotras somos parte de ese tejido en la misma medida en que lo son las flores, los gatos, los ríos y las montañas, porque para comprender lo que sucede cuando *Esa Cosa Escandalosa* se interpone en el fluir de la vida que transita por nosotras durante el EPP – imponiendo sus intervenciones técnicas, clínicas, heteronómicas –, necesitamos ubicar cómo este fluir es autónomo, es interdependiente, es emocional, es anárquico y caótico y cómo es necesario permitir que estas características se den en nuestros propios procesos si queremos, como seres humanos, seguir sosteniendo la vida y hacerla digna de ser vivida.

Es así que en un primer momento hago un recorrido entre diversos conceptos sobre la formación de la vida que considero están relacionados entre sí y que me parece que lo que explican está en estrecha relación con nuestros procesos de embarazo, parto y puerperio, porque

demuestran la importancia de vivirlos desde los saberes (filogenéticos) de nuestros cuerpos, tal cual como mamíferas que somos. Para el segundo momento, el recorrido se dirige a relatar cómo, a pesar de que nuestros cuerpos estén siendo supeditados al mandato de *Esa Cosa Escandalosa*, algunas mujeres buscamos reconectarlos con esa fuerza vital de la que se constituye el tejido de la vida. Inicio entonces exponiendo las ideas sobre *Apoyo mutuo* de Piotr Kropotkin quien, a principios del siglo XX, nos habla de un *instinto de solidaridad* propio de todo ser vivo. Luego, me brinco algunas décadas más adelante para alcanzar las investigaciones de Lynn Margulis, quien dedicó su vida a comprender la creación y evolución de la vida desde la formación de las células eucariotas y las cianobacterias que, a partir de procesos de *endosimbiosis*, dieron origen, hace millones de años, a la creación y evolución de la vida y que, además, siguen siendo el factor decisivo de su funcionamiento. Esta extraordinaria científica trabajó también, junto con James Lovelock, lo que nombraron como la *Hipótesis de Gaia*, resultado de las observaciones de este último sobre la atmósfera terrestre que les llevó a revelar que nuestro planeta, la Tierra, es un organismo vivo, autorregulado, del que todos los seres vivos, bióticos y abióticos, formamos parte. Muy de cerca con el pensamiento de estas científicas, se encuentra la noción de *autopoiesis*, elaborada principalmente por Humberto Maturana en colaboración con Francisco Varela, que explica cómo los organismos vivos – incluida Gaia, de ahí la consonancia de pensamiento entre autores tan diversos – tienen la capacidad de autogenerarse y de constituirse a sí mismos de acuerdo a lo que el entorno va requiriendo de ellos. Finalmente, y por si acaso no quería complejizar esto un poco más, retomé las ideas de Donna Haraway acerca de la vida en el *Chthuluceno*, una nueva manera de nombrar la era geológica que estamos viviendo que se enfoca en la necesidad de empezar a pensarnos en relación plena y horizontal con otras especies que conforman Gaia, a través de lo que ella nombra *simpoiesis*. Todo este proceso vital lo relaciono, posteriormente, con la propuesta

teórica de Suely Rolnik sobre el flujo vital que ella nombra *pulsión vital* y que tiene que ver con los saberes del cuerpo.

Posterior a esto, abro un nuevo capítulo, el último, en el que, basándome en las entrevistas que realicé a cinco mujeres en particular que decidieron vivir sus procesos lo más alejadas de la clínica que les fue posible, intento explicar cómo en cada una de las tres fases del proceso las intervenciones derivadas de la ignorancia que en general poseemos sobre esto – provengan de la clínica, de nuestros familiares, de nosotras mismas cuando entre tantas situaciones que vivimos no logramos escucharnos –, interrumpen el flujo vital al que estamos destinadas cuando nos convertimos en madres; pero también describo cómo en cada una de las tres fases, estas mujeres han logrado conectarse consigo mismas, con su cuerpo, con el universo vital del que formamos parte, recuperando de alguna manera nuestro poder para dar vida. Me resulta muy importante comprender aquí que se trata de un proceso completo constituido por tres fases que resultan muy distintas entre sí, pero que están totalmente ligadas, por eso no quise hablar sólo del parto que es, regularmente, el tema que más trasciende, sino de todo el proceso completo, porque sólo así podremos comprender en qué consiste nuestro papel como dadoras de vida al reapropiarnos de los saberes endosimpoiéticos/autopoiéticos de nuestros cuerpos. Para el caso, retomo las ideas de Casilda Rodrigañez acerca de la devastación del deseo que se produce desde el momento en que nacemos, el deseo que es la emoción de la vida de la que habla Maturana y que desde una como desde el otro, podemos traducir en amor. En este sentido y retomando un poco el instinto de solidaridad de Kropotkin, rescato el debate sobre el *instinto materno* y la posibilidad de las mujeres, como seres simbólicos, de *decidir* sobre él a partir de una micropolítica de descolonización del inconsciente – como sugiere Rolnik – para lograr una autonomía plena sobre nuestros procesos. Debato un poco sobre el papel de la paternidad actualmente y cómo integrar a los hombres en estos procesos sin que esto se traduzca en la pérdida de dicha autonomía. Y, por supuesto, afianzo gran parte de lo que sucede

en estos procesos, a través de los estudios de Michel Odent, un ginecologista francés que es referente de este retorno a las prácticas ancestrales de gestación, parto y crianza de los seres humanos, cuya mirada me resulta muy interesante porque no sólo observa la importancia de *mamiferizar* nuestros procesos para beneficio de las mujeres, sino también para beneficio de las criaturas nacientes y, por lo tanto, para la humanidad en general. Dice él que transformar la manera en que nacemos, transformará nuestras sociedades y yo estoy de acuerdo.

CAPÍTULO 5. Y... ¿QUÉ DIABLOS ES LA VIDA?

Tan necesaria es la vida humana, como la no humana, todo lo biótico y también lo abiótico, porque todo lo creado que ~~habita~~³⁰ conforma la faz de la Tierra, se relaciona entre sí de forma interdependiente. Es decir, cada manifestación de la vida, cada forma de existencia depende de los vínculos que genera con las demás. Es así como he caído en una fascinación académica que apenas logro comprender y que me ha puesto aún más patas pa'riba que el discernimiento de *Esa Cosa Escandalosa*. Se trata de la comprensión de la formación de la vida y su sostenimiento. Para el caso he estado leyendo diversos autores y autoras que se adscriben a formaciones disciplinarias que siempre consideré muy disímiles a la mía, como la biología, la zoología, la química o la medicina misma, y que, sin embargo, me han permitido relacionar mi interés por los procesos de EPP como sucesos fisiológicos – que son naturales entre mamíferas y que no sólo no necesitan de la clinicalización sino que incluso llevarlos a ese espacio los obstaculiza –, con las formas en que la vida se abre paso, se sostiene, incluso, evoluciona. Estas concepciones me han llevado a un debate interno en el que he puesto en cuestión el concepto de evolución que he sostenido durante mucho tiempo. Regularmente lo abordaba desde mi búsqueda por comprender a la sociedad de la que formo parte, así que mis referentes eran mayoritariamente desde el Darwinismo Social, que se valió de los descubrimientos científicos de Darwin para justificar las jerarquías sociales modernas. Junto con eso me he preguntado qué de naturaleza hay en los actos humanos. Porque podemos ver cómo muchas de las desigualdades sociales y gran parte de la devastación que hemos llevado a cabo en el mundo a partir de los avances

³⁰ Tras profundizar un poco más en los conceptos de Ayuda mutua, hipótesis de Gaia, simbiosis, autopoiesis y simpoiesis, he comprendido que no *habitamos* la Tierra propiamente, sino que somos parte de ese gran organismo vivo. Quise tachar la palabra para dejar la evidencia del proceso.

tecnológicos, se ha justificado a partir de extensos tratados científicos y filosóficos que hacen ver esta dominación como algo natural, parte del proceso evolutivo humano y, por lo tanto, insoslayable. Pero ahora yo misma quiero partir de estos descubrimientos biológicos para comprender y determinar cómo la vida se abre paso a partir de la colaboración y no de la individuación, que lo hace de formas caóticas no regulables, ni medibles, ni organizables. Supongo que son las dificultades propias del pensamiento sociológico que he venido desarrollando en estos últimos cinco años y espero en verdad, lograr darle sentido a todo esto. Sin embargo, este descubrimiento personal de todo este conocimiento sobre cómo la vida se abre paso de formas que, para nosotras las humanas son incomprensibles, inconmensurables e incontrolables, me permite entender que los procesos de embarazo, parto y puerperio, son parte de este flujo vital inevitable y que va más allá de lo humano hacia algo más grande que es la vida en todas sus manifestaciones, desde sus inicios hace millones de años, hasta el día de hoy.

5.1. El Apoyo Mutuo

*[...] la necesidad del juego en común, de parlotear,
o simplemente la sensación de la proximidad
de otros seres vivos, parientes,
esta necesidad se extiende a toda la naturaleza;
y en tan alto grado como cualquier función fisiológica,
constituye el rasgo característico de la vida*

PIOTR KROPOTKIN

Uno de los textos que me ha resultado fundamental al impartir mi clase de Construcción de Identidades en la universidad es el de *La ideología mestizante, el guadalupanismo y sus repercusiones sociales* (2010) en el que María Eugenia Sánchez y Jorge Gómez elaboran una crítica a esta ideología que permea la identidad nacional mexicana por el referente darwinista

del que se sostiene. Ahí las autoras mencionan cómo el historiador mexicano Carlos Pereyra debate las ideas que el naturalista alemán Ernst Haeckel sustenta al relacionar la teoría de la evolución de Darwin con el estudio social:

Pereyra opuso a la idea darwinista de que la naturaleza y la sociedad no serían más que “palenque de lucha por la supervivencia”, otra idea tomada del príncipe ruso Kropotkin (1842-1921), de que no era la lucha ni el enfrentamiento a muerte, sino la sociabilidad y la formación de alianzas entre los organismos vivos, el factor fundamental de la evolución (69)

La mención de esta otra idea evolutiva me hizo querer adentrarme en quién fue y qué pensó aquel príncipe ruso. Piotr Kropotkin fue un zoólogo cuyo estudio naturalista le llevó a contraargumentar la, ya en ese momento muy enquistada, teoría o ley de lucha por la sobrevivencia darwinista que había sido extrapolada a las relaciones sociales humanas como una forma de justificación científica para las jerarquizaciones sociales y el ejercicio del poder de unos cuantos sobre la mayoría. En este tipo de contraargumentaciones científicas es donde podemos verificar cómo la ciencia en sí misma no tiene por qué ser *escandalosa*, que por el contrario puede ser tremendamente mágica a menos que caiga en manos del escándalo.

Pues bien, ya instalada la idea de que la evolución de las especies depende en gran medida de la fuerza y la capacidad adaptativa al entorno, Kropotkin, con sus estudios en diversas colonias animales, vegetales y microbióticas, argumentó en su libro *El apoyo mutuo: un factor en la evolución* (1946) que es imposible mantener el desgaste de energía que dicha lucha implicaría:

[...] cuando los animales tenían que luchar contra la escasez de alimentos [...], entonces *toda* la parte de la especie a quien afectaba esta calamidad, salía de la

prueba experimentada con una pérdida de energía y salud tan grande que *ninguna evolución progresista de las especies podía basarse en semejantes períodos de lucha aguda* (15, las cursivas son del texto original)

Kropotkin observó cómo al establecerse una relación entre el darwinismo y los estudios sociológicos se trata de demostrar, por un lado, que la inteligencia humana nos permite de algún modo suavizar esta lucha por la vida que otrora se viera intensamente amenazada por un entorno que nos resultaba sumamente agreste, sin embargo, por el otro, persevera en la idea de que la lucha competitiva por la supervivencia es una *ley natural* que permite el progreso. Esta noción junto con su propia observación detallada de otras formas de sociabilidad por la vida, le llevan a enfocar sus estudios en otra ley, que es la *ley del apoyo mutuo* que considera mucho más importante para la evolución progresista de la vida. Luego ya se van sucediendo todos sus escritos políticos/anarquistas por los que es mayormente conocido. De momento aquí me interesa mucho esta noción en tanto justamente explica cómo es la fuerza del colectivo, no del individuo – como nos quiere hacer creer *Esa Cosa Escandalosa* –, lo que hasta hoy nos ha permitido sostener la vida. En este punto, el autor busca dejar en claro que esta sociabilidad no está basada en sentimientos como el amor o la simpatía, no es cuestión de ética, netamente humana, sino de algo mucho más amplio y que se ha ido desarrollando en los seres vivos en un largo periodo evolutivo, algo que él llama: *instinto de sociabilidad*, que nos ha llevado a todos los vivientes a hacernos conscientes de la fuerza del apoyo mutuo y “del placer que se puede hallar en la vida social”:

El amor, la simpatía, y el sacrificio de sí mismo, naturalmente, desempeñan un papel enorme en el desarrollo progresivo de nuestros sentimientos morales. Pero, la sociedad, en la humanidad, de ningún modo se ha creado sobre el amor ni tampoco sobre la simpatía. Se ha creado sobre la conciencia – aunque sea instintiva – de la

solidaridad humana y de la dependencia recíproca de los hombres (Kropotkin: 1946: 20)

Es así que esta *ley de la vida*, la *ley del más fuerte*, promulgada por la línea spenceriana³¹ e impuesta en el pensamiento social, se ve minuciosamente desgastada a partir de los múltiples estudios que Kropotkin realizó no sólo entre muy diversas colonias animales, sino también entre civilizaciones consideradas salvajes – él mismo refuta este epíteto, aunque no encuentra otro que le permita suplirlo –, bárbaras, las sociedades medievales y las sociedades modernas.

Era necesario demostrar que las costumbres de apoyo mutuo dan a los animales mejor protección contra sus enemigos, que hacen menos difícil obtener alimentos [...], que aumentan la prolongación de la vida y debido a esto facilitan el desarrollo de las facultades intelectuales (22, 23)

Ciertamente, este autor no desdeña la importancia de la autoafirmación del individuo. Es decir, para él, hay dos fuerzas vitales que permiten una evolución progresiva: el apoyo mutuo y la autoafirmación del individuo, sin embargo, observa, se ha dado en ocultar y olvidar la primera fuerza en la exaltación de la segunda. La historia de la humanidad está basada en los grandes hechos heroicos de individuos:

³¹ Herbert Spencer (1820-1903) fue un científico considerado el padre del Darwinismo social, es decir, de la teoría que relaciona la teoría de la evolución de Darwin con la sociología. Al parecer, Spencer estaba muy interesado en los nuevos estudios evolutivos que presentaba Kropotkin y fue este interés el que llevó al segundo a escribir un libro muy extenso sobre el apoyo mutuo en diversas especies animales y entre las diversas manifestaciones sociales humanas. Aun así, para Spencer el Apoyo mutuo podía verificarse entre especies animales y vegetales, pero no lo consideraba una manifestación posible en las relaciones sociales humanas.

La historia, como ha sido escrita hasta ahora, es casi íntegramente la descripción de los métodos y medios con cuya ayuda la teocracia, el poder militar, la monarquía política y más tarde las clases pudientes, establecieron y conservaron su gobierno (331)

Ya queda claro que la historia ha sido escrita por el poder patriarcal representado en instituciones religiosas, militares, políticas y económicas, pero a lo que se refiere Kropotkin es a una forma de pulsión vital que nos lleva a actuar de forma singular frente a necesidades colectivas, es decir, que esa singularidad que somos y que surge y se conforma del colectivo en que crecemos, se recrea a sí misma en sus acciones para el bienestar común. El apoyo mutuo es pues, una de las bases fundamentales de la relación que se forma entre mujeres cuando nos encontramos en el proceso de EPP.

5.1. La Endosimbiosis

La vida es una complejidad del universo.

La vida es materia que elige.

LYNN MARGULIS

Varias décadas después de que Kropotkin escribiera sobre el apoyo mutuo, una mujer excepcional, científica especializada en microbiología, Lynn Margulis, descubrió en sus minuciosos estudios sobre microbios y bacterias, que la evolución de la vida requiere de diversos procesos simbióticos entre dos o más organismos, es decir, que la vida se produce y además progresa a través de múltiples vínculos que se van creando entre los organismos de manera natural, espontánea y, de hecho, caótica, lo que significa que nosotras, con nuestra ciencia y tecnología, no podemos, aunque así lo pretendamos, predecir las formas en que la vida logra

abrirse paso. Margulis señala algo parecido a mi argumento de la Parte I acerca de que la *escandalosa* ciencia mecanicista, la que pretende que la vida sea una máquina que sigue una serie de pasos estudiables, replicables y, por lo tanto, predecibles, no hace sino cuantificar la vida en términos de explotación de riqueza para la acumulación. Lo que ella plantea es que al percibirnos como la especie más evolucionada nos suponemos superiores a las demás especies y que podemos entonces ejercer un poder sobre todo lo que conforma este planeta.

Cuando contemplamos la vida en la Tierra es fácil pensar que somos supremos. El poder de nuestra conciencia, de nuestra sociedad y de nuestros descubrimientos técnicos nos ha hecho pensar que somos la forma de vida más avanzada del planeta. Ni siquiera la enorme oscuridad del espacio nos hace sentir humildes. Vemos este espacio como una tierra de nadie que queremos penetrar y conquistar, del mismo modo que hemos conquistado la Tierra (Margulis y Sagan; 1995: 47)

Esta percepción de que somos poseedoras de esta gran máquina surge del pensamiento científico moderno y nos ha conducido a la crisis ambiental que hoy en día padecemos a nivel global. Margulis señala que la revolución darwinista, al echar por la borda la idea de que los seres humanos somos la especie elegida por dios para gobernar el mundo, en lugar de reducir nuestra soberbia, la aumentó: ahora el ser humano se convertiría en la especie más evolucionada y por lo tanto la dueña del universo que le rodea³². Pues bien, en sus descubrimientos ella encuentra que en realidad los seres vivos más evolucionados que han existido son las cianobacterias, las únicas bacterias capaces de realizar fotosíntesis, es decir, capaces de producir el oxígeno a través del cual la vida existe y evoluciona utilizando un proceso que llama: endosimbiosis. Esto funciona, sin intentar dar una explicación científica exhaustiva,

³² El darwinismo social spenceriano se encargó de además dividir a esta super especie por razas, unas superiores a otras y, por lo tanto, naturalmente dominantes.

cuando un organismo reside en el interior de otro y gracias a la acción que ejercen uno en conjunción con el otro la vida de ambos y de sus descendientes, evoluciona y progresa. Es decir, hemos mantenido una visión lineal evolutiva que va de lo más simple o inferior a lo más complejo o superior, pero esos organismos simples son en realidad lo que permiten la actual biota terrestre, son también nuestros antepasados y, además, tienen la capacidad de expandirse y modificarse transformando a la vida toda para sostenerse y seguir autogenerándose aun en un futuro en el que la *escandalosa* insensatez de la especie humana nos lleve a la autodestrucción. El pensamiento de Margulis ha creado grandes controversias porque nos coloca en el punto más bajo de la jerarquía metafórica de los seres vivos que nosotras mismas hemos creado y en la que nos habíamos encumbrado, y ya ella advierte sobre las precauciones que hemos de tomar frente a metáforas que siempre conllevan ventajas, pero también riesgos, como el mecanicismo o el antropocentrismo. Ciertamente, como ella alude, de los tres mil millones de años que tiene de haberse formado la vida, “la completa historia de la humanidad, desde la vida de las cavernas hasta el moderno apartamento de nuestros días, representa bastante menos del uno por ciento de todo este tiempo” (Margulis y Sagan; 1995: 49). Es decir, que no somos más que un fenómeno microbiano como muchos otros que representa sólo un momento más en la larga historia de la vida:

Además, la visión de la evolución como una lucha crónica encarnizada entre individuos y especies, distorsión popular de la idea darwiniana de la “supervivencia de los mejor dotados”, se desvanece con la nueva imagen de cooperación continua, estrecha interacción y mutua dependencia entre formas de vida. La vida no ocupó la Tierra tras un combate, sino extendiendo una red de colaboración por su superficie. (Margulis y Sagan; 1995: 48-49)

La teoría de la simbiosis y luego de la endosimbiosis ya había sido abordada por otros estudiosos del tema, pero la originalidad de Margulis radica, primero, en que su propuesta es sumamente rigurosa, menos especulativa que las anteriores y, segundo, en que coloca la idea de la evolución de las células en el contexto de la evolución del planeta. Además, colabora con sus antecesores sacándolos a la luz y rescatando sus aportaciones. Como mujer en la ciencia, tuvo que “picar piedra” – como se dice coloquialmente –, para que sus descubrimientos fueran reconocidos por la comunidad académica, sin embargo, sus esfuerzos se vieron recompensados y ese reconocimiento le permitió lo que ella más ansiaba: comunicar sus increíbles hallazgos.

Vemos pues cómo ambas nociones que he presentado hasta ahora: el apoyo mutuo y la endosimbiosis, se dirigen a presentar las formas en que la vida se abre paso a través, principalmente, de la interdependencia entre organismos diversos y no por el enfrentamiento y la dominación de unos sobre otros. Estas nociones, por más que suene forzada la extrapolación de este suceso biológico a las relaciones sociales, me permiten entender que, si nos asumimos seres endosimbióticos que contenemos en nuestros genes estos instintos vitales, la red de apoyo mutuo entre mujeres para colaborar en los procesos de EPP es fundamental en la conformación y desarrollo de la vida, lo mismo que el permitir que este trabajo endosimbiótico cumpla sus procesos desde el momento en que concebimos hasta los primeros años de crianza, sin intervenirlo para controlarlo.

5.3. Gaia

*Quizá lo más importante que podemos hacer
para deshacer el daño que hemos hecho
es fijar firmemente en nuestras mentes
el pensamiento de que la tierra está viva.*

Pero esto no es todo, ni por mucho. Margulis estuvo casada con Carl Sagan, el famoso astrofísico gran divulgador científico que muchas de nosotras pudimos ver en la televisión maravillándonos con sus conocimientos del macrocosmos. Éste a su vez le presentó a otro científico, químico atmosférico, con quien trabajó en otra idea también revolucionaria: la hipótesis de Gaia. James Lovelock es el nombre de este científico. Él trabajó para la NASA³³ en un proyecto muy específico: su labor era determinar a partir de la atmósfera del planeta Marte si era posible que hubiera alguna forma de vida. Estudiando los elementos atmosféricos del planeta a través de un satélite descubrió que la forma en que se encuentran distribuidos los gases planetarios en cuanto a porcentajes de presencia en la atmósfera está en equilibrio y, por extraño que parezca, este equilibrio no permite, definitivamente, ninguna forma de vida. Sin embargo, esa confirmación no fue su gran descubrimiento, pero sí le llevó a él. Tras analizar dicha atmósfera extraterrestre, al voltear a mirar a la Tierra desde el espacio, Lovelock observó con detenimiento la conformación de nuestra atmósfera y se dio cuenta de que aquí la combinación de los gases, como el oxígeno y el nitrógeno entre otros, y su distribución porcentual presentan una mezcla inestable. Si la biósfera terrestre se encontrara en equilibrio químico como la marciana, sucederían diversas reacciones químicas y el dióxido de carbono sería el elemento con mayor presencia, lo que no permitiría la existencia de manifestaciones vitales como las que conocemos. El hecho de que nuestra atmósfera presente una composición gásica inestable es lo que permitió, y sigue permitiendo, el desarrollo de la vida. Esta composición se inició, como explica Margulis, a través de la conversión de las células más primitivas de anaeróbicas en aeróbicas, fue un paso evolutivo fundamental de las procariotas a las eucariotas cuya complejidad llevó a

³³ La National Aeronautics and Space Administration, por sus siglas en inglés, es una agencia del gobierno de Estados Unidos que se encarga del programa espacial de ese país y de las investigaciones aeronáuticas y aeroespaciales.

los posteriores organismos pluricelulares de los que se derivan todas las formas de vida conocidas. Es decir, gracias a la conformación de las células eucariotas y las cianobacterias – que realizan la fotosíntesis – que se dio hace millones de años debido al apoyo mutuo traducido en endosimbiosis, se inició la respiración aeróbica que logró la conjunción entre elementos atmosféricos que en otras condiciones serían inestables pero que aquí fecundan la vida.

Lo que vio Lovelock desde el espacio, no fue una gran roca desprendida del estallido de una estrella y que gira alrededor de ésta. Él vio un organismo vivo

[...] compuesto por todas las cosas vivas y la superficie de su medioambiente – los océanos, la atmósfera y las rocas [...], un sistema que ha surgido de la interacción recíproca de los organismos y su entorno, a través de los eones de vida sobre la Tierra. (Lovelock; 1991: 11).

Esta idea ha sido fuertemente criticada porque se considera creacionista, es decir, como un retorno a la idea divina, si no ya del dios bíblico, sí de alguna forma de ente vital con un propósito teleológico. Pero ha sido criticada, sobre todo, porque esta noción contraviene el mecanicismo moderno que va de la mano con la linealidad del tiempo, las relaciones causa-efecto y con una idea de orden y progreso. Con Margulis, Lovelock da cuenta de que tanto los microorganismos de los que evolucionamos todos los seres vivos, como el macroorganismo que es la biósfera terrestre, se encuentran realizando procesos vitales en intensa interacción que se autoorganizan y autorregulan de tal forma que todo cambio planetario tiene una intención de producción de la vida. Ahora bien, esta interacción orgánica, es decir, esta organización de la vida no está regida por ninguna ley, al menos no una ley que esté al alcance de nuestra comprensión – tomando en cuenta que, para elaborar una comprensión de cualquier cosa, nosotras necesitamos establecer un orden, un paso a paso, que facilite el entendimiento

concreto – y, por lo tanto, de nuestro dominio, lo que hace decaer todo el espíritu de satisfacción antropocéntrica que el mecanicismo moderno ha querido imponer.

5.4. La Autopoiesis

*Se dice que el progreso tiene que ver con la competencia.
No quiero desvalorizar a Darwin, pero es un hecho que
cuando competimos, el autoengaño es pensar
que mi bienestar radica en negar al otro.*

HUMBERTO MATURANA

En estrecha consonancia con las ideas de endosimbiosis y de Gaia de Margulis y Lovelock aparece también la llamada *Teoría de Santiago*, como se denomina a las aportaciones sobre la vida que realizaron los biólogos chilenos Humberto Maturana y Francisco Varela. En su libro *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del conocimiento humano* (1990) se enfrentan a la pregunta, que imagino toda persona formada en biología se debe hacer, acerca de qué es la vida y cuáles son los criterios que nos permiten entenderla. Generalmente, cuando te imparten esta materia en la preparatoria la respuesta parece simple: una serie de propiedades químicas, una determinada capacidad de movimiento o crecimiento o expansión, la capacidad de reproducirse, o bien, la combinación de estos factores. Pero estos científicos se preguntan: “Por ejemplo, si se construye una máquina capaz de reproducirse, pero que está hecha de hierro y plástico, no de moléculas orgánicas, ¿está viva?” (34). Mi primera respuesta es no, obvio no, pero ésta parece una respuesta muy fácil y simplista tanto como la respuesta de mis clases de biología sobre la vida, porque no se trata de una mera enumeración de propiedades, sino de una forma de organización, es decir, las relaciones que se deberían dar para que algo sea, en este caso, la vida. Ahora bien, ¿cuál es esa organización? Maturana y Varela definen una *organización autopoietica*. Es decir, la *autopoiesis* es la condición común y esencial para la existencia de la

vida y los seres vivos. Las relaciones que se dan para conformar esta organización tienen su grado de complejidad, sobre todo para una neófito en estos temas como yo, pero intentaré explicarla. Los componentes moleculares de aquello que definimos como seres vivos están dinámicamente relacionados en una red de interacciones continuas que se ha dado en llamar *metabolismo celular* el cual produce componentes que integran la red de transformaciones que los produjo. Algunos de estos componentes conforman un borde o membrana, una especie de límite para esta red, pero esta membrana no es un producto del metabolismo celular porque no sólo limita la extensión de esta red, “sino que participa de ella” (38) y le permite constituirse en una unidad discreta como la célula:

Por un lado, podemos ver una red de transformaciones dinámicas que produce sus propios componentes y que es la condición de posibilidad de un borde y, por otro, podemos ver un borde que es la condición de posibilidad para el operar de la red de transformaciones que la produjo como una unidad (38)

No se trata aquí de procesos secuenciales sino de dos aspectos de un mismo fenómeno. Es así como se realiza esta organización autopoietica que caracteriza a los seres vivos, es decir, presentamos estructuras distintas, pero nos autoorganizamos de la misma manera. Y es este modo de organización particular lo que permite la autonomía de lo vivo:

[...] lo que es peculiar en ellos [los seres vivos] es que su organización es tal que su único producto son ellos mismos, donde no hay separación entre productor y producto. El ser y el hacer de una unidad autopoietica son inseparables, y esto constituye su modo específico de organización (41)

Al observar la vida ya no como un objeto descriptible a partir de la enumeración de determinadas características, sino como un patrón de organización en una red que se

autogenera metabólicamente y que se regenera en su interacción con el entorno, las propuestas hasta ahora presentadas: apoyo mutuo, endosimbiosis, Gaia y autopoiesis, rompen radicalmente con las separaciones cartesianas modernas que concibe a la vida misma como una máquina que no es más que la suma de sus partes. Por el contrario, lo que vemos aquí es que la vida es mucho más que esa suma, es una trama que se va hilando de forma autónoma y por lo tanto interdependiente, una trama de la que formamos parte en igual medida que todo lo que conforma la vida, incluida la atmósfera, los minerales y las bacterias, por ejemplo.

5.5. La Simpoiesis en el Chthuluceno

*Devenimos-con
o no devenimos en absoluto*

DONNA HARAWAY

Ahora bien, en este punto el ya muy apreciable pensamiento de Donna Haraway difiere de alguna manera de este sentido autopoietico de la vida. En su libro *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno* (2019) afirma que esta noción es útil para diversos sistemas, pero no es suficiente para entender la vida. Propone entonces que lo vivo es *simpoiético*, siempre está asociado, “sin ‘unidades’ de inicio y las consecuentes ‘unidades’ interactivas” (63). De forma tentacular la vida se expande, se abre, no como una unidad autónoma, sino como todo lo que fue, es y será, sin límites espaciales y tampoco temporales. Sin embargo, al parecer lo vivo, lo que nosotras entendemos como lo vivo y que con Haraway pensaríamos como sistemas simpoiéticos, conforma a Gaia como un macrosistema autopoietico, autónomo, vivo que, en su capacidad de autoorganización y autogeneración, buscará mantenerse y autorregularse a través de los procesos simpoiéticos de su propia organización,

amenazando, no a la vida, por supuesto, sino la habitabilidad para diversas especies, entre ellas, la humana:

Gaia no se preocupa ni puede preocuparse por las intenciones, deseos o necesidades de los humanos ni de ningún otro ser biológico. Lo que hace es poner nuestra propia existencia en cuestión, nosotras y nosotros, que hemos provocado su brutal mutación que amenaza presentes y futuros vivibles para humanos y no humanos (...) Gaia es un evento intrusivo que deshace el pensar como nos es habitual” (78, 79)

Poiesis significa generar, *autopoiesis*, autogenerar-se, pero *simpoiesis* significa generar-con. Si bien, creo que Maturana y Varela se referirían a eso mismo cuando hablan de la autonomía de lo vivo como la forma en que nos autogeneramos siempre a partir de una red de relaciones con el entorno, me parece importante el cambio semántico. Sin embargo, para Haraway no es sólo un asunto del cómo nombrar, porque considera que nada es realmente autopoietico:

Simpoiesis es una palabra apropiada para los sistemas históricos complejos, dinámicos, receptivos, situados. Es una palabra para configurar mundos de manera conjunta, en compañía. La *simpoiesis* abarca la *autopoiesis*, desplegándola y extendiéndola de manera generativa (99)

La última frase nos hace notar que *autopoiesis* y *simpoiesis* no se oponen, sino que se complementan, “destacando y dando contexto a diferentes aspectos de complejidad sistémica, están en fricción generativa, o en pliegues generativos” (102). Lo que Haraway intenta al argumentar que la vida es *simpoietica*, es lanzar una propuesta sumamente indecorosa que trata de pensar, a través de esta perspectiva, cómo configurar nuevos mundos – tal vez re-configurar otros – estableciendo – o reestableciendo – nuevos lazos entre nosotras y con otras especies. Entonces se le ocurre formular una manera distinta de nombrar la era geológica que estamos

viviendo, dejar de pensarla en términos de Antropoceno – centrada en el *Anthropos* – o Capitaloceno – centrada en el capital (igualmente antropocentrado) – y empezar a nombrarla Chthuluceno que, como explicaré a continuación, nos disloca del centro y nos coloca como sólo un remanso en el fluir de millones de años desde que existe vida en este planeta, al igual que cualquier otra manifestación vital simpoiética – biótica y abiótica³⁴ –. Este neologismo que propone la autora proviene de dos raíces griegas: *khthon* y *kainos*. La primera se refiere a espíritus o dioses del inframundo en oposición a los dioses celestes, seres *chtónicos* que habitan la tierra, “se retuercen, se deleitan y crecen profusamente con formas variadas y nombres diversos en las aguas, los aires y los lugares de la tierra” (21). Se relaciona en latín con la palabra *tellus*, que significa telúrico, o que proviene de la tierra y se relaciona con los ciclos de la naturaleza, de la vida y la muerte. La segunda se refiere a lo nuevo y, a diferencia de la etimología *neos* que solemos usar como prefijo en la lengua española para referirnos a las nuevas versiones de épocas, modelos, estilos – neobarroco, neoliberalismo, neodarwinismo, etc –, *kainos* tiene más que ver con aspectos cualitativos que temporales-lineales:

Kainos significa ahora, un tiempo de comienzos, un tiempo para la continuidad, para la frescura. Nada en *kainos* debe significar pasados, presentes o futuros convencionales. No hay nada en los tiempos de comienzos que insista en eliminar completamente lo que ha venido antes ni, ciertamente, lo que viene después. *Kainos* puede estar lleno de herencias, de memorias y también de llegadas, de criar y nutrir lo que aún puede llegar a ser. Entiendo *kainos* como una presencia

³⁴ Seres denominados abióticos como las montañas, los ríos o el viento, son para muchas comunidades originarias a lo largo del planeta, guardianes de la vida. Seres antropomorfizados que regulan el equilibrio vital. Y ya sabemos pensando en Gaia, que lo que llamamos abiótico es también la vida del planeta.

continua, densa, con hifas infundiendo todo tipo de temporalidades y materialidades (Haraway; 2019: 20)

Pues bien, el cambio de paradigma que Haraway propone inicia entonces con una crítica a las eras geológicas acuñadas no hace tanto tiempo como *Antropoceno* y *Capitaloceno* a las que considera “las últimas y más peligrosas de estas fuerzas exterminadoras” (21) que buscan aniquilar a los seres chónicos – entre quienes nos podemos contar los seres humanos, aunque, paradójicamente, somos protagonistas de los desastres de ambas épocas. Si tomamos en cuenta que la definición de las eras, periodos, épocas y edades geológicas, se determina a partir de las capas del suelo que se superponen y que indican diferencias en el entorno climático de cada momento, siguiendo a Paul Crutzen, parece que el impacto de la actividad humana y su creciente aceleración, desde la Revolución Industrial en el siglo XVIII y principalmente a partir del periodo de posguerras en la década de los 50, nos permite suponer que nos hemos convertido en una especie de fuerza geológica que amenaza el futuro, a la que este científico climático ha denominado Antropoceno. Una parte de la crítica que hace Haraway a esta denominación de una época – importante, aunque mencionada sólo en una nota al final del texto –, es que la palabra *Anthropos*, en su etimología griega, excluye radicalmente a las mujeres, a los niños y niñas, a las diosas y dioses: “La historia de la Especie Hombre como agente del Antropoceno es una repetición casi ridícula de la gran Aventura fálica, humanizadora y modernizadora [...]” (84). El surgimiento del Antropoceno demuestra la progresiva destrucción y aniquilamiento de los refugios biodiversos de que nos proveía la era anterior, el Holoceno, así que lo que hay que hacer es rearticular esos refugios que permitan la diversidad de la vida y la autora propone hacerlo a través de la generación de parentescos “raros” entre especies. Ahora bien, frente a este universalismo y esencialismo detectable en la noción antropocénica, que reduce las drásticas transformaciones planetarias que venimos observando desde hace algunas décadas a la mera presencia humana sin tomar en cuenta que existen

relaciones de poder y desigualdades sociales generadas desde un patriarcado, capitalista y colonial – es decir, desde la acción contundente de *Esa Cosa Escandalosa* –, surge una nueva réplica semántica: el Capitaloceno. Aún no estoy segura si este cambio me resulta más o menos esperanzador, pero ciertamente amplía desde un pensamiento crítico la noción anterior, haciendo la necesaria observación de que no es la especie humana en sí misma la que está provocando la crisis ambiental actual sino el sistema de relaciones sociales – y, por lo tanto, vitales – al que llamamos *Capitalismo*. Jason Moore (2017), uno de los principales historiadores y filósofos ambientalistas, sostiene este cambio semántico afirmando que se trata de “un viejo truco capitalista: decir que los problemas del mundo son los problemas creados por todos, cuando en realidad han sido creados por el capital.” (s/p). Para él, pensar en términos antropocénicos es facilitar la cuestión, esquivar los problemas sociales globales de fondo y mantiene una de las escisiones modernas cartesianas más devastadoras: la separación entre la sociedad y la naturaleza. Al respecto, Haraway (2018) asegura que:

Las configuraciones de mundos relacionales históricamente situadas se ríen de la división binaria de naturaleza y sociedad y de nuestra esclavitud al Progreso y a su malvada gemela, la Modernización. El Capitaloceno fue creado de manera relacional, no por un ántropos secular similar a dios, ni por una ley de la historia, ni por la máquina en sí, ni por un demonio llamado Modernidad (...) la denuncia ha sido particularmente ineficaz; de lo contrario, el capitalismo hace mucho que se hubiera desvanecido de la faz de la tierra. (88, 89)

Lo que nuestra querida autora desea es romper ataduras con estas concepciones geológicas proponiendo una manera diferente, “rara” – como los parentescos que propone –, de mirar *el problema*. La primera vez que supe de este libro, inevitablemente me remití a las historias de terror de H.P. Lovecraft (1999) quien en su relato titulado *La llamada de Cthulhu* describe a

éste como un monstruo mitológico, una entidad cósmica primigenia con forma humanoide, cabeza de pulpo, el rostro abundado en tentáculos y alas de dragón que se despliegan desde la escamosa espalda, un ser que ha existido desde antes que el tiempo y que permanece dormido bajo la tierra a la espera de su terrible despertar y devastador regreso para recuperar lo que le pertenece: esta tierra. Haraway propone que ese monstruo³⁵ puede ser la misma Gaia que en su capacidad autopoietica/simpoietica despliegue su enorme fuerza vital eliminando a aquellos seres que la desconocen y la destruyen, reconfigurando así toda esa red metabólica que la constituye para poder continuar autogenerándose. Lovecraft inicia su relato de la siguiente manera:

No hay en el mundo fortuna mayor, creo, que la incapacidad de la mente humana para relacionar entre sí todo lo que hay en ella. Vivimos en una isla plácida de ignorancia, rodeados por los bellos mares de lo infinito, y no es nuestro destino emprender largos viajes. Las ciencias, que siguen sus caminos propios, no han causado mucho daño hasta ahora; pero algún día la unión de esos disociados conocimientos nos abrirá la realidad, y a la endeble posición que en ella ocupamos, perspectivas tan terribles que enloqueceremos ante la revelación, o huiremos de esa

³⁵ En realidad, Haraway explícitamente busca evitar que su propuesta sea relacionada con las historias de Lovecraft y lo aclara en una nota de la siguiente manera: “Fue más difícil decidir cómo escribir Chthuluceno de manera tal que llevara a poderes y seres divisibles chtónicos arrogantes y no al Chthulhu, Cthulhu, o cualquier otra deidad o monstruo de gestación única. Una persona experta en ortografía griega que fuera quisquillosa podría insistir en la ‘h’ entre la última ‘l’ y la ‘u’, pero en aras de la pronunciación inglesa y también para evitar caer en el Cthulhu de Lovecraft, dejé caer esa ‘h’. Esto es un metaplasmo” (253). Tal vez lo mío sea una cierta fascinación que encuentro en observar similitudes que me parecen muy obvias, desde lo tentacular, hasta el ser que existe antes del tiempo, y por lo tanto fuera, o más allá, de él: “un nombre para otro lugar y otro tiempo que fue, aún es y podría llegar a ser: el Chthuluceno” [61])

funesta luz, refugiándonos en la seguridad y la paz de una nueva edad de las tinieblas (3)

Esa funesta luz que devela nuestra frágil posición en el mundo y que por lo tanto nos enloquecerá y nos hará huir a la paz de las tinieblas, se relaciona con la propuesta de Haraway: una respuesta contraria a la desesperanza y a su opuesto la falsa esperanza, sentimientos por los que optamos frente a los devastadores escenarios con los que nos encontramos en las eras Antropocénica y Capitalocénica. Aquello a lo que ella nos llama en el Chthuluceno es a abrir ojos y oídos frente a estas terribles perspectivas y mantenernos firmes pensando en el problema, no derrotándonos frente a él, no ignorándolo, no esperanzándonos con milagros que no sucederán, sino estableciendo, o como ella misma dice, generando nuevos lazos con todas las especies que conformamos la vida de Gaia. Tal vez, mejor dicho, re-generando los lazos de interdependencia que hemos perdido con el tiempo y que se encontraban ahí incluso antes del tiempo. Para ella, no todo está perdido mientras sigamos dándole vueltas al problema entendiendo que la vida es simpoiética, nosotras somos simpoiéticas, es necesario volver a abrir esos canales que nos enlazan con otras especies para poder subsistir y dejar de entorpecer la prosperidad de la red de interdependencia que es la vida: “Nadie vive en todas partes, todo el mundo vive en algún lugar. Nada está conectado a todo, todo está conectado a algo.” (61)

Entender así la vida, ahora, como un proceso auto/endo/simpoiético, fuera de todo gobierno exterior, entender que la vida sigue procesos completamente anárquicos y emocionales, me permite pensar la interdependencia en los procesos de EPP como un discurrir autónomo, pero no individualizado o independiente, no cerrado sino abierto, que fluye en y con la vida toda, fuera de toda ley y orden, pero en un equilibrio armónico.

5.6. DE EFECTOS, AFECTOS, DESEOS, EMOCIÓN... VIDA

*En cuanto al afecto, no se le debe confundir
con la afición, el cariño o la ternura [...] no se trata aquí de una emoción psicológica,
sino de una emoción vital [...] el sentido del verbo afectar:
tocar, perturbar, sacudir, alcanzar...*

SUELY ROLNIK

Esto a lo que Haraway nos llama proponiendo este cambio radical de paradigma converge con lo que Maturana expone como la *biología del amor* y que se desprende de su descubrimiento de la autopoiesis, porque al parecer, este proceso se concreta principalmente en las emociones. Esto es, si se suele decir que el ser humano es un animal racional, él dice, no, primeramente y como todo ser vivo somos emocionales, las acciones que emprendemos con el cuerpo – porque sólo desde el cuerpo y gracias al cuerpo podemos llevar a cabo cualquier acción – son impulsadas por la emoción. Incluso el quehacer científico – y por lo tanto racional – es impulsado por una emoción primera frente a un fenómeno que se nos presenta y que despierta en nosotras el deseo de explorar con mayor profundidad sus características y devenires. Ahora bien, cuando se nos propone una biología del amor, no parece que se esté hablando del amor en un sentido romantizado y poético – aunque a estas alturas pienso que el surgimiento y evolución interdependientes de la vida desde hace millones de años, es una poesía –, se parece más a la objeción que muestra Kropotkin al aclarar que el apoyo mutuo no se basa tanto en el amor y la simpatía sino en un instinto de sociabilidad que es lo que permite la sobrevivencia. Este naturalista ruso nos da un ejemplo de este instinto: si una persona mira que una casa se está incendiando, aunque no conozca a sus habitantes y por lo tanto no tenga un lazo afectivo con ellos, intentará salvarles aun arriesgando su propia vida, en una forma instintiva de conservación de la especie. No se trata de negar a la razón sino de comprender que su accionar

surge de la emoción. Lovelock narra cómo a Margulis la enfadaba que la hipótesis de Gaia hubiese sido ocupada por movimientos *New Age* que le restaban credibilidad frente al dato científico que ellas buscaban argumentar, pero lo que sí admitía y que se puede observar claramente en cualquier video en el que aparezca mostrando sus descubrimientos, es que su ruta científica surgió de la emoción, del interés, de la afectación y el afecto que se producen en la observación minuciosa del mundo y la vida. Colocar a la emoción como prefigurativa de la razón es poner de cabeza una de esas separaciones modernas que fundamentan las acciones del poder dentro de *Esa Cosa Escandalosa*. La razón, expresada en el lenguaje – como dice Maturana – científicista, elabora un discurso que da orden y sentido a la experiencia de la vida. Compartimentamos, seccionamos, clasificamos la realidad experienciada y con eso nos sentimos satisfechas y seguras. Desde el poder se eligen esos discursos y las palabras que los componen para designar e interpretar al mundo y poder ordenar el caos, pero, como ya hemos visto en esta lacónica revisión que presento sobre el pensamiento de estas personas que se salieron de los límites del pensar científicista para encontrar y descubrir algo nuevo-nada nuevo, la vida en realidad no sigue un paso a paso verificable para nosotras. Es decir, la podemos verificar porque somos parte de ese flujo vital, del tejido de la vida como lo llama Jason Moore, la verificamos en nuestros cuerpos vivientes, emocionales, emotivos, pero al querer explicarla desde la *escandalosa* semántica, rompemos aquel fluir. Elaboramos complicadas argumentaciones buscando establecer leyes que nos aseguren una verdad, única e irrefutable, pero el suceso de la vida es un fenómeno que se hace a sí mismo, que no sigue un paso a paso que nos otorgue alivio alguno, la vida no sigue ninguna ley, es caótica, es anárquica

Con esta nueva concepción, cambia la visión general del universo. La idea de que una fuerza gobernaba el mundo, de una ley preestablecida, de una armonía preconcebida, desaparece y deja paso a la armonía que vislumbró Fourier: la que resulta de los movimientos incoherentes y desordenados de innumerables

agrupaciones de materia, cada una siguiendo su propio curso y manteniéndose todas en equilibrio mutuo (Kropotkin en Rodríguez; 2004: 35)

He de confesar que es para mí un verdadero alivio esta perspectiva de la armonía del caos porque en eso me he manejado toda mi vida no sin la consecuente angustia que trae el desbarajuste del desorden material y mental y que, sin embargo, armoniza con el fluir de la vida. Son las leyes impuestas por *Esa Cosa Escandalosa* en su orden patriarcal, primeramente, capitalista y colonial como complementos muy fuertes de su acción, con las que la vida simpoiética se enfrenta. Las leyes resultan en un artificio que regulan heteronómicamente las relaciones sociales y con la naturaleza. Puede sonarnos que esta regulación es necesaria, indispensable para el buen funcionamiento de las sociedades y que sin esta regulación exterior a nosotras todo sería un caos, pero, para ser sinceras, no hemos dejado de vivir en el caos, o más bien, vivimos en un tipo de caos que ha sido articulado desde las diversas escalas del poder y que nos mantiene en un constante malestar.

Si me remito al trabajo de Almudena Hernando (2018) que ya he citado anteriormente, encuentro que es en la jerarquización de la razón como categoría de Verdad y la negación de la emoción, donde el orden patriarcal ha encontrado su mejor escaño:

[...] las emociones constituyen el componente de *desorden* que se produce en la interacción social, y los modelos dominantes en las ciencias sociales y en las humanidades han contemplado paradigmáticamente sólo los elementos ordenados y previsibles, siguiendo el modelo de las máquinas

[...] la emoción quedó definitivamente *negada* como componente determinante del comportamiento humano *ideal*, que debía basarse sólo en la razón en tanto que garante del orden, la emancipación y el *progreso* [...] la puesta en práctica de ese

proyecto ilustrado no ha conducido a la sociedad a la liberación y la emancipación que pretendía, sino a un creciente malestar personal y a una cosificación muy destructiva del mundo (humano y no humano) (23, 24)

Esta ficticia escisión entre razón y emoción coincide con otras escisiones de las que el poder se vale para autorregenerarse constantemente – sí, parece que *Esa Cosa Escandalosa* también es autopoietica – en las que la parte de la dupla jerarquizada como superior se relaciona con las otras, lo mismo que las partes consideradas inferiores. Así como la razón se disocia y se coloca por encima de la emoción, así el varón con la mujer, la cultura – civilización – con la naturaleza, la mente – alma – con el cuerpo, el objeto de estudio con el sujeto que estudia – y el que se estudia. Estas escisiones y la imposición de una jerarquía disociativa revinculada de manera *escandalosamente* ficticia, nos producen un malestar que no sabemos de dónde proviene ni cómo se genera, pero que está ahí agazapado en el discurrir de la vida manifiesta en nuestros cuerpos vivientes. Y no es solamente la negación o invalidación de la dimensión emocional, *Esa Cosa Escandalosa* hace un uso perverso de nuestras emociones porque son el mejor canal de manipulación y control para poder aprovechar nuestra energía vital en beneficio propio. Al respecto, la distinción que hace Kropotkin entre el amor y el instinto de sociabilidad, parece que tiene que ver con evitar precisamente relacionar este instinto propio de la vida con la imposición de formas sentimentales y morales que se construyen a partir de los discursos del poder. Pero en realidad lo que se advierte en todo este entendimiento de la vida es que el apoyo mutuo, la endosimbiosis, la autopoiesis y todos estos descubrimientos sobre el inicio de la formación de la vida, demuestran que la vida surge desde una forma de emoción que podemos relacionar con el amor más allá de cómo nos han enseñado a concebirlo. Suena disparatado pensar que las cianobacterias empezaron su actuar por alguna forma de emocionalidad afectiva como la entenderíamos actualmente, o que Gaia es una suerte de madre amorosa que nutre nuestras diversas existencias vitales – Margulis me reclamaría esta idea –, o que el Chthuluceno nos

invite a emparentarnos como una forma de enlazamiento afectivo – en el sentido de afecto – interespecies, pero al pensar en que *Esa Cosa Escandalosa* desde sus inicios patriarcales ha sometido las emociones negando su capacidad de entendimiento de la vida, no me queda más que intuir e imaginar la posibilidad de que es en esta solidaridad traducida en afecto, amor, deseo, donde el impulso de la existencia vital puede prosperar.

Suely Rolnik (2019) dice que:

En nuestra condición de vivientes somos constituidos por los efectos de las fuerzas del flujo vital y sus relaciones diversas y mutables que agitan las formas de un mundo. Tales fuerzas alcanzan simultáneamente a todos los cuerpos que lo componen – humanos y no humanos –, haciendo de ellos un solo cuerpo, en variación continua, téngase o no conciencia de esto. Podemos designar esos efectos como “afectos”. Se trata de una experiencia extrapersonal, pues aquí no hay contorno personal, ya que somos los efectos cambiantes de las fuerzas de la biósfera, que componen y recomponen nuestros cuerpos y sus contornos; extrasensorial, pues se da por la vía del afecto, distinto de la percepción, propia de lo sensible; y extrasentimental, pues se da por la vía de la “emoción vital”, distinta de la emoción psicológica que llamamos “sentimiento”. El modo de desciframiento propio del poder de evaluación de los afectos es extracognitivo. Podríamos llamarlos “intuición” [...] propongo sustituirla por “saber-del-cuerpo” o “saber-de-lo-vivo”; un “saber etológico” (100)

Ya hemos hablado de los saberes del cuerpo que propone Rolnik. Estos saberes tienen que ver con la homeostasis³⁶ como propiedad coligativa³⁷ de los organismos vivos, se transmiten filogenéticamente y se refuerzan ontogenéticamente, pero es una continuidad de lo que la vida ha experimentado en millones de años y que permanece como una impronta transgeneracional en nuestros cuerpos. Nuestros cuerpos guardan la sabiduría de la vida acumulada y continuada durante millones de años, eso es lo que explica la homeostasis. Y lo que explica Rolnik, que se acerca bastante a las ideas anarquistas de Kropotkin y que se pueden fundamentar a partir de los descubrimientos de Gaia, la endosimbiosis, la autopoiesis y la simpoiesis, es que en el cuerpo se perciben los efectos de las fuerzas de la biósfera – o de Gaia como la entiendo ahora –, que esos efectos nos afectan, nos perturban, nos tocan, la biósfera es como un cuerpo viviente con una fuerza afectiva que se va generando homeostáticamente y que se reconoce aquí como saberes del cuerpo, por lo tanto, es a partir de estos saberes que todo lo vivo que conformamos Gaia, cuenta con una brújula ética básica y primordial más en relación con lo instintivo vital que con lo racional. La autora nos pide distinguir entre esta brújula ética y la brújula moral con que nos movemos las vivientes humanas, porque esta última tiene como *Norte* determinados valores, imágenes y palabras que nos permiten situarnos en la sociedad. “Es importante no como referencia absoluta universal, sino como algo que se va a transfigurar cuando nos dejemos orientar por la brújula ética” (Rolnik; 2018: 112-113). Por su parte la brújula ética tiene un *Sur* totalmente distinto que surge cuando re-conocemos los saberes del cuerpo re-conectando con nuestra condición de vivientes más allá de imágenes, palabras y todo aquello que caracteriza al

³⁶ De acuerdo con el diccionario *Oxford Lenguajes*, la homeostasis es “el conjunto de fenómenos de autorregulación, conducentes al mantenimiento de una relativa constancia en la composición y las propiedades del medio interno de un organismo”

³⁷ De acuerdo con Wikipedia, el término coligativo “proviene de la palabra latina *colligatus*, que significa ‘unidos’ y hace referencia a la unión o relación existente entre las propiedades de un disolvente y la concentración de soluto en una solución”

Norte Moral. La capacidad singular autonómica es fundamental para abrir la escucha a nuestros cuerpos frente a la heteronomía, sobre todo imbuidas como estamos en *Esa Cosa Escandalosa Cafisheística*, porque es necesario “transfigurar las normas sociales y transvalorar sus valores cada vez que la vida nos indica que no se puede seguir así, porque la sofoca. Y esto va desde la cosa más macropolítica hasta nuestra sexualidad” (113)

Pues bien, la pregunta por la vida, su comprensión, ha sido parte de la reflexión humana probablemente desde nuestro surgimiento como *Homo sapiens-sapiens* hace unos 100 mil años, tal vez incluso antes, desde nuestros antecesores homínidos si podemos imaginar que el manejo del fuego cuyo inicio se ha determinado desde la existencia del *Australopithecus*, habría llevado a una sociabilidad simbólica alrededor del calor. Formas de comunicación y lenguaje que podemos encontrar en diferentes especies animales y vegetales pero que entre los vivientes humanos son también una forma de compartición de lo íntimo singular. El lenguaje humano parece ser un intento, a veces, muchas veces, fallido, que al final nos ha servido para conectarnos, para vincularnos dentro de esta caótica creación de la vida. Es un esfuerzo de interconexión que probablemente en sus inicios sería sencillo y nos permitiría satisfacer ciertos deseos y necesidades básicas, buscaríamos sonidos esenciales para satisfacer lo esencial, por ejemplo, si había un peligro, avisar a las demás, o si requeríamos alimentarnos, solicitar los alimentos o acordar cómo organizarnos para encontrarlos. Pero también usamos esa creación de sonidos, ese sistema de símbolos, para expresar y comunicar lo intangible, lo abstracto, eso que experimentamos en esto que en este momento llamaré: nuestro interior más íntimo y singular. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de amor, de frustración, de entendimiento? Cuando yo le digo a María y a Diego que les amo, ejecuto un sonido dentro de este sistema de símbolos que ellas perciben con su escucha, una escucha por supuesto, localizada en el cuerpo, en el oído. Ese sonido viaja por el tímpano y llega al cerebro que lo interpreta dependiendo de lo que ahí se hubiera instalado ya como herramientas de interpretación que les permiten entender y significar

la frase *Te amo* a partir de sus propias experiencias de lo que para ellas es el amor, de lo que han experimentado como amor. Ahora bien, para mí es un hecho evidente que lo que yo siento por ellas es mucho más que eso que apenas puedo decir, en realidad lo que siento es inefable, no hay palabras que lo alcancen, pero esas palabras son la herramienta que tengo, junto con mi cuerpo que les estrecha, para lograr una comunión con ellas. Entonces es necesario que exista un mínimo de experiencias compartidas, un mínimo común simbólico/interpretativo, para poder lograr el proceso comunicativo que permita el compartir y cuando esto se da la socialización humana se convierte en cultura, en creación, en técnica. Los seres humanos vivimos para ello. Desarrollamos primero una consciencia de sí, una autoconsciencia en relación con el espacio-tiempo sociocultural que interpretamos y hacemos propio desde nuestra singularidad, luego compartimos este proceso interior que realizamos desde la intimidad con quienes nos rodean llevando a cabo el acto comunicativo-significativo. Bueno, creo que he equivocado esta descripción del proceso porque en realidad la comunicación no inicia con el sujeto emisor, no inicia con quien habla, diría que es con el sujeto receptor, el que escucha, con quien se inicia la comunicación. Todo acto comunicativo/significativo inicia con la escucha, esto lo podemos verificar porque al nacer, desprovistas de todo lenguaje y significación, lo primero que hacemos es escuchar la voz de nuestra madre para después empezar a significarla, más adelante logramos descodificar los códigos lingüísticos de la cultura a la que pertenecemos y empezamos a hablar – sin parar, por cierto, sólo hay que convivir unos minutos con una niña de dos años para darnos cuenta de lo sensacional que nos resulta a las humanas articular palabras –, pero lograrlo sería imposible si no consiguiéramos escuchar en primer lugar, aunque el acto comunicativo lo realizamos aun sin decir palabras, cuando nuestra madre empieza a descifrar nuestros gestos y a distinguir nuestros llantos en lo que popularmente se conoce como “lenguaje madre-hija”. En su libro *Aprender a escuchar*, Carlos Lenkersdorf (2008) menciona que, a diferencia de las lenguas occidentales que se expresan y se comprenden como *el habla*, para los tojolabales – la etnia

mayística habitante ancestral del sureste mexicano al que dedicó buena parte de su vida y sus estudios –, la lengua es al mismo tiempo y en total equivalencia *el habla y la escucha*.

Surge, sin embargo, un problema que se inicia desde el término de lengua. Es el órgano con el cual articulamos las palabras, por supuesto las habladas. De ahí que el estudio de la lengua es la investigación de las lenguas habladas. La lingüística las estudia. Por eso, ya es el término que determina la concepción del fenómeno de la lengua. Esta noción tiene una larga historia en Occidente. Tanto en el griego antiguo como en latín, la lengua es el órgano lengua, en griego *glossa* y en latín *lingua*. Es decir, lengua es lo que se produce al hablar. El escuchar ni se menciona (...)

Los tojolabales tienen, pues, una concepción particular de las lenguas porque las entienden compuestas de dos elementos, el escuchar y el hablar. Son de igual importancia los dos. Si no se habla, no se escucha ninguna palabra, y si no se escucha se habla al aire. Por eso, ya desde los términos del tojolabal, las lenguas son diádicas, por no decir, dialógicas. Fijémonos en el ejemplo siguiente. En lugar de decir *yo te dije*, dicen, *yo dije, tú escuchaste* (Lenkersdorf; 2008: 12, 13)

La comunicación es la acción de poner-en-común aquello que nos emociona través del lenguaje que nos permite relacionarnos y *con-vivir*, no sólo entre humanas, sino entre todas las unidades materiales que manifiestan en sí mismas a la vida toda. *Con-versamos* gracias a un mínimo *con-sensual* semántico y simbólico que nos permite expresar-nos, intercambiar nuestras experiencias e interpretar-nos. Dice Maturana que

[...] son los humanos los primeros y únicos animales que tienen la peculiaridad de vivir, en un fluir constante e ininterrumpido, una doble dimensión simultánea de experiencia. La primera es la “experiencia inmediata” (las emociones), que nos

ocurre a todos los animales y según la cual “algo simplemente nos pasa”; la segunda, que nos ocurre sólo al primate humano, es la “explicación”, que tiene lugar en el lenguaje; sólo en el lenguaje, por ejemplo, se admiten categorías como lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, que permite a la vez comprender “ese algo que pasa” (Maturana en De la Fuente; 1997: s/p)

Pero qué pasa en un contexto como el nuestro en que estamos llenas de *escandaloso* ruido, del ruido ocasionado por el bombardeo de información que no nos permite escucharnos entre nosotras ni a nosotras mismas, mucho menos escuchamos a la vida que nos rodea y con la que, si seguimos la propuesta chthulucénica de Haraway, deberíamos re-accionar las codificaciones adecuadas para lograr una comunicación interespecies, ¿cómo escuchar a la vida cuando vivimos rodeadas del *escandaloso* ruido hipermediático? Abrir la escucha es la forma de reinsertarnos en las tramas del tejido de la vida, abrir la escucha es también una acción política de resistencia y lo primero a lo que necesitamos abrirnos es a la escucha del cuerpo y la sabiduría milenaria que contiene en cada una de las células que lo componen y que son las que lo hacen vibrar, emocionar, desear. Y si considero, como de hecho lo hago, que nuestros procesos de embarazo, parto y puerperio nos colocan, o re-colocan, en el flujo vital, entonces abrir la escucha a los saberes de nuestros cuerpos descolonizando nuestro deseo, es una cuestión fundamental. Y justamente ahora quiero presentar el resultado de la escucha abierta a las vivencias de algunas mujeres que han decidido vivir sus procesos de EPP en conexión con el flujo vital, de forma autopoietica/simpoiética, en profunda ayuda mutua y abriendo la escucha a los saberes de sus cuerpos, re-generando los lazos gaiáticos en el Chtuluceno.

CAPÍTULO 6. EN BUSCA DE LA AUTONOMÍA

SIEMPRE EN INTERDEPENDENCIA

*La reproducción de los seres vivos
y las interrelaciones que establecen
tienen, pues, un sentido,
el sentido de la conservación y de la autorregulación;
y eso es lo que llamamos,
pendientes de la revolución semántica,
la 'sabiduría' de lo vivo.*

CASILDA RODRIGÁÑEZ

¿De dónde provienen nuestras decisiones? Proviene del deseo. Ya he hablado anteriormente del deseo cuando someramente expliqué la ataraxia y la cuestión de que no todo lo que deseamos es justamente lo que necesitamos, ni todo lo que necesitamos es precisamente lo que deseamos. Es en esta relación entre necesidad y deseo en donde, veo, se encuentra soslayada nuestra capacidad de decidir. En la presentación de *El asalto al Hades* (2004), Casilda Rodrigañez se vale de Edipo, el personaje de la mitología griega que mató a su padre y se casó con su madre, para explicarnos cómo el discurso en las narrativas mitológicas patriarcales se ha encargado de suprimir nuestros deseos innatos, constitutivos de nuestro *ser-parte* del flujo vital, para hacerse cargo de ellos y manejarlos a placer. Cuando Edipo se da cuenta de que mató a su padre y se acostó con su madre, la culpa lo llevó a arrancarse los ojos, pero lo que Rodrigañez nos dice es que el sentimiento no debió ser la culpa, la culpa por el deseo que sintió hacia su madre, sino la indignación de haber sido abandonado:

En el Edipo mitológico no hay pulsión incestuosa, eso está claro; pero sí hay el desgarramiento de la criatura abandonada por su madre; sí hay la madre que se desnaturaliza como madre para ser mujer del padre; sí hay que la mujer es esposa

del hombre; sí hay la pareja adulta que se cierne como Poder omnímodo sobre la criatura humana (15)

La autoridad del padre, la Ley del Padre como la llama Maria Mies, se cierne sobre las criaturas recién nacidas que se encuentran sólo en el ámbito de lo instintivo, de aquello que han heredado filogenéticamente y que se traduce en solidaridad, apoyo mutuo, y sí, afecto, amor, deseo.

Nacemos deseando amar y ser amadas, pero los discursos patriarcales nos convencen de que nuestros deseos son perversos, de que somos culpables por sentir deseo y lo que sucede con esto es lo que esta autora llama: una devastación, convierten ese deseo, en miedo a carecer, por eso necesitamos o deseamos poseer, para no carecer de eso de lo que fuimos devastadoramente desposeídas desde que nacimos³⁸. Esto se relaciona con lo que dice Rolnik (2018) cuando nos llama a descolonizar el deseo como una forma micropolítica de insurrección.

Dentro del feminismo se han hecho fuertes cuestionamientos sobre lo que se ha dado en llamar el *instinto maternal*, lo que tiene todo el sentido para esta enorme lucha por liberarnos de los amarres patriarcales, de los *cautiverios* – como los llamaría Marcela Lagarde (2001) –, a los que se nos ha sometido para satisfacción del Hombre desde hace ya varios miles de años. Lydia Zárate (2015) nos explica que esta idea se creó hace un poco más de dos siglos, pero que desde la academia se ha desechado hace tiempo porque implica soterrar la capacidad de decisión y la voluntad de las mujeres sobre ser o no madres desde un discurso biologicista que

³⁸ Ya he comentado anteriormente que en algún momento de la vida me acerqué al budismo Zen y a las cuatro nobles verdades de Buda. Siempre me he sentido en tensión con el asunto del deseo, entre esta doctrina filosófica que en su momento me revitalizó, y el feminismo con la reivindicación del deseo frente al estoicismo católico castrante con lo que también me sentía muy de acuerdo. En este momento estoy entendiendo que esa supresión del deseo de la que habla Buda se dirige a ese deseo resignificado por *Esa Cosa Escandalosa* en sus inicios patriarcales hace miles de años y que se ha traducido en lo que Rodríguez llama *devastación*.

resulta, a todas luces, insostenible. De la mano de la filósofa feminista Élisabeth Badinter, Zárata explica cómo desde las estructuras religiosas patriarcales previas a la *escandalosa* modernidad, se instaba a repudiar el amor materno y a establecer familias duras, frías y rígidas con los niños y niñas, a quienes san Agustín, entre muchos otros de la época, concebía como pequeñas fuerzas del mal, idea que perduró por muchos años. Una posible explicación demográfica de esto es que en el medioevo europeo la insanidad general de los pueblos y ciudades hacía que los infantes murieran con gran facilidad por lo que se instaba a no encariñarse mucho con las criaturas. Podemos ahora detectar que las relaciones filiales – como todas las relaciones sociales – van cambiando en el tiempo y los espacios de acuerdo a las estructuras sociales, políticas y económicas de las que se sostienen.

A partir de 1760, sin embargo, dio un vuelco decisivo: las autoridades se percataron de la importancia que tenía en el ámbito económico la densidad poblacional y comprendieron que el ser humano era un artículo precioso para el Estado, no sólo porque producía riquezas, sino también porque garantizaba su poder militar. En ese momento comenzó a considerarse que toda pérdida humana era una carencia para el Estado. (Zárata; 2015: s/p)

El ser humano visto ahora como terreno del cual extraer riquezas, llevó a grandes pensadores como Montesquieu, Diderot, Voltaire o Rousseau, a examinar las formas menos costosas para el Estado con las que se lograría densificar a la población. Los discursos se dirigieron a las mujeres creando en ellas la obligación de, ante todo, ser madres, de ahí el discurso biologicista del instinto materno que, además, prometía una imagen respetable de las mujeres en ese rol y una forma de trascendencia social que hasta ese momento la maternidad no les otorgaba. Esta lacónica historia nos permite además entender la satanización de las prácticas abortivas – que durante siglos fueron parte del repertorio de conocimientos médicos que se encontraban en

manos de las mujeres – como un proceso de investidura moral sobre algo que, en realidad, es una de las bases primordiales de la acumulación de capital: la reproducción que llevamos a cabo las mujeres como producción de mano de obra gratuita para el capital³⁹. En una entrevista realizada por Candelaria Botto (2019) a Esther Vivas, la primera lanza la pregunta acerca de si habría una disputa a dar dentro del feminismo desde las maternidades, a lo que ella responde aclarando en primer lugar “que la maternidad patriarcal no nos representa”, y continúa:

Es una maternidad que está en contra del derecho a decidir de la mujer, que considera la crianza una responsabilidad exclusivamente femenina. Es una maternidad individual que la supedita al mundo privado, al hogar. Es un modelo de maternidad que hay que erradicar. Por contra, hay que reivindicar una maternidad en clave de derechos, en clave feminista. Tenemos que mirar a la maternidad con menos prejuicios. La maternidad real es otra cosa. No se puede rechazarla ni ignorarla, pues es una experiencia central para muchas mujeres, y que es vivida en positivo, en la gran mayoría de los casos, cuando es una opción deseada. La maternidad es un campo en disputa con el patriarcado y el capitalismo (Vivas en Botto; 2019)

Si seguimos lo que nos dice esta autora, nos encontramos en la posición de reivindicar esta consigna feminista. Es decir, las luchas feministas han ido reconfigurándose conforme van conquistando diversos espacios siempre avasallados por *Esa Cosa Escandalosa*, porque nos hemos ido dando cuenta de algunas cosas, la primera y más importante, creo yo, es que si en un primer momento luchamos porque queríamos ser iguales a los hombres, poco a poco y a través

³⁹ En 2021, en México, el valor económico de las labores domésticas y de cuidado que realiza la población de 12 años y más reportó un monto de 6.2 billones de pesos, lo que representa el 26.3% del Producto Interno Bruto (PIB) nacional. (INEGI; 2022)

de estudios profundos realizados por diversas mujeres a lo largo y ancho del mundo y durante mucho tiempo, fuimos entendiendo que en realidad no, no queremos reproducir las mismas estructuras patriarcales, capitalistas y coloniales cambiando únicamente del sujeto masculino al femenino, por el contrario, lo que se encuentra en el trasfondo de esta lucha renovada, es un deseo de cambiarlo todo, de tirar aquellas estructuras que buen daño nos han hecho tanto a la sociedad completa – que incluye hombres, mujeres y cualquier otro *nobinarismo* posible – como a la vida en su totalidad. En este sentido, si bien hemos colocado a la maternidad en una posición abyecta relacionándola de fijo con aquella imposición contra la que tenemos que luchar, estamos ahora en un buen momento para revalorar, es decir, para darle su justo valor, concebir la maternidad más allá de cómo nos la presenta y nos la impone *Esa Cosa Escandalosa*, hacia aquello a lo que tendemos los seres vitales, parte del flujo gaiático de continuar la vida en la tierra y comprender que el que sea cooptada por esta *escandalosa* estructura, no significa que haya que negarla, sino por el contrario, hay que resignificarla y por supuesto, reestructurarla para poder vivirla desde otro sitio, desde su sitio original en la magia que es el poder de dar vida.

Tras toda esta reflexión sobre la creación de la vida, me pregunto si verdaderamente ese instinto, que perfectamente podemos traducir en deseo, es un constructo social o efectivamente está ahí, devastado, obstruido, *cafisheado*, *escandalosamente* procesado por el poder patriarcal, capitalista y colonial, y es más bien que lo que tenemos que hacer es sub-vertir ese orden para poder dar paso a la sabiduría de nuestros cuerpos maternantes. Es decir, ya hemos conquistado bastante territorio sobre la decisión acerca nuestras maternidades y no daremos un paso atrás, no intento retomar el argumento biologicista al que nos somete *Esa Cosa Escandalosa*, sino realizar una crítica profunda a su mediación impuesta, romper con ella y re-componer esos lazos vitales que nos conforman y que nos pueden conducir hacia el deseo de convertirnos en madres o hacia el deseo de no hacerlo jamás, cualquiera sea la decisión, que se elabore desde una

consciencia profunda es lo fundamental. En ese sentido presento ahora a las mujeres a quienes he entrevistado que de algún modo decidieron que vivirían sus procesos de una manera distinta a la impuesta por el orden patriarcal, capitalista y colonial, que en un momento dado desearon convertirse en madres, pero que decidieron no dejar sus procesos en manos ajenas, sino que confiaron en los saberes de sus cuerpos para llevarlos a cabo, conscientes o no de ello, desde el flujo vital del que somos parte y acompañadas por otras mujeres que sostienen aún esta sabiduría.

6.1. NUESTROS EMBARAZOS O DEL “DESEO” DE CONVERTIRNOS EN MADRES

Lucía pensó por mucho tiempo que nunca tendría hijos. No es que se negara, simplemente no sentía el deseo y tampoco era algo que habitara en su imaginación:

La primera vez que sentí ese deseo fue con una pareja en Bolivia, pero fue algo super irracional, como una cosa muy animalesca, sentí mucho, mucho esa idea de pensar en la posibilidad... ¡pero, era la pareja menos indicada!, o sea, no había futuro. Aunque en realidad el empezar a percibir la maternidad como una posibilidad para mí bella y gozosa, fue más adelante, ya aquí en México con una pareja que tenía un hijo, Darío, que tendría en ese momento unos tres años. Me tocó acompañar su crianza y lo recuerdo como una experiencia muy bella que me hizo saborear la posibilidad, incluso hizo que se instalara en mí el deseo, porque cuando me separé de esa pareja pues creo que lo que más me dolió fue ese vacío muy grande que Darío dejó en mí. Luego fue que me encontré con el Pau y sentí que con él se podía dar, en el sentido de estar en una relación profunda con alguien, pero yo ya estaba en ese lugar de desear convertirme en madre, mientras que Pau, pues no. Tuve que plantear ese deseo en él. De pronto se volvió una

tensión profunda en la pareja, él me dijo como “no te quiero forzar” y pues decidió irse para pensar... para nada una separación jaloneada, sino como para ubicar lo que deseábamos, más bien fue un camino profundo que respondía a un proceso muy hondo en los dos. Ya después de un tiempo regresó para decirme que sí y ahí ya yo me instalé en ese lugar. Y la verdad que fue tan mágico todo... yo sentí a Miztli desde mucho antes de que viniera al mundo, como año y medio antes de concebirla ya tenía un nombre... yo soñaba mucho con felinos, con pumas, como que yo estaba en un cañón caminando hacia la oscuridad y había dos pumas que me observaban desde arriba. Yo sabía que tenía que llegar ahí donde estaban los pumas, como que ahí estaba la luz, pero pensaba “cómo chingaos llego ahí, necesito unas alas”, porque lo otro era caminar hacia la oscuridad. En algún momento asocié ese sueño con mi decisión de ser madre, para mí era una señal, como me está llamando mi hija y hacia ahí es donde está la luz. Luego un día, en el museo del Templo Mayor, tuve una conexión brutal porque vi una cerámica de un puma y lo relacioné de inmediato con mi hija, y ahí decía: “Miztli”, que significa “puma” en náhuatl, ahí supe cómo se llamaría... eso, sí, mucho deseo...

Xiomara, por su parte, parecía tener muy claro que nunca sería mamá, hasta que le llegó el deseo profundo a su corazón:

Yo me acuerdo de mi infancia y que me encantaba jugar con mis muñecas a ser la mamá y todo este rollo de la primera socialización en los roles de género que ya sabemos, pero en verdad me encantaba, me llenaba de ternura por mis muñecas. Ahora sé, que cuando los niños y niñas juegan con sus muñecos, aunque en realidad el juguete es sólo un objeto que imaginamos que es un bebé, al cargarlo,

estás en tu propia respiración, en tu propio abrazo, muy dentro, creo que por eso lo disfrutaba tanto. Luego en la universidad, yo estudié en la Universidad Autónoma de Morelos, el asunto era bien grillero, y psicología social era... uff... las protestas, las marchas, tomamos el territorio. Entonces, claro, mi corazón de lucha era “yo voy a poner todo el cuerpo, entonces no me puedo permitir ser madre”. Dimensionaba la vida desde otro sentido, creo, era otro grado de madurez y en ese momento yo me sentía avasallante, queriendo cambiar el mundo. Y luego llega una gran etapa, mi encuentro con el feminismo, el entendimiento de la imposición de la maternidad desde el poder patriarcal y ahí pensé, “no, no quiero ser madre”, quizá lo que me faltó incluir en esa declaración era “ahora”, es decir: “Ahora, no quiero ser madre”. Bueno, yo me casé con la consigna de “yo no voy a tener hijos, te aviso, es una decisión muy real, así que, si tú sí quieres, pues tendrás que encontrar la compañera adecuada”, y pues en ese momento él estuvo muy de acuerdo. Pero de verdad es que pasó algo muy espiritual, un llamado profundo que surgió así nada más, de pronto, dentro de mí. No fue algo paulatino, progresivo, como que surgiera de alguna conversación o algún evento en particular, simplemente nació una intención muy poderosa dentro de mí que me hizo sentir el deseo de ser mamá, así, determinante. Y así como lo pensé, así como lo sentí, se lo comuniqué a mi pareja, él me confesó que él sí deseaba ser padre, ¿no?, y que yo dijera que ya estaba dispuesta, pues lo alegró bastante. Yo lo sentí muy fuerte y entonces decidí desintoxicar mi organismo y me di un tiempo de preparación, porque tampoco era como si dices: “voy a viajar” y en ese momento te compras el boleto, ¿verdad? Fue una preparación espiritual, de mi cuerpo y de mi mente. Y finalmente, recuerdo que fuimos a Atlixco a un espectáculo de luciérnagas y ya cuando anocheció y nos

fuimos a la habitación, todo el lugar lleno de esas hermosas luces de las luciérnagas, escribimos una carta que decía: “puedes llegar cuando quieras, estamos aquí esperándote, estamos listos”, era una magia, un esplendor fantástico, que yo tenía clarísimo que esa era la noche. Fue súper lindo el llamado a Nicolás que le dije: “puedes llegar, yo gozosa de que puedas venir aquí con nosotros”.

Raquel, en cambio, tuvo que trabajar un poco más su deseo de ser madre una vez que su pequeña ya se encontraba habitando su cuerpo:

¡Híjole! Creo que yo no lo decidí, sino que me cayó de chingadazo⁴⁰. Tenía claro en mi vida que no quería ser mamá. Me daba terror después de las experiencias que viví junto con mis hermanas, mis cuñadas, me tocó ver ese paso de los procesos como más naturales, a la clinalización y las cesáreas... Y yo conviví muy de cerca con mis sobrinos, me parecía suficiente amor. Entonces ese contexto, pero además lo que viví en las clínicas en donde hice mis prácticas profesionales, lo que ya conté antes sobre las mujeres embarazadas con preclamsia en un hospital de salud pública... de terror. Pero creo que un momento en el que me reconcilié un poco con la experiencia fue cuando me tocó acompañar a una amiga en su parto. Fue un proceso bien complicado, pero recuerdo verla dos minutos después, ya era otra, o sea, el semblante había cambiado, su color de piel... no sé... estaba hermosa. Eso me impactó. Ahí pensé la posibilidad, aunque aún mucho en el “pero de preferencia, no”. Bueno, luego en 2011 me embaracé por primera vez, pero yo sabía que no quería tener hijos y ese

⁴⁰ Generalmente, se usa la palabra *chingadazo* para referirse a un golpe muy duro: *le puso un buen chingadazo*. En este contexto se refiere a que le cayó de sorpresa. También se puede decir: *de sopetón*

era el peor momento, ¡porque estaba en el mejor momento! Buen trabajo, buena relación, no sé, para nada quería eso. Pero la pareja con la estaba sí lo quería y aunque me dijo que respetaría lo que yo decidiera, él sí quería ser papá y eso tendríamos que hablarlo más adelante. No sentí culpa por ese aborto, más bien me sentí aliviada, pero eso empezó a tensar la relación. Yo estaba en el doctorado y pensaba que era mejor, en todo caso, esperar a terminarlo, pero él me convenció de que era el mejor momento porque no tenía horarios estrechos y me podría hacer cargo de la criatura mientras estudiaba. Yo dije: “bueno, va”, pero la verdad que fue un “va” como de eventualmente, no justo ahora, pero ya me estoy abriendo al “puede ser en algún momento”. Una noche, me hizo trampa y eyaculó dentro de mí. Yo la verdad no quería volver a vivir una AMEU⁴¹ aunque tampoco quería ser madre, estaba como en esa paradoja. En fin, unas semanas después me hice la prueba y salió positiva. Yo le dije todavía que lo pensaría, que me diera tiempo de asimilar y la verdad que me tardé todavía un buen tiempo, reconciliándome con las imágenes que yo tenía instaladas, aceptando y permitiéndole a Ana María crecer de mi cuerpo, de mi vida...

Algunas cuestiones que podemos poner en común en estas narraciones sobre el momento en que cada de una tomó la decisión de ser madre es que, durante un buen tiempo, pensaron que nunca lo serían. No se imaginaban en esa posición. Los diversos presentes se mostraban poco confiables como para tomar una decisión así, sea por la ausencia de una pareja estable, sea por la carencia económica, sea por el momento vital que se estaba viviendo, unas en luchas, otras en buenos momentos profesionales, otras – como yo – en problemas aún para asumir responsabilidades de vida adulta, pero no se veían en esa posición. Sin embargo, a todas les llegó

⁴¹ AMEU son las siglas de un procedimiento abortivo y significa: Aspiración Manual EndoUterina

el tiempo de decir *sí, sí deseo ser mamá*, y fue a partir de que nace ese deseo como una necesidad corpórea, que tomaron la decisión de convertirse en madres. Todas con plena consciencia de que no lo hacían siguiendo un mandato patriarcal, sino desde una vibración interior, *animalesca*, diría Lucía, *espiritual*, diría Xiomara, *de chingadazo*, diría Raquel. Incluso ella, Raquel, en quien tal vez podríamos percibir una maternidad impuesta en algún nivel por la pareja que en ese momento vivía con ella, y aunque tuvo que trabajar en suprimir esos monstruos que en su sentir flotaban sobre la experiencia del embarazo, el parto y el puerperio, hubo un punto en que decidió convertirse en madre y esa decisión provino del deseo que en algún momento sintió por la pequeña que crecía en su vientre.

Dentro de mis reflexiones sobre este tema, cuando esta pregunta sobre la que ahora indago empezaba a arrastrarse por mis pensamientos, concebía yo un tipo de mujeres, que ya tenía muy clasificadas como aquellas que soñaban desde pequeñas con ser mamás siguiendo una ruta de vida ya trazada con antelación – probablemente desde que se supo que serían niñas – y que no contaban con los elementos críticos para generar una ruptura con la *escandalosa* imposición de la maternidad como destino inminente de todas las mujeres. Daba por hecho, entonces, que este tipo de mujeres tomaban esta decisión más como un paso a seguir en la vida, que como un acto realizado en plena libertad. Pero, ¿a qué me refiero con tomar una decisión en plena libertad? Como parte que somos del tejido de la vida, del flujo vital de Gaia, como seres endosimpoiéticos/autopoiéticos, la libertad plena se manifiesta en el impulso por la creación de la vida, por continuarla y sostenerla, la manera en que lo hacemos, sea desde una consciencia profunda de las *escandalosas* estructuras impuestas, sea desde una posición más acrítica, no resta deseo, ni necesidad, ni decisión. En este caso, he buscado trabajar con mujeres que de un modo u otro sí decidieron convertirse en madres por voluntad propia y este tema es importante, porque hay muchas mujeres que se ven obligadas a maternar sin verdaderamente desearlo por múltiples factores: la exigencia social es uno, el estigma sobre el aborto es otro, pero el hecho es

que hay muchas mujeres que maternan desde la desilusión de haberlo hecho fuera de sí mismas. También hay mujeres que han decidido no ser madres como un planteamiento coherente frente a la imposición patriarcal, algunas de ellas han reconocido que en algún momento de su vida pudieron haberlo deseado, otras aseguran nunca haber sentido este llamado en ellas. Es decir, hay muchos elementos externos que impulsan nuestros deseos y decisiones y mantener la escucha abierta a lo que nosotras, como cuerpos vivientes que somos, realmente deseamos, puede ser muy útil al momento de tomar cualquier decisión, lo que sí observo como una constante es que el acto de decidir lo hacemos desde la autonomía. Decía Jean-Paul Sartre que “la libertad es la posibilidad de elegir nuestras propias cadenas”, refiriéndose con esto a que, dentro de un espectro de lo posible que incluye una realidad biológica filogenética, podemos elegir seguir una u otra ruta. Así que al tomar una decisión estamos en primer lugar haciendo una elección. Seleccionamos las acciones que llevaremos a cabo, descartamos unas, aceptamos o bien asumimos otras, decidir es un proceso autónomo, es decir, lo hacemos desde nosotras mismas, desde nuestra subjetividad y la propia reflexión en una dialéctica inevitable entre esta autonomía y la heteronomía a la que también estamos sujetas y que también es parte de lo que somos. Ahora bien, el repertorio de *cadenas* sobre las cuales podemos ejercer nuestra capacidad de decidir está sujeto a los caminos en que vamos entroncando nuestras subjetivaciones. Así, las mujeres urbanas, al momento de embarazarnos, no sabemos nada, estamos sumamente desconectadas de estos procesos porque las mujeres a quienes conocemos que los han transitado lo hacen convencionalmente por la ruta de la clínica, que sostiene su poder sobre nosotras manteniéndonos en la ignorancia y, el vernos obligadas a tomar decisiones sobre nuestros cuerpos desde cualquier territorio ignoto, resulta al menos, un artificio, porque suponemos que sólo tenemos esa opción que es la que se nos presenta, la que se nos hace presente frente a

nosotras⁴². Además, la ignorancia sobre cualquier situación produce miedo y el miedo suele paralizar nuestra capacidad de tomar decisiones adecuadas porque nos mantiene en expectativa frente a algo que, por desconocido, podemos apreciar como peligroso. Por eso es sumamente importante que las mujeres contemos desde pequeñas con una educación sobre nuestros cuerpos que nos permita entenderlos, aceptarlos y escucharlos en todo momento.

Magui deseaba mucho embarazarse, pero al momento de saberse encinta, se sintió en *shock*, justamente porque estaba entrando a un proceso que le resultaba completamente desconocido:

Me había inscrito a un taller que se llamaba “Renacimiento”, en el que te ayudaban justamente a renacer, o sea, a volver a vivir tu nacimiento y descubrir tu propósito en el mundo, siento que ahí terminé de cerrar el asunto del aborto que traía colgando... la onda era acomodarlo como una experiencia de vida y de ahí para adelante, ¿no? Salí del taller llena de felicidad y mucha energía, energía como de saber que algo pasaba en mi cuerpo, que ya estaba embarazada, o sea, como sentir esa energía dentro de mí, sentir cómo me movía, ya hormonalmente estaba en otro estado. Al día siguiente me hice la prueba, pero esa noche, antes de

⁴² Indagando sobre la ignorancia y lo que se ha pensado y escrito sobre ella, encontré un concepto curioso: la *ignorancia racional*, que consiste en analizar si salir de la ignorancia sobre algo es más o menos costoso que continuar en ella. Hay ejemplos claros, como analizar qué será más costoso, ¿pagar una universidad y endeudarse con los estudios o entrar de lleno a la ruta laboral sin pasar por la academia? O como cuando hay votaciones: dedicarse a conocer todas las plataformas políticas y a las candidatas o candidatos supone ocupar tiempo y esfuerzo que tal vez pueda considerarse perdido y represente un menor coste mantenerse en la ignorancia. En realidad, considero que muchas veces asumimos esta ignorancia racional desde el miedo o bien desde la pereza, porque efectivamente, el conocer puede ser laborioso y también representa una carga, es decir, una responsabilidad de la que, por el contrario, si permanecemos ignorantes podemos dejar en manos de otras personas, de *quienes sí saben*, en este caso, los médicos y médicas.

saber el resultado, Memo había soñado que teníamos un bebé y que se hacía caca por toda la casa, mesas y sillas llenas de mierda, todo cagado, ¿no? Al despertar me contó su sueño y me dijo que, dentro del mismo sueño, él ubicó que el mensaje era que la íbamos a cagar como papás, pero que el bebé se hacía caca porque se estaba carcajeando, como muy alegre, entonces que sí, que como todos los papás y mamás nos íbamos a equivocar mucho, pero que el bebé sería feliz, que todo iba a estar bien. La cosa es que cuando me enteré ya, con toda claridad, que estaba embarazada, entré en *shock*, yo recuerdo que la palabra que se acomodaba mejor a cómo me sentía era *sobrecogida*, los primeros meses me sentía tan ajena a mi cuerpo, las dimensiones, los cambios, mirarte al espejo y no reconocerte. Entonces se nos ocurrió la buenísima idea de ir a Luna Maya [la casa de parto en San Cristóbal] donde tuve un acompañamiento súper chido, eso fue importantísimo, la neta⁴³. Lo primero fue presentarnos con las parteras y plantearles nuestras dudas porque aún no estábamos seguros de si queríamos parto natural o no, no sabíamos nada. Hablamos con Cristina que era la jefa y ella nos mandó con Ana para iniciar el proceso elaborando una historia familiar, y eso era fundamental si queríamos parir ahí con ellas. Ese primer ejercicio me hizo darme cuenta de que estábamos en el lugar adecuado. Ana nos pidió que habláramos de nuestra familia, primos, tíos, abuelos, estuvimos hablando con ella como dos horas de nuestras vidas y mientras, ella iba apuntando todo, escribía nombres y dibujaba ramas y luego nos dijo: “bueno, esto les pido que lo observen que lo vivan, esto son ustedes y lo que le heredarán a este bebé, este bebé de tu vientre tiene esta familia”. Nos metimos en el carril sancristobalense que es como

⁴³ “La neta” es una expresión coloquial para determinar que algo es absolutamente verdadero

de mucha introspección y trabajo interior. Pero la verdad, yo tuve algo así como una depresión preparto, de veras, mentalmente no estaba funcionando con normalidad, estaba con muchos miedos, mucha ansiedad y muchas pesadillas, pero no en la noche mientras dormía, las pesadillas estaban instaladas en mi pensamiento. No sé, iba en el coche y me empezaba a imaginar que teníamos un accidente o que, si yo hacía tal o cual cosa, lo que sea, podía matar a Sebi, o sea, porque como que tenerlo dentro de mi cuerpo me parecía muchísima responsabilidad, como “estoy acogiendo a este bebé en mi cuerpo así que su vida es mi responsabilidad total”. Esta cosa, la posibilidad de regarla horrible, me aterraba, lo vivía súper mal, pero era todo este rollo de la relación entre la vida y la muerte que están tan conectadas, o al menos así le daba yo sentido a lo que vivía, porque me sacaba mucho de onda que como que siempre había visto a las mujeres embarazadas muy felices y yo estaba más bien en una nube gris. Ya para el tercer trimestre ya me sentí más en paz, hacía mucho yoga prenatal, tomamos el curso preparto. Lo que sí le decía a Memo era que como yo nunca había vivido nada duro con mi cuerpo, o sea, nunca me había roto una pierna ni me habían operado de nada, entonces no sabía cuál era mi umbral de dolor y yo le decía que él y yo teníamos que hacer un pacto muy serio de que si estando en el parto yo le decía que ya no aguantaba, que él tenía que creer en mí, o sea, le dije: “mira, yo no te voy a decir nada a menos que de verdad, en realidad, no aguante más... pero tú no me puedes salir echando porras como de ‘venga, tú puedes’, ni madres, en ese momento tú me llevas al hospital a que me droguen”, y sí, en eso quedamos. Diría que esos eran mis momentos oscuros durante el embarazo, pero hubo cosas muy luminosas como que me empecé a fijar más en mi alimentación y dejé de hacer las tonteras de antes como de no desayunar o sólo comer un pan con

azúcar, desde entonces y hasta ahora me ocupo mucho de alimentarme sanamente. Como que fue un tiempo muy saludable para mí. Ahora bien, confesaré que para mí de pronto sí es importante consultar médicos alópatas, o sea, me he tratado mucho con homeopatía y me encantan todo tipo de terapias alternativas, pero sí necesitaba mi parte de medicina alópata. Entonces, ahí mismo con las parteras me recomendaron a una ginecóloga que pues estaba muy de acuerdo con todo lo que ellas hacían y sólo me hizo tres ultrasonidos a lo largo del embarazo que me gustaban pues porque veíamos al Sebi y eso era bien bonito, pero además tenerla cerca me daba seguridad porque igual te piden un plan B, o sea, uno de los ejercicios es como hacer un plan de parto, ¿no? Y entre otras cosas hay que pensar en un plan B por si acaso no se logra y hay que acudir a un hospital, elegí el más cercano que estaba como a tres cuadras, no era el mejor, pero estaba cerquita y con la gine dispuesta a atenderme en caso necesario, pues sí me hacía sentir más segura.

Por el contrario, para Tati, quien debido a su carrera ha estado muy cerca de la clínica, había una gran claridad en cuanto a vivir su proceso acompañada de una partera y fuera de los hospitales, sin embargo, un problema físico la ponía en dudas de si podría cumplir su sueño:

Fui con una gine en Veracruz el primer mes cuando estaba con mis papás. O sea, luego, luego me llevaron a mi primera consulta, pero no, a mí esa parte no me latía nada. Bueno, yo tenía mucho miedo del embarazo, porque de chavita⁴⁴, en la prepa, tuve un accidente en el que me lastimé el cuello y la cadera, entonces me preguntaba: “¿voy a poder llevar realmente a término un embarazo?” Me daba

⁴⁴ Expresión coloquial que se puede referir a la infancia, la adolescencia o la juventud

miedo que mis lesiones de columna no me lo permitieran, es decir, como llegar al parto y que saliera ese rollo, ¿no? Era ese nervio y al mismo tiempo decir: “yo vengo con la información de mi abuela y, ¡se puede!” Al tercer mes, allá en Veracruz, fue que se presentó mi mayor miedo en carne y hueso, porque un día estaba acostada en la cama de mi sobrino y, al moverme, se me zafó la cadera. Yo pensaba que me quedaba parálitica, no me podía mover, era un dolor muy fuerte, de algún modo pude moverme, fueron y me ayudaron, yo ya seguí caminando normal, pero ahí se me manifestó el miedo. Luego ya en Guanajuato me acerqué a las mujeres de la casa de partos que está en San Miguel de Allende y fue muy bonito, llegué con Maricruz, mi partera, y le expuse todo, mis lesiones en cadera y cuello, mi miedo a no poder lograrlo, que quería que fuera en agua y así todo mi viaje, y ella como “a ver, tranquila, ¿qué es lo que tú quieres para ti?” Y yo platicándole que tenía terror de la cesárea, que prefería mil veces imaginarme en las contracciones, pero que me daba miedo el rollo de mi columna, y ella como “desprográmate, pero ya, porque va a ser lo que tú quieras. Convéncete de que tú conoces tu cuerpo y cómo se debe manejar; y si tú quieres que sea parto natural, va a ser parto natural”. Entonces, ahí ella me compartió muchas experiencias que muestran que tu cuerpo es sabio y que tú lo controlas, era como de veras meterme en ese canal y creo que entonces lo empecé a vivir de una manera muy distinta, realmente tomando una decisión desde mí. Sí logré conectar con mi cuerpo, aunque hubo algunos asuntos con la cadera, pero más bien estuvo bien. Tuve pocas nauseas, sólo tuve un vómito, eso sí que todo el embarazo por momentos tuve contracciones, creo que es porque caminaba mucho, no fue tan terrible. Ahora, lo que sí pasó es que como que me puse un poco torpe. Aquí en Guanajuato las calles son todas empedradas en el centro y yo me tropezaba

mucho, hasta Daniel me preguntaba que si me quedaban grandes los tenis y yo como de “ino güey!, más bien son las dimensiones”. Había ese detalle de no reconocer mi propia dimensión que había cambiado tanto. Estaba un poco pesado, me crecieron las bubis, en las caderas sentía mucha sensación de pesadez, no me hallaba para dormir, no se me hinchaban las piernas, pero sí sentía pesadez, no tanto emocional o mental, pero sí muy física. Algo muy lindo que me sucedió en el embarazo fue que, bueno, yo solía padecer de migraña y ya estaba en el séptimo mes cuando me dio una migraña tremenda, de esas que ya ni puedes ver, y me agarró en plena madrugada, además no podía tomar nada y tampoco quería nada de eso en mi cuerpo y en el de mi bebé, pero fue muy bello porque yo ya había estado practicando yoga para el embarazo y dije: “no, tienes que librarte de esto”, así que empecé a respirar, a meditar, y se me quitó, fue lindo porque hasta la fecha no me ha vuelto a dar una migraña.

En lo personal, cuando me enteré que estaba embarazada por supuesto llamé a mi familia, pero lo siguiente fue recurrir al Google, porque, aunque ya había acompañado varios nacimientos de varias sobrinas y sobrinos, todo era siempre desde la clínica y quería saber qué opciones tenía ya a sabiendas de las experiencias de Magui y Tati que me dieron luz sobre la posibilidad de parir sin intervenciones médicas. Pero no encontraba nada en Puebla, hasta que, como ya lo he narrado, en una visita de Magui, me logró contactar con Minerva, la partera. Para mí fue maravilloso encontrarla, porque sentía miedo, angustia, o más bien una cierta frustración o desilusión pues sería intervenida como si tuviera una enfermedad grave y no me sentía para nada de esa manera, por el contrario, me sentía sana y fuerte como pocas veces en mi vida. Durante todo mi embarazo, en los dos, me embargaba una alegría que no sé cómo describir, me gusta pensar que esa alegría se refleja ahora en la sempiterna sonrisa de María y de Diego. Ciertamente, tuve que lidiar un poco con mis emociones frente a la situación económica que

regularmente era algo precaria y también con mi familia cuando supieron que deseaba parir en mi casa. No lograban comprender mis razones para hacerlo así porque provenían más que de la propia razón, de una forma de intuición muy básica, casi táctil, que no podían concebir y que me resultaba inefable. Luego, en el curso prenatal que llevé con una doula que se llama Beatriz Villafaña, me enteré de lo que mi cuerpo es capaz de hacer, ella me explicaba con increíble claridad, paciencia y ternura lo que estaba ocurriendo en mi cuerpo y lo que ocurriría en el parto y luego en el puerperio, me indicó formas de alimentación y ejercicios que abonarían a que todo el proceso fuera lo más fluido y armonioso posible, y así fue. Yo dudaba sobre la higiene de mi casa, porque Magui y Tati lo habían hecho en casas de parto, es decir, en espacios especializados para el caso, pero yo lo haría en casa, quería desinfectarla toda todos los días hasta que María llegara, pero Bety me decía que no, que, por el contrario, que todos los gérmenes de casa son lo mejor con que puede entrar en contacto el bebé, porque si nace en una clínica sanitizada, al llegar a casa, cómo combatiría esos gérmenes con los que de cualquier manera tendría que convivir, eso disipó mis dudas y me dio la seguridad para sostener mi posición y llevar adelante mi proceso acompañada por estas mujeres, fuera de la clínica.

Ciertamente a las mujeres en las ciudades nos hace falta un mayor contacto, un mayor conocimiento de lo que sucede realmente con la vida cuando decidimos permitirle pasar por nuestros cuerpos y aunque las de nuestras familias son preocupaciones auténticas guiadas por el amor que nos tienen, se fundamentan en el desconocimiento del proceso y en el encumbramiento de la tecnología y los *escandalosos* conocimientos médicos, por eso, para todas nosotras fue esencial encontrarnos con aquellas otras mujeres que guardan el conocimiento ancestral, vital, de cómo llevar a cabo nuestros procesos en sintonía con la sabiduría que guardan nuestros cuerpos. Gracias a estos encuentros pudimos despabilar de nuestros sentires los sobrecogimientos, los miedos, las angustias y frustraciones, toda vez que estas mujeres dieron luz sobre nuestras profundas ignorancias, aprendimos a reconectarnos con nuestros

cuerpos y con nuestras ancestras nutriendo ontogénicamente la línea filogenética de la vida toda en una forma anárquica, más guiada por el instinto que por las leyes patriarcales, capitalistas y coloniales que se ejercen sobre nuestros cuerpos a través de los *escandalosos* protocolos de atención ginecobstétricos.

Rolnik (2018) cuenta la historia de un río llamado *Rio Doce*, de afluente amazónico en cuya orilla vive una comunidad indígena. En esa región hay también una gran minera que solía ser estatal, pero que ya está privatizada llamada *Valle de Rio Doce*. Por supuesto, la devastación que produjo la actividad de esta empresa sobre el territorio secó por completo Rio Doce, diríamos que, a todas luces, ese río estaba muerto. Sin embargo, un tiempo después, los habitantes de la comunidad que, como la mayoría de estos pueblos originarios de la tierra mantenían un vínculo con el afluente y con los demás elementos de la biósfera gaiática en la que vivían, descubrieron que

[...] el río había encontrado una manera de seguir muy fuerte y muy limpio bajo la tierra. ¿Qué pasa ahí? El río, cuando es afectado por las fuerzas del abuso por parte de la minera y se seca, no va a hacer como nosotros en una situación similar. Nuestra parte 'sujeto' piensa '¡Estoy destruida! ¿Qué voy a hacer? ¡No puedo vivir de otra manera! [...] El río, él, no tiene sujeto. Cuando la vida se encuentra amenazada, cuando el río siente los efectos de esas fuerzas destructivas en su vitalidad, inmediatamente inventa su manera de seguir, bajo otra forma, transfigurándose, creando otro lugar⁴⁵, de otra manera; el río cumple así el

⁴⁵ Traeré a cuento el tema de las heterotopías que aquí considero como la oportunidad abierta, este proceso tentacular en el que vamos tejiendo la red de interdependencia vital que se expande y que es simplemente vida buscando subsistir. El otro lugar no sólo es el que *Esa Cosa Escandalosa* dispone e impone sobre nosotras cuerpos vivientes, sintientes, cuando experimentamos nuestros procesos de

destino de la vida, que en su esencia es un proceso continuo de transfiguración para seguir perseverando. Es esa fuerza de perseverancia que define la vida, lo que Spinoza llama *conatus*. (114)

Las mujeres que hemos deseado convertirnos en madres y que decidimos llevar nuestros procesos fuera de la devastación ecológica producida sobre nuestros cuerpos por la ginec obstetricia, somos un poco como este río. Si bien la imposición de la clínica sobre nuestros procesos y la devastación que hemos sufrido desde que nacimos nos podría hacer pensar que la vida humana empieza a secarse como aquel río, aún no han logrado erradicar en nosotras el deseo, la necesidad y la decisión profundas de seguir creando vida. Sin embargo, al sabernos embarazadas nos encontramos con que no tenemos idea de lo que pasa por nuestros cuerpos, como bien lo documentan Ehrenreich y English (1981), el auge de la clínica y principalmente de la clínica ginec obstétrica, ha significado al mismo tiempo una desconexión de las mujeres con la sabiduría de nuestros cuerpos gestantes de vida y una reconexión a través de la *escandalosa* mediación hospitalaria y médica androcentrada, por lo que aun conservando el deseo, al momento de encontrarnos encintas, surgen dudas sobre cómo llevar a cabo al menos esta primera parte del proceso – ya más adelante empieza a asomarse la perspectiva de las otras dos partes, sobre todo, la del parto. La mayoría de las veces iniciamos con una serie de chequeos y procedimientos clínicos a través de los cuales nos van despojando de toda capacidad de decidir, usando un lenguaje especializado muchas veces indescifrable, una serie de instrumentos metálicos y fríos, computadoras y máquinas a las que nos conectan, en un ambiente aséptico y distante. Ante esta extrema mecanización de los cuerpos, de las subjetividades y de los procesos que vivimos las mujeres, Laura Gutman (2021) se pregunta:

embarazo, parto y puerperio, también es ese otro lugar que es, en realidad, el lugar original, al que tenemos el chance de regresar si encontramos la manera de construirlo.

¿A nadie le llama la atención que una mujer que ha hecho el amor con un hombre y que chorrea sexo, amor, fluidos y sudor, tenga que someterse a la asepsia de un consultorio médico que nada tiene que ver con “eso” que está gestando? ¿Acaso no es un desastre ecológico que las mujeres entreguemos nuestros cuerpos, nuestros tiempos de gestación, nuestros partos y nuestro amor a personas que tienen muchísimo miedo de las pulsiones vitales y de quienes no sabemos absolutamente nada, ni ellos saben de nosotras? ¿No es espantoso? ¿No es evidente que – alejadas de nuestro ritmo femenino intrínseco – nos viene fenomenal subirnos a cualquier pensamiento externo y creer cualquier cosa con tal de no contactar con nuestro ser verdadero? (s/p)

Así, no sabiendo nada, mis compañeras de narrativas sobre esta experiencia se permitieron guiar por la magia, por la intuición, por esa pulsión vital y, esquivando la devastación en la superficie, buscaron un camino en lo profundo de la mano de las mujeres de conocimiento. Con todo eso que cada una de nosotras somos, logramos desconectarnos del *escandaloso* cuerpo máquina – algunas ya tenían tramo avanzado – y fuimos conectando, mediante la ayuda de mujeres guía, con nuestros *mágicos* cuerpos interdependientes⁴⁶. Si bien la mayoría de nosotras sí recurrimos en algún momento y por alguna razón a la clínica, unas más, otras menos, para todas nosotras fue algo excepcional y mágico encontrarnos con las mujeres guía que son, por supuesto, las parteras y las doulas, pero también son las amigas quienes nos transmiten sus

⁴⁶ Haré un breve paréntesis autoetnográfico. He estado acomodando los relatos. He estado reescribiéndolos para darles sentido y pensando en qué orden ir acomodándolos. Estoy muy conmovida por todas las experiencias. Aunque ya las había escuchado y luego leído, entramar a estas mujeres en una especie de diálogo, me llena de gozo. Me pregunto en qué nivel este sentimiento interfiere en una investigación doctoral estrictamente académica, no lo sé aún, supongo que lo iré descubriendo. De momento es mejor continuar con el análisis dando por terminado este paréntesis con el que intento reafirmar mi compromiso con una objetividad fuerte.

experiencias y con eso vamos abriendo un canal de escucha y compartición para ampliar la información y con ella las opciones para vivir este momento de la mejor manera posible en un diálogo entre mujeres. En este caso, algunas compañeras concibieron a sus bebés en situaciones y momentos mágicos, otras no tanto. A algunas les costó más trabajo asimilar lo que estaban viviendo, otras lo vivieron en plenitud. Pero, al final, logramos conectar nuestras consciencias con nuestros cuerpos y con los pequeños seres que los habitaban en ese momento, unas dialogando con ellos, otras haciendo los cambios necesarios para recibirlos, y ahí es donde el vínculo de la vida persiste y se fortalece.

Algo que entre todas las entrevistas realizadas aparece como un dato relevante, es que contar con una pareja participativa y comprometida nos permite sentirnos acompañadas y seguras, en cambio, no disponer de ese sostén como lo deseáramos nos coloca en algunas dificultades para iniciar la generación del lazo familiar. En el caso de Claudia que compartí en el capítulo anterior, una gran dificultad para ella, además del maltrato que sufrió dentro de la academia, fue la falta de comprensión de su pareja. Algo parecido nos sucedió a Raquel y a mí. Ambas fuimos convencidas por nuestras parejas para animarnos a formar una familia con ellos, pero también en ambos casos, durante el embarazo, nos sentimos como si estuviéramos solas en esto. Ya Bety me lo había explicado cuando advirtió la desgana de Jorge para asistir a los cursos prenatales, que nosotras nos convertimos en madres desde el momento en que sabemos que estamos embarazadas, pero que muchas veces, para los hombres, aunque de inicio lo desearan mucho y les causara emoción saber que pronto se convertirían en padres, ellos no lo sienten sino hasta que tienen a la criatura en sus brazos, y muchas veces, ni siquiera en este momento logran

sentirlo sino después de mucho tiempo en plena convivencia con sus bebés⁴⁷. Mientras tanto, algunas mujeres nos sentimos más bien solas durante esta fase del proceso:

Él no entendía [cuenta Raquel] que yo necesitaba tiempo, ¡y espacio!, para asimilar el hecho de que Ana María estaba dentro de mí y que me convertiría en madre en menos de un año. De pronto llegó con una cuna que quiso instalar en mi estudio que para mí es como un espacio sagrado que dedico a mis estudios y mi trabajo, y yo como “estás loco si crees que vas a poner eso aquí”. Eso sí, bien emocionado comprando la cuna de una vez, pero para investigar sobre parteras, doulas, lo que estaba sucediendo ahí entre nosotros... para ir al profiláctico, ¡bueno!, se quedaba dormido, a mí me daba una vergüenza terrible... o sea, yo tuve que investigarlo todo, tuve que tomar todas las decisiones, conectar con las personas adecuadas, y todo eso mientras hacía el trabajo de campo para mi tesis doctoral... no, en ese momento sí me sentí muy sola, la verdad...

Mi caso fue muy parecido, Jorge no parecía estar en la misma sintonía que yo respecto al embarazo y, aunque yo me encontraba en un momento de plena alegría y pocas cosas me molestaban y lo poco que me molestaba me molestaba poco, sí me quedó una sensación poco grata y recuerdo, en algún momento, haberme sentido sola. Otros casos son distintos, y me doy cuenta de que sí es importante sentir ese sostén durante esta fase. Lucía cuenta que:

⁴⁷ Un buen tema que considero sería interesante trabajar en otra investigación, es lo que sucede con los hombres también durante este proceso. Desde cambios hormonales durante el embarazo – se sabe de hombres que padecen más síntomas que sus propias parejas, como náuseas, vómitos o antojos –, hasta depresiones postparto que en ocasiones les hacen desaparecer de la escena – hombres que deciden salir de viaje a los pocos días del parto, los que se buscan múltiples actividades fuera de casa, o los que, aunque ellos mismos deseaban ser padres, terminan abandonando a su familia, incluso algunos que sufren infartos fatales inexplicablemente.

Como por el quinto mes, empezamos Pau y yo un curso de preparación al parto con una partera que trabajaba con mi ginecóloga y fue muy bonito. Pau me acompañó todo el tiempo porque he de reconocer que cuando al fin se decidió a ser padre, se comprometió con todo, vivió el embarazo conmigo en todo momento. Fue una época muy hermosa para nosotros como pareja, muy feliz.

Jorge, la pareja de Xiomara, no estaba del todo convencido con la forma en que ella quería llevar a cabo su proceso:

Él decía: “ok, si así lo quieres está bien”, pero lo veía temeroso y cuando le dije que sería en nuestra casa, casi le da un infarto. Así que le pedí a Minerva que fuéramos a tomar un café los tres como para que le explicara que es común, que no seré la primera ni la última mujer en parir a su hijo, quería que le compartiera su experiencia. Un poco para que él estuviera contento con la idea porque, aunque nunca se lo dije a él, yo sí tenía claro que si él no quería yo no pariría en casa, porque yo necesitaba a mi pareja, a mi hombre junto a mí, sosteniéndome. Después de este encuentro, él estaba impactado, emocionado, conmovido. Debo decir que en ese momento sí fue un buen compañero y participó en todo momento, se integró muy bien conmigo y con Nicolás.

A Magui le pasó con Memo lo mismo que a Lucía con Pau que, aunque él tuvo que verificar en su interior más profundo si estaba en el momento adecuado para convertirse en padre, en cuanto sintió ese deseo se puso íntegramente en ese lugar:

En Luna Maya nos metimos en el carril sancristobalense que es como de mucha introspección y trabajo interior. Y algo que me gustaba mucho es que eran muy incluyentes con Memo, como “están embarazados” o “el bebé que esperan” y pues

esas fórmulas incluyentes son bonitas para que el papá se integre y sepa a lo que va [...] y cuando tenía esas pesadillas que me acosaban todo el tiempo, lo que me permitía sentirme mejor era hablarlas con Memo, él me comprendía y me consolaba muy bien, me hacía sentir mejor siempre.

Inevitablemente, cuando escuchaba a mis amigas narrar este aspecto que ellas vivieron de forma tan solidaria, tan en construcción mutua de la familia que estaba por venir, sentí un leve dejo de amargura. Eso me hizo dejar de escribir mi autoetnografía por un buen tiempo, empezaba a empañar mi presente que, en estos momentos, lo vivo muy armónicamente como para revivir fantasmas del pasado sin sentido. Pero me hizo pensar en algo que dice Casilda Rodrigañez (2004) acerca de la integración del padre en los procesos reproductivos de las mujeres. Tomando como punto de partida las investigaciones de Martha Moia (1981) y de J.J. Bachofen – un antropólogo teórico del matriarcado del siglo XIX –, explica que, a pesar del discurso patriarcalizado,

El primer vínculo social estable de la especie humana no fue la pareja heterosexual (mujer y varón) creada por el cazador, como sostiene la mayoría de los científicos sociales, sino **el conjunto de lazos que unen a la mujer con la criatura que da a luz...** El vínculo original diádico madre/criatura se expande al agregarse otras mujeres en estado de gestación-crianza, y las que habían pasado por esas etapas, **para ayudarse en la tarea común de dar y conservar la vida** [...]. Se origina así el grupo social primario, compuesto por mujeres de varias generaciones y sus proles... Los lazos que establece la cópula en la época arcaica son momentáneos e inestables, y no parecen haber sido el elemento fundacional del grupo (Moia en Rodrigañez; 2004: 104. Las negritas son de Rodrigañez)

Uno de los principales argumentos de Rodrigañez es que nuestra sexualidad – la sexualidad femenina – y la maternidad están íntimamente conectadas y que, así como el patriarcado ha sometido, mediado y organizado nuestra sexualidad reprimiéndola a través de diversas formas de violencia, también somete, media y organiza nuestra maternidad desde distintos flancos hacia diversos objetivos. Sobre esto ya hemos ahondado suficiente, sin embargo, esta autora también argumenta que el concepto de paternidad “ha ido evolucionando con los ajustes que el Patriarcado ha ido realizando” (108) y que forma parte de toda esta represión:

Hoy el Poder del sexo masculino se realiza de formas más sutiles, la paternidad se homologa a la maternidad, para mayor confusión de las funciones de los sexos. El paradigma del padre moderno se presenta con un tinte de ternura y de amor, y puede presentarse homólogo al de la madre en la medida en que el ‘amor’ maternal hoy es tan solo un sucedáneo del verdadero amor materno, desvinculado de la sexualidad femenina. Quitando a la maternidad su contenido libidinal, la homologación teórica es fácil, aunque luego las estadísticas, no se sabe por qué, prueban que en la práctica tal homologación es inexistente (Rodrigañez; 2004: 108)

Si como sugiere Bachofen en las sociedades matriarcales localizadas en las fases más primitivas de la historia humana se regían por un sistema jurídico basado en la autoridad materna, podemos pensar que el vínculo vital originario se comprendía no como algo que se realiza en el deseo de la cópula heteroerótica, sino en el deseo de una madre por su hija o hijo y la consecuente reciprocidad, deseo que como dice Rodrigañez, es devastado desde que nacemos en este *escandaloso* escenario que vivimos, condenándonos a vivir sintiendo culpa por experimentar ese deseo. Desde sus estudios antropológicos, Bachofen argumenta que el amor maternal tiene un valor social e incluso una función evolutiva de la vida que se rompe con la

introducción de la familia y la autoridad del padre dentro de ella, y descubrió que anteriormente la relación paternal era de polipáteras, “queriendo indicar que l@s niñ@s tenían muchos ‘padres’ y ninguno en especial; o sea, que todos los hombres del grupo asumían el cuidado, la protección y el aprendizaje de sus niñ@s” (108). Entonces, para la autora, la introducción del padre en los procesos reproductivos de las mujeres tiene que ver con la necesidad patriarcal de ejercer su poder y control sobre todo aquello que crea, cuida y sostiene la vida. Esto no significa que el ejercicio de la paternidad no tenga una función fundamental en la armonía de la vida como protector de la díada madre/hija, pero no puede suplantar esta relación originaria, por eso, mientras algunas mujeres consideran sano hablar del proceso como si lo estuvieran viviendo los dos, para muchas otras, incluida Bety, mi doula, esa fórmula resta mérito a quien lo vive en su corporalidad total y confunde la función paternal que tiene que ver, más bien, con el cuidado de nuestros cuerpos cuando se encuentra uno dentro del otro (bebé/mamá) y luego con el cuidado y protección del vínculo madre/hija y su función social. Esta noción es una crítica a los paradigmas de paternidad actuales en tanto que, a través de ellos, *Esa Cosa Escandalosa* refuerza el despojo del espacio reproductivo históricamente feminizado, sin embargo, la integración de la pareja y su participación activa se traduce hoy en día, en un importante sostén emocional para las mujeres, por eso hay que revisar cómo integrar esa participación respetando y cuidando el vínculo original.

6.2. NUESTROS PARTOS O DEL “PODER” MANEJAR EL DOLOR

Tati había planeado que Soli nacería en el agua, sin embargo, cuando la partera le dijo que era hora de entrar en la tina, ella se negó:

Es que yo ya no me podía levantar de la cama, ya quería que saliera, no podía más del dolor, entonces la partera me dijo “bien, entonces ahora sí es momento de pujar”, y pues yo sin saber, educada por lo que veía en las películas pensé, “pues a darle con todo y a gritar con ganas”, ¡qué horrible que nos eduquen así! Entonces ella me dijo que evitara gritar porque en el grito se va la fuerza y, además, que tenía que pujar sólo cuando viniera la contracción porque si no, me podía desgarrar. Y fue como mágico, porque en ese momento, esperé la siguiente contracción, pujé y ahí salió. Me lo entregó en mis brazos todo lleno de sangre y mi mamá preguntaba si no lo limpiarían, pero la partera bien bella le explicaba: “pero si no está sucio, todo eso que trae es lo mismo que le dio vida”, ha sido maravilloso poder entender todo esto de otra manera, como más desde nuestra naturaleza. A mí me inquietaba esa primera noche con él, si iba a dormir conmigo que no lo fuera a aplastar o, por ejemplo, no lo drenaron como suelen hacerlo en las clínicas y nada más me dieron la perita y me dijeron: “si escuchas que lo necesita, lo drenas”, pero yo pensaba “cómo sabré si lo necesita”, y cosas así, pero la verdad se despierta algo cuando lo tienes en tus brazos y después de lo que se vive en el parto, como que se despierta algo en ti. Creo que yo quería eso, un regalo grandísimo de confianza en mí, de saber... no sé, lo que ya traemos sabiendo. Ya los temores de mis huesos durante el parto se desvanecieron, una sensación de mucha grandeza, de mucha fuerza.

Para Magui, por el contrario, sí fue necesario entrar al agua para parir a Sebi:

Los dolores ya eran fuertísimos, me recosté en la cama porque estaba agotada por el dolor, quería como descansar. Marina [su partera] me preguntaba que qué necesitaba y yo respondía: “no sé, Marina, no sé qué necesito, ayúdame, por

favor, dime qué hacer”, entonces ella me dijo que volviera a la tina porque recostada como estaba era la peor idea, no ayudaba para nada, y eso me sirvió de mucho, volver a la tina, porque ahí fue donde sentí la necesidad de pujar y lo que fue impresionante es que salió al primer pujido. Y en cuanto salió, no sé, me sentí como muy energizada, muy fuerte, no sé, estaba feliz y muy aterrizada. Todos los malviajes del embarazo ya no cabían ahí. Entonces me dice la partera que me recueste que porque me tenía que hacer una pequeña cirugía porque como pujé así como con mucha fuerza me hice un desgarre, pero hacia arriba, generalmente las mujeres al parir se hacen desgarres hacia abajo, como en dirección al ano, ¿no?, pero el mío se fue hacia arriba. Y yo borracha de felicidad, era como “sí, adelante, haz lo que tengas que hacer”, no me dolió ni la sutura, y luego ellas mismas me dieron unas algas y un ungüento de yodo y con eso fui sanando la herida muy bien. Para mí fue una sensación increíble que no sé ni cómo describirla, por fin tenía en mis brazos a ese bebé que sólo había sentido por dentro, ¿no? Tocaba ese piecito que en los ultrasonidos me señalaban y que yo nunca lograba ver. Sentí como una pertenencia, como este apego primero, ¿no? Como de “este bebé es mi bebé y yo soy de él para siempre”. Me lo pusieron en el pecho y de volada se enganchó, me sentía tan feliz, todo estaba fluyendo bien, como debía ser. Me sentí super amazónica. Me sentía muy agradecida desde el primer momento con Sebi.

Para mí, el factor agua fue clave en el alivio del dolor durante el parto de María, sí que me ayudó mucho para aminorar el intenso dolor que sentía. Mis dos hermanos estuvieron conmigo, lo mismo que mi suegra, mi cuñado y luego mi suegro. Como no teníamos agua caliente corriente, salieron todos a la calle a pedir a los vecinos que calentaran ollas, eso los tenía muy asustados por el tipo de agua en que iba a nacer María, además, pronto se llenó de sangre y en la fase

expulsiva, pues también expulsé heces, sí, eso pasa, pero María salió perfectamente bien. De inmediato Mine la tomó con una mano y la sacó del agua, con la otra desenredó el cordón que traía con doble vuelta en el cuello y me la pasó. María tenía los ojos bien abiertos. Por fin la conocí. El dolor desapareció por completo y todo el mundo paró. Sólo estábamos ella y yo mirándonos. Nos mantuvimos unidas por el cordón varios minutos más hasta que dejó de latir y luego empecé a sentir contracciones de nuevo, infinitamente más leves que las anteriores, era el alumbramiento, cuando nace la placenta. María y yo nos seguimos contemplando mientras tanto. Hasta que fue el momento de salir del agua y ahí ya se la pasó a Jorge que se la colocó debajo de una playera, piel con piel. Una vez fuera del agua y ya acomodada en mi cama, me la volvieron a pasar, ella sólo con su pañal, pegada a mi pecho debajo de una playera, ahí se quedó conmigo muchas horas después, durmiendo y mamando, hasta que me tuve que levantar al baño. Con Diego fue lo mismo y ninguno de los dos lloró al nacer, sus primeros llantos se dieron cuando me tuve que separar de ellos. Fue un momento muy gozoso esas primeras horas con mis pequeños.

He revisado una vasta cantidad de videos de partos, de gente conocida y desconocida, y he observado que hay una enorme diferencia entre cómo se vive desde la clínica y cómo se vive cuando se permite a los cuerpos actuar en su propio ritmo. Y digo *los* cuerpos, no para referirme a los cuerpos de las diversas mujeres, sino para referirme a los cuerpos de la madre y de la hija. Justamente una de las muchas cuestiones que a mí me convencieron de llevar a cabo mis partos en casa, sin anestesia, sintiendo todo el dolor posible – es común escuchar que el dolor de parto es el peor del mundo –, con la posibilidad de tardar hasta tres días en labor, fue ver en esos videos la reacción de los neonatos en uno y otro espacio. No sólo la posibilidad de sentir el nacimiento de María y Diego en todo mi cuerpo viviente, sino cuidar también la forma en que mis hijas llegarían al mundo, fue lo que más me animó. Para Michel Odent, un ginecobstetra francés que ha pasado más de cincuenta años estudiando, explicando y luchando por

mamiferizar nuestros partos, la forma en que nacemos determina parte de nuestros rasgos de personalidad en el futuro. Revisando diversas investigaciones psicológicas sobre criminalidad, autismo, suicidio, adicciones y anorexia nerviosa, descubrió que, en este tipo de comportamiento, “que puede ser interpretado como disminución en la capacidad de amar (amor a otros o a sí mismo), los investigadores detectan usualmente factores de riesgo significativos durante el período que rodea al nacimiento” (Odent; 2011: 26, 27). En la experiencia y estudios de este médico, el periodo perinatal – que va de entre las semanas 22 y 28 de gestación a entre los primeros cuarenta días después del parto y el primer año con el momento crítico del parto de por medio (todavía está en debate el segmento de tiempo para la definición de este periodo) –, es fundamental, único e irrepetible, para la formación del vínculo primigenio madre/hija, “es la primera hora que sigue al nacimiento la que conforma todo un periodo crítico en nuestro desarrollo de la capacidad de amar” (Odent; 2002) y justamente toda la intervención clínica durante esta fase particularmente, obstruye el flujo natural de las hormonas que colaboran con este proceso. Los estudios etológicos que comparan la genética entre humanos y chimpancés⁴⁸, muestran que las mamíferas que han sido intervenidas en sus procesos de parto y que, por lo tanto, no han sostenido a sus crías entre sus brazos al momento de nacer y no las han alimentado física y emocionalmente en ese primer momento, no logran forjar este vínculo por lo que después ya no las reconocen y se niegan a criarlas. En el caso de las mamíferas humanas se observa que nuestra dependencia a las hormonas para actuar de un modo u otro es diferente que en otras mamíferas pues contamos con un componente simbólico potente que nos permite que, a pesar de la *escandalosa* intervención clínica que nos ha sido impuesta, de la irrupción en el

⁴⁸ Almudena Hernando, en el libro que ya ha sido referido, explica que, aunque se ha afirmado que los chimpancés son los homínidos más parecidos socialmente a los humanos, hay datos científicos que confirman que en realidad nos parecemos más a los bonobos, cuya socialización es notoriamente menos violenta y jerárquica, pero está claro que hay escandalosas razones para sostener la primera comparación porque es la que justifica la violencia entre pares.

proceso agregando oxitocina plástica en nuestros torrentes sanguíneos, inmovilizándonos y anestesiándonos, a pesar de la brutal separación madre/hija o hijo desde el primer momento, las mujeres logramos crear o re-crear ese vínculo primario. De eso no queda duda, la mayoría de las mujeres clasemedieras, urbanas, profesionistas, viven sus procesos a través de la clínica, pero podemos verificar todos los casos de estas mujeres que han forjado un vínculo estrecho con sus hijas a pesar de estas intervenciones. Sin embargo, todo lo que las humanas hacemos *a-pesar-de*, se presenta en escenarios sociales que queremos y debemos cambiar. Por ejemplo, decimos que *a pesar de* los padres abandónicos, las mujeres logran salir adelante con sus hijas e hijos; *a pesar de* la casi nula infraestructura para las personas con capacidades diferentes, muchas de ellas logran insertarse en los ámbitos laborales; *a pesar de* la disminución de los apoyos gubernamentales al campo, las campesinas logran proveernos de los alimentos que todas necesitamos para sobrevivir. Todo esto nos parece muy bien y aplaudimos por las mujeres, por las personas con capacidades diferentes y por la campesinas y campesinos de todo el mundo que logran mucho *a pesar de* todo, pero que la gente logre salvar su situación frente a los *escandalosos* escenarios que se les presentan, no significa que no vamos a buscar que esos escenarios cambien y mejoren las formas de vida de todas y todos, por el contrario, el *a pesar de*, nos impulsa a transformar. De la misma manera, el hecho de que las mujeres seamos capaces de forjar vínculos amorosos con nuestras hijas e hijos *a pesar de* la imposición clínica sobre nuestros cuerpos y nuestros procesos, no significa que vamos a dejar de cuidar el nacimiento de nuestras hijas y Odent es uno de los principales promotores de este cuidado. A través de sus investigaciones, este médico ha recabado suficientes datos como para comprobar que la forma en que nacemos tiene consecuencias a largo plazo en cuanto a sociabilidad y agresión, es decir, en cuanto a la capacidad de amar, y se pregunta por lo que sucederá dentro de cuatro o cinco generaciones nacidas con todas estas intervenciones, el escenario parece aberrante. Por eso nos habla de *des-humanizar* el parto, sí, suena extraño sobre todo porque

estamos acostumbradas a hablar del parto humanizado cuando nos referimos a estas formas de parir separadas de los procedimientos clínicos, pero para este autor de lo que se trata es de *mamiferizarlos*, es decir, de re-conectar con este proceso desde nuestra naturaleza mamífera porque ahí están enterrados los saberes de nuestros cuerpos; en cambio, cuando lo hacemos *humano*, dice él, lo llenamos de técnicas e instrumentos que lo que hacen es obstruir el flujo vital tal cual se presenta.

Xiomara, por ejemplo, vivió esta fase permitiéndose guiar por su instinto mamífero. Despertó esa mañana sintiéndose diferente, no mal, no raro, sólo diferente:

Iba por las semanas 39 o 40 de gestación. Mi papá y mi mamá ya me iban a ver todos los días para ver cómo estaba y si necesitaba algo. Mi esposo viajaba mucho por el trabajo y en ese momento no estaba ahí, así que ellos se ocuparon de sostenerme. Se preocupaban un poco de que aún no naciera, pero yo intentaba no ponerme nerviosa, estaba bien monitoreada por Minerva y ella me decía que el bebé y yo estábamos perfectos. Esa mañana tuve una sensación desconocida y pensé: “este es el indicador, es hoy”, no sé si es el útero, hay como una composición muy particular y no sé, yo no entendía en ese momento cómo se estaba moviendo el espacio, entré en un estado muy mamiferizado, no era una sensación física, sino del corazón. Llegaron mis papás como todos los días y nos dispusimos a desayunar. Como yo intuía que ése era el día, sólo comí fruta, no quería ninguna pesadez durante el parto. Salimos a caminar y yo ya sentía un poco de dolor o incomodidad en el canal de parto. Nicolás se había acomodado ya desde días antes y yo podía sentir su cabecita en mi suelo pélvico, pero en ese momento lo sentía mucho más. Llamé a mi esposo y luego llamé a Mine que me dijo que estuviera tranquila, que sí sería pronto pero que, por mis síntomas,

todavía faltaba un rato. Mientras, yo seguía haciendo lo que mi cuerpo me pedía, me sentaba sobre la pelota y me movía rítmicamente, subía y bajaba escaleras, me recostaba, lo que necesitara. Me dieron más o menos las seis de la tarde y yo ya estaba echada, haciendo ruidos, semidesnuda y respirando profundamente. Empecé a sentir miedo porque no encontraba posición que me ayudara a sentir menos dolor. Entonces mi mamá me empezó a hacer un masaje muy particular, como tocando ciertos puntos en mi espalda y en ese momento me levanté corriendo al baño a vomitar. Fue súper liberador porque ahí se me fue mucho del miedo que estaba empezando a aborarme y también se me fue bastante dolor. Luego llegó mi hermana y se puso a leerme mi mantra varias veces: “Yo voy a parir, soy una mamífera, soy una loba...” cosas así. Mi mamá me sobaba y mi hermana me leía, mis mujeres estaban ahí conmigo, eso fue muy poderoso. Como a las nueve de la noche llegó Beatriz, mi doula, y ya las contracciones estaban bien intensas, pero ella me ayudó con la respiración. Yo me sujetaba de unas columnas de madera mientras respiraba y me concentraba en distender mi cuerpo, mi espalda, todo, distender y abrir, abrir el canal de parto. Duele, duele, duele... sentía calor, no sé, me perdí, por eso hablo de los elementos aislados, porque estaba yo instalada como en otro tiempo, en otro espacio, en otra dimensión, parecía que había abandonado mi cuerpo. Sabía que era una transición, un dolor que no me iba a matar, era un dolor con un sentido de vida, no de muerte, es un dolor del saber del espíritu que te va arrojando mientras respiras. Yo hablaba mucho con Nicolás, le explicaba mi dolor y que él lo estaba haciendo bien. Seguía las instrucciones de Beatriz, pero era como si estuviera fuera de mí. Cuando llegó Minerva yo ya estaba acostada haciendo lo que podía, ella me dio un beso en el hombro y me susurró al oído: “lo estás haciendo muy bien”, me hizo sentir fuerte,

me llenó de energía para seguir, me sentí dichosa. Me levanté al baño y ahí sentada sentí claramente cómo Nicolás rotaba su cabecita y empujaba hacia abajo, empecé a imitar ese movimiento por puro instinto. Pusieron la tina y cuando por fin entré fue para mí como un oasis, pero se detuvo el proceso de parto, me relajé tanto que las contracciones pararon. Minerva me dijo que había que cambiar de atmósfera y yo le pedí cinco minutos más que sí me concedió y ahí fue donde se rompió la fuente. Fue después, cuando salí de la tina, el cambio del agua a la gravedad de la tierra, que se desató el parto, en cuanto salí sentí como “qué es esto, qué pasa” y Minerva me dijo: “ya es el expulsivo, empieza, cuando quieras y como quieras”. Me puse en cuclillas sosteniéndome de Jorge que había llegado un poco antes, pero yo ya estaba muy cansada, así que me pasé a la cama donde tomé una posición entre sentada y acostada con Jorge detrás de mí sosteniendo mi peso. Mi familia se quedó afuera, no sé, no quería que vieran mi rostro en esos momentos y por supuesto, respetaron mi decisión. Yo ya estaba en el proceso de pujar y era maravilloso, como “¡Wow!, esto duele, pero está bueno”. Beatriz me propuso vocalizar la letra A porque es un sonido expansivo que abre el canal vaginal, era como hacer mantras con un solo sonido, la habitación parecía estar envuelta como por rezos, sentía la electricidad, la energía que producíamos vocalizando. De pronto me dijeron que ya estaba coronando y en dos pujos más salió Nicolás.

En su libro *El nacimiento en la era de plástico* (2011), Odent explica cómo él mismo fue testigo en los años 50 de la introducción del plástico en la clínica y se ha dedicado a estudiar por décadas las consecuencias de este cambio. Durante el embarazo, se produce un *coctel de hormonas* – como suelen decir quienes están en contacto constante con estas vivencias –, que permiten que los procesos se lleven a cabo adecuadamente. Más formalmente se les conoce

como *hormonas de gestación*, algunas aumentan sus niveles, otras los reducen y unas más se sintetizan únicamente durante este periodo. La progesterona, por ejemplo, es una de las que aumenta su nivel, al menos al inicio, y termina de preparar el endometrio para la implantación del embrión. Esto mismo sucede durante el parto donde se segregan hormonas como endorfina, prolactina, incluso, adrenalina, y una de las principales hormonas que se pone en juego en esta parte del proceso es la oxitocina que segregamos cuando sentimos deseo sexual y también mientras estamos pariendo. Su secreción natural es rítmica, sigue precisamente una pulsión vital con la que se activa el útero provocando el orgasmo uterino en el acto sexual y las contracciones en el parto. Se le conoce como la *hormona del amor*, es fácil entender por qué: se sintetiza cuando sentimos deseo sexual por alguien y la forma de placer que nos provoca nos lleva a enamorarnos de ese alguien, y cuando estamos pariendo a nuestros bebés, a pesar del dolor que sentimos al parir, al tener a la criatura en nuestros brazos nos desbordamos de amor por ella.

Durante el proceso de nacimiento, segregamos una serie de hormonas que permanecen en los sistemas corporales tanto de la madre como del bebé justo después del nacimiento. Ambos, la madre y el bebé, se encuentran entonces en un equilibrio hormonal cuya duración tiene una naturaleza vital corta y que, además, no volverá a presentarse en el futuro (...).

Son estas mismas hormonas las que funcionan en cualquiera de los aspectos relacionados con lo que conocemos como amor (...).

La oxitocina se encuentra en medio de cualquier aspecto relacionado con el amor (Odent: 2002)

Podemos decir ahora que la oxitocina es uno de esos elementos con los que la vida cuenta para perseverar y evolucionar, justamente, porque sus efectos nos conducen al amor, al vínculo original. Ahora bien, no deja de ser curioso que aquello que sentimos las mujeres durante el orgasmo – habría que aclarar que la oxitocina también se encuentra presente en los orgasmos masculinos – es básicamente lo mismo que sentimos durante el parto, lo que hay que preguntarse es por qué duele tanto un parto y, a veces, también un orgasmo. Las mujeres estamos equipadas con un órgano fantástico que existe exclusivamente para producirnos placer, el clítoris, que es más o menos fácil de estimular pues se encuentra prácticamente en la superficie de nuestra vulva, pero las mujeres somos multiorgásmicas, es decir, a diferencia de los hombres que regularmente sienten el orgasmo en el pene cuando eyaculan y después de eyacular necesitan parar el acto, las mujeres eyaculamos y tenemos orgasmos varias veces durante un solo encuentro – al menos es posible, que se logre o no ya es otra cuestión – y contamos con diversos puntos de excitación, algunos que no sabemos reconocer. Uno de esos es el útero. El útero es un órgano que está compuesto por fibras musculares, las más potentes y fuertes del cuerpo. Es *fuerte* porque necesita retener unos doce kilos de peso extra durante el embarazo en resistencia a la ley de gravedad – entre el peso del bebé, el de la placenta y el del líquido amniótico –, pero también es *elástico* pues se debe ir ampliando conforme el feto va creciendo y, una tercera cualidad de este órgano y que resulta fundamental durante el parto es su *flexibilidad*, es decir, que pueda moverse para ir desplegándose, empujando al bebé hacia afuera y abriendo el canal de parto por el que saldrá. Pues bien, de acuerdo a los estudios de Casilda Rodríguez (2004), siglos de represión sexual han atrofiado el útero por lo que su movimiento resulta doloroso, de ahí los cólicos menstruales y las dolorosas contracciones, ella lo

nombra como *útero espástico*⁴⁹. Todo esto nos hace suponer que las contracciones en un útero sano o, mejor dicho, en un útero sanado a través de un trabajo profundo con la liberación de nuestra sexualidad, no deberían ser dolorosas, por el contrario, deberían ser placenteras. Claro, ninguna de nosotras lo vivimos así, todo el cuerpo nos dolió en niveles extraordinarios, inconcebibles, un dolor que nos llevaba a un estado excepcional que algunas vivieron como una forma de separación con el cuerpo, o alguna forma de conexión extrasensorial, o un estado más bien salvaje⁵⁰.

Mi mente no estaba funcionando, aunque eso ya venía de varios días atrás [narra Magui]. Pero en ese momento, mientras paría a Sebi, estaba sintiendo todo como muy animal, con reacciones muy animales. Me acuerdo de esa sensación como de necesitar rascar y me venía a la cabeza esa perrita que acomodando el lugar para los perritos que estaban por venir, rascaba periódicos y revistas. Yo estaba así, con ganas de rascar, de hacer un hoyo en el piso, inquietísima.

De repente me llegó una contracción [narra Raquel] que te juro, yo no sé, me provocó algo muy peculiar, una sensación muy muy extraña. Yo ya no aguantaba el dolor, así que le pedí a mi mamá que me agarrara, porque yo ya no iba a

⁴⁹ De acuerdo a la definición de Wikipedia, la espasticidad “es un trastorno motor del sistema nervioso en el que algunos músculos se mantienen permanentemente contraídos. Dicha contracción provoca la rigidez y acortamiento de los músculos e interfiere sus distintos movimientos y funciones”

⁵⁰ Ciertamente para quienes tuvimos una segunda experiencia del proceso, ya conociendo mejor cómo se presenta y la intensidad que supone, el dolor se convirtió en algo más manejable, aunque no menos agudo. En mi caso, cuando parí a Diego mi cuerpo ya sabía lo que le esperaba y lo movía con mayor soltura e intención, tenía bastante claro lo que necesitaba hacer, así que nació tan rápido que no dio tiempo ni siquiera de inflar la tina.

aguantar más⁵¹. Le dije “¡Ayúdame! Dame fuerza, porque yo sola ya no aguanto” y en ese momento hasta sonó cómo se rompió la membrana. Habrán sido unos veinte minutos más ya en el agua, cuando nació.

Era tanto el dolor, que me fui de mi cuerpo [narra Lucía]. No creo que fueran fantasías, creo que literalmente me salí de mi cuerpo, me fui a otro lado. Me fui a los Andes, ahí parí a Miztli. Me fui a un lugar muy intenso energéticamente, espiritualmente, Villa Imperial, en El Altiplano sur de Bolivia, a 4,600 metros de altura, donde viví hace un tiempo. Y me dirigí a un lugar muy peculiar donde hay unas tumbas incaicas con unas momias en posición fetal. Cuando, tiempo atrás, visité ese lugar me sentí muy de ahí, ¿sabes, como cuando sientes una conexión muy profunda con un lugar? Siempre supe que yo era de ese lugar. Entonces en mi cabeza yo estaba ahí, sobre esas tumbas, viendo el sol de los Andes y sintiendo el frío. Hasta que llegó el momento de pujar y la ginecóloga me dijo: “te necesito presente, ahora tienes que estar aquí y necesito que empujes”.

La experiencia del dolor durante el parto es completamente diferente a como se vive cualquier otro dolor, no sólo porque por muy intenso que sea, como dice Xiomara, es un dolor con sentido de vida no de muerte como otros dolores, sino porque nos permite conectar con esta fuerza vital que aún guardamos en nuestro ser más primitivo con la que colaboramos en la creación y continuidad de la vida. Pues bien, desde la perspectiva de Michel Odent (2011), el dolor sí es parte del proceso fisiológico del parto y, también es parte de esta fisiología particular el que, como todas las mamíferas, segreguemos sustancias similares a la morfina activando un “sistema

⁵¹ La mamá de Raquel murió cuando estábamos en la maestría, por ahí del año 2007. Aquí, durante el intenso trance que estaba viviendo, a lo que recurrió fue al recuerdo de su madre y la hizo presente de alguna manera

de protección fisiológico contra el dolor” (107) llamadas *endorfinas*, las que, además, estimulan la liberación de prolactina que es la hormona clave para la realización de la lactancia. Otra acción de nuestro cuerpo que nos protege del dolor es la reducción de la actividad en el neocórtex lo que permite que el dolor no se integre al sistema nervioso central como lo haría en otras ocasiones en las que experimentamos dolor. Y una más: tanto la segregación de endorfinas como la supresión de la actividad neocortical se unen al efecto de la oxitocina para realizar una especie de depresión de la memoria; efectivamente, muchas mujeres, de alguna manera, olvidamos el dolor que sentimos, por eso nos animamos a vivir estos procesos más de una vez. Entonces, el objetivo no debería ser conseguir que el parto sea indoloro, sino buscar las maneras de facilitarlos y esto sólo se consigue si permitimos que los saberes de nuestros cuerpos surjan y hagan lo que hay que hacer. Por el contrario, todas las intervenciones clínicas protocolarias con las que se lleva a cabo este suceso tan trascendental, no sólo para las mujeres, no sólo para los bebés, sino para la sociedad en general, promueven la segregación mayoritaria de hormonas como la adrenalina en supresión de las endorfinas, mantienen activo al neocórtex en lugar de dar entrada al hipotálamo, el cerebro arcaico o su parte más primitiva y, el goteo constante de oxitocina sintética, inhibe su flujo natural provocando que las contracciones se presenten arrítmicas y que el dolor alcance un grado patológico. La solución médica frente a esto es la realización de más intervenciones: se inyecta en la médula ósea un compuesto anestésico al que llaman *epidural*, dejamos de sentir dolor, sí, pero también dejamos de sentir nuestro cuerpo, nos quedamos como afuera del proceso que estamos viviendo y esto puede derivar en partos vaginales operativos en los que se usan ventosas o fórceps y en los que, muchas veces, hay desgarres severos porque al no sentir las contracciones no sabemos en qué momento hay que pujar, o bien, el proceso termina derivando en cesáreas.

El nacimiento humano no es un tema que sólo interese a las mujeres o a las personas que se dedican a esta área de la salud, concierne a toda la sociedad porque todos y todas nacemos y

la forma en que lo hacemos determina en gran parte cómo será nuestro proceso de subjetivación a lo largo de la vida y con esto algo del espíritu de la cultura; probablemente una sociedad en que se normaliza nacer con violencia, será una sociedad violenta. En sociedades preindustriales el evento del parto era – y es todavía en algunas comunidades – parte del tejido social (Güemez; 2000) donde las parteras desempeñaban un papel fundamental colaborando, no sólo con el nacimiento, sino cuidando también la salud tanto de las mujeres en proceso como de los neonatos. En general, se trataba de un evento entre mujeres porque, aunque las parteras eran las guías, las mujeres en los hogares y en la comunidad de la que participaban, formaban todas juntas una suerte de círculo de contención, prodigando alimentos y cuidando los hogares de las parturientas; se elegían co-madres, que son mujeres cercanas por vínculos afectivos que colaboraban incluso con la crianza de los niños y niñas. Al introducirse en la clínica, el parto fue cambiando radicalmente su proceso, transformando este universo sagrado, hasta ese momento completamente feminizado, hacia un nuevo paradigma. Los hombres *especialistas* se fueron apoderando del espacio y de algún modo el procedimiento se transformó en un suceso, más bien violento, del que pareciera no podemos escapar. Este despojo sobre las mujeres y el control de nuestra fisiología durante esta fase, un despojo que como la caza de brujas de la que nos habla Federicci, se ha conseguido gracias a una enorme violencia ejercida contra el cuerpo de las mujeres, responde a los procesos de industrialización modernos impuestos por *Esa Cosa Escandalosa* y se manifiesta a través de diversas intervenciones que las más de las veces no son necesarias y sí llegan a violentar y alterar profundamente, a veces, irremediabilmente, el cuerpo y sus procesos de subjetivación, emocionales, racionales. Ejemplo de esto es la episiotomía que consiste en hacer una incisión en la zona del perineo en dirección de la vulva hacia el ano que se realiza con la intención de ampliar el canal de parto para el paso de la cabeza de la criatura, pero la constitución muscular de esta zona está diseñada para expandirse lo necesario sin que se produzca demasiado daño y en todo caso las parteras suelen sostenerla con la palma de la mano

mientras va saliendo el bebé para contenerla y evitar desgarros. La episiotomía en cambio, resulta en un riesgo de desgarro mayor, además de las posibles infecciones que cualquier herida profunda como ésta puede provocar y, sin duda, es un dolor agregado al que someten los cuerpos de muchas mujeres innecesariamente. Junto con este tipo de torturas físicas a las que nos han ido sometiendo de tal manera que hoy en día se han convertido en un protocolo de atención a la salud, las mujeres fuimos perdiendo también la libertad de movimiento y de posicionarnos según nuestro cuerpo lo fuera solicitando, quedando siempre, por protocolo, en posición supina y conectadas a diversos tubos plásticos. Sabemos que todo proceso de producción requiere sujetos especializados que, en este caso, lleven a cabo procesos protocolarios únicos y unívocos aplicados a la enorme diversidad de mujeres que puebla el mundo, que lo hagan con precisión y autoridad para evitar respingos. Por eso es que existe todo un movimiento de mujeres por recuperar nuestros partos, por recuperar ese espacio que nos pertenece, por recuperar ese enorme poder que significa nuestra increíble capacidad de dar vida. Tanto Rodrigañez como Rolnik abogan por reconectar con el deseo devastado, cafisheado, Odent hace lo propio desde la disciplina médica, para promover el nacimiento vinculado por el amor que se traduce en deseo. Si como menciona Maturana, el amor es esa emoción que nos permite experimentar el vínculo con la vida, ese amor que tanto él como sus colegas científicos ya revisados anteriormente, se encuentra en todos los seres vivos, desde las células por sí mismas hasta los organismos multicelulares complejos y que resulta indispensable para la continuidad y evolución de la vida, me parece que el que cada vez haya más mujeres dispuestas a vivir sus procesos de EPP de manera autónoma e interdependiente, fuera de la clínica y sus escandalosas intervenciones, es un paso importante para la recuperación de nuestros cuerpos, de nuestras subjetividades, de nuestros espacios y de este mágico poder vital.

6.3. NUESTROS PUERPERIOS O DEL... “Y AHORA, ¿QUÉ HAGO?”

El puerperio se refiere al periodo inmediatamente posterior al parto. Medicamente se extiende hasta las seis primeras semanas, en cuanto a la necesidad de las mujeres y de las criaturas, se puede extender hasta un año, tal vez más. La razón por la que, a diferencia de las dos fases anteriores del proceso, esta tercera la inicio explicándola, es porque hay una línea de entendimiento sobre este proceso que lo reduce, básicamente, a las etapas de embarazo y parto, como si una vez nacida la criatura, nuestros procesos reproductivos se terminarían. Pero no es así. Por un lado, la conexión celular que realizamos las mujeres durante el embarazo y el parto con nuestras crías, el flujo hormonal que intercambiamos con ellas, se mantiene todavía durante mucho tiempo después – incluso hay estudios que indican que durante toda nuestra vida vivimos interconectadas con nuestras madres a nivel celular –, lo que hace necesario imaginar y crear las condiciones óptimas para que esa conexión se realice. Por el otro, todo lo que acontece tras parir a nuestras hijas es terreno completamente ignoto para nosotras, por más cursos de lactancia y porteo que tomemos, por más que leamos sobre apego o colecho, desconocemos profundamente lo que realmente sucede en nuestro cuerpo viviente que en esos momentos está saturado de hormonas y emociones completamente nuevas. Todo mundo supone que la fase más difícil del proceso es el parto y que, una vez superado, ya todo es felicidad y armonía, pero no, resulta ser todo lo contrario. El puerperio fue la fase sobre la que más se extendían mis amigas en las entrevistas que realicé, como que justamente necesitaban un espacio para dialogar y compartir lo que este periodo en particular significó para ellas. Hasta el momento, todas las mujeres con las que he podido dialogar sobre este tema – más allá de quienes entrevisté para este trabajo –, confiesan que esta fase es la que vivieron con más inseguridad y que se les dificultó más, cuando ya la criatura estaba ahí. Después de todo el tiempo en que se fue cultivando el deseo, la espera, la expectativa, cuando finalmente se realiza, jamás es como lo imaginamos – una conocida maldición de la antigua sabiduría china dice: “ojalá se cumplan tus

deseos” –, no sólo por todo lo que tiene que pasar nuestro cuerpo viviente a niveles fisiológicos, hormonales, emocionales, familiares, culturales y sociales, sino porque además hay una línea sociocultural que comprende, admira y cuida a las mujeres gestantes, pero concibe desequilibrada, neurótica e irresponsable a la reciente madre. Esto es porque no hay una comprensión de la continuidad del proceso que inicia con la concepción en la cópula heterosexual – aunque en verdad para muchas mujeres inicia antes, desde que nace el deseo – y continúa más allá del parto, mucho tiempo después.

Lo cierto es que hay una serie de vicisitudes que acontecen en nosotras, en nuestras hijas y entre ambas después del nacimiento que, dependiendo desde dónde decidamos vivirlas, pueden reforzar o debilitar la creación y sostenimiento del vínculo iniciado desde las dos primeras fases. Una de ellas es la lactancia, una etapa de todo el proceso de EPP de la que sabemos bien poco, no sabemos lo mucho que nos lastima, lo que se nos hincha, lo que nos frustran las dificultades con el enganche del bebé al seno y el cuidado adecuado para evitar grietas y sangrados, no lo sabemos hasta que lo vivimos, es decir, no sabemos todo lo que implica. Pero una vez que se logra regularizar y convertirse en algo cotidiano, con el cuerpo perfectamente acoplado a numerosas tomas diarias y la vida tomando su propio ritmo, el intercambio hormonal que sucede entre las madres y sus crías mientras se está amamantando refuerza el vínculo, es lo que conocemos como amor y que, como ya hemos visto, es parte de lo que la vida necesita, orgánicamente, para subsistir y evolucionar.

Mientras Minerva revisaba la placenta [narra Xiomara], Bety me decía que me pegara a Nicolás. Yo había tomado cursos de lactancia, pero en ese momento no tenía idea de qué hacer, así que Bety me ayudó, me dijo: “sólo toma su cabecita y colócala en tu seno”. Para mí fue extraordinario, un ser humano alimentándose de lo que estaba produciendo mi cuerpo en ese momento. Fue bellísimo. No hubo

ninguna separación, no hubo medicación. Me dieron un batido de fresas con un trozo de la placenta para evitar posibles hemorragias, eso hacemos las mamíferas, comemos la placenta de nuestras crías para fortalecernos, me dejaron varios cubitos que yo fui consumiendo con el paso de los días. Minerva procesó una parte de la placenta y me la entregó después como homeopatía y me funcionó por varios años cuando Nicolás estaba en alguna situación emocional difícil, con unas gotitas lograba equilibrar su emoción. También yo la usé cuando murió mi madre, es muy útil para continuar esta conexión con nuestros cuerpos y con nuestros hijos. La verdad que yo fui muy buena para gestar y parir, pero en el postparto... ahí me encontré, o más bien, me perdí. Los primeros días yo estaba amamantando normal, pero mi mamá empezó a decirme que escuchaba el llanto de Nicolás muy raro, que lo llevara al pediatra. Aunque yo no lo creía necesario, sí me asustó y terminé llevándolo. El doctor que me atendió era muy joven, no tenía idea. Me vio con mala cara cuando supo que no me había realizado ultrasonidos y, puff, cuando le dije que había parido en casa, me reprendió con la mirada como de “qué mujer tan irresponsable”. Me dijo que Nicolás estaba deshidratado, que había que hacer laboratorios y que tenía que dejarlo ahí con él, yo dije que sí haría los análisis que dijera pero que Nicolás venía conmigo. Él dijo: “es tu responsabilidad, pero si fuera mi hijo, lo dejaría, no se juega con la vida de los recién nacidos”. Jorge, mi esposo, estaba entre los dos, al final aceptó mi decisión, pero ya en el laboratorio tuvimos una gran pelea y él me gritó que era yo una muy mala madre... creo que fue ahí donde se rompió todo entre él y yo, después de ser tan buenos amigos, tan buena pareja, yo localizo ése como el momento en que empezamos a alejarnos definitivamente. Yo estaba muy torpe, no sabía a quién recurrir para que me ayudaran con la lactancia y esa noche Nicolás orinó con un

fluido rojo, entonces Jorge me dijo: “Ahora mismo vamos al hospital”. Ahí me lo arrancaron de mis brazos, lo metieron en terapia intensiva, decían que podían ser los riñones o algo peor. Yo no sé, yo flotaba, dejé de escuchar, estaba muy torpe. Me quería quedar ahí y Jorge insistía en que nos fuéramos a la casa. Mi papá decía: “haz lo que tú creas, hija”, y Jorge le replicaba “¿qué no ve que ella está fuera de sí?”. Eran pleitos muy feos. Ahora sé que es muy común y normal para los niños que nacen con bilirrubina alta ese pequeño sangrado, que lo que hay que hacer es darles bañitos cortos de sol y pegarlo al pecho mucho más buscando la posición para el enganche correcto. Tuve que regresar sin Nicolás a casa, ahí sí le agradezco a mi suegra que me ponía el plato de comida en frente, si no, yo no hubiera comido nada, ni me acordaba, sólo lloraba, no podía parar, fue un trastorno mío. Después de una preparación tan espiritual, la casa olía a bebé, pero no había bebé, fue una angustia de separación espantosa la que me dio. Por las noches yo pensaba que mi hijo estaba ahí sólo, pensaba quién lo carga, quién lo acuna, caí en una desesperación sin igual. Fue cuando tomé la decisión de convertirme en doula, no quiero que ninguna mujer y ningún bebé tengan que vivir lo que Nic y yo vivimos.

Xiomara sabía, intuía, que su hijo no estaba enfermo. La presión externa irrumpió en el proceso natural del enganche y se fueron desatando una serie de eventos muy desafortunados en ese primer momento de vida de Nicolás. Todo esto nos resulta tan desconocido, tan ajeno, y estamos tan atentas a procurar el bienestar de nuestras hijas que cualquier cuestión que pueda parecer ponerlas en peligro, nos mueve a hacer lo que sea, lo que esté en nuestras manos, para ponerlas a salvo, aunque, a veces, al no tener idea de qué hacer y no contar con la experiencia de otras mujeres, dejamos de seguir nuestros instintos. Por eso es importante respetar el espacio familiar inmediato después del parto, para conservar el ambiente hormonal/emocional de la familia

recién formada. Cuando las mamíferas parimos a nuestras crías, sentimos esta necesidad instintiva de resguardarnos con ellas bajo la protección de nuestras parejas, en un momento de absoluta intimidad madre/hija.

A unas horas de que Sebi nació [narra Magui] me enviaron a casa, y estamos ahí acomodándonos cuando tocan la puerta, era mi tía Lala, una hermana de mi papá que era una monjita guerrillera. Andaba por Guatemala y El Salvador y en ese momento estaba en una comunidad cercana a Sancri. Tomó su combi y llegó así nada más. Nosotros no le habíamos avisado a nadie, así que atinó el día. Y pues sí nos sacó de onda en un primer momento, como que andábamos en el rollo como de madriguera, ¿no? Como preparando el espacio familiar con el nuevo integrante. Pero la verdad en un segundo momento lo sentí como que Sebi estaba llegando a su familia, como que ella era una representante de todo lo que somos como familia extensa, ¿sabes? Trajo un morralito para Sebi que usamos como su primera pañalera, estaba tan bonito, tenía un bordado muy especial, me puso en otro canal. Como que nosotros queríamos estar en una burbujita, pero no, la familia es todo esto también.

Cuando regresamos de la casa de partos [narra Tati], ya me estaban esperando ahí mis suegros. Y de entrada fue rico porque llegamos y había un caldito de pollo que me cayó increíble. Pero la verdad no dimensioné que sí necesitaba mi espacio. Las abuelas se peleaban por quién bañaba a Soli y todo eso fue muy intenso para mí.

La lactancia me costó mucho [narra Lucía]. Regresamos a casa, pero yo no iba bien físicamente. Tuve un desgarro durante el parto que tuvieron que coser. Me dolía el pecho y, cuando me empezó a bajar la leche, se me cerraron las chichis,

me dio mastitis, con fiebre de 39°. Estaba mi mamá, pero me estresaba un montón. En Italia tienen la cosa de pesar a los bebés antes y después de las tomas para medir si había comido lo suficiente, imagina qué locura. Entonces mi mamá se preocupaba de si estaba o no comiendo lo suficiente. Mucha presión sobre introducirle fórmula, pero mi ginecóloga me decía que no, que si no la lactancia, como el flujo natural, sería obstruido. Y yo como de “¿qué hago?” Luego lo resolvimos cuando me compraron unos pezones de silicón que te colocas y cuando succiona no se siente tan fuerte, pero te imaginarás el sentimiento de culpa por no saber qué hacer. Creo que sí padecí un poquito de depresión postparto.

Hay un fenómeno de la lactancia que se conoce como *bajada de leche* – hay quienes le dicen, más bien, *subida de leche* – que consiste, tal cual como suena, en que la leche baja. Es decir, los primeros dos o tres días producimos una sustancia parecida a la miel que se conoce como *calostro*. Este primer alimento que recibimos de nuestras madres, está lleno de proteínas y sustancias que fortalecen como nunca nuestro sistema inmunológico, por eso, el protocolo médico de atención al neonato que implica, sobre todo, separarlo de su madre, contraviene esta adquisición natural de lo que nuestros cuerpos van a necesitar en la vida para mantenerse sanos. Cuando la madre deja de producir calostro, sus senos se llenan de leche esperando por salir, se inflaman, se calientan, se enrojecen, a mí, como a Lucía, me dio mucha fiebre en las dos ocasiones y sentía escalofríos. Yo lo recuerdo como el peor momento de todo el proceso, incluyendo las contracciones y la expulsión. Me dolía muchísimo y mi hija lloraba porque quería comer, pero yo no me la podía poner porque sentía un dolor inigualable. Yo también lloraba porque pensaba que no podría alimentarla, que moriría de hambre, no sé, todavía seguía demasiado hormonal. Pero llamé a Bety y ella me dijo que me pusiera compresas calientes y masajeara todo lo que aguantara mis senos, que ya iría fluyendo la leche. Eso hice y sí me fue

funcionando. Aún me dolía que María mamara, pero necesitaba eso, alimentarla, ella succionaba y se me iban desinflamando los senos. A partir de eso la leche fluyó como maná, fluía en todo momento, a veces, mientras estaba dando clases, lo que me indicaba que ella, donde quiera que estuviera, necesitaba comer. No me importaba la ropa manchada, para mí significaba que estaba dando vida a otro ser humano.

Recuerdo que pensaba, “¿qué pasa?, ¿por qué nadie me aviso que esto sería tan doloroso?” [narra Magui, nuevamente] O sea, el parto es rudo, sí, pero esto está mucho peor. Fueron dos semanas de muchísimo dolor porque se me agrietaron los pezones, la leche salía rosada porque se combinaba con la sangre que salía de las heridas que ya tenía. Pero sí, nos adaptamos y todo estuvo mucho mejor.

Al principio yo sentía que me reventaban [narra Tati refiriéndose a sus pechos]. Se me cuarteaban los pezones hasta sangrar y era tan doloroso que ya no le quería dar, ¿no?, pero pues si no le daba era peor porque se me acumulaba la leche y era más doloroso, además ni modo que qué iba a comer, no le quería dar fórmula para nada. Así que era de morderse los labios y aguantar. Pero eso fue cuando mucho dos semanas en lo que mis pezones se adaptaron. Yo nunca tuve fiebre, pero sí fue un proceso de mucho aprendizaje que, la verdad, no me esperaba.

El dolor en la lactancia es muy distinto del dolor en el parto, primero que nada, porque, como dice Tati, no te lo esperas, verdaderamente nadie nos prepara para lo que está por venir y esta preparación no tiene que ver con técnicas, sino con comprender claramente que estamos viviendo una metamorfosis radical de lo que hasta ese momento hemos podido entender de la vida, porque de ahora en más hay una persona en el mundo que sólo depende de nosotras. Por eso mismo, también es un dolor distinto porque durante el embarazo no nos preocupa lo que el bebé coma ni cuánto ni cuándo, no nos preocupa si duerme, si tiene frío o si algo le duele, pero

una vez está en nuestros brazos, todo queda ahí, en nuestros brazos. Sin embargo, una vez logramos acoplarnos a esta nueva vida, lapso no tan largo para quienes permitieron el flujo de la vida a través de los saberes de sus cuerpos, la lactancia y otras vicisitudes, se convierten en acciones placenteras. Ya hemos visto que Rodrigañez nos habla de la devastación del deseo que sufrimos desde que nacemos, por su parte, Francesca Gargallo (2004) en su texto *Amamantar o de los placeres de la maternidad*, hace referencia a lo erótico del acto de amamantar, de la succión con la boca de los pezones y de cómo esta sociedad devastada – ella no lo dice así, pero el texto de Gargallo funciona perfectamente como un diálogo con los estudios de Rodrigañez – es la que nos impide, desde aquella subjetividad moral de la que nos hablaba Rolnik, sentir a plenitud el placer que amamantar representa.

La familia, el sistema sanitario, los celos que la pareja experimenta hacia la relación intensa que una mujer tiene con su hija/o y los grupos de amigas y conocidas intervienen tanto como los horarios de trabajo y de desplazamiento en limitar el derecho de las madres a sentir placer y continuar con el amamantamiento, transformándolo en una obligación más o una carga que no quieren o pueden soportar (Gargallo; 2004)

En un *tweet* de enero del 2022, Coral Herrera Gómez, una activista política especializada en la deconstrucción del amor romántico, comentaba que nunca había hecho “nada tan escandaloso y subversivo como seguir dando teta a mi hijo de 3 años”, y asegura que todos los comentarios desafortunados que recibe por llevar a cabo esta práctica por un tiempo que se considera tan prolongado, provienen de la ignorancia porque la gente asegura, sin ningún sustento real, que la leche materna después de los seis meses ya no es alimento: “En lugar de ofrecer datos científicos, les contesto que no lo hago por alimentar sino por placer. Y eso les da más rabia aún”. Esta reticencia social a la lactancia proviene, según Gargallo de los médicos que ella califica de

sexófobos de tiempos de posguerra, quienes recomendaban no tocar, no cargar, no alimentar a los bebés cuando ellos lo deseen para estructurar una suerte de educación higiénica. Esta noción la compara con los teólogos medievales que aseguraban que cuando un recién nacido lloraba por hambre, pecaba de concupiscencia y que había que castigarle aplazando su alimentación. Todo esto lo venimos heredando generación tras generación, las mujeres a las que entrevisté y la mayoría de aquellas con las que he tenido la oportunidad de platicar de esto, tenían muy presentes los consejos maternos o de las suegras o incluso de sus pares acerca de no permitir que la criatura nos enrede con sus mañas evitando cargarle, dejándole llorar y aplazando su alimentación a cada dos o tres horas.

El proceso de lactancia es muy importante en la conformación del vínculo madre/hija. Los médicos que no están específicamente entrenados en lactancia, te aseguran que sólo es necesaria los primeros seis meses, si no es que antes ya recomiendan complementar con fórmula, lo que me resulta, a todas luces, un discurso del capitalismo corporativo de las farmacéuticas dedicadas a la producción de leche materna sintética en el que las mujeres, muchas veces, caemos. Aún recuerdo a mi suegra angustiada porque yo no seguía el protocolo que a ella le indicaron: darle quince minutos de un lado, quince minutos del otro y no volver a darle hasta dos o tres horas después – imaginemos el empacho de las pobres criaturas si les tenemos media hora lactando y la siguiente inanición al verse obligadas a esperar tanto tiempo –. Esta clase de indicaciones hacen que el bebé llore mucho más, porque no sólo necesita la leche, no sólo está sintiendo hambre digestiva, también necesita la seguridad que le da la cercanía con su madre, siente hambre de afecto, desea a su madre. También hacen que para nosotras sea más doloroso y nuestro cuerpo termina por cesar la producción de leche tempranamente, mi suegra dejó de amamantar a sus hijos a los dos meses. “No producía yo leche” es una frase muy común en las mujeres que, siguiendo estas técnicas, dejaron de producirla, pero, si hoy sabemos – porque está científicamente comprobado – que la leche se va

produciendo cada vez más conforme nuestras crías la succionan, entendemos que hay que mantenerlas pegadas a nuestro seno cuantas veces lo requieran, el tiempo que requieran, para poder producir todo lo necesario. Gracias a la lucha de tantas mujeres y médicos por integrar dentro de las posibilidades de la lactancia lo que se conoce como *libre demanda* – cuantas veces la bebé lo demande, hay que darle de comer –, yo pude amantar a Diego y a María por dos años y medio a cada una. No hay un tiempo definitivo para hacer esto. La Organización Mundial de la Salud indica un periodo de seis meses de lactancia exclusiva y recomienda continuarla junto con alimentación complementaria, al menos, hasta el segundo cumpleaños. Lo principal es que éste no deje de ser un momento gozoso, así que cada madre decidirá cuánto tiempo desea amamantar a sus hijas y en diálogo con ellas concluirán esta etapa, como logró hacerlo Claudia con Victoria a los siete años.

Otra de las vicisitudes más complejas del puerperio es la del sueño. Los bebés no nacen con una estructura de sueño basada en la fábrica como la nuestra. Efectivamente, nuestros horarios de sueño están estrechamente relacionados con las necesidades de *Esa Cosa Escandalosa* y su implacable proceso de producción. Recuerdo cuando vivía en la selva, la familia solía despertarse a las cuatro de la mañana, unos se iban al campo a esa hora, otras se disponían a la limpieza y, sobre todo, a la preparación de las tortillas y el café para cuando llegaran los hombres campesinos. Así que, a eso de las once de la mañana, era común ver a hombres y mujeres descansando frente a las puertas de sus casas. Para la mirada superficial de las personas acostumbradas al ritmo citadino, el que a esa hora las personas adultas estén sin hacer nada es falta de productividad y refleja holgazanería, pero, lo que no observa esa mirada es que ellas y ellos ya trabajaron, ya hicieron lo que tenían que hacer, y lo hacen en ese horario porque es el horario del campo, porque es mejor trabajarlo antes de que caiga el rayo de sol del mediodía. Es decir que nuestros horarios de sueño y vigilia, también están *escandalosamente*

regulados. Pues bien, las bebés traen sus propios horarios, lo que, por supuesto, para nosotras implica horas de desvelo.

Ana María, la hija de Raquel, durmió tres horas después de nacer y nunca más volvió a dormir, así lo recuerda Raquel:

Fue una niña que no hacía siestas largas, no descansaba ni me dejaba descansar más de quince minutos. La pediatra me decía que ella estaba bien, en su peso, que comía bien y estaba muy sana, que había bebés que no dormían mucho porque no lo necesitaban, pero yo sí lo necesitaba y necesitaba también tiempo para hacer mis cosas. Al tercer día llegó mi hermana Magda, fue una bendición porque literalmente fue a cuidar de la niña para que yo durmiera, cuando desperté, aunque tampoco fue demasiado tiempo, sí me sentí recuperada, en verdad no había dormido nada. Todo su primer año fue así, no dormía, lloraba y lloraba. Fue muy difícil, porque además su papá, curiosamente, se buscó todos los trabajos y actividades posibles para desaparecerse de la casa y de sus responsabilidades paternas casi todo el tiempo. Encima yo estaba escribiendo la tesis doctoral que al final tuve que abandonar definitivamente, la terminé ya fuera de los tiempos académicos del CONACYT porque me fue imposible, literalmente, imposible, escribir la tesis con mi hija presente y sin dormir en lo absoluto.

Existen muchas técnicas propuestas para adaptar a las crías a nuestros horarios. Las de las abuelas suelen ser dejarlos llorar hasta que se duerman, avalada durante muchos años por los *expertos* en el tema y reproducido de generación en generación. El método Ferber, popularizado en la década de los ochenta, fue uno de estos avales, aunque de algún modo, intentó suavizar la práctica introduciendo lapsos para dejar llorar al bebé con revisiones periódicas para otorgarle consuelo, aunque sin levantarlo de la cuna. Para el día de hoy, nos queda claro que dejar llorar a

nuestras bebés les estimula una recarga tremenda de adrenalina y activación de neocórtex, porque el cuerpo de las criaturas reacciona ante una señal de alarma, ante la sensación de estar en peligro porque han sido desamparadas por la persona que debería protegerlas, todo esto resulta en un sentimiento de abandono difícil de superar en la etapa adulta. Así que las mujeres que hemos cuestionado estas prácticas nos vemos en la tremenda dificultad de adaptar nuestra vida entera a las necesidades de la criatura porque, además, dentro del *escandaloso* escenario en que nos vemos forzadas a maternar, estamos solas en esto. Otrora, las mujeres contábamos con una tribu de otras mujeres que nos sostenían en esta etapa, que nos ayudaban con la crianza y con las otras labores que solíamos desempeñar, pero todo este proceso se ha individualizado de tal manera, que verdaderamente las mujeres nos encontramos en una soledad profunda teniendo que lidiar con todo esto, prácticamente solas. En mi caso, Jorge, que no estuvo muy implicado y su colaboración no fue tan óptima como yo hubiera deseado durante el embarazo y el parto, sí que se involucró en su paternidad una vez que tuvo a María, y luego a Diego, entre sus brazos. De cualquier manera, alguien tenía que sostenernos económicamente, así que mientras él salía *a buscar la papa*, yo me quedaba lidiando con mi maternidad, y aún recuerdo que cuando quedé embarazada de Diego, no me angustiaba el embarazo, no me angustiaba ni siquiera el parto, me angustiaba saber que, todo lo que había avanzado logrando que María durmiera al menos seis horas seguidas, se iba a venir abajo con el nuevo bebé. Al final, tal vez porque cuando nació Diego aún amamantaba a María y hacerlo en tándem me parecía que le daba confort a mi bebé, él no despertaba tan seguido por las noches, un par de veces y nada más. Eso me facilitó toda la revuelta que implicó, otra vez, la llegada de un nuevo bebé a la familia. Pues bien, existe una técnica para regularizar el sueño en los bebés que se conoce como *colecto*, esto es, compartir el lecho, dormir con las hijas e hijos. Si bien, no todas las mujeres a las que entrevisté para este apartado llevaron a cabo esta práctica, las mujeres que conozco que sí lo

hicieron, aseguran que es la mejor técnica para enseñar al bebé a dormir y nosotras poder hacer lo propio.

A él le parecía bien lo de la lactancia [narra Raquel refiriéndose al papá de Ana María], pero decía que sólo seis meses porque no era necesario más, ni siquiera se informaba, nomás hablaba, así como así. Y luego el asunto de que Ana María durmiera conmigo que se le hacía incómodo, y yo como de “¿sí? ¿Y quién se va a levantar a darle la teta? ¿Tú? No, ¿verdad? No sabes lo que significa para mí poder darle la teta mientras sigo durmiendo”. Pero él insistía, hasta que ya le dije que primero se iba él de mi cama antes que mi hija, “porque tú la quisiste y, ahora que la tengo, no me la vas a quitar, así que me vale madres lo que pienses, la niña no se sale de la cama y le quito la teta cuando yo quiera”. Es que, de verdad, cómo aliviana lo del sueño dormir con tu bebé.

Dormir piel con piel junto a la madre en los primeros años de vida es un facilitador enorme para la generación del vínculo madre/hija, porque no es lo mismo para las madres y tampoco para las criaturas a niveles fisiológicos/hormonales y, por lo tanto, corporales/emocionales, dormir juntas con los cuerpos sintiendo el placer del contacto, que separadas, desafectándose, irrumpiendo en medio del proceso de vinculación y afectación entre una madre y sus hijas.

Otra vicisitud que se presenta muchas veces, aunque a diferencia de las anteriores, no sucede siempre, es la depresión postparto. Ya he mencionado lo mucho que se nos borra el aura mágica a las mujeres una vez que ya no estamos embarazadas y cómo el trato hacia nosotras se transforma en exigencias y juicios constantes de quienes están a nuestro alrededor. El coctel hormonal cambia drásticamente después del alumbramiento, pero nuestro sistema endócrino no regresa a lo que era antes del embarazo porque, al descender lo que se conoce como hormonas placentarias – que vienen en paquete completo junto con la formación de la placenta

–, aumenta la producción de prolactina cuya acción permite la secreción de la leche materna. Acompañando a la prolactina está siempre presente la oxitocina y el aumento en la secreción de ambas hormonas nos pone en un estado de casi total atención a nuestras crías y desatención a todo lo demás en el entorno. Por ello sentimos ansiedad cuando nos separamos de nuestras hijas, por ello el deseo sexual coital se reduce, nuestra forma de vida cambia profundamente en relación a la demanda de afecto y cuidado de nuestras hijas y, dentro de los mandatos de *Esa Cosa Escandalosa*, seguimos consejos que nos hacen sentir peor porque están basados en estos mandatos y no en la conexión profunda con los saberes de nuestros cuerpos. Cuando las mujeres púerperas manifestamos las incomodidades, las ansiedades que nos surgen, los miedos e, incluso, nuestros dolores, el entorno social no lo reconoce, supone que debemos actuar conforme lo que se espera de una buena madre y no como humanas, mamíferas que, desamparadas del círculo de apoyo que necesitamos, nos sentimos desoladas. Pues bien, caer en una sintomatología de trastorno depresivo es un límite extremo que muchas mujeres padecen, principalmente, por la interrupción del flujo hormonal adecuado durante el embarazo y el parto. Es decir, la coacción que se ejerce sobre nuestros cuerpos y sobre nuestras voluntades durante las dos primeras fases del proceso se ve reflejada en ésta última, porque nuestro cuerpo, sabiamente, se va preparando hormonalmente para el cambio que implicará la crianza en nuestras vidas. Pero si no se ha permitido actuar a nuestro sistema endócrino adecuadamente, el forjamiento del vínculo afectivo entre madre e hija se dificulta desproporcionadamente, de tal manera que, tanto las mujeres como las criaturas, viven este proceso fundamental con gran desesperación y desesperanza, con desilusión porque no somos las buenas madres que se espera que seamos y porque nuestras crías requieren más atención de la que imaginamos. Buscando estadísticas me encontré con que en algunos estudios se afirma que el porcentaje de mujeres que padecen esta sintomatología es de entre el 15% y el 20%, pero en otros se dice una cifra diametralmente opuesta: entre el 50% y el 80%. Esta enorme diferencia me puso a pensar. Leí

varios de estos artículos y entendí que hay una confusión entre la tristeza por añoranza del útero habitado, que es natural, y lo que es una patología como la depresión. Lo cierto es que las mujeres entramos en un estado psicofisiológico que nos pone irritables y muy sensibles – activamos nuestro instinto protector –, se hace pertinente, entonces, reflexionar sobre una educación primaria dirigida a aquellas personas que eventualmente paternarán junto a una mujer – sean hombres o mujeres – para que sepan la importancia de su papel como sostén del vínculo original que implica una capacidad de empatía y comprensión, sempiterna, diría yo.

Ya he mencionado anteriormente, que los hombres también viven cambios hormonales psicofisiológicos durante todo el proceso, es probable que en esta última fase se presente una combinación hormonal que los ponga en determinada disposición. Durante el tiempo de espera para la llegada del bebé, en los hombres se reduce el nivel de testosterona y, aunque una vez nacida la criatura esta reducción se mantiene, sí se aumenta el cortisol, porque ahora que ya está ahí el bebé, se convierte en su responsabilidad también y esto genera ciertas ansiedades que en los hombres muchas veces se traduce en irritabilidad y falta de paciencia frente a lo que ocurre en la vinculación madre/hija. Muchos hombres se sienten inseguros en cuanto a su papel como proveedores y también hay expectativas sociales respecto a ellos, como que no expresen lo que sienten o en todo caso, expresarlo como hombres, a través de la violencia. Fue violento que la pareja de Xiomara le gritara que era una mala madre, fue violento que la pareja de Raquel se buscara mil quehaceres fuera de casa para esquivar sus responsabilidades, toda esta situación puede inducir a separaciones definitivas como en estos dos casos, o a momentos de mucha tensión que hacen que las diferencias emocionales entre las etapas, se hagan abismales.

Sí sentí tensión con Pau [narra Lucía]. Pasamos del paraíso al desencuentro. Y muy mediado por mis papás que trataban de no invadir. Pero sí, las primeras dos semanas tensas. Yo super neuras, nadie se me podía acercar, lloraba mucho, mi

mamá me preguntaba, pero yo no sentía empatía con ella. Y sentía que ella quería que me sobrepusiera, como todo el deber ser, debes comer bien, no llores, así, y eso me estresaba un montón. Y la empatía con Pau se fue rompiendo. En primer lugar, por el cansancio extremo, o sea, que yo y Pau pudiéramos dormir, olvídase, y luego por la tensión que implicó convertirnos en padres sin saber qué hacer en ningún caso.

Me recuerdo toda adolorida con las tetas agrietadas [narra Magui] y el Memo como de “voy a echar una chelas con los cuates”, y yo como de “¡Qué!”, pero en realidad sí fue muy buen compañero. En las mañanas se lo llevaba a la cocina con él y le cantaba mucho, eran como dos horas en las que yo podía dormir parejito, bien rico. Estaban con nosotros sus papás y los míos echando mano y respetando mucho. Recuerdo que Memo estaba muy sensible, le preocupaba no estar haciendo bien las cosas porque no sabía cómo ser papá, lo recuerdo llorando con sus papás, sacando con ellos sus ansiedades.

Una buena forma de acercar a la pareja al vínculo madre/hija que también es buena en caso de que se sientan desplazados, es el porteo. El porteo es una técnica ancestral que podemos observar entre mujeres campesinas que solemos ver con sus crías a espaldas cargadas con un rebozo. Esto permite que los bebés desarrollen un apego sano que nada tiene que ver con el apego codependiente, sino con la continuación del proceso de gestación en algo que se conoce como *exterogestación*. En los largos procesos evolutivos que como especie hemos vivido, hemos experimentado algunos cambios significativos en nuestra conformación física y de desarrollo. El cambio neoténico⁵² para la especie humana tuvo que ver primero con el bipedismo que nos

⁵² En biología evolutiva se le conoce como cambio neoténico a las transformaciones evolutivas que lleva a cabo una especie en su desarrollo embrionario y postnatal

permitió no sólo andar erguidas, viendo hacia el horizonte, sino también liberar las manos y hacer uso de ellas para diversas cosas, entre otras, la fabricación de herramientas y armas de defensa – como lanzar una piedra. Miles de años después, a este proceso se le unió el crecimiento del cerebro humano que, muy probablemente, se desarrolló gracias a este nuevo uso de las manos. Pues bien, las mamíferas humanas ya constituidas como especie Homo, no podemos sostener en nuestros vientres a bebés cuyo desarrollo cerebral implicaría más tiempo en el útero, no podemos sostenerlos y luego no podríamos expulsarlos por lo grande de las cabezas. Además, la ley de gravedad hace un efecto distinto entre primates que andan en cuatro que entre nosotras, bípedas, al momento de mantener a nuestras crías adentro de nosotras. Es así que, al parir, las crías humanas todavía están en un punto de desarrollo muy atrasado en comparación con otras mamíferas. Almudena Hernando (2012) dice que, por ejemplo:

[...] un chimpancé nace con unos 200 cm³ [cúbicos] de capacidad cerebral – y será de 450 cm³ el tamaño máximo que alcanzará en su fase adulta –. Sin embargo, nuestra especie tiene un cerebro tan grande (una media de 1.350 cm³) que si naciéramos al terminar la gestación, es decir, cuando nuestro cerebro alcanza la mitad de ese volumen, unos 700 cm³, no podríamos atravesar un canal de parto compatible con el bipedismo (piénsese que 700 es el volumen que tiene la cabeza de un/a niño/a de 1 año de vida, es decir, una cría con 21 meses de gestación) (51)

Es así que las mamíferas humanas nacemos con apenas un tercio del cerebro desarrollado, todo lo demás se debe ir gestando fuera del útero durante el primer año. La lactancia, el colecho, el contacto piel con piel, son fundamentales en este desarrollo. Y si bien, no con todo esto pueden participar las parejas, sí pueden hacerlo cargando a sus crías, trayéndolas pegadas a sus cuerpos

la mayor parte de tiempo posible, lo que además nos permite a las mujeres un tiempo de descanso y, por lo tanto, de relajación.

Estas acciones que hoy en día estamos llevando a cabo muchas mujeres, contravienen las recomendaciones clínicas y culturales tales como dejarles llorar hasta que se cansen, no cargarles para no amañarles, darles de comer cada determinado tiempo, entre otras, que, además, tienen que ver más con las necesidades de productividad que requiere *Esa Cosa Escandalosa* que con la vida misma. Sin embargo, está claro que nuestras crías requieren de toda nuestra atención y, por supuesto, de nuestro tiempo, lo que puede interpretarse como un regreso a todo aquello por lo que las feministas hemos luchado por décadas: que el espacio doméstico no se convierta, nuevamente, en un cautiverio para nosotras. Es por eso que considero que necesitamos toda la información posible al respecto de lo que sucede en realidad con nuestros cuerpos vivientes y con nuestra vida toda cuando decidimos convertirnos en madres. Politizar estos procesos es fundamental, hacerlos parte de políticas públicas que nos permitan continuar con la creación de la vida en escenarios más respetuosos y amables, desde la educación de hombres y mujeres al respecto, hasta la normalización de estos procesos como fisiológicos y no clínicos, que podamos verlos en otras mujeres, que podamos participar de ellos y hacerlos parte de nuestra cotidianidad afectiva. Si cada mujer tiene la capacidad de decidir si quiere ser madre, cuándo y cómo, incluso considero que podría bajar la tasa de sobrepoblación mundial que tan preocupadas nos tiene a todas, pero no sólo eso, también cambiarían nuestras formas de relacionarnos socialmente, porque la violencia con que estamos naciendo se ve reflejada en la violencia con la que estamos viviendo, nacimientos más plenos de amor permitirán una continuidad evolutiva de la vida muy diferente a la que nos pinta *Esa Cosa Escandalosa*.

EPÍLOGO

Tras un largo recorrido finalmente ha llegado el momento de dar por terminado este documento. He decidido escribir un epílogo a modo de conclusión porque si bien este texto nos deja algunos puntos para reflexionar, no es un tema que se pueda concluir o cerrar, por el contrario, en toda esta labor lo que he intentado es precisamente abrirlo y dar cuenta de lo que tenemos que avanzar para poder imaginar, crear y habilitar los entornos necesarios y adecuados para la creación y sostenimiento de la vida, en este caso, de su manifestación humana que acontece cuando las mujeres decidimos convertirnos en madres. Quedan aún muchos diálogos, discusiones, conversaciones para, entre mujeres, seguir con el problema. Si me recuerdo a mí misma cuando inicié este recorrido, me veo tan pequeña, casi como una niña, sin embargo, como en toda trayectoria que se emprende en búsqueda de conocimiento, el camino ha sido arduo, pero sumamente valioso.

Pues bien, las protagonistas de las historias en que se basa esta autoetnografía, somos mujeres urbanas, clasemedieras, profesionistas, que hemos vivido la experiencia de convertirnos en madres posicionadas en diversos lugares desde los que hemos ido tomando distintas decisiones sobre cómo deseamos vivir cada una de las fases de este proceso. Las estrategias epistemológicas de las que me valí para acercarme a este fenómeno, es decir, la autoetnografía conjuntada con los relatos de vida de mis colaboradoras, me permitieron mantener una construcción de conocimiento siempre situada desde un punto de vista – es decir, una mirada – radical, con lo que logré dinamizar la objetividad recurriendo de pronto a la concreción de los relatos de vida – incluido el mío – y regresando a la abstracción de los conceptos teóricos, en un ir y venir entre afectos, remembranzas, categorías, análisis, con los que al final, presento un trabajo basado en una objetividad fuerte. Desde este privilegio que la explícita parcialidad de mi mirada me otorga, he logrado consolidar algunas ideas respecto a

cómo, o desde dónde, estamos decidiendo las mujeres, con determinadas características, vivir nuestros procesos de embarazo, parto y puerperio y lo que esto significa para el sostenimiento de la vida toda.

Cuando las mujeres experimentamos uno, dos o más procesos de embarazo, parto y puerperio, entramos en un estado psicofisiológico que trasgrede en alguna medida la relación que hasta ese momento teníamos con nuestros cuerpos vivientes, encontrándonos más cercanas a nosotras mismas de lo habitual. No sólo el espacio que ocupamos empieza a ampliarse junto con nuestras caderas, senos, estómago, pies y cara, también se amplían los cuidados que nos prodigamos como efecto del pequeño afecto que empieza a crecer dentro de nosotras y que deseamos proteger. En mayor o menor medida, se amplía el entendimiento que tenemos sobre nuestros cuerpos y se amplía la diversidad e intensidad de las emociones que nos recorren. Paradójicamente nos encontramos en un suceso de gran fragilidad y, a la vez, de enorme fortaleza y es en esta complejidad en que se forjan nuestras decisiones.

De la mano de múltiples autoras he logrado descubrir el escenario en que se monta la trama tejida alrededor del proceso de embarazo, parto y puerperio y he deshilvanado su urdimbre. El Patriarcado capitalista y colonial es quien escribe el guion, dispone la utilería y los personajes en cada escena, dirige escrupulosamente los cuerpos vivientes, incluso se encarga de diseñar la propaganda. A este poder tripartita lo he nombrado, definido y conceptualizado como *Esa Cosa Escandalosa* a la que imagino como un gran monstruo de tres cabezas que todo lo abarca, que todo lo mira, que todo lo atraviesa. Para esta terrible criatura es necesario apoderarse de nuestra fuerza vital, despojarnos de nuestros cuerpos vivientes y convertirnos en mano de obra para la producción del capital que pueda acumular, escindiendo los lazos vitales y reacomodándolos a su disposición en una configuración que experimentamos más mortuoria que vital – y esto lo hace desde que nacemos –. Dentro de su estructura, ha colocado a las

mujeres y sus crías en un proceso de engranaje en el cual nuestros cuerpos vivientes embarazados, parturientos, puérperos, se ven forzados a seguir protocolos de atención clínicos que tienen la función de silenciar los saberes de nuestros cuerpos. Este monstruo que se quedó clavado en mi imaginación, necesita organizar, mediar y disciplinar nuestros cuerpos vivientes llevándolos a la clínica durante un proceso que es completamente fisiológico, necesita patologizarlos para poder controlarlos. De este modo, un buen número de mujeres están viviendo un proceso tan extraordinario para cada una de nosotras como lo es el convertirnos en madres, a través de la clínica, donde se produce un alejamiento del entorno familiar y del hogar para ser internadas en espacios desafectados, ajenos, altamente sanitizados y especializados, donde se escinden los cuerpos de las personas para ser tratados como máquinas de reproducción, donde vamos perdiendo nuestras posibilidades de tomar decisiones, vamos perdiendo nuestra voluntad que surgiría de los saberes que guardan nuestros cuerpos, pero que, en este escenario, son atrofiados por una serie de intervenciones protocolarias a las que terminamos sometiéndonos tanto más cuanto nos encontramos en un completo oscurantismo de lo que es este proceso y de las distintas posibilidades en que en realidad, podemos vivirlo.

Ciertamente, como hemos visto a lo largo del texto, las formas en que experimentamos nuestros procesos de EPP son muy variadas y todas están atravesadas por momentos decisivos en los que las mujeres ponemos en juego nuestras creencias, nuestra fe en nosotras mismas y lo que somos capaces de hacer, nuestros aprendizajes a partir de otras experiencias, ponemos en juego, incluso, las relaciones que mantenemos con nuestros entornos social y natural. Hoy entiendo que las mujeres y nuestros procesos de embarazo, parto y puerperio, son parte de la creación, el sostén y la evolución de la vida toda, en todas sus dimensiones, en todas sus manifestaciones y que, como tal, es necesario vivirlos desde nuestro ser más chtónico, desde la autopoiesis/endosimpoiesis, como una parte más que somos del todo que es Gaia. Las mujeres tenemos la oportunidad de convertirnos en un vehículo de reproducción vital de nuestra especie

y, vivir esto, es una experiencia mágica – nunca como un mandato biológico ineludible, porque somos cuerpos vivientes que contamos con un potente referente simbólico que nos permite decidir si queremos ser madres o no dependiendo de las necesidades y deseos vitales que sintamos –, pero necesitamos descolonizar nuestros deseos y necesidades y, para lograrlo, un buen paso a dar es conocer, profundamente, el escenario en que estamos viviendo.

Si bien se trata de un proceso que intenta ser velado para nosotras porque para *Esa Cosa Escandalosa* nuestra ignorancia es el germen del que nutre sus intenciones de control sobre nuestros cuerpos vivientes, la capacidad de resistencia de aquellas mujeres que han guardado y heredado estos saberes, nos ha permitido a muchas de nosotras vivirlo con alguna luz. Se abren nuestras posibilidades de decisión cuando comprendemos este *escandaloso* contexto y nos disponemos a buscar otras alternativas, cuando nos sentimos apoyadas y sostenidas por otras mujeres capaces de guiarnos con sus conocimientos, cuando, gracias a estas mujeres, conocemos cómo funcionan nuestros cuerpos al permitirse ser habitados por nuestras crías y logramos percibir lo extraordinarias que somos al poder gestarlas, parirlas y criarlas. Si, como dice Lynn Margulis, “la vida es materia que elige”, las mujeres podemos desear y decidir, podemos *elegir* vivir nuestros procesos reconectando de diversas maneras y en distintos niveles con nuestros cuerpos mágicos y su fuerza vital, con sus saberes desde nuestros instintos más mamíferos que, como explica Michel Odent, son los que nos permiten revincularnos con el flujo de la vida toda en estrecha interdependencia con otras mujeres y con nuestras hijas, a quienes tenemos la oportunidad de brindarles una forma de nacer más amable.

El 5 de febrero del 2022, nació Alessandro, el hijo de mi sobrina Ángeles, sí, ya soy tía abuela. Ella es una mujer que, sin una trayectoria académica que la haga cuestionarse críticamente cada paso que da, decidió, a partir de mi experiencia, que su hijo nacería en su casa, con partera y en agua. Para ella fue la experiencia más poderosa de su vida, y eso que es

una mujer que ha tenido que picar mucha piedra para salir adelante, es decir, que de por sí es una mujer con una gran fuerza. Traigo a cuenta esta alegría personal porque he podido observar que la compartición de esta experiencia la va extendiendo poco a poco y, si cada vez más mujeres, nos informamos, nos acercamos y nos decidimos por las formas mamiferizadas, las más vitales, para vivir nuestros procesos de embarazo, parto y puerperio, lograremos transformar las formas en que nacemos y con ellas, a la sociedad entera.

Frente al escándalo al que nos vemos sometidas, recuperemos la magia, reconectemos con nuestros cuerpos y todos los procesos por los que pasamos, y, desde ahí, podemos aceptar que no habrá una línea, un guion qué seguir, podemos asumir las contradicciones, las complicaciones y dificultades con las que probablemente nos toparemos y que hacen parte de la enorme sabiduría que guardan nuestros cuerpos vivientes. Podemos buscar reintegrar esa fuerza del colectivo femenino para, entre mujeres, guiarnos, acompañarnos y alumbrar otras formas posibles de vivir juntas un evento tan milagroso y mágico, como es el convertirnos en madres. Podemos escarbar hasta reencontrarnos con estos saberes y así permitir y colaborar con el flujo de la vida, tal vez, de este modo, logremos construir sociedades más amorosas y logremos continuar con el sostenimiento de la vida toda, con la vida digna de ser vivida.

REFERENCIAS

Arendt, Hanna (2009). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós

Ávila R., Odín (2019). “El sujeto zapatista y su proyecto político. Un análisis desde documentos fundamentales”. En *Civilizar: Ciencias Sociales y Humanas*, 19 (37), julio-diciembre, 83-94

Bachofen, J.J. (1861/2016). *El Matriarcado: una investigación sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica*. Editor digital: Titivillus.

Retomado en noviembre 2022 de

<https://www.legisver.gob.mx/equidadNotas/publicacionLXIII/J.%20J.%20Bachofen%20-%20El%20Matriarcado.%20Una%20investigacion%20sobre%20la%20ginococracia%20en%20el%20mundo%20antiguo%20segun%20su%20naturaleza%20religiosa%20y%20juridica.pdf>

Bardet, Marie (2018). “¿Cómo hacernos un cuerpo? Entrevista con Suely Rolnik”. En Gago, Gutiérrez Aguilar, Draper, Menéndez Díaz, Montanelli, Bardet, Rolnik; *8M Constelación feminista ¿Cuál es tu huelga? ¿Cuál es tu lucha?* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tinta Limón

Bauman, Zygmunt (2007). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona: Editorial Paidós.

- Beiras, Adriano; Cantera E., Leonor M.; Casasanta G., Ana L. (2017). “La construcción de una metodología feminista cualitativa de enfoque narrativo-crítico”. En *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*. Vol. 16, N° 2, pp. 54-65.
- Bernard C., Silvia M. (2019). *Autoetnografía. Una metodología cualitativa*. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes/El Colegio de San Luis A.C.
- Blanco, Mercedes (2012). “Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos.” En *Andamios. Revista de Investigación Social*, vol. 9, mayo-agosto, 2012, pp. 49-74. México, DF: Universidad Autónoma del Estado de México. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/628/62824428004.pdf> en septiembre, 2019.
- Blázquez G., Norma; Flores P., Fátima; Ríos E., Maribel (Coords.) (2012). *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales*. México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/Centro de Investigaciones Multidisciplinarias/Facultad de Psicología, UNAM.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1987). *México profundo. Una civilización negada*. México: Grijalbo.
- Borja C., Julio C. (2016). “Votán: el guardián del mundo”. En *Revista Bricolaje*, 21: Bricoedición. Recuperado en septiembre del 2022 de <https://revistabricolage.wordpress.com/2016/06/20/votan-el-guardian-del-mundo/>
- Botto, Candelaria (2019). “Maternidad en disputa y madres feministas”. En *Economía femini(s)ta*. Recuperado en enero del 2023 de <https://esthervivas.com/2020/08/19/maternidad-en-disputa-y-madres-feministas/>
- Bourdieu, Pierre (2000). *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- _____ (2008). *El oficio del sociólogo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Capra, Fritjof (1998). *La trama de la vida. Una nueva perspectiva de los sistemas vivos*.
Barcelona: Anagrama.
- Carsolio, Vanesa (Junio, 2020). “Claves para comprender la dimensión especista en la coproducción de la vida”. En *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, Año VII, Vol. I, 381-398.
- Castro, Roberto (2014). “Génesis y práctica del habitus médico autoritario en México”. En *Revista Mexicana de Sociología*. 76, núm. 2 (abril-junio): 167-197. México, D.F.
- Cornejo, Marcela; Mendoza, Francisca; Rojas, Rodrigo (2008). “La investigación con relatos de vida: pistas y opciones del diseño metodológico”. En *Psykhé*, vol. 17, No.1, 29-39.
Recuperado de <https://scielo.conicyt.cl/pdf/psykhe/v17n1/art04.pdf> en Noviembre, 2020.
- Dahbar, Victoria y Mattio, Eduardo (2020). “‘Es lo que siento’: el lugar de los afectos en la conversación feminista”. En *Revista Heterotopías*, vol. 3, no. 5, junio, Córdoba: Área de Estudios Críticos del Discurso de FFyH
- De Oto, Alejandro (2003). *Frantz Fanon: política y poética del sujeto poscolonial*. México: El Colegio de México
- De Sousa S., Boaventura (2009). *Una epistemología del sur*. México: SigloXXI/CLACSO.
- Del Moral E., Lucía (2012). “En transición. La epistemología y filosofía feminista de la ciencia ante los retos de un contexto de crisis multidimensional”. En *e-cadernos CES Epistemologías feministas: a encontro da crítica radical*. 18. Centro de Estudos Sociais da Universidade de Coimbra.

- Dussel, Enrique (1999). "Sobre el sujeto y la intersubjetividad: el agente histórico como actor en los movimientos sociales". En *Revista Pasos*, núm. 84, julio-agosto
- Ehrenreich, Barbara; English, Deirdre (1981). *Brujas, parteras y enfermeras. Una historia de sanadoras*. Barcelona: La Sal.
- Espinosa M., Yuderkys (marzo-abril, 2014). "Una crítica descolonial a la epistemología feminista crítica". En *El Cotidiano*, núm. 184, pp. 7-12, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco.
- Federici, Silvia (2015). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de sueños.
- _____ (2019). *Beyond The periphery of the skin. Rethinking, Remaking and Reclaiming the Body in Contemporary Capitalism*. USA: PM Press.
- Ferraroti, Franco (2007). "Las historias de vida como método". En *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 14, núm. 44, mayo-agosto, 15-40. Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México. Recuperado en noviembre del 2021 de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10504402>
- Foucault, Michel (2001). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. México: Siglo XXI.
- _____ (2003). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: SXXI
- _____ (s/f). Topologías (Dos conferencias radiofónicas). Recuperado en febrero del 2020 de http://hipermedula.org/wp-content/uploads/2013/09/michel_foucault_heterotopias_y_cuerpo_utopico.pdf

- García, Rosario y Huidobro, Munita (2016). “La narrativa como método desencadenante y producción teórica en la investigación cualitativa”. En *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*. No. 34, mayo-agosto, 155-178
- Gargallo, Francesca (2004). “Amamantar o de los placeres de la maternidad”. En Francesca Gargallo. *La calle es de quien la camina, las fronteras son asesinas*. Recuperado en enero del 2021 de <https://francescagargallo.wordpress.com/ensayos/feminismo/feminismo-y-mujeres/amamantar-o-de-los-placeres/>
- Geertz, Clifford (1989) *El antropólogo como autor*. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós.
- _____ (1973). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Goodman, Janice H. (2003). “Paternal, postpartum depression, its relationship to maternal postpartum depression, and implications for family health”. En *JAN. Leading Global Nursing Research*. Volume 45, Issue 1, pp. 26-35. Recuperado en enero del 2023 de <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/abs/10.1046/j.1365-2648.2003.02857.x>
- Guattari, Félix y Rolnik, Suely (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficantes de sueños
- Güémez, Miguel (2000). “La concepción de cuerpo humano, la maternidad y el dolor entre las mujeres mayas yukatekas”. En *Mesoamérica*, 39, págs. 305-332.
- Guerrero M., Sioban (2018). “*El pánico y tus ojos que me sueñan: etnografía afectiva de un tránsito de género*”. En Alba Pons y Sioban Guerrero (coords). *Afecto, cuerpo e identidad. Reflexiones encarnadas en la investigación feminista*. México: Instituto de Ciencias Jurídicas, UNAM

- Guille, Gustavo (2021). “Dislocación y decisión. Hacia una teoría deconstructiva del sujeto político en el trabajo de Ernst Laclau”. En *Ideas y Valores*, 70, 177, 45-65
- Gutiérrez, Raquel; Sosa, María Noel; Reyes, Itandehui (2018). “El *entre mujeres* como negación de las formas de interdependencia impuestas por el patriarcado capitalista y colonial. Reflexiones en torno a la violencia y la mediación patriarcal”. En *Revista Heterotopías*, vol. 1, junio, Córdoba: Área de Estudios del Discurso de FFyH
- Gutman, Laura (22 de mayo del 2021). “La masificación de embarazos y partos”. En MeitaiMaitie. Recuperado en mayo del 2021 de <https://www.meitaimaitie.com/es/blog/la-masificacion-de-embarazos-y-partos-laura-gutman/>
- Han, Byung-Chul (2021). *La sociedad paliativa*. Barcelona: Herder Editorial.
- Haraway, Donna J. (1995). “Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial”. En: *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra/Universitat de Valencia/Instituto de la mujer.
- _____ (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao: Consonni
- Hernando, Almudena (2018). *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Madrid: Traficantes de sueños.
- INEGI (2022). “Cuenta satélite del trabajo no remunerado de los hogares de México 2021”. En *Comunicado de Prensa Núm. 725/22*. Recuperado en febrero del 2023 de <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2022/CSTNRH/CSTNRH.pdf>

Junger, Ernst (1995). *Sobre el dolor. Seguido de La movilización total y Fuego y movimiento*.
Barcelona: Tusquets Editores.

Kropotkin, Piotr (1946). *El apoyo mutuo como factor de progreso entre los animales y los
hombres*. Buenos Aires: Editorial Americalee.

Lagarde y de los Ríos, Marcela (2001). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas,
putas, presas y locas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México

Lara, Alí y Enciso, Giazú (2013). “El giro afectivo”. En *Athenea Digital*, 13 (3), 101-119.

Recuperado en mayo del 2022 de <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenead/v13n3.1060>

Láscar, Amado (2004). “¿La teoría zapatista: una huella en la selva o un camino en la resistencia
antineoliberal?”. En *Alpha*, no. 20, diciembre, 181-200

Le Bretón, David (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

_____ (1999). *Antropología del dolor*. Barcelona: Editorial Seix Barral.

Lenkersdorf, Carlos (2008). *Aprender a escuchar. Enseñanzas maya-tojolabales*. México: Plaza
y Valdés.

López A., Alfredo (1980). *Cuerpo humano e ideología*. México: UNAM.

Lovecraft, H.P. (1989). *El horror sobrenatural en la literatura*. México: Premia.

_____ (1999). *Los mitos del Cthulhu: narraciones de horror cósmico*. España: Alianza

Lovelock, James (1995). *Las edades de Gaia. Una biografía de nuestro planeta vivo*. Barcelona:
Tusquets Editores.

_____ (1992). *Gaia: una ciencia para curar el planeta*. Barcelona: Integral.

Machado, Horacio (2017). “‘América Latina’ y la Ecología Política del Sur. Luchas de re-existencia, revolución epistémica y migración civilizatoria”. En Héctor Alimonda, Catalina Toro Pérez y Facundo Martín (Coords.), *Ecología Política Latinoamericana. Pensamiento crítico, diferencia latinoamericana y rearticulación epistémica*. Buenos Aires: CLACSO (Pp. 193-224)

Maffia, Diana (2007). “Epistemología feminista: La subversión semiótica de las mujeres en la ciencia”. En *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, v. 12, n. 28, Caracas.

Malinowski, Bronislaw (1973). *Los argonautas del Pacífico occidental I. Un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea Melanésica*. Barcelona: Planeta-Agostini

Margulis, Lynn (1995). *Microcosmos: cuatro mil millones de años de evolución desde nuestros ancestros microbianos*. Barcelona: Tusquets.

Martínez, Sergio (2012). “La *aporía* de la decisión. Una aproximación a la noción de justicia en el pensamiento de Jaques Derrida”. En *Revista Pléyade*, 10, julio-diciembre, 123-141

Martínez L., Consuelo P. (2012). “Género, humor y escritura; o de cómo se construye la sonrisa inteligente”. Ponencia presentada en I Congreso Internacional de Comunicación y Género. 5, 6 y 7 de marzo. Sevilla. Recuperado en agosto de 2022 de <http://dialnet.unirioja.es>

Maturana, Humberto (1990). *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del conocimiento humano*. Madrid: Editorial Debate

_____ (1994). *El sentido de lo humano*. Santiago: Dolmen Ediciones

_____ (1997). *La objetividad. Un argumento para obligar*. Santiago: Dolmen

Mbembe, Achille (2011). *Necropolítica*. España: Editorial Melusina

Mies, Maria (2018). *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Madrid: Traficantes de sueños.

Moore, Jason (2017). “Entrevista a Jason Moore: del Capitaloceno a una nueva política ontológica”. En Jonah Wedekind y Felipe Milanez, *Ecología Política*. Recuperado en febrero 2023 de <http://ecologiapolitica.info>

_____ (2020). *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Madrid: Traficantes de Sueños

Navarro, Mina; Gutiérrez, Raquel (2018). “Claves para pensar la interdependencia desde la ecología y los feminismos”. En *Bajo el Volcán*, año 18, núm. 28, marzo-agosto 2018. Puebla: BUAP

_____ (2019). “Despojo múltiple sobre el tejido de la vida: impactos y resistencias socioambientales”. En *Textual*, (73), 11-42. Recuperado en enero de 2023 de <https://doi.org/10.5154/r.textual.2018.73.01>

Odent, Michel (2002). “El nacimiento y los orígenes de la violencia”. En *Revista Ostare*, n°7, pp. 46-50. Recuperado en mayo del 2022 de <https://www.mamasol.com/wp-content/uploads/2019/10/nacimiento-origenes-de-la-violencia.pdf>

_____ (2011). *El nacimiento en la era de plástico*. Buenos Aires: Fundación Creavida.

Olvera S., Margarita; Sabido R. Olga (2007). “Un marco de análisis sociológico de los miedos modernos: vejez, enfermedad y muerte.” En *Sociológica*, vol. 22, núm. 64, mayo-agosto. D.F., México: Universidad Autónoma Metropolitana

Parrini, Rodrigo (2016). “Heterotopías etnográficas. Lo distante, lo imposible, lo oculto”. En Versión. Estudios de comunicación y Política, núm. 37, octubre-abril, 97-111. Recuperado en marzo del 2022 de <http://version.xoc.uam.mx>

Pérez P., Laura (2018). “Epistemología feminista y conocimientos desde el Sur global”. En Ecología Política. *Cuadernos de debate internacional*. Núm. 54

Pérez, Amaia (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de sueños

Pons R., Alba; Guerrero M., Siobhan (Coords.) (2018). *Afecto, cuerpo e identidad. Reflexiones encarnadas de la investigación feminista*. México: Instituto de Investigaciones Jurídicas UNAM

Retamozo, Martín (2008). “Decisión y sujetos políticos”. En *Actas de las VII Jornadas de Investigación en Filosofía*. 10, 11 y 12 de noviembre. Departamento de Filosofía. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata

Rodrigañez, Casilda (2004). *El asalto al Hades. La rebelión de Edipo*. España.

_____ y Ana Cachafeiro (2007). *La represión del deseo materno y el estado de sumisión inconsciente*. Murcia: Ediciones Crimentales

Roldán Tonioni, Andrés (2021). “Procesos de subjetivación (Foucault): el caso de Don Quijote de la Mancha”. En *Utopía y praxis latinoamericana*, vol. 26, núm. 92, p. 128-139, Universidad de Zulia.

Rolnik, Suely (2019). *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Scribano, Adrián (2000). “Reflexiones epistemológicas sobre la investigación cualitativa en Ciencias Sociales”. En *Cinta de Moebio*, núm. 8, Chile: Universidad de Chile

_____ (2008). *El proceso de investigación social cualitativo*. Buenos Aires: Prometeo

_____ (2009). “Construcción de conocimiento en Latinoamérica: algunas reflexiones desde la autoetnografía como estrategia de investigación”. En *Cinta de Moebio*, 34:1-15

_____ (2016). *Investigación social basada en la Creatividad/Expresividad*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora

Solana, Mariela (2020). “Afectos y emociones, ¿una distinción útil?”. En Magali Haber (edit). *Giro afectivo*. Diferencia(s). Revista de Teoría Social Contemporánea. Año 6, no. 10, junio, Argentina

Tello, César G. (2012). “Las epistemologías de la política educativa: vigilancia y posicionamiento epistemológico del investigador en política educativa”. En *Praxis Educativa*, vol. 7, núm. 1, enero-junio, pp. Paraná, Brasil: Universidade Estadual de Ponta Grossa.

Trebasacce, Catalina (2016). “Una historia crítica del concepto de experiencia de la epistemología feminista”. En *Cinta de Moebio*, núm. 57, Universidad de Chile

Vivas, Esther (2020). *Mamá desobediente. Una mirada feminista a la maternidad*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones Godot

Walsh, Catherine (2003). “Las geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Entrevista a Walter D. Mignolo”. En *Polis*, Revista de la Universidad Bolivariana, vol. 1, núm. 4. Santiago, Chile: Universidad de los Lagos

Zárate, Lydia (2015). “El ‘instinto materno’, el invento más rentable del patriarcado”. En *La que arde*. Revista digital. Recuperado en mayo del 2021 de

<https://www.laquearde.org/2015/08/03/el-instinto-materno-el-invento-mas-rentable-del-patriarcado/>